

LA ÚLTIMA SENDA

Zane Grey

Editado por 

© 2002 – Copyright http://www.librodot.com
Todos los Derechos Reservados

I

El crepúsculo de oferto día de verano, hace de eso muchos años, cubría de suaves sombras el desierto valle del Ohio, causando intensa ansiedad a un viajero que seguía el solitario camino a lo largo del río. Había esperado llegar aquella noche al Fuerte Henry con sus compañeros, terminando de esta manera su largo, duro y peligroso viaje por las comarcas desiertas; pero el crepúsculo, que rápidamente se extendía sobre la tierra, impuso la necesidad de interrumpir la marcha. El estrecho camino, flanqueado por el bosque, ya difícil de seguir en pleno día, llevaba aparentemente a unos oscuros pasos sin salida. Su guía habíale abandonado aquella mañana, con la excusa de que sus servicios ya no eran necesarios; su carrera era nuevo en la frontera, y en conjunto la situación le producía vivas inquietudes.

-Nada me importaría pasar otra noche al aire libre si el guía no nos hubiese abandonado-dijo en voz baja al carrero.

Este digno individuo meneó la despeinada cabeza y dio un gruñido, en tanto que desenganchaba los caballos.

-Tío - dijo un joven que salió del interior del carro -, sin duda debemos de hallarnos a muy pocas millas del Fuerte Henry.

-¿Cómo sabes que estamos cerca del Fuerte? -preguntó el carrero-. ¿Y ni siquiera que estamos seguros?' Yo desconozco esta comarca.

-El guía aseguró que podríamos llegar fácilmente al Fuerte Henry a la puesta del sol.

-¿El guía? Le digo a usted, señor Sheppard...

-No hable tan alto. No vaya a alarmar a mi hija - replicó el llamado Sheppard.

-¿No observó usted algo raro en ese guía? -preguntó el carrero bajando la voz-. ¿No se fijó usted en su inquietud de anoche? Y ¿no le llamó la atención la prisa con que nos dejó, y su excitación, a pesar de su deseo de mostrarse tranquilo e indiferente?

-Sí, se portó de un modo raro, o, por lo menos, así me lo pareció-replicó Sheppard -. ¿Qué opinas tú, Will?

-Ahora que pienso en ello, creo que, en efecto, su conducta fue extraña. Sus actos y palabras eran propios de un hombre que espera a alguien o que teme algo. Pero me figuré que ése sería el carácter especial de un hombre de los bosques.

-Pues yo creo - gruñó el carrero en voz baja -que tenía mucha prisa por marcharse y que por esta razón no quiso hacer caso de nadie. Es preciso recordar que el tratante en pieles de Fuerte Pitt no dio muchos informes de ese guía, Jenks. Dijo que no era muy conocido en torno del Fuerte, y que solamente se sabía de él su habilidad con el cuchillo.

-¿Cuál es su opinión? -preguntó Sheppard al notar que el carrero hacía una pausa.

-Pues que el valle que se halla al pie del Fuerte Pitt está lleno de renegados, mala gente, proscritos y ladrones de caballos. Los pieles rojas no son tan malos como antes, pero, en cambio, esos blancos son peores que nunca. Y ese guía, Jenks, podría muy bien pertenecer a esa gentuza. Nada más. Es posible que me equivoque y lo deseo. Pero no me gusta este modo de abandonarnos.

-En fin, no hay que apurarse. Si hemos llegado hasta aquí sin haber visto a un piel roja o a un bandido, es decir, sin incidente alguno, espero que podremos terminar el viaje sin sucesos desagradables. -Entonces el señor Sheppard levantó la voz-: Vamos, Elena, perezosa, sal del carro. Queremos cenar. Tú, Will, ve a coger un poco de leña y así en breve podremos dar a este triste lugar un aspecto más alegre.

Cuando el señor Sheppard se volvía hacia el carro cubierto por un toldo de lona, una joven saltó ligeramente al suelo, a su lado. Era casi tan alta como él mismo.

-¿Eso es Fuerte Henry? -preguntó alegremente empezando a danzar en torno de él-. ¿Dónde está la posada? Tengo mucha hambre. ¡Cuánto me alegro de haber salido del carro! Me gustaría echar a correr. ¿No te parece muy lindo este lugar solitario?

Poco después, entre chasquidos y silbidos, surgió la llama de la hoguera del campamento y el ambiente se perfumó con el aroma de leña quemada. La olla humeante y unos sabrosos bistecs de venado alegraron a los hambrientos viajeros, haciéndoles olvidar por un momento la deserción de su guía y la posibilidad de haberse extraviado. El último resplandor del sol desapareció por completo hacia occidente y la noche envolvió el bosque, de manera que aquel peñasco claro era el único punto brillante.

La vacilante luz de la hoguera dejó ver que el señor Sheppard era un anciano bien conservado, de cabello gris y rostro rojizo y bondadoso. El sobrino tenía una expresión franca y juvenil. En cuanto a la joven, era un espléndido ejemplar de femineidad; sus grandes y risueños ojos eran tan oscuros como las sombras que había al pie de los árboles.

De pronto un repentino sobresalto de Elena interrumpió el alegre curso de la conversación. Se puso en pie volviendo ligeramente el rostro.

-¿Qué es eso, primita? - se apresuró a preguntar Will.

Elena permaneció inmóvil.

-Querida niña... -dijo secamente el señor Sheppard.

-He oído pasos -murmuró ella señalando con tembloroso dedo más allá de la hoguera, hacia la impenetrable oscuridad.

Todos pudieron oír, efectivamente, roces suaves sobre la hojarasca. Luego, unos pasos alteraron el silencio.

El fatigado carrero levantó su hirsuta cabeza y temeroso miró a su alrededor. El señor Sheppard y Will dirigieron inseguras miradas hacia el follaje, pero Elena no cambió de posición. Los viajeros parecían aterrados por el silencio y la soledad del lugar. El débil zumbido de los insectos y los suaves gemidos del viento nocturno parecían acentuarse gracias a aquella tranquilidad casi penosa.

-Probablemente será una pantera -sugirió Sheppard en voz que quería ser alentadora- Hoy mismo vi una que se deslizaba por el camino.

-Mejor habría sido sacar la escopeta del carro -dijo Will.

-¡Qué oscuro y temeroso parece este lugar! -exclamó Elena con acento nervioso- De veras me asusté. Tal vez fue una ilusión... Ahí... Se ove otra vez…

Dos altas figuras surgieron de la oscuridad apareciendo en el círculo de luz y con pasos rápidos y ligeros penetraron en el campamento antes de que los viajeros tuviesen tiempo de moverse. Eran indios y, como blandían sus tomahawaks, era evidente que tenían intenciones hostiles.

-¡Uf! -gruñó el salvaje de mayor estatura mientras contemplaba al grupo asustado e indefenso.

Las amenazadoras figuras de los indios eran alumbradas por el resplandor de la llama, y en tanto que miraban con furtivos ojos al grupo, ofrecían un espectáculo pavoroso. Las feroces facciones, que aún lo parecían más a causa de los trazos de pintura que se advertían en sus rostros; las horribles y afeitadas cabezas, adornadas solamente por un mechón de cabellos en los que se prendía una sola pluma; de músculos sarmentosos y de color de cobre, indicadores de ser a la vez rápidos y resistentes, y su aspecto general de indomable ferocidad, asustaron de veras a los viajeros, que sentían helárseles la sangre en las venas.

Con gruñidos y sonrisitas manifestaron la satisfacción que les causó el caer como langostas sobre los restos de la cena. Ésta desapareció con asombrosa rapidez, pues comían con tal voracidad que más parecían lobos que seres humanos.

Elena miró tímidamente a su alrededor, cual si esperase ver surgir unos salvadores, y los indios la contemplaban con mal humor. Un solo movimiento por parte de cualquiera de los del grupo era causa de que aquellas manos musculosas se dirigiesen hacia el tomahawk.

De pronto, el salvaje más alto oprimió la rodilla de su compañero. Luego, levantando su hacha, la agitó significativamente ante el rostro de Sheppard, en tanto que llevaba un dedo de la otra mano a los labios para recomendar silencio. Ambos indios se quedaron tan inmóviles como estatuas. Se acurrucaron luego, como para escuchar, con las cabezas inclinadas, las narices dilatadas y abiertas las bocas.

Transcurrieron unos momentos. Parecía ininterrumpido el silencio de la selva, pero unos oídos tan agudos como los de los gamos habían sorprendido algún ruido. El salvaje más corpulento se dejó caer sin ruido al suelo y allí se tendió con un oído pegado a la tierra. El otro permaneció inmóvil; solamente sus brillantes ojos daban señales de vida al registrarlo todo.

Finalmente, el salvaje que se tendiera en el suelo se levantó en silencio, señaló hacia la oscura senda y salió del círculo de luz, seguido de cerca por su compañero. Ambos desaparecieron en la oscuridad cual espectros y con tanto silencio como al llegar.

-¡Gracias a Dios! -dijo Elena suspirando.

-¡Hemos tenido suerte! -exclamó Will.

-¿Qué le parece tan extraña conducta?-preguntó Sheppard al carrero.

-Sospecho que alguien les habrá dado el soplo; probablemente ese guía, y no dudo de que volverán. Y si no lo hacen será porque observen algo o huelan alguna cosa.

Apenas había cesado de hablar cuando de nuevo el círculo de luz de la hoguera vióse invadido por dos desconocidos.

-¡Lo que me temía! Ya vuelven esos malditos piojosos - murmuró el carrero.

Pero se equivocaba, porque una voz profunda y tranquila pronunció una sola palabra

- ¡Amigos!

Se acercaron los dos hombres vestidos con trajes de color pardo, propios de los que frecuentan los bosques. Uno avanzó hacia los viajeros, en tanto que su compañero permanecía detrás, apoyado en un largo y negro rifle.

Así expuesto al resplandor de la llama, el desconocido ofrecía una figura singular. Su traje era de piel de ante, ribeteado y propio de la frontera. Era hombre de seis pies de estatura, de miembros esbeltos y poderosos, y su figura gigantesca tenía algo de la salvaje gracia de los indios.

Observó a los maravillados viajeros con sus ojos oscuros y graves.

-¿Les han molestado los indios? -preguntó.

-No nos han hecho ningún daño -contestó Sheppard-. Se han comido nuestra cena y luego se han marchado sin tocarnos siquiera. Pero verdaderamente, señor, le aseguro que nos alegramos de verle.

Will hizo coro a estas palabras y los grandes ojos de Elena se fijaron en el extranjero con expresión de extrañeza y de cordialidad.

-Divisamos en la penumbra el resplandor de su hoguera y llegamos a tiempo de ver cómo se alejaban los indios.

-¿Y no cree usted que son capaces de haberse escondido entre las matas para disparar contra nosotros? -preguntó Will, que en el Fuerte Pitt había oído numerosas historias de la frontera-. Seguramente y gracias a la luz de la hoguera ofrecemos unos blancos excelentes.

Relajóse la expresión de gravedad del desconocido

-¿Los perseguirán ustedes? -preguntó Elena.

-Hace ya bastante tiempo que se han hundido en la oscuridad del bosque -contestó el interpelado-. ¿Quién era su guía?

-Lo contraté en Fuerte Pitt, pero nos abandonó impensadamente esta mañana. Era un hombre corpulento, de negra barba y cejas muy pobladas. Le faltaba el extremo superior de una oreja, como arrancada de un balazo -contestó Sheppard.

-Será Jenks, uno de los de la cuadrilla de bandidos de Bing Legget, que trabajan en la frontera.

-Ése es, en efecto, su nombre. Y ¿quién es ese Bing Legget?

-Un bandido. Jenks se ha esforzado en hacerles caer a ustedes en una trampa. Es muy posible que se figurase que esos indios se mostraran uno o dos días antes. Pero probablemente se estropeó el plan. Tal vez esperaba la llegada de cinco shawnees y es muy posible que a tres de ellos no los vuelva a ver.

El significado de estas últimas palabras no pasó inadvertido para los viajeros.

-¿A qué distancia nos hallamos de Fuerte Henry? -preguntó Sheppard.

-A dieciocho millas a vuelo de pájaro, pero a mayor distancia siguiendo el camino.

-Hemos sido víctimas de una traición -exclamó el anciano-. Esta mañana estábamos a esa misma distancia. Es una suerte que ustedes nos hayan encontrado. Supongo que proceden ustedes de Fuerte Henry y que no tendrán inconveniente en guiamos hasta allí. Soy amigo del coronel Zane, quien agradecerá cualquier favor que nos haga usted. Aunque sin duda ya lo sabe.

-Yo soy Jonathan Zane.

Sheppard dióse cuenta, de pronto, de que se hallaba ante el más famoso policía de la frontera. En tiempos de la Revolución, la fama de Zane habíase extendido incluso hasta las colonias del Atlántico.

-¿Y su compañero? -preguntó Sheppard con el mayor interés.

Adivinaba ya la respuesta. Las leyendas de la frontera relacionaban a Jonathan Zane con un hombre extraño y terrible, una Némesis de la frontera, un individuo misterioso, fugitivo como una sombra, a quien pocos habían visto, pero al que todos conocían.

-Wetzel -contestó Zane.

De común acuerdo, los viajeros miraron curiosamente al silencioso compañero de Zane. En la penumbra divisaron a un hombre gigantesco, moreno, inmóvil y, sin embargo, parecido a un ser intangible.

Repentinamente pareció desvanecerse en la penumbra, cual si en realidad fuese un fantasma. Un siseo de aviso surgió entre las matas.

Con el pie, Zane se apresuró a desparramar las brasas de la hoguera.

Los viajeros esperaron, respirando apenas. No podían oír nada más que los latidos de sus propios corazones y ni siquiera se veían uno a otro.

-Vale más que se acuesten ustedes -dijo la tranquila voz de Zane.

¡Qué alivio sintieron todos!

-Nosotros haremos la guardia -continuó Zane- y en cuanto amanezca les guiaremos hasta Fuerte Henry.

II

El coronel Zane, explorador rudo y fornido, de rostro atezado y vigoroso, escuchaba la dramática historia de su antiguo amigo. Y en cuanto terminó el relato, sus hermosos ojos negros adquirieron sonriente y bondadosa expresión.

-No, dudo, Sheppard, de que eso debió de ser una aventura emocionante para usted -dijo -. Y tal vez habría sido bastante más interesante s: yo no hubiese enviada a Wetzel y a Jonathan en busca de ustedes.

-¿De veras? ¿Y cómo supo usted que yo me hallaba en la frontera? Precisamente confiaba en darle a usted una sorpresa.

-Mis correos indios salen de Fuerte Pitt antes que los demás viajeros y a su llegada me dan detalles.

-Ahora recuerdo a un indio muy ágil, que parecía interesado en informarse acerca de nosotros cuando llegamos a Fuerte Pitt. Y siento no haber seguido el consejo del tratante en pieles con respecto al guía. Pero tenía mucha prisa por llegar. Mi sobrino traía bastante oro y yo todo cuanto poseo en la tierra.

-Bien está lo que acaba bien -replicó alegremente el coronel Zane-. Pero hemos de dar las gracias a la Providencia de que Jonathan y Wetzel llegasen oportunamente.

-Es verdad. No es fácil que olvide aquellos feroces salvajes. ¡Cómo desaparecieron en la oscuridad! ¿Los perseguiría Wetzel? Anoche desapareció y no le volvimos a ver. En realidad apenas pudimos examinarle bien, de tal manera que no sé si ahora lo reconocería, a no ser por su elevada estatura.

-Precedía a Jonathan en el camino. Así obra siempre Wetzel. En momentos de peligro no se le ve nunca, aun cuando se halla a corta distancia. Pero vamos a echar una mirada por ahí. Estoy construyendo una cabaña de troncos que, sin duda, resultará muy conveniente para usted.

Salieron para internarse en la sombra de los pinos y de los arces. Un sendero serpenteaba por una suave pendiente. En la ladera de la colina y bajo las extendidas ramas de un árbol, un grupo de barbados exploradores, vestidos con trajes de rozado y desgastado ante y cubiertos con gorros de piel de mapache bordeados de blanco, se ocupaban en construir una cabaña de troncos.

-La vida en la frontera es dura, activa, vigorizadora -dijo el coronel Zane-. Le aseguro, Jorge Sheppard, que a pesar de su cabello gris y de su linda hija, ha venido usted al Oeste porque desea vivir entre hombres que hacen cosas.

-No negaré, coronel, que todavía tengo sangre caliente -replicó Sheppard -, pero he venido a Fuerte Henry para adquirir tierras. Mi antigua morada de Williamsburg ha caído convertida en ruinas juntamente con todo cuanto poseía mi familia. Y he traído conmigo a mi hija y a mi sobrino, porque quiero que echen raíces en esta nueva tierra.

-Bueno, Jorge, nos alegramos mucho de tenerle entre nosotros. ¿Dónde están sus hijos? Los recuerdo muy bien, a pesar de que han pasado dieciséis largos años desde que salí de Williamsburg.

-Han muerto. La Revolución me quitó a mis hijos. Elena es la última de mi familia.

-Realmente esto es doloroso. La independencia les ha costado a ustedes los colonizadores un precio tan alto como la libertad en la frontera a nosotros los exploradores. En fin, amigo, olvide lo pasado. Aquí empieza para usted una nueva vida y estoy seguro de que será generosa para usted. Mire, ahí se está construyendo una cabaña, que en breve será su casa.

-¡Iza! -gritó un curtido y musculoso capataz.

Una docena de fuertes hombros se doblaban bajo el peso de una enorme viga ya escuadrada.

-¡Iza! -gritó de nuevo el capataz.

-Mire cómo avanza la obra -exclamó el coronel-. Mañana por la mañana ya se les podrá abrigar de la lluvia.

Avanzaron por un sendero arenoso, limitado por la derecha por un anchuroso y verde claro y por la izquierda por una fila de castaños y arces, que eran las avanzadas del espeso bosque inmediato.

-Su vivienda está muy bien situada-observó Sheppard mientras fijaba la mirada en el cuidado campo que se extendía colina arriba y en un arroyo que hacía saltar sus aguas y que formaba luego un diminuto lago rodeado de hierba, desde donde el agua pasaba por una conducción formada por medios troncos de árboles ahuecados hasta ir a parar a la fuente.

-Así lo creo. Pero ésta es la cuarta vez que me he visto obligado a construir una cabaña en esta tierra -replicó el coronel.

-¿Cómo es eso?

-Los pieles rojas son hábiles en incendiarlo todo.

Sheppard se echó a reír ante la respuesta del explorador.

-No es difícil, coronel Zane, el comprender cómo el Fuerte Henry ha resistido todos estos años, teniéndole a usted por jefe. Pero no hay duda de que su cabaña se halla en el mejor sitio del establecimiento. ¡Qué hermosa vista En lo alto de una roca que dominaba el majestuoso, lento y onduloso Ohio, la cabaña del coronel ocupaba una posición dominante, desde la cual se podía contemplar perfectamente el pintoresco valle. Los ojos de Sheppard descubrieron ante todo el perfil del enorme y atrevido Fuerte, ennegrecido por el tiempo ceñudo, que parecía proteger las cabañas de troncos que lo rodeaban; luego vio el anchuroso río, con sus verdes islas, las doradas barras de arena, las orillas cubiertas de sauces, y más allá ondulantes prados de pasto, que más lejos se transformaban en verdes bosques, los cuales iban ascendiendo paulatinamente hasta perderse en las sombras amoratadas y débiles de las distantes montañas.

-Hace dieciséis años llegué aquí, saliendo de la espesura que hay junto a aquella roca, y por vez primera contemplé este valle. Me impresionó en extremo su belleza, pero mucho más todavía sus maravillosas promesas.

-¿Iba usted solo?

-Con mi perro. Pocos hombres blancos me habían precedido al río; pero yo fui el primero en percatarme de lo maravilloso de este valle desde lo alto de esa roca. Ahora, Jorge, voy a concederle a usted un centenar de acres de tierra bien desbrozada. La tierra es tan rica, que podrá hacer dos cosechas por estación. Con un poco de ganado y buenas manos, muy pronto estará usted en extremo atareado.

-No esperaba obtener tanta tierra; y, en realidad, no tengo medios para pagarla.

-Ya hablaremos del pago cuando la granja empiece a dar beneficios. ¿Es su sobrino un muchacho fuerte y activo?

-Sí, y, además, tiene lo suficiente para comprar una buena granja.

-Haga usted de manera que se guarde su dinero para emplearlo en construir una casa cómoda para su futura esposa. Aquí casamos muy pronto a los jóvenes. Y su hija, Jorge, ¿estará bien dispuesta para esta dura vida de la frontera?

-No tenga usted ningún cuidado por Elena.

-Recuerde usted que lo más pesado del trabajo del explorador recae en las mujeres. ¡Dios las bendiga, por lo heroicas que se han mostrado! La vida es aquí bastante ruda para un hombre y, por lo tanto, más para una mujer. Pero esta existencia es apropiada para los hombres. Necesitamos muchachas... jóvenes, capaces de darnos hijos robustos. Sin embargo, siempre me causa tristeza ver llegar a una de ellas a esta frontera.

-Yo siempre supe lo que hacía al traer a Elena, y ella, por su parte, no se asustó -contestó Sheppard algo sorprendido por el tono del coronel.

-Nadie sabe lo que es esto hasta que ha vivido en la frontera. Pero todo lo que acabo de decirle no sirve más que para desalentarle a usted. ¡Ah! Ahí viene la señorita Elena con mi hermana.

El viril y hermoso rostro del coronel perdió su expresión severa y se iluminó con una sonrisa.

-Espero que habrá usted descansado bien después de su largo viaje.

-Pocas veces estoy fatigada y, por otra parte, me han proporcionado aquí las mayores comodidades. Debo dar las gracias a usted y a su hermana -replicó la joven ofreciendo su mano al coronel Zane e incluyendo a ambos en su mirada de gratitud.

La hermana del coronel era una mujer joven, esbelta y hermosa, cuya belleza morena resaltaba ventajosamente al lado de su compañera, que tenia el cutis blanco y sonrosado, el cabello dorado y los ojos azules.

A pesar de la belleza que, sin duda, poseía Elena Sheppard, eran sus ojos lo que más seducía al coronel. Eran extraordinariamente grandes, de tono azul oscuro que cambiaba a veces y que expresaban perfectamente todos sus pensamientos.

-Vamos a dar un paseo - dijo de pronto el coronel Zane.

Y en compañía del señor Sheppard, siguió a las jóvenes descendiendo por un sendero. Escoltó a sus compañeros hasta el Fuerte, en donde les mostró una larga sala, que tenía pequeñas aberturas cuadradas en las paredes de troncos, otros agujeros causados por los balazos, maderas ennegrecidas por el fuego y algunas manchas oscuras que sugerían de un modo terrible las penalidades y el heroísmo que había costado la defensa de aquella ruda estructura.

Obedeciendo a las reiteradas súplicas de Elena, el coronel Zane cedió a su debilidad de referir historias, y recitó la del último sitio sufrido por Fuerte Henry; de que manera el renegado Girty atacó el establecimiento con centenares de indios v de soldados ingleses; como, durante tres días, no hubo allí más que silbidos de balas, flechas incendiaras, demonios aulladores, fuego, humo y un ataque tras otro, en tanto que los valientes defensores permanecían en sus puestos, decididos a morir antes que rendirse.

-¡Eso es grandioso! -exclamó Elena con los ojos centelleantes- Sin duda fue entonces cuando Betty Zane acudió al Fuerte con la pólvora que había recobrado. ¡Oh! Ya he oído referir la historia.

-Que le cuente eso mi hermana-dijo el coronel sonriendo.

-¡Usted! ¿Fue usted?

Y los ojos de Elena brillaron más todavía, con la luz gloriosa de la juventud cuando oye hablar de grandes hazañas.

-Desde entonces mi hermana ha sido casada y viuda - dijo el coronel, en tanto que Elena examinaba el rostro triste y tranquilo de Isabel Zane, extrañada tal vez de que aquella mujer apacible pudiera ser la valerosa y renombrada Isabel Zane.

Con un movimiento impulsivo, la mano de Elena estrechó fuertemente la de su compañera. Y de aquel acto juvenil y cordial nació inmediatamente una profunda amistad.

-Ya me hago cargo de que en este lugar han de suceder cosas -dijo el señor Sheppard, deseoso de seguir oyendo aventuras de labios del coronel.

Este sonrió tristemente.

-Cada verano, durante quince años, ha sido sangriento en la frontera. Los sitios de Fuerte Henry, la derrota de Crawford, los dos hechos más importantes que se han conocido aquí, son asuntos ya históricos, de manera que sin duda los conocen ustedes. Pero las innumerables expediciones y los continuados ataques de los indios, las mujeres que los renegados han sometido al cautiverio, los granjeras asesinados, es decir, la guerra incesante, no dirigida contra un lugar determinado, sino a lo largo del curso entero del río, todo eso son cosas sobradamente conocidas por los exploradores. A cinco millas de Fuerte Henry puedo mostrar a ustedes los laureles de tres pies de altura sobre las cenizas de dos establecimientos, así como muchos claros donde algún desgraciado explorador se estableció después de reivindicar la propiedad de alguna tierra inmediata y edificó una cabaña de troncos solamente para

morir en defensa de su mujer y de sus hijos. Entre este lugar y Fuerte Pitt hay tan sólo un establecimiento, Yellow Creek, y muchos de sus habitantes son supervivientes de pueblos abandonados a cierta distancia río arriba. El verano pasado tuvimos la Matanza Morvin, el hecho más inhumano y más negro que se ha cometido jamás. Desde entonces Simón Girty y sus sanguinarios pieles rojas no han dado nuevas señales de vida.

-Sin duda tendrán ustedes una fuerza numerosa -dijo Sheppard.

-Siempre hemos procurado ser lo bastante fuertes, aunque nunca hay aquí muchos hombres. Durante el último sitio yo no tenía más que cuarenta defensores en el Fuerte, incluyendo en ellos a las mujeres y a los niños. Pero tanto los exploradores como las mujeres sabían manejar un rifle tan bien como los policías de la frontera.

-¿Hace usted alguna distinción entre los exploradores y los policías de la frontera? -preguntó Sheppard.

-Claro que sí. Yo soy un explorador; un policía de la frontera es un cazador de indios o escucha. Durante varios años mis cabañas albergaron a Andrés Zane, a Sam y a John McColloch, a Bill Metzar y a John y Martín Wetzel, todos los cuales han muerto. Ni uno solo consiguió salvar su pericráneo. Fuerte Henry está creciendo; tiene batidores, hombres del río, pero solamente dos policías de las fronteras. Wetzel y Jonathan son los dos únicos que han quedado de aquellos grandes hombres.

-Sin duda serán ya bastante viejos -preguntó Elena con una mirada ensoñadora.

-No en años, señorita Elena, como usted quiere decir. En cambio, sí en experiencia; pocos exploradores y ningún policía de la frontera alcanza una edad avanzada. Wetzel tendrá unos cuarenta años y mi hermano Jonathan es todavía joven; en cambio, ambos son viejos en conocimientos de la frontera.

Con la mayor vehemencia, como hombre que ama el asunto de que habla, el coronel Zane refirió a sus oyentes algunas cosas de aquellos dos notables policías de la frontera. Dieciséis años antes, cuando por su edad eran todavía unos muchachos, unieron sus suertes a la del coronel y viajaron por las montañas de Virginia; Wetzel dispuesto a dedicar la vida a la tarea vengadora que había escogido, y Jonathan para dar rienda suelta a su espíritu aventurero y a su amor por la soledad. Por una casualidad maravillosa, gracias a su astucia, habilidad o atrevimiento, ambos hombres sobrevivieron a los largos años de guerra en la frontera, que había de terminar las existencias de todos sus contemporáneos.

Durante largos años, Wetzel prefirió la soledad a la compañía; recorrió las comarcas semidesiertas en persecución de los indios, sus enemigos de por vida, y pocas veces aparecía por el establecimiento más que para dar aviso de alguna proyectada expedición de los indios. Jonathan también pasó mucho tiempo solo en los bosques o explorando las orillas del río. Pero en los últimos años se había desarrollado una amistad intensa entre los dos policías de la frontera. El interés mutuo los llevó a seguir juntos la pista de un famoso renegado, y cuando, después de muchos y largos días de paciente vigilancia y constante persecución, el bandido pagó una merecida pena por sus criminales actos, aquellos solitarios y silenciosos hombres eran amigos.

De constitución poderosa, rápido como un gamo, desconocedor del miedo e incansable, la sagacidad de sabueso de Wetzel, su ferocidad y carácter implacable, se equilibró con la fina inteligencia de Jonathan y su buen juicio, de manera que los dos se convirtieron en el azote de los pieles rojas y de los renegados. Su fama aumentaba cada verano, hasta que, por fin, los habitantes del establecimiento llegaron a considerar como la cosa más natural de este mundo las mayores hazañas de fuerza, de valor y de astucia, aun que todo el mundo celebraba la habilidad y la sagacidad de que ambos estaban dotados.

De común acuerdo, los exploradores atribuían a Wetzel y a Jonathan todos los hechos misteriosos, desde el hallazgo de un gordo pavo en la puerta de una cabaña, al descubrimiento de un salvaje desprovisto de su pericráneo y sacado a rastras de su escondrijo

inmediato a la fuente de algún colono. Y más se confirmaban en esta creencia por el hecho de que ambos héroes no hablaban jamás de sus hazañas. A veces un explorador que viviese en las afueras del establecimiento se despertaba por la mañana al oír un tiro de rifle; y cuando se asomaba a la ventana para mirar, fuera, veía a un indio muerto v tendido casi delante de la puerta de su cabaña, en tanto que más lejos, confundida con la niebla gris, se divisaba una alta figura que desaparecía. En otras ocasiones, al anochecer de un día de verano, cuando el colono acariciaba a sus hijos o fumaba tranquilamente su pipa después de un día de pesada labor en los campos, veía la oscura figura de Jonathan Zane que, sin ruido, salía de la espesura, para avisarle de que marchase cuanto antes con su familia hacia el Fuerte en busca de seguridad. Y cuando un colono era asesinado y sus hijos raptados por los indios, en tanto que la esposa era entregada a la brutalidad de algún renegado, tragedias por desgracia muy frecuentes en la frontera, Wetzel y Jonathan partían solos siguiendo la pista. Muchas mujeres blancas regresaron vivas y en numerosas ocasiones sin haber sufrido el menor daño; más de una joven fue capturada, rescatada y devuelta a su novio; pero en cambio eran casi incontables los huesos de los brutales hombres rojos que yacían abandonados en los profundos y oscuros bosques o se blanqueaban en las llanuras, como silenciosos y terribles testimonios de la severa justicia que les infligieron aquellos dos héroes.

-Tales son mis dos policías de la frontera, señorita Sheppard -acabó diciendo el coronel -. El Fuerte y todas esas cabañas no serían más que montones de cenizas negras de no existir ellos, y en cuanto a nosotros, nuestras esposas y nuestros hijos... ¡Dios lo sabe!

-¿No tienen ellos también esposas e hijos? -preguntó Elena.

-No -contestó el coronel con su amable sonrisa-. Tales alegrías no son para los policías de la frontera.

-¿Por qué no? Unos hombres magníficos como ellos merecen la felicidad - declaró Elena.

-Es necesario que sea así -dijo sencillamente el coronel -, pues no podrían dedicarse a su cometido de no ser tan libres como el viento. Wetzel y Jonathan no han tenido nunca novias. Creo que Wetzel amó una vez a una muchacha; pero él era un matador de indios, cuyas manos estaban teñidas en sangre. Por consiguiente, impuso silencio a su corazón y continuó la vida solitaria que había escogido. Jonathan parece no haberse dado cuenta de que existen las mujeres para encantar, agradar, ser amadas y tomadas como esposas. En cierta ocasión le dirigimos algunas burlas acerca de que sus hermanos cumplían con sus deberes cerca de la frontera v él exclamó: «Mi vida es la frontera y mi novia la Estrella Polar.»

Elena observaba con ensoñadores ojos las diminutas ondulaciones del agua que se deshacían contra las piedras de la orilla del río. Sin darse cuenta de la fuerte impresión que el relato del coronel le había producido, sentía, sin embargo, la grandeza de la vida de aquellos policías de la frontera v lo glorioso que sería para ella compartir el orgullo de aquella vida de protección.

-Oiga, Sheppard -dijo el coronel Zane al regresar a su cabaña-. Su hija tiene unos ojos magníficos. No puedo olvidar su centelleo. Y no tengo duda de que causarán más estragos en la guarnición que una banda de pieles rojas.

-¿Eso cree usted? ¿En esta región casi desierta? -preguntó Sheppard, incrédulo.

-Como se lo digo.

-¡Dios mío! ¡Lo que he sufrido a causa de esta muchacha! En donde antes vivíamos había, especialmente, un hombre que nos hizo desgraciados. Era rico y bien nacido; pero Elena no quería ni oír hablar de él. Y yo, tonto de mí, no supe evitar que me engañase. Prácticamente se apoderó de cuanto nos quedaba, y lo perdió al juego cuando Elena afirmó que antes prefería morirse que ser suya. En parte, por esta causa me llevé a mi hija. Luego tenía continuamente una serie de pretendientes, y ella es una muchacha pletórica de juventud. Yo esperaba poder casarla aquí con algún granjero y terminar mis días en paz.

-¿En paz? ¿Con unos ojos como los suyos? No lo espere usted en este mundo - exclamó Zane riéndose y dando una palmada en el hombro a su amigo-. Pero no se preocupe, Jorge. Usted no puede impedir dejar que su hija tenga esos ojos maravillosos, como no le es posible dejar de estar orgulloso de ellos. A mí me han conquistado ya, por más que sea un hombre medio salvaje. Pero ya le ayudaré a contener a esa inquieta señorita. Tengo alguna experiencia, Sheppard, no debe usted olvidarlo. Ante todo mi hermana, que es una verdadera Zane de cuerpo entero, lo cual es decir bastante. Es una muchacha tan dulce y orgullosa como una princesa india calzada con mocasines adornados con cuentas, y, además, una muchacha hermosa e impulsiva. Y como yo gozo de autoridad, creo natural que todo el trabajo, desde mantener dispuesta a la guarnición contra un ataque hasta arreglar asuntos amorosos, pese sobre mí. Por consiguiente le libraré a usted de este cuidado... ¡Hola! Hay forasteros en la puerta. Algo habrá ocurrido.

En efecto, media docena de individuos de aspecto rudo habían dado vuelta a "la esquina de la cabaña y se detuvieron ante la puerta.

-Bill Elsing y algunos de sus hombres de Yellow Creek -dijo el coronel Zane mientras se acercaba al grupo.

-Hola, coronel - dijo el que parecía el jefe de los demás -. Hemos perdido seis caballos y andamos buscándolos.

-¡Malditos seáis! ¿Sabéis que estos robos de caballos empiezan a ser interesantes? Y ¿a qué habéis venido?

-Pues porque encontramos a Jonathan en la montaña, al salir el sol, y nos hizo desistir. Dijo que tenía ya acorralados a dos caballos y que tal vez Wetzel podría encontrar los demás.

-Es extraño - replicó el coronel Zane muy pensativo.

-Me parece que Jack y Wetzel están siguiendo la pista de algunos pieles rojas y no quieren que les molestemos. Tal vez no había bastantes cabelleras para todos. Pero, sea lo que fuere, aquí estamos y pasaremos todo el día.

-Vamos a ver, Bill, ¿quién se dedica a robar caballos?

-Que me maten si lo sé. Pero es preciso confesar que los ladrones son gente hábil. A veces he llegado a sospechar que será algún blanco apoyado por varios indios.

Elena observó, cuando de nuevo se metió en la casa, que la esposa del coronel Zane parecía estar preocupada. Había desaparecido su apacible expresión. Con indiferencia inusitada en ella hizo cesar las bromas que le dirigían sus dos alegres hijos y volvió el rostro a su marido con ansiosa interrogación, cual si quisiera preguntarle si los recién llegados traían noticias de los indios. En cuanto él le aseguró que no se trataba de eso, pareció quedar muy tranquilizada y explicó a Elena que había visto tantas veces la llegada de unos hombres armados, para consultar al coronel acerca de misiones y expediciones peligrosas, que la sola presencia de un forastero le causaba un miedo insuperable.

-Estoy acostumbrada al peligro, pero, sin embargo, nunca puedo contener mis temores por mi marido y por mis hijos -dijo la señora Zane-. Cuanto más vieja me hago, más cobarde me vuelvo. ¡Oh, esta vida de la frontera es muy triste para las mujeres! Hace muy poco tiempo, mi hermano Samuel McColloch fue muerto de un tiro y le arrancaron el pericráneo en la orilla opuesta del río. Dirigíase el pobre a la fuente para tomar un cubo de agua. Perdí a otro hermano casi de la misma manera. Todos los días, durante el verano, casi con absoluta regularidad, un marido o un padre cae víctima de algún indio asesino. Mi marido tendrá algún día el mismo fin. La frontera reclama las vidas de todos ellos.

-Mira, Isabel, procura no comunicar tus temores a nuestra nueva amiga. Por otra parte, señorita Elena, no crea en la cobardía que quiere fingir - dijo sonriendo la hermana del coronel.

-Betty tiene razón, Isabel. No la asustes -dijo el coronel Zane -. Temo que hoy hemos hablado ya demasiado. La culpa la ha tenido usted, señorita Elena, porque estaba tan

interesada y es tan buena oyente, que no pude contenerme. Y, de una vez para siempre, permítame decirle que, con toda seguridad, encontrará usted bastante agitada la vida en estos lugares; pero muy pocos peligros la amenazan a usted. De todos modos, estoy persuadido de que tendrá algunos disgustos, pero no con indios ni con proscritos.

Guiñó el ojo a su hermana y a su esposa, De momento Elena no comprendió estas palabras, pero luego se ruborizó su hermoso rostro.

Poco tiempo después de esta escena, mientras desempaquetaba sus efectos, la joven oyó pisadas de caballo en el pedregoso camino acompañadas de fuertes voces. Corrió a la ventana y vio a un grupo de hombres ante la puerta.

-¿Quiere usted salir, señorita Sheppard? -preguntó la hermana del coronel Zane desde la puerta-. Mi hermano Jonathan ha regresado.

Elena se reunió con Betty en la puerta y miró por encima de su hombro.

-Bueno, Jack, por lo menos has cogido dos -dijo una voz que hablaba lentamente, en la que reconoció a Elsing.

Un hombre ágil y esbelto puso pie a tierra al desmontar de uno de los caballos; entregó la brida a Elsing y, pronunciando al mismo tiempo una sola palabra, se volvió y entró por la puerta. El coronel Zane le recibió allí. -Hola, Jonathan. ¿Qué ocurre?

-Algo muy desagradable -respondió con voz clara y fuerte el recién llegado.

El coronel Zane posó la mano en el hombro de su hermano y así permanecieron un momento, mostrando su extraordinario parecido, aunque el enérgico explorador era, en cierto modo, muy distinto del moreno policía de la frontera.

-A juzgar por el aspecto de tu rostro, ya me figuré que ocurre algo desagradable -dijo tranquilamente el coronel-. Espero que no traerás muy malas noticias para, ser el primer día en que ves a nuestros antiguos amigos de Virginia.

-¡Jonathan! -exclamó Betty en vista de que él no contestaba al coronel.

Al oír su voz, él se volvió a medias y sus ojos oscuros, firmes y vigilantes como los de un gamo temeroso, buscaron el rostro de su hermana.

-Betty, el viejo Jake Lane fue asesinado ayer por los ladrones de caballos y Mabel Lane ha desaparecido.

-¡Oh! -exclamó Betty. Pero no tuvo fuerzas para más.

El coronel Zane lanzó una maldición en voz baja.

-Ya sabes, Ebenezer, que yo me esforcé en lograr que Lane viviese aquí, en el establecimiento, teniendo - en cuenta la seguridad de Mabel. Pero él deseaba explotar aquella granja. Temo mucho que el objeto de este atentado no haya, sido el robo de los caballos, sino, más bien apoderarse de la muchacha. Las mujeres hermosas no son muy convenientes en la frontera o en .otro lugar cualquiera, según creo. Wetzel está siguiendo la pista, y yo he venido porque tengo graves sospechas… Ya te las explicaré a solas.

El policía de la frontera hizo una grave reverencia a Elena, aunque con una gracia nada afectada, a pesar de lo cual aquel movimiento cortés parecía impropio de él. La joven, ligeramente sonrojada y algo confusa por aquel encuentro con el hombre en torno del cual su romántica imaginación había tejido ya una historia, permaneció en la puerta después de dirigirle una rápida mirada y de ofrecerle la visión más encantadora, hermosa y dulce, de belleza femenina que el joven había contemplado en su vida entera.

Los dos hombres penetraron en la casa, pero sus, voces se oían claramente a través dé la puerta.

-Mira, Ebenezer; si Bing Legget o Girty llegan a conocer siquiera a esa muchacha de los ojos enormes, querrán apoderarse de ella aunque para eso tengan que incendiar Fuerte Henry y, en caso de que la rapten, Wetzel y yo seguiremos nuestra última pista.

III

Después de cenar, el coronel Zane llevó a sus huéspedes a un soportal lateral, en donde se les reunieron muy pronto la señora Zane y Betty. Los dos hijos del anfitrión, Noé y Samuel, que les habían precedido, estaban sentados a horcajadas en la baranda del soportal y, a juzgar por sus movimientos, parecía que montaban unos salvajes mustangs[1] indios.

-Hace bastante fresco -dijo el coronel Zane-, pero deseo que vean ustedes la puesta del sol en el valle. Además, una buena parte de sus futuros vecinos vendrán esta noche para darles la bienvenida. Es la costumbre de la frontera.

Disponíanse a sentarse al lado del señor Sheppard, sobre un banco rústico, cuando apareció en el marco de la puerta una doncella negra, llevando a una niñita sonriente y de negros ojos. El coronel Zane tomó a la niña y, levantándola en alto, exclamó con paternal orgullo

-Ésta es Rebeca Zane, la primera niña de los Zane y destinada a ser la más hermosa de la frontera.

-¿Me permite usted tomarla?-preguntó Elena con voz suave, tendiendo los brazos.

Tomó a la niña, la sentó sobre su rodilla y, hecho esto, abandonó su mirada solemne para expresar una alegría puramente infantil.

-Ahí vienen Nelly y Jim - dijo la señora Zane señalando hacia el Fuerte.

-Sí. Y también vienen mi hermano Silas y su esposa -añadió el coronel Zane-. La primera pareja la forman Jaime Downs, nuestro joven pastor, y Nelly, su esposa. Llegaron aquí hace cosa de un año. Jaime tenía un hermano, Joe, el muchacho más estupendo que jamás se vio, acometido por la fiebre de la frontera. Lo mató uno de los Girty. Fue una historia maravillosa y algún día se la contarán a ustedes el párroco y su mujer.

-¿Qué es la fiebre de la frontera?-preguntó el señor Sheppard.

-El impulso que les ha traído a ustedes aquí -replicó el coronel Zane riéndose cordialmente.

Elena miró con el mayor interés a la pareja que a la sazón entraba en el patio, y en cuanto llegaron al soportal vio que él era un hombre alto y corpulento, de porte franco y varonil, en tanto que su esposa era una mujercita esbelta, de cabello rubio como el oro y de rostro dulce y sonriente. Y saludaron a Elena y a su padre con la mayor cordialidad.

Llegó después Silas Zane, típico explorador bronceado y bien barbado, con su regordeta esposa. Luego se sumaron al grupo algunos de los habitantes de la población. Eran hombres rudos, que vestían trajes de piel de gamo muy usados, y mujeres de expresión seria, que llevaban unos trajes muy sencillos de lino gris. Dieron la bienvenida a los recién llegados con palabras vulgares, sencillas y corteses. Aparecieron entonces seis muchachos, después de doblar la esquina de la cabaña, y se acercaron con cierta vacilación. A Elena le parecieron todos iguales: altos, desmañados, de rostros morenos y manos enormes. Cuando el coronel Zane los interpeló alegremente, avanzaron con evidente embarazo y, por turno, magullaron materialmente la mano de Elena con sus callosas manazas. Luego se apoyaron de codos en la baranda y no cesaron de dirigirle miradas furtivas.

Poco después se congregaron en el soportal o en el patio un gran número de aldeanos. Después de saludar a Elena y a su padre, tomaron parte en la conversación general. Dos ó tres muchachas, las últimas en llegar, viéronse rodeadas por media docena de jóvenes, y sus carcajadas dominaban el zumbido de las conversaciones.

Elena examinaba aquella reunión con encontrados sentimientos de satisfacción y placer. Le importaba bastante más contemplar a los muchachos con quienes se podría relacionar en adelante, que los peligros de que otros le habían hablado. Sabía muy bien que en la

[1] Mustangs: potros mesteños.

frontera no existen las distinciones de rango. Aunque ella procedía de una antigua familia, y durante su infancia vióse rodeada de toda suerte de refinamientos y hasta de lujo, aceptó animosa los reveses de la fortuna y estaba dispuesta a olvidar su orgullo anterior. Necesitaba poder contar con amigos. Su corazón cálido, impulsivo y afectuoso tenía necesidad de verse rodeado de personas en quienes pudiera confiar. Por consiguiente, oyó con el mayor placer cuán infundados eran sus temores, y comprendió también que si no encontraba allí buenos y verdaderos amigos, ella sola tendría la culpa. De una mirada dióse cuenta de que la viuda hermana del coronel era su igual y tal vez su superior en educación y en nacimiento, y que Nelly Downs era la señora mejor educada y más simpática que había conocido en su vida. Las demás jóvenes también eran encantadoras y se mostraban francas, amables y cariñosas.

En cuanto a los muchachos, de los que habría cosa de una docena, Elena no pudo llegar a una conclusión. Le agradaba la rudeza de aquellos hombres y las señales de honrado trabajo que se advertía en sus personas. A pesar de su juventud, Elena fue muy solicitada a causa de sus atractivos personales y de este modo tenía, además de la natural intuición femenina, una experiencia nada despreciable. Las miradas de algunos de aquellos hombres, especialmente el atrevimiento con que la contemplaba uno llamado Roger Brant, a quien le presentó el coronel Zane, las había visto ya en otras ocasiones y, desde luego, la disgustaban. En conjunto, sin embargo, estaba muy satisfecha con la esperanza de tener nuevos amigos y futura prosperidad, y también sentía gran placer en la certidumbre de que su padre compartía sus sentimientos.

De pronto se dio cuenta de que había cesado la conversación. Levantó los ojos para contemplar la alta y esbelta persona de Jonathan Zane, mientras avanzaba por el soportal. La joven pudo observar que en la reunión parecía haber caído un jarro de agua fría. Era el reconocimiento involuntario de la presencia de aquel policía de la frontera que en todos ejercía un fuerte y sutil magnetismo.

-Hola, Jonathan. ¿Has venido a contemplar la puesta del sol? Esta tarde es bellísima - dijo el coronel Zane. El policía de la frontera saludó con la cabeza, casi dé un modo imperceptible, a todos los reunidos, se sentó junto a la baranda del soportal y, apoyándose en ella, dirigió sus miradas hacia el Oeste...

Elena se hallaba a tan corta distancia de él, que casi podría haberlo tocado. Percibía la misma extraña sensación de dominio de aquel hombre que ya experimentó al verle por vez primera. Pero no solamente sintió eso, sino también grande interés. Aquel hombre era, para ella, un personaje nuevo y extraordinario. La divirtió la noticia de que aquel muchacho se mostraba absolutamente indiferente hacia los encantos del sexo contrario v, aunque le costaba comprender tal cosa, se creyó capaz de vencer su indiferencia. Al levantar los párpados hízolo con el descuido propio de la mujer convencida de que la observan. A juzgar por la poca atención que le concedía Jonathan, podría creerse que no había notado siquiera su presencia. Así, pues, ya que se le ofrecía una buena oportunidad para contemplar a aquel hombre, que había llevado a cabo tantos actos legendarios, Elena lo miro con el mayor interés.

Vestía de pies a cabeza un traje de piel de gamo, suave, que se ajustaba perfectamente a su poderoso cuerpo. Llevaba unos mocasines con cuentas, bandas que le llegaban hasta más arriba de la rodilla y, en general, ofrecía un aspecto excelente, hijo de un buen cuidado. No llevaba arma alguna. El cabello negro caía abundante sobre los hombros; tenía un perfil regular, la nariz larga y recta, la barbilla enérgica y los ojos negros como la noche. En aquel momento estaban fijos en el valle y su rostro, en conjunto, daba una impresión de severidad y de calma.

Elena se preguntó si aquel rostro inmutable, triste, tranquilo y casi severo, cambiaría; cuando la niñita empezó a charlotear y tendió sus gruesos bracitos. La sonrisa de Jonathan, que apareció rápidamente, acompañada por un, resplandor cariñoso en los ojos, libró a Elena

de la extraordinaria repugnancia que empezaba a sentir hacia el policía de la frontera. Tal sonrisa, rápida como el rayo, demostró la bondad de aquel hombre, dando a entender que no era un ser que se hubiese alejado por su propia voluntad de la vida humana y del amor.

Al tomar a la pequeña Rebeca, una de sus manos rozó a Elena. Si él se hubiese impresionado por el contacto, como le habría ocurrido a un hombre corriente, tal vez ella no hiciera caso del incidente, pero como, al parecer, no se dio cuenta de que su propia mano había rodeado casi la de la joven, ésta no pudo dejar de sentir otra vez su personalidad singular. Comprendió que aquel hombre no pensaba absolutamente nada en ella. Por un momento eso no despertó su resentimiento, ya que, a pesar de su orgullo y de su carácter fogoso, la joven no conocía la vanidad, pero, en cambio, experimentó un grandísimo respeto involuntario por aquel hombre joven.

La pequeña Rebeca manifestó entonces la infidelidad propia de su sexo, porque en cuanto se vio en la rodilla de Jonathan, empezó a llorar, deseosa de volver a los brazos de Elena.

-Las niñas son criaturas muy raras -dijo él mientras sus ojos sonreían de un modo grave.

Devolvió a la niña y nuevamente se absorbió en la contemplación del sol poniente.

Elena miró hacia el valle y pudo contemplar el espectáculo más hermoso de cuantos viera en su vida. Entre las montañas y a gran distancia, hacia el Oeste, llameaba el cielo con resplandores rojos y dorados. El sol manteníase suspendido sobre el río y las brillantes aguas se confundían con el rojizo horizonte. Largos rayos de fuego carmesí cruzaban las tranquilas aguas. Algunas nubes purpúreas que había en lo alto del cielo recogían el fulgor y, auxiliadas por los tonos rosados y azules que había más allá, parecían otros tantos buques navegando en un mar que reflejaba todos los colores del prisma. Cada segundo veía una espléndida transformación. Lentamente el sol se sumergió en la dorada corriente. Una a una, las nubes, antes carmesíes, adquirieron tonos dorados y luego de color de rosa, para quedar, al fin, teñidas de gris. Lentamente se desvanecieron todos los colores y cuando el sol se ocultaba en el horizonte, el espacio quedó invadido por un fulgor suave de matices cálidos que, a su vez, fue adquiriendo grises tonalidades.

Elena se retiró poco después a su habitación, más pensativa que de ordinario, y se sentó junto a la ventana. Pasó revista a los acontecimientos de aquel primer día de su nueva vida en la frontera. Sus impresiones habían sido tantas y tan variadas, que deseaba clasificarlas. En primer lugar se sintió alegre y penetrada de dulce y cálido agradecimiento por el hecho de que su padre pareciera ser muy feliz y estar muy animoso por la esperanza. El rompimiento de los antiguos lazos fue, según a ella le constaba, algo muy serio para él. También comprendía la joven que su padre obró de este modo única y exclusivamente porque va no le quedaba nada que ofrecer a su hija en el antiguo hogar, en tanto que en el que acababan de establecerse había esperanzas y posibilidades. Además, ella veíase libre de las atenciones de un hombre cuya existencia le resultó muy molesta. Y después de pensar en su padre y en la antigua vida, fijó la mente en sus nuevos amigos de la actualidad. Sentía mucho agradecimiento por sus bondades y estaba decidida a hacer cuanto dependiese de ella para conquistar y- conservar su estimación.

Le sorprendió bastante observar que reservaba para Jonathan Zane el último y principal lugar en sus meditaciones. De pronto se atrevió a preguntarse en qué concepto tenía a aquel hombre batallador. Recordó el entusiasmo que había sentido por aquel héroe que le describiera el coronel Zane; luego, al verlo, sintió gran sorpresa y admiración por aquel joven y esbelto gigante; después la incredulidad, cierta ironía y gran respeto se sucedieron rápidamente en su cerebro y, por fin, sintió una inexplicable frialdad, que casi era resentimiento. Vióse obligada a confesarse que no sabía cómo conceptuar a aquel hombre, pero con toda seguridad era digno de tal nombre y también parecía evidente que tomaba la

vida muy en serio, sin tiempo, oportunidad ni gusto para pensar en el sexo .contrario. Esta última idea hizo sonrojar sus mejillas, pues recordaba haber esperado, si no con admiración, por lo menos que aquel héroe de la frontera se fijase siquiera en ella, aunque fuese de un modo pasajero.

Tomó un espejito de una mesa situada al alcance de su mano y, sosteniéndolo de modo que recogiera la luz que desaparecía rápidamente, se dedicó a contemplar su rostro con la mayor atención.

-Elena Sheppard -se dijo-, creo que, aprovechando la ocasión de tu llegada a un nuevo país, convendrá hablar con franqueza. Hasta ahora y posiblemente por habértelo dado a entender unos cuantos haraganes de las colonias y tal vez también a causa de tu propia fantasía, te creíste bastante bonita para ser admirada. Pero siempre es agradable salir de un engaño.

Pronunció estas palabras con cierto desdén, pues estaba enojada a causa del interés que sentía por un hombre y también por haber permitido que se trasluciera infantilmente aquel interés, deseosa como estaba de que él la tratase como los demás hombres. El espejo, aun a la escasa luz reinante, fue más sincero que ella, porque reflejó los dorados tonos de su magnífico cabello, las mil sombras hermosas de sus grandes y azules ojos, la blancura de su rostro, bello como una estrella, y la línea curva y suave de su cuello v de sus hombros.

Animada por un momento de cólera, arrojó el espejo al suelo, en donde se rompió en mil pedazos.

-¡Qué tonta soy! ¡Qué mal carácter tengo! -exclamó arrepentida-. Por suerte aún me queda otro espejo. ¿Acaso es posible interesar al señor Jonathan Zane, policía de la frontera, cazador de indios, héroe de cien batallas, que no ha tenido nunca novia? Seguramente no es posible. No me llegó a mirar una sola vez. Probablemente yo no lo esperaba. Estoy segura de no haberlo deseado. Sin embargo, él podría haber... Pero ¿qué tonterías estoy pensando acerca de un desconocido?

Antes de que Elena se sumiese en el sueño de aquella noche memorable, se prometió hacer caso omiso del policía de la frontera; se dio a sí misma la certidumbre de que no deseaba verlo otra vez. Y luego, con la mayor inconsecuencia, se juró curarle de su indiferencia.

En cuanto los huéspedes del coronel Zane se hubieron retirado y los aldeanos estuvieron de regreso en sus casas, aquél vióse ya en libertad de consultar con Jonathan.

-Bueno, Jack -dijo-. Estoy dispuesto a escuchar la historia de los ladrones de caballos.

-Wetzel asegura que el hombre que dirige esos robos habita aquí, en Fuerte Henry -contestó el joven.

El coronel había vivido lo bastante en la frontera para demostrar sorpresa; tarareó una canción, en tanto que la alegre expresión de su rostro desaparecía lentamente.

-En el último censo había en el Fuerte ciento diez hombres -contestó pensativo-. Conozco muy bien a un centenar, que me inspiran confianza. Hay algunos individuos nuevos, que van por el río en sus balsas, y además algunos forasteros que rondan en torno de la posada de Metzar.

-A Wetzel y a mí nos parece que ese individuo debe de ser muy listo y que lleva aquí el tiempo suficiente para conocer nuestros caballos y saber dónde se guardan.

-Es posible. Como Miller, que nos engañó a todos, incluso a Betty, cuando nos robó la pólvora y luego nos vendió a Girty -replicó malhumorado el coronel Zane.

-Exactamente. Pero con la diferencia de que ese individuo es mas ladino todavía y más resuelto que Miller.

-Tienes razón, Jack, porque el hombre que goza de nuestra confianza y nos hace traición, ha de ser de carácter muy resuelto. ¿Acaso no se imagina lo que será de él si le descubrimos o bien se figura que no somos capaces de escarmentarle?

-Lo sabe muy bien y en cuanto hace no hay más que un duelo entre su astucia y la nuestra.

-Dime ahora lo que habéis averiguado tú y Wetzel. El policía rural empezó el relato de los acontecimientos durante el reciente viaje que hizo con Wetzel por los bosques. Al regresar de una cacería y cuando pasaban por un marjal situado a muchas millas más allá de la montaña, camino de Fuerte Henry, encontraron las huellas de tres indios. Las siguieron hasta el anochecer. Entonces ambos se entregaron al descanso en espera de la aurora, por ser la hora más propicia para sorprender a los salvajes. Al continuar la persecución observaron que otros indios se, habían reunido con el grupo que seguían. Para los policías rurales esto indicaba sobradamente que se tramaba algo contra el establecimiento. Pero, incapaces de averiguar algo definido por medio de las huellas de los mocasines, siguieron apresuradamente aquella pista, para observar, al fin, que los indios se habían detenido.

Wetzel y Jonathan vieron, desde su escondrijo, que los salvajes tenían una mujer blanca prisionera. Lo más extraño fue que los indios permanecieron todo el día en el mismo sitio, no encendieron ninguna hoguera y vigilaron con la mayor atención.

Los dos observadores blancos se acercaron cuanto les fue posible y siguieron vigilando durante aquel día y la noche siguiente.

Por la mañana, muy temprano, en cuanto empezaron a apuntar los primeros resplandores de la aurora, se interrumpió el silencio a causa de algunas ramas que crujieron y de cierto sordo rumor como de lejanas pisadas. Los policías de la frontera tuvieron la impresión de que se acercaba otro grupo de indios; pero muy pronto pudieron ver que era un solo hombre blanco, que llevaba de la brida varios caballos. Se marchó antes de que fuese de día. Wetzel y Jonathan no pudieron verle claramente a causa de la poca luz, pero oyeron su voz y más tarde hallaron las huellas de sus mocasines. Por otra parte, pudieron reconocer los seis caballos como pertenecientes a los colonos de Yellow Creek.

En tanto que Jonathan v Wetzel consultaban entre sí acerca de lo que convenía; el grupo de indios se dividió y cuatro individuos partieron hacia el Oeste, en tanto que los restantes se dirigían al Norte. Wetzel siguió inmediatamente el camino del grupo más numeroso, que llevada a la prisionera y cuatro caballos. Jonathan pudo coger a dos animales que los indios habían dejado sueltos y los ató a un árbol del bosque. Hecho esto, siguió a los tres indios que se dirigían hacia el Norte.

-¿Qué más? -preguntó impaciente el coronel Zane, al observar que Jonathan se interrumpía como si estuviese indeciso.

-Uno de ellos pudo seguir su camino -dijo de mala gana-. Disparé contra él mientras corría como un gamo por entre las matas y creo que lo herí de gravedad. Luego tomé los caballos y me dediqué a seguir la pista del hombre blanco.

-¿Dónde terminaba?

-En el sendero de tierra dura que hay cerca de la herrería. Además ese individuo pasa con tanta ligereza como los indios.

-En tal caso no hay ninguna duda de que ese hombre vive aquí. Todavía no hemos perdido ningún caballo, pero la semana pasada el viejo Sam oyó un ruido en la cuadra y al ir allá encontró fuera a la yegua de Betty.

-Sin duda alguien que conoce el terreno se había propuesto robarla -sugirió Jonathan.

-Seguramente. Y es preciso descubrir al ladrón antes de que perdamos nuestros mejores caballos. ¿Adónde irán a parar esos animales? Los indios se llevarían cualquier caballo, sin hacer distinciones, pero ese ladrón solamente se lleva los mejores.

-Iré a reunirme en breve con Wetzel en la montaña y, entonces conoceremos ese detalle, porque él se ha encargado de averiguar adónde han llevado a esa muchacha blanca. El padre asesinado, la cabaña incendiada... El mismo crimen de siempre.

-Así es. ¡Pobre Mabel! Y ¿crees que habrá tenido que ver en su rapto ese ladrón blanco?

-No. Wetzel asegura que eso es obra de Bing Legget. Los shawnees pertenecían a su cuadrilla.

-Bueno, Jack, ¿qué debo hacer yo?

-Nada en absoluto, más que esperar -contestó el policía de la frontera.

El coronel Zane, antiguo explorador y aventurero como era, no pudo evitar un estremecimiento cuando se dirigía a su habitación. La mirada sombría de su rostro y su extraño silencio eran muy significativos.

IV

Las pocas personas que llegaron a ver a Jonathan Zane en el pueblo pudieron creer que el joven tenía su humor acostumbrado, apacible y ensoñador. Todos estaban habituados a su silencio y hacía ya mucho tiempo que se habían persuadido de que no dedicaba al trato social los escasos días que pasaba en el pueblo. Por la mañana solía ir en compañía del perro del coronel Zane a tenderse al pie de un olmo, al lado de una fuente, y por las tardes acostumbraba pasear sin objeto a lo largo del risco inmediato al río o por la ladera de la montaña. Por las noches se sentaba en el soportal de su hermano, fumando una pipa india. A partir de aquel día, desde el cual había transcurrido ya una semana, en que regresó con los caballos robados, sus movimientos y costumbres fueron exactamente los mismos que pudieran haberse esperado por parte de un policía de la frontera que no sintiese ninguna inquietud.

Pero, en realidad, Jonathan no era lo que parecía. Estaba muy bien enterado de cuanto sucedía en el establecimiento, hasta el punto de que con dificultad un pájaro hubiese podido entrar en el claro sin ser observado por él.

Por la noche, cuando los aldeanos se habían acostado ya, salía cauteloso hacia la estacada, acallando con algunas palabras cariñosas a los furiosos perros de guarda y luego iba de una a otra granja, para terminar su furtivo recorrido en el corral donde el coronel Zane guardaba sus caballos de raza.

Pero tales exploraciones nocturnas resultaron inútiles. No ocurrió nada extraordinario ni oyó el ladrido de un solo perro ni un roce cualquiera en la espesura o el silbido de un ave de rapiña.

En vano el policía de la frontera prestaba atento oído para percibir alguna señal nocturna dada por los indios al traidor blanco que moraba en el establecimiento. Durante el día aún sucedían menos cosas dignas de ser observadas por él. Las perezosas embarcaciones del río, que más merecían el nombre de balsas, hechas con troncos aserrados, seguían por el Ohio, corriente abajo, en su primero y último viaje; descargaban el grano, los licores o las mercancías que llevaban y luego eran desarmadas para utilizar la madera. Sus tripulantes regresaban por tierra a Fuerte Pitt, con objeto de tripular otra balsa. La guarnición del Fuerte desempeñaba sus deberes habituales, los agricultores labraban los campos, el herrero hacía despedir chispas a los hierros candentes, el constructor de carros trabajaba activamente en su banco y las amas de casa atendían a sus muchos quehaceres. Ningún forastero llegaba a Fuerte Henry y la vida apacible del pueblo no se veía interrumpida.

Casi a la puesta del sol de un largo día, Jonathan tomó el camino descendente, arenoso y muy transitado, que conducía a la posada de Metzar. Él no bebía y, por consi-

guiente, muy pocas veces entraba en el primitivo, oscuro y maloliente bar; y cuando las circunstancias exigían su presencia en aquel lugar, era evidente que no se le recibía con agrado. El primitivo dueño, soldado y explorador, y hombre muy rudo, llegó a Fuerte Henry cuando el coronel Zane fundó el establecimiento y murió a consecuencia del último ataque de Girty. Su sucesor, otro Metzar, era, según la creencia de Jonathan, tan malo como el whisky que servía. Más de un asesinato se había cometido en la posada. Incontables luchas a cuchillo o con el tomahawk mancharon de sangre el duro suelo de arcilla. Y más de un bandido fue acorralado allí. En una ocasión, el coronel Zane envió a Wetzel para que invitase a un ladrón proscrito a abandonar el establecimiento, pero de ello resultó algo no absolutamente inesperado, es decir, que fue necesario sacar en brazos el cuerpo del ladrón.

Jonathan recordó la mala fama de aquel lugar en toda la comarca fronteriza y se preguntó si Metzar sería capaz de decirle algo acerca de los ladrones de caballos. Cuando el policía de la frontera inclinó su alto cuerpo para franquear la puerta baja y claveteada de la posada, creyó ver una oscura figura que desaparecía en una estancia inmediata al bar. Y en el mismo instante un individuo barbado y vestido con ropa muy gruesa y ordinaria se apresuró a volverse.

-¡Hola! -dijo con acento hosco.

-¿Cómo está usted, Metzar? He entrado con objeto de ver si nos ponemos de acuerdo acerca de la venta de su yegua alazana -replicó Jonathan, persuadido de antemano de que el posadero no querría vender el animal. Por eso, precisamente, dio tal excusa.

-No haremos nada. Desde luego puedo asegurarle que no venderé esa yegua-replicó Metzar.

Y cuando se volvía para marcharse, los ojos de Jonathan registraron la sala entera. Su mirada fue correspondida por otras hostiles y furtivas de varios forasteros.

-Ésos no son capaces de robar una calabaza - murmuró Jonathan para sí mientras salía de la posada. Luego añadió receloso-: Metzar estaba hablando con uno y me pareció verle intranquilo. Ese hombre no me ha gustado nunca, de modo que convendrá vigilarlo.

El policía de la frontera volvió a tomar el sendero, reflexionando acerca de cuanto había oído decir contra Metzar. El coronel aseguró que aquel hombre gozaba de excesiva prosperidad para ser un posadero que tomaba pieles, grano o carne en pago de las copas de ron. Los chismes del pueblo le presentaban como hombre desagradable por ser soltero y taciturno y no desear la compañía de nadie. Jonathan recordó también el hecho de que los indios solían concurrir a la posada, lo cual le hacía más sospechoso. Bien es verdad que el coronel Zane recibía visitas de algunos pieles rojas, pero siempre existían buenas razones que lo justificaban. Jonathan pudo ver durante la revolución más de un hombre en quien se tenía confianza, que se convertía en traidor; estaba persuadido de que en cuanto hiciera algunas averiguaciones secretas se demostraría que aquel posadero auxiliaba a los ladrones de caballos si no estaba confabulado con ellos.

-Buenas noches, Jonathan Zane.

Este saludo de una voz clara y femenina distrajo a Jonathan de sus reflexiones. Levantó la mirada v vio a Elena Sheppard, que estaba en pie en la puerta de la cabaña de su padre.

-Buenas noches, señorita -dijo inclinando la cabeza y dispuesto a pasar de largo.

-Espere -dijo ella dando un paso para acercarse. Jonathan esperó junto a la puerta del cercado, en una actitud que demostraba cuán nueva era para él semejante llamada.

Elena, resentida de aquel saludo tan seco, le rogó que esperase sin saber siquiera lo que le diría. En cuanto empezó a andar por el sendero se sintió nuevamente subyugada por aquel hombre. Y al lamentar su impulso, perdió la confianza.

Una vez hubo llegado a la puerta del cercado, levantó los ojos, deseosa de hablar, pero fue incapaz de hacerlo en cuanto observó la frialdad y la grave expresión del rostro de él y la

mirada escrutadora de sus ojos. Se sonrojó ligeramente y luego, dándose cuenta de una turbación nueva v extraña, se ruborizó intensamente mientras hacía una observación, que ella misma juzgó estúpida, acerca de la puesta del sol. Y al notar que él tomaba en serio tales palabras se sintió culpable de su falta de sinceridad. Cualesquiera que fuesen las faltas de Elena, y no escaseaban, era una muchacha sincera, y como no se había asomado a la puerta para observar la puesta del sol sino a esperarle a él, para que pudiese contemplarla como lo hacían otros, su inocente ardid le pareció despreciable.

Entonces, con la rápida intuición femenina, comprendió que las coqueterías eran inútiles con aquel hombre, y, sonriendo, dominó su encogimiento y su humillación para decir la verdad.

-Deseaba pedirle a usted un favor y estoy algo asustada-hablaba con timidez juvenil que todavía aumentó cuando él la miró -. ¿Por qué... por qué me mira usted de ese modo?

-A cierta distancia de aquí hay un lago en donde, según aseguran los shawnees, se aparece muchas veces el fantasma de una mujer a quien ellos asesinaron -contestó Jonathan-. Ahora se parecía usted bastante a su espíritu, porque la luz plateada de la luna aumenta todavía su blancura y su belleza.

-¿De modo que mi traje blanco me hace parecer un fantasma? -contestó ella, aunque sorprendida y gozosa de haber recibido tan inesperada respuesta. Aquel hombre estaba lleno de sorpresas -. No sabe usted las molestias que tuve que sufrir para traer aquí mis trajes. No sé cuándo podré ponérmelos. Éste es el más sencillo.

-Pues resulta muy nuevo v elegantísimo para la frontera - dijo él con ojos sonrientes.

-Cuando haya terminado los que tengo, ya no podré proporcionarme otros que no sean de lino - dijo ella con acento alegre, aunque en sus ojos se advertía el recelo de lo que pudiesen traerle los años venideros.

-¿Será usted feliz aquí?

-Lo soy. Siempre he deseado ser útil en el mundo. Le aseguro a usted, señor Zane, que no soy la mariposa que parezco. He trabajado mucho todo el día, es decir, hasta que llegó su hermana Betty. Todas las jóvenes me han ayudado a arreglar la cabaña hasta el punto de que ha quedado mucho más cómoda de cuanto yo hubiese podido imaginar en un lugar como el de esta frontera. Mi padre se encuentra aquí muy bien y eso me hace feliz. No he tenido tiempo para sentir temores. Los jóvenes de Fuerte Henry han sido... En fin, se han mostrado muy atentos. Y hasta podré añadir que se han pasado aquí el día.

Se rió un poco al hacer esta última observación y luego le miró modestamente.

-Es una costumbre de la frontera -dijo él.

-¿De veras? ¿De modo que todos los jóvenes hacen frecuentes visitas, y permanecen en las casas hasta una hora avanzada?

-Así es.

-Pues usted no lo hizo-replicó ella-. Es usted el único que no ha venido a verme.

-Yo no trato a las jóvenes - contestó él con grave sonrisa.

-¿No? ¿Acaso espera que ellas vengan a solicitar su trato? - preguntó sintiéndose más a gusto, puesto que había obligado a hablar a aquel hombre taciturno.

-Soy un policía de la frontera - replicó Jonathan.

Había cierta dignidad o tristeza en su respuesta, que recordó a Elena el retrato que le hiciera el coronel Zane de la vida de un policía de la frontera. Eso la impresionó mucho. Allí estaba aquel joven gigante, erguido y bello,, ante ella y tan rudo como cualquiera de los fresnos de su amado bosque. ¿Quién sería capaz de fijar el momento en que aquella vida fuerte y vigorosa podría terminar bajo, el hacha de un indio?

-¿De modo que, para usted, la amistad no existe? preguntó ella.

-En la frontera, los hombres son muy serios.

Estas palabras recordaron a Elena la conversación sostenida con Betty acerca de las atenciones de que los jóvenes la harían objeto y el anuncio de que la seguirían y lucharían por ella, sin dejarla en paz, hasta que uno, el más favorecido, se la llevase a su cabaña en calidad de esposa.

No podía conversar del modo habitual y convencional con aquel policía de la frontera y por eso permaneció silenciosa unos momentos. Comprendía más que nunca la diferencia existente entre aquel hombre y los demás y lo miró con la mayor atención mientras él fijaba su vista más allá del río. Tal vez algo de lo que ella dijo le recordó los numerosos placeres y alegrías que había perdido. Mas ella no podía adivinar sus pensamientos. No estaba acostumbrada a los rostros impasibles y a los ojos fríos, en cuyo fondo no observaba ningún resplandor. Era probable que el joven pensara entonces en asuntos propios de su vida salvaje y libre, en su compañero Wetzel, que se hallaría por entre aquellas montañas abruptas. Entonces ella recordó que el coronel le había hablado del amor de su hermano por la Naturaleza en todas sus formas; de cómo observaba las sombras del atardecer o se sumía en la contemplación del último reflejo cobrizo del cielo occidental o contemplaba la brillantez de las estrellas. Era posible que hubiese olvidado incluso la presencia de la joven. La oscuridad se extendía rápidamente sobre ellos y aquel atardecer tranquilo y gris los envolvía en su misterio. Él era una parte de la Naturaleza que les rodeaba y Elena no podía tener la esperanza de comprenderle; mas, sin embargo, dióse cuenta de que se hallaba ante una personalidad que no era vulgar. Quiso hablar para expresar la fuerte simpatía que sentía, pero no supo cómo decírselo a aquel policía de la frontera.

-Si; cuanto me ha dicho su hermana acerca de la frontera es cierto, .pronto necesitaré un amigo-dijo después de pensar bien sus palabras.

Le contemplaba con modestia pero sin timidez, mirándole a los ojos. Y en vista de que él no contestaba, habló de nuevo.

-Quiero decir un amigo como usted o como Wetzel. -Puede usted contar con ambos -replicó él.

-Muchas gracias -dijo ella con acento suave, dándole la mano-. No lo olvidaré. Deseo decirle otra cosa. ¿Querrá usted faltar, en mi obsequio, a una costumbre de los policías de la frontera?

-¿Cómo?

-Pues viniendo a verme cuando se encuentre en el establecimiento.

Elena pronunció estas palabras en voz baja y casi con acento sollozante, pero miró con franqueza a su interlocutor. Resplandecían los enormes ojos de la muchacha, que estaban suplicantes, aunque también orgullosos, con la honesta petición de una mujer que pide una correspondencia correcta. También en ellos se expresaba, para el caso de que el joven hubiese podido comprenderla, la promesa de maravillosas posibilidades.

-No - contestó él con acento cariñoso.

Elena no estaba preparada para semejante negativa. Estaba interesada por él y no se avergonzaba de darlo a entender. Únicamente temía que él la comprendiese mal; pero que rechazara su oferta amistosa le pareció inesperado. Tal respuesta la juzgó descortés, mientras se sonrojaba intensamente, pero luego su rostro se puso tan pálido como la luna. Mas a pesar de su resentimiento, experimentó una emoción nueva, fuerte y dulce. Él rechazaba su amistad porque no se atrevía a aceptarla, porque su vida no le pertenecía, porque era un policía de la frontera.

Mientras permanecían así, Jonathan parecía estar muy turbado y perplejo. Comprendió que la había ofendido, y cuando no sabía qué decir y vio que Elena lo miraba afablemente con sus ojos maravillosos, de pronto, de entre la oscuridad que los rodeaba, surgió la corpulenta figura de un hombre.

-¡Ah, señorita Elena! Buenas noches -dijo.

-¿Es usted, señor Brandt? -preguntó Elena-. Desde luego conocerá usted al señor Zane.

Brandt correspondió al saludo de Jonathan con una reserva que, sin duda, no existió al dirigirse a Elena. Y hasta incluso se sobresaltó ligeramente cuando la joven pronunció el nombre del policía.

Siguió una breve pausa.

-Buenas noches -dijo Jonathan.

Inmediatamente se alejó, dejándolos solos.

Había observado el movimiento de sorpresa por parte de Brandt, por más que fue muy leve, y pensaba acerca de ello mientras se alejaba. Tal vez Brandt se hubiese asombrado de encontrar al policía de la frontera hablando con una joven, ya que este hecho, por lo menos con respecto a Jonathan, no tenía precedentes. Mas, por otra parte, era posible que Brandt tuviese diferentes razones, y Jonathan quería averiguar cuáles podrían ser.

En sus reflexiones apenas se fijó en Elena. No se le ocurrió siquiera la posibilidad de que ella lo encontrase muy agradable. Recordó lo que le dijera Betty acerca de Elena y de sus admiradores, y particularmente de Roger Brandt; pero no le importaba gran cosa ni tenía curiosidad de saber algo más de ella. Admiraba a Elena porque era hermosa, pero su sentimiento se parecía mucho al que podría haber experimentado por un gamo gracioso, un árbol lleno de hojas o una piedra cubierta de musgo en un arroyo murmurador. El rostro y la figura de la joven, a pesar de ser perfectos y atractivos, no habían logrado sacarlo de su indiferencia.

Al llegar a la casa de su hermano, encontró al coronel y a Betty sentados en el soportal.

-Ebenezer, dime quién es Brandt-rogó.

-¿Roger Brandt? Es un franco-canadiense. Vino aquí hace cosa de un año, procedente de Detroit. ¿Por qué lo preguntas?

-Porque quiero saber algo más acerca de él.

El coronel Zane reflexionó un momento, primero acerca de aquella petición extraordinaria por parte de Jonathan, y luego, al darse cuenta de que apenas sabía quién era Roger Brandt.

-Pues, mira, Jack, no puedo decirte gran cosa; apenas sabemos algunos detalles. Dice que ha sido explorador, cazador, viajero, soldado, comerciante... en fin, que ha hecho de todo. Al llegar al Fuerte necesitábamos hombres. Eso fue después del sitio de Girty y todas las cabañas habían sido incendiadas. Brandt parecía honrado v buen muchacho. Además tenía oro. Empezó el negocio de las almadías procedentes de Fuerte Pitt. Ha prestado buenos servicios al establecimiento y, desde luego, ha prosperado. Yo no he hablado una docena de veces con él y nunca largamente. Parece que le gusta la gente joven, cosa, en resumidas cuentas, muy natural. Eso es cuanto sé. Betty podría añadir algo más, porque él procuró mostrarse muy atento con ella.

-¿De veras, Betty? -preguntó Jonathan.

-Sí. Me siguió hasta que le di a entender que no me gustaba su compañía -contestó Betty.

-Y ¿qué clase de hombre es?

-Nada sé contra él, aunque no me ha gustado. Está mejor educado que la mayoría de los habitantes de la frontera. Tiene buen carácter. Es agradable y resulta simpático a todo el mundo.

-Y, ¿por qué no piensas tú como los demás?

Betty pareció sorprenderse de aquella pregunta atrevida, pero luego contestó, riéndose

-Nunca he tratado de averiguar el porqué, pero ya que lo he dicho añadiré que mi desagrado fue instintivo.

En cuanto Betty se hubo retirado a su habitación, los dos hermanos continuaron fumando en el soportal.

-Betty es una muchacha muy perspicaz, Jack. No he visto jamás que se equivoque al juzgar a un hombre. Mas, ¿por qué te interesa tanto ese Roger Brandt?

Jonathan chupó en silencio su pipa.

-Oye, Jack -dijo de pronto el coronel Zane-. ¿Acaso relacionas de algún modo a Brandt con estos robos de caballos?

-No más que a algunos y menos que a otros -replicó secamente el joven.

Durante un rato no cruzaron una palabra. Ambos hermanos consideraban aquella hora, inmediatamente después del crepúsculo, como sumamente grata y apacible. Reinó el silencio desde la última fase del crepúsculo hasta que cerró la noche. Los insectos nocturnos empezaron a chirriar, produciendo un zumbido suave e incesante. Desde la oscuridad llegaba a sus oídos el croar de las ranas.

De pronto el policía de la frontera se enderezó y, quitándose la pipa de la boca, volvió el oído hacia la suave brisa, mientras, al mismo tiempo, una de sus manos oprimía la rodilla del coronel, para darle un mudo aviso.

El coronel Zane sabía muy bien lo que significaba aquella presión. Algún ruido débil, demasiado tenue para la mayor parte de los oídos, llegó hasta los del policía. El coronel escuchó, mas no pudo oír cosa alguna, aparte de los ruidos familiares de la noche.

-¿Qué oyes, Jonathan? -preguntó en voz muy baja.

-Algo ocurre detrás del henil-replicó Jonathan alejándose sin ruido, en dirección a los escalones. Luego se tendió en el suelo y acercó el oído a la tierra.

-¿Dónde está el perro?-preguntó.

-Se lo habrá llevado Sam. El viejo negro sale muchas veces a esta hora para ir a ver a su hija.

Jonathan permaneció unos momentos tendido sobre la hierba; luego, repentinamente, se levantó del mismo modo que lo hace un arbolito que ha sido inclinado hacia el suelo.

-Oigo pasos. Prepara los rifles -dijo en voz baja y enérgica.

-¿Hay alguien en el henil?

-No. Están fuera. Aprisa, pero sin ruido.

Apenas el coronel Zane se había puesto en pie, cuando su esposa llegó a la puerta y lo llamó por su nombre. Instantáneamente, desde algún punto sumido en la oscuridad que había más allá del camino, surgió un leve silbido de aviso.

-Una señal -exclamó el coronel Zane.

-¡Aprisa, Ebenezer! Fíjate en la luz de la casa de Metzar. Una, dos, tres sombras... ¡Indios!

-¡Por Dios! Ya se han marchado. Pero es imposible confundir esas cabezas redondas y las plumas que llevan.

-Shawnees -dijo el policía de la frontera mientras sus dientes se cerraban cual si fuesen una trampa de acero.

-Quieren robar los caballos, Jack, y alguno de ellos estaba al acecho. ¡Dios mío, y eso ante nuestras narices!

-¡Aprisa! -exclamó Jonathan, empujando a su hermano para que saliera del soportal.

El coronel Zane siguió al joven para atravesar el patio, el camino y la plaza cubierta de hierba.

-Tal vez encontremos al que dio la señal-dijo el coronel- Estaba muy cerca y no puede haberse alejado.

El coronel Zane estaba en lo cierto, porque quien había silbado no tenía más que dos caminos para huir: o bien el que se le ofrecía en la parte delantera o saltar la alta cerca de estacas del Fuerte.

-Por ahí va-murmuró Jonathan.

-¿Dónde? No veo nada.

-Atraviesa la plaza, da la vuelta al Fuerte y tómale la delantera por el camino. No intentes detenerle porque es posible que vaya armado. Limítate a averiguar quién es.

Durante unos instantes Jonathan pudo seguir contemplando la forma que vio salir de la oscuridad junto a la estacada y luego alejarse rápidamente por el camino. La siguió en silencio y sin perder momento. Luego una luz proyectaba algunos resplandores a través del camino. Figuróse que se acercaba a un patio, en donde habría fuego. Las llamas resultaron ser una hoguera de piñas que ardía en el patio de Elena Sheppard. Entonces recordó que ésta daba una fiesta a la que había invitado a la gente joven.

La figura que perseguía no pasó más allá del resplandor del fuego. Jonathan tuvo la certeza de que desapareció antes de llegar a aquel lugar y estaba demasiado seguro de sus ojos para no confiar en ellos absolutamente. Se acercó al patio y ovó el murmullo de voces que sostenían alegre conversación, y muy pronto vio unas figuras que iban de un lado a otro, por debajo de los árboles.

Sin ninguna duda díjose que el hombre que había dado la señal para avisar a los indios era uno de los invitados de Elena Sheppard.

Jonathan había atravesado la calle y luego siguió sendero abajo, antes de ver al coronel procedente de la dirección opuesta y, deteniéndose bajo un arce, esperó la llegada de su hermano.

-No he encontrado a nadie. ¿Lo has perdido de vista? - murmuró jadeante el coronel.

-No. Está ahí dentro.

-Ésta es la casa de Sheppard. ¿Quieres decir que se oculta ahí?

-No.

El coronel Zane maldijo como de costumbre cuando estaba exasperado. Bueno y generoso como era, le costaba mucho creer en la culpabilidad de cualquiera de los jóvenes que le habían inspirado confianza. Pero Jonathan acababa de decir que entre ellos había un traidor, y el coronel no intentó siquiera contradecirle, porque conocía a su hermano. Durante años llenos de lucha, de guerras y de sangre, había vivido con aquel hombre silencioso, que apenas pronunciaba unas palabras, pero siempre eran verdaderas. Por consiguiente, el coronel se entregó a la cólera.

-Bueno. Eso no me sorprende demasiado. Y ¿qué hacemos ahora?

-Averiguar qué hombres están ahí dentro.

-Eso es fácil. Iré a ver a Jorge y pronto conoceremos la verdad.

-Nada de eso -dijo el policía, muy decidido -. Vuelve al henil a echar una ojeada a los caballos.

En cuanto el coronel Zane se alejó para obedecer, Jonathan se dejó caer en el suelo a gatas y, rápidamente, con los movimientos ágiles y propios de un indio, se acercó a un rincón del patio de Sheppard. Acurrucóse a la sombra de un enorme ciruelo y luego, aprovechando una oportunidad favorable, franqueó la cerca y desapareció bajo unas lilas. La velada no fue más aburrida para el policía de la frontera que para aquellos jóvenes que murmuraban tiernas o divertidas palabras en los oídos de sus parejas. El tiempo y la paciencia eran lo mismo para Jonathan Zane. Mantúvose oculto bajo las aromáticas lilas, acostumbrado, desde largos años, a permanecer en la oscuridad, sin perder ningún movimiento de los invitados. Por fin resultó evidente que la reunión había llegado a su término. Una pareja tomo la iniciativa y dio las buenas noches a la dueña de la casa.

-Espero, Tom Bennet, que no seas tú -murmuró el policía para sí, al reconocer al joven.

Siguió un movimiento general hasta que el alegre grupo se hubo reunido en torno de Elena y cerca de la puerta exterior.

-Apostaría, Jim Morrison, a que tampoco eres tú -añadió Jonathan-. Ese soldado Williams es dudoso; Hart y Johnson, que son extranjeros, resultan caras desconocidas en este lugar. Pero queda Brandt.

Todos se marcharon, a excepción de Brandt, que se quedó hablando con Elena en voz baja y vehemente. Jonathan permaneció muy quieto e indeciso acerca de lo que haría a continuación para aclarar el misterio. Hizo muy poco caso de la joven pareja, pero no pudo dejar de enterarse de su conversación.

-Realmente, señor Brandt, ustedes, los habitantes de estas regiones fronterizas, no tienen nada de tímidos -decía Elena con su voz clara-. Me sorprende el hecho de que me ame usted cuando apenas me conoce, v lo siento también porque todavía no sé si realmente es usted una persona simpática.

-La amo. Los hombres de la frontera obramos siempre con gran rapidez-replicó él con la mayor vehemencia.

-Así parece-dijo ella riéndose.

-¿No podrá usted quererme? -suplicó él.

-Lo único que puedo asegurarle es que no sé, ni remotamente, lo que haré-contestó Elena.

-Todos esos muchachos están enamorados de usted. No pueden evitarlo, como tampoco me es posible a mí. Es usted una muchacha hermosísima. Déme, por lo menos, alguna esperanza.

- ¡Suélteme la mano, señor Brandt! No me gustan los hombres tan impulsivos.

-No sea usted tan severa y permítame que le estreche la mano.

-De ninguna manera.

-Pues lo haré, y si vuelve usted a mirarme así no la soltaré -amenazó él.

-¿Habráse visto atrevido? -replicó la joven sin mostrarse alarmada, pero con voz más seria.

-Le daré un beso -exclamó él.

-No se atreverá.

-¿Que no? No nos conoce usted todavía. Tenga en cuenta que una muchacha tan hermosa como usted, que nos sonríe y nos mira con esos ojos, nos hace enloquecer. Y es muy razonable que, a su vez, pague la penitencia por el mal que hace.

Jonathan escuchaba, muy aburrido, aquella conversación amorosa, hasta que por fin empezó a sentirse interesado. Brandt le daba la espalda y Elena estaba situada de tal modo que la luz de la hoguera alumbraba su rostro. Brillaban sus ojos, mas aparte de este detalle, parecía muy dueña de sí misma. Brandt le estrechaba la mano, a pesar de los esfuerzos que ella hacia por libertarla, pero no luchó por conseguirlo ni tampoco gritó.

De pronto Brandt le cogió la otra mano y atrajo a la joven hacia sí.

-Todos esos muchachos la besarán a usted, pero yo quiero ser el primero-declaró con pasión.

Elena quiso retroceder, ya alarmada por el aspecto de aquel hombre. La habían avisado anteriormente contra el atrevimiento de los jóvenes de aquella región, pero hasta entonces se sintió segura en su orgullo y dignidad. Le hervía la sangre al pensar que se vería obligada a usar de la fuerza para evitar un insulto. Y cuando Brandt inclinó la cabeza, ella luchó con la mayor violencia. Muerta de miedo, decidió gritar para pedir auxilio, cuando sintió una sacudida que casi la derribó. En el mismo instante quedaron sus manos libres; oyó un grito de cólera, un golpe y luego el choque de un cuerpo al caer a tierra. Recobrando el equilibrio, vio a su lado a un hombre muy alto y a otro que se levantaba del suelo.

-¿Usted? -murmuró Elena al reconocer a Jonathan. El policía de la frontera no contestó. Dio un paso adelante, deslizando la mano en el interior de su chaqueta de caza. Brandt se puso ligeramente en pie, con el rostro que aun a la escasa luz reinante aparecía

agitado por el furor; luego se inclinó hacia delante para mirar al recién llegado. También él tenía la mano oculta en el interior de la chaqueta, cual si quisiera empuñar un arma, pero no la sacó.

-Oiga usted, Zane. Habría sido más fácil olvidar un golpe no tan fuerte como ése -dijo con voz clara e incisiva. Luego se volvió a la joven, exclamando-: Señorita Elena, he recibido el castigo que merecía. Le ruega que me perdone y quiera comprender a un hombre que en otro tiempo fue caballero. Y si ya no lo soy, la frontera tiene la culpa. Estuve loco al tratarla como lo hice.

Dicho esto, hizo una reverencia con la gracia propia de un hombre acostumbrado al trato de las señoras y atravesó la puerta.

-¿De dónde ha salido usted? -preguntó Elena a Jonathan.

É1 señaló las lilas.

-¿Estaba usted ahí? -preguntó ella, extrañada-. ¿Lo oyó todo?

-No he podido evitarlo.

-He tenido mucha suerte. Pero, ¿por qué... por qué estaba usted ahí?

Elena dio un paso para acercarse a él y le miró con gran curiosidad. Sus grandes ojos parecían negros a fuerza de excitación.

El policía guardaba silencio.

Cambió instantáneamente el humor, hasta aquel momento afable, de Elena. En el rostro frío de su interlocutor no había nada que demostrase un sentimiento similar al de sus admiradores.

-¿Me ha espiado usted? -preguntó rápidamente, después de reflexionar un instante.

-No -replicó Jonathan con acento tranquilo.

Elena miró muy perpleja a aquel hombre extraño. No sabía cómo explicárselo; estaba irritada, mas hizo cuanto pudo por disimularlo. Él no sentía ningún interés por ella y, sin embargo, se había ocultado bajo las lilas de su patio. Estaba agradecida de que le hubiese evitado un acto desagradable, pero no podía imaginarse siquiera la razón de su presencia.

-¿Ha venido usted para verme?-preguntó olvidando su enojo.

-No.

-¿Para qué, pues?

-No quiero decírselo -contestó con acento apacible y firme a la vez.

Elena, exasperada, golpeó en el suelo con el pie.

-Tenga usted cuidado de que no atribuya su extraño acto a un motivo desagradable -dijo fríamente-. Si tiene usted razones para haber venido, es preciso que confíe en mí. Y si solamente...

-¡Chitón! -dijo él cogiéndole la muñeca y sosteniéndola con firmeza en su mano poderosa.

La actitud de aquel hombre se había alterado rápida y sutilmente. Su aspecto descuidado e indiferente no se observaba va, v su esbelto cuerpo se puso rígido al inclinarse hacia delante, acercando la cabeza al suelo y volviéndose ligeramente, cosa que indicaba la atención con que estaba escuchando.

Elena se echó a temblar, sintiendo que el poderoso cuerpo de su interlocutor se estremecía. Cualquiera que fuese la causa que le había cambiado de tal modo, ello le ofreció un nuevo aspecto de su compleja personalidad. Parecíale increíble que con una exclamación en voz baja, aquel hombre pudiera transformarse desde la fría indiferencia hasta un fuego y una fuerza tales, que la dominaban por completo.

Él permaneció inmóvil como una estatua y escuchando; mas no oyó ningún ruido, aunque sentía la emoción causada por el contacto de su mano con a el brazo de la joven.

A grande altura en la montaña ululaba tristemente un búho, y un instante después, lejana v débil, se oyó la respuesta, tan baja que apenas podía distinguirse.

El policía de la frontera se irguió y soltó a su compañera.
-Es el chillido de un búho y nada más -dijo ella tranquilizada.
Los ojos de él resplandecieron extraordinariamente.
-Es Wetzel, v con esa señal me indica la presencia de algunos indios.
Dicho esto desapareció en la oscuridad.

V

En la brumosa penumbra de la mañana, el coronel Zane armado de pies a cabeza, paseaba por delante de su cabaña haciendo la guardia. Había vigilado durante toda la noche. No considero necesario mandar a su familia al Fuerte, en el que muchas veces se vieron obligados a refugiarse. En la noche anterior, Jonathan volvió presuroso a la cabaña y pronunció solamente dos palabras. Luego tomó sus armas y se desvaneció en la negra noche. Sus palabras fueron: «Indios, Wetzel ». Pero eran las más significativas, tal vez, de cuantas pudiesen oír los habitantes de la frontera. El coronel creía que Wetzel había hecho alguna señal a Jonathan.

Hacia el Oeste, una profunda garganta de taludes cortados a pico separaba el establecimiento de un montículo elevado y cubierto de bosque. Wetzel solía regresar de sus viajes por aquel difícil camino. Con toda seguridad vio huellas de indios y comunicó el hecho a Jonathan, gracias a su clave consistente en determinado número de chillidos de alguna ave nocturna. La proximidad del poderoso cazador tranquilizó al coronel Zane.

Cuando el coronel regresó de su persecución en la noche anterior, fuése directamente al establo, en donde vio que los indios habíanle robado su caballo de pura sangre y el poney de Betty. Ello le puso furioso, no a causa del valor de los caballos, sino porque Bess era su bayo favorito y Betty amaba extraordinariamente a su poney Madcap. Era realmente muy duro que le hubiesen robado de aquel modo después de haber visto y oído a los ladrones. Había llegado ya la ocasión de acabar de una vez con los cuatreros. Ningún indio, con toda seguridad, planeó tales expediciones de merodeo. Al frente de la banda había un hombre blanco inteligente, a quien sería preciso hacer pagar su traición.

Sin embargo, la irritación del coronel cesó muy, pronto. Después de reflexionar acerca del particular, comprendió que podía darse por satisfecho de que el asunto hubiése terminado sin derramamiento de sangre. Seguramente los ladrones tenían la intención de llevarse todos los caballos y quizá también los del vecino, pero el plan se frustró gracias a la sagacidad de Jonathan. Aquellos shawnees, estuviesen o no dirigidos por un hombre blanco, no volverían a correr semejantes riesgos.

-Es muy propio de esos traidores shawnees -murmuró el coronel Zane -deslizarse aprovechando la escasa luz del crepúsculo, cuando nadie mas que un cazador de indios sería capaz de descubrirlos. Yo no esperaba que ocurriese cosa alguna, especialmente después de transcurrido tan poco tiempo desde que dimos una lección a Girty, a sus ingleses y a los pieles rojas. Hemos tenido suerte de que Jonathan se hallase en el pueblo. Convendrá emplear de nuevo el antiguo sistema de estacionar exploradores en los puntos extremos, hasta que empiece a nevar.

En tanto que el coronel Zane se hablaba de este modo y recorría el sendero que eligió para vigilar, aclaró la blanca niebla v un tono rosado siguió al aumento de la luz por el Este. Los pájaros cesaron de piar para emprender alegres cánticos, y el gallo del corral profirió su claro y sonoro saludo a la aurora. El tono rosado de Oriente se convirtió en intenso rojo y luego el sol asomó por encima de las cumbres de las montañas del Este, para inundar el valle con alegre y dorada luz.

Una azulada columna de humo, que se enroscaba en el aire al salir de la chimenea de piedra de su cabaña, demostró al coronel que Sam había encendido el fuego de la cocina, y un poco después un aroma intenso y perfumado le dio la agradable evidencia de que su esposa se ocupaba en hacer el desayuno.

-¿No has vuelto a ver a Jack? -preguntó una voz desde la abierta puerta al mismo tiempo que aparecía Betty.

-No.

-¿Y a los indios?

-No. Pero he de decirte, Betty, que te han dejado un recuerdo como demostración del aprecio que por ti sienten.

Al mismo tiempo el coronel Zane sonreía, en tanto que quitaba de lo alto de la cerca un ramal roto.

- ¡Me han robado Madcap! -exclamó Betty.

-Sí. Y también se han llevado a Bess.

-¡Malditos sean! ¡Pobre poney! -exclamó Betty, indignada-. Mira, Ebenezer, voy a rogar a Wetzel que busque y traiga al poney, aunque para ello tenga que matar a todos los shawnees que hay en el valle.

-Eso es hablar, Betty -replicó el coronel Zane -. Y si consigues que Wetzel haga eso, tu nombre será bendecido desde uno a otro extremo de la frontera.

Echó a andar camino arriba y luego retrocedió, observando atentamente en todas direcciones y de un modo singular hacia la ladera de la montaña que había en el lado opuesto de la garganta, pero no pudo hallar ninguna señal de los policías de la frontera. Como a la sazón era va día claro, convencióse de la inutilidad de continuar la guardia y, por consiguiente, se metió en la casa para desayunarse. Al salir de nuevo vio que todos los habitantes del pueblo se habían despertado ya. Los secos y sonoros hachazos resonaban en el claro aire de la mañana, y también oyó los armoniosos dados sobre el yunque del taller (le] herrero. El coronel Zane encontró a su hermano Silas y a Jaime Downs cerca de la puerta exterior.

-Buenos días, muchachos -dijo con acento alegre.

-¿Has visto a Jack o a Wetzel? -preguntó Silas.

-No. Mas espero a uno de los dos de un momento a otro.

-Y ¿qué hay de los indios? -preguntó Downs-. Silas me despertó la noche pasada, pero tan sólo para decirme una sola palabra: «Indios».

-No sé mucho más que Silas. Vi a algunos de los diablos rojos que robaron los caballos, pero cuántos son, adónde han ido o qué debemos esperar, lo ignoro por completo. No tenemos más remedio que aguardar a Jack o a Wetzel. Tú, Silas, encárgate de tener preparada a la guarnición del Fuerte y no permitas a nadie, soldado o granjero, abandonar el claro hasta nueva orden. Es posible que se trate solamente de dos o tres shawnees v_ también puede ser que el bosque esté lleno de ellos. Probablemente ocurre algo raro, porque, de lo contrario, Jack y Wetzel estarían ya de vuelta.

-Ahí viene Sheppard con su hija -dijo Silas señalando hacia la parte inferior del camino-. Parece que Jorge está algo excitado.

Lo mismo opinó el coronel Zane al ver a Sheppard y a su hija. El viejo llegaba presuroso, lo cual era suficiente para dar a entender su ansiedad o su alarma, v en cuanto a Elena, estaba pálida.

-Oiga, Ebenezer, ¿qué es eso que me han dicho acerca de los indios? -preguntó Sheppard, excitado-. ¿Es cierta la historia de Elena, de que el Fuerte está sitiado a y de que su hermano ha ido a despertar a la gente honrada? Apenas he podido dormir en toda la noche. ¿Qué pasa? ¿Dónde están los pieles rojas?

-Tranquilícese, Jorge -dijo en tono apacible el coronel Zane-. Y usted, Elena, no debe asustarse. No hay peligro. Esta noche pasada hemos recibido la visita de los indios. No han hecho daño a nadie y solamente se llevaron dos caballos.

-Ya es bastante desagradable, querida amiga -exclamó Betty, mientras centelleaban sus negros ojos -. Ha desaparecido mi poney Madcap.

-Coronel Zane, venga usted cuanto antes -exclamó Downs, que estaba cerca de la puerta.

De un salto el coronel se acercó a ella y, siguiendo con los ojos la dirección indicada por el tembloroso dedo de Downs, vio a dos altos individuos, vestidos de color pardo, que descendían por el camino. Uno llevaba dos rifles y el otro un gran bulto cubierto con una manta.

-Son Jack y Wetzel -dijo en voz baja el coronel Zane a Jaime-. Han recobrado a la muchacha y, por Dios, a juzgar por el aspecto de ese fardo, temo mucho que esté muerta. ¡Hola! -añadió hablando en voz alta-. Meteos en la casa, mujeres.

La señora Zane, Betty y Elena se quedaron mirando.

-¡Adentro he dicho! -gritó el coronel con voz autoritaria.

Las tres mujeres obedecieron sin protestar.

En aquel momento Nelly Downs llegó atravesando el patio. Sam acudió desde el patio posterior v Sheppard abandonó su asiento sobre los escalones; ambos fueron a reunirse con el coronel Zane, Silas y Jim ante la puerta.

Ya me extrañaba vuestra tardanza -dijo el coronel Zane a Jonathan cuando éste y su compañero llegaron hasta donde estaba él-. Habéis rescatado a Mabel, pero la pobrecilla...

Aquel hombre excelente no pudo seguir hablando. Aunque pudiese vivir cien años en la frontera y entre salvajes asesinos, siempre seguiría teniendo un corazón compasivo. En aquel momento estaba persuadido de que el gigantesco policía de la frontera que acompañaba a Jonathan sostenía el cadáver de la joven, a quien, cuando era niña, él mismo hiciera bailar sobre sus rodillas.

-Mabel vive aún-replicó Jonathan.

-¡Por Dios! ¡No sabéis cuánto me alegro! -exclamó el coronel Zane-. Dámela cuanto antes, Wetzel.

Éste depositó su carga entre los brazos del coronel.

-¿Habéis observado alguna señal amenazadora de los indios? -preguntó el jefe cuando se volvía para entrar en la casa.

El policía de la frontera movió la cabeza.

-Esperadme -añadió el coronel.

Llevó a la joven a la habitación de la cabaña que servía de sala y la depositó sobre un diván. Con el mayor cuidado separó los pliegues de la manta dejando al descubierto a una muchacha de aspecto frágil y de rostro muy pálido.

-¡Bess, aprisa! ¡En seguida! -gritó a su mujer. Y cuando ésta acudió corriendo, seguida, con no menos apresuramiento, por Betty, Elena y Nelly, continuó-: Aquí tenemos a la pobre Mabel Lane, todavía viva, pero muy necesitada de auxilio. Ante todo, examinad si tiene alguna herida. Y si es preciso extraer alguna bala o coser una cuchillada, más vale que esté desmayada. Betty, ve en busca de los instrumentos de Isabel y trae también un poco de aguardiente y agua. ¡Aprisa!

Dicho esto, se desahogó profiriendo una maldición y salió de la estancia.

Elena, con el corazón palpitante, se acercó a la señora Zane, que estaba arrodillada ante el diván. Vio a una muchacha de aspecto delicado, que no contaría más de dieciocho años, y cuyo rostro hubiera sido muy hermoso si no tuviese los labios contraídos, los ojos cerrados y una expresión de intenso dolor.

-¡Dios mío! -exclamó Elena.

-Nelly, déme usted las tijeras -dijo la señora Zane y ayúdeme a quitarle la ropa. ¡Dios mío, está mojada... mas, por suerte, no de sangre! ¡Demasiado conozco su contacto viscoso! Muy bien. Betty, dame una cucharada de aguardiente. Ahora calienta una manta y trae una bata de lino para esta pobre muchacha.

Elena observaba a la señora Zane cual si estuviese fascinada. La esposa del coronel continuó hablando, mientras, con hábiles dedos, introducía algunas gotas de aguardiente entre los cerrados dientes de la joven. Luego, con la pericia de un buen cirujano, le examinó el cuerpo. Elena había oído hablar ya de la destreza de aquella mujer en curar fracturas y heridas, y al mirar su rostro sereno y sus manos firmes no tuvo ya ninguna duda acerca de cuanto le habían contado.

-Por suerte no tiene ninguna herida de bala o de arma blanca, y tampoco contusiones o huesos rotos -dijo la señora Zane-. Solamente sufre a causa del miedo, del hambre y de un susto terrible.

Frotó las manos de Mabel mientras contemplaba su pálido rostro. Luego la obligó a tragar más aguardiente, que introdujo por entre sus contraídos y cerrados labios. Vióse recompensada en breve por un leve color que tiño las blancas mejillas de la enferma, quien agitó un poco sus párpados. Luego abrió los ojos, grandes, suaves, negros y de asustada expresión.

Elena no pudo soportar aquella mirada. Vio en ella la sombra de la muerte y de algo todavía peor. Desvió sus ojos y mientras tanto en su corazón surgía un acceso de furor apasionado contra las bestias que habían arrebatado la felicidad de aquella muchacha.

La habitación estaba, a la sazón, llena de mujeres, de matronas de rostros serios y solemnes, y de jóvenes de mirada grave; y en todas se observaba la misma expresión, no solamente de cólera, de miedo o de lástima, sino de todos estos sentimientos confundidos.

Instintivamente Elena comprendió que aquélla era una de las pruebas que era preciso soportar en la vida de la frontera y, a juzgar por los rostros severos de las mujeres maduras, pudo notar que tales hechos eran, por desgracia, vulgares. Y a pesar de cuanto le habían dicho, el susto y el dolor eran demasiado grandes, de modo que tuvo que salir de la estancia, vencida por los sollozos. Y casi fue a caer sobre el ancho pecho de Jonathan Zane, que estaba sentado en los escalones. A su lado se hallaba el coronel Zane, en pie, hablando con un hombre de alta estatura y vestido de piel de gamo algo rozada.

-Creo, niña, que no debiera usted haberse quedado ahí -le dijo bondadosamente.

-¡Oh! Ha sido un dolor muy grande para mí -con-testó Elena poniéndose la mano sobre el corazón.

-Ya lo sé, ya lo sé. Es natural -replicó tomándole la mano- pero sea usted valerosa, Elena. Reanímese. ¡Oh! Esta frontera es un lugar muy rudo. Pero no piense más en eso, pobre muchacha. Venga y le presentaré a Wetzel, el amigo y compañero de Jonathan.

Elena levantó los ojos y ofreció su mano. Vio a un hombre muy alto, de hombros anchísimos, cabello abundante y negro y rostro muy pálido. Él dio un paso hacia delante, tomó la manecita que le ofrecían en su mano enorme y callosa, la oprimió y retrocedió sin hablar. El coronel Zane le dirigía palabras alentadoras con objeto de tranquilizarla, pero la joven no pudo comprender lo que le decía. Aquel Wetzel, aquel cazador de indios, a quien había oído llamar el «Viento Mortal de la Frontera», aquel compañero, guía v maestro de Jonathan Zane, aquel policía de la frontera, de maravillosas hazañas, se hallaba ante ella como un espíritu vengador.

Elena vio un rostro frío, de mortal expresión en su extraordinaria palidez, alumbrado por unos ojos negrísimos, pero que tenían reflejos de acero. Y por notables que fuesen sus facciones, no eran fascinadoras como las extrañas huellas que se mostraban en su piel descolorida y tirante. Al principio aquellas cicatrices repelían, pero luego atrajeron a la joven con maravillosa fuerza. En aquel rostro estaban pintados el sufrimiento, el fuego, el hielo y el

hierro, pero todo ello quedaba dominado, y de un modo que causaba miedo, por el objeto terrible de la trágica vida de aquel hombre.

-¡Usted la ha vengado! ¡Oh! ¡Ya sé que lo ha hecho! -exclamó Elena, cuyo corazón se asomó a sus centelleantes ojos.

Por toda respuesta recibió una sonrisa, pero ¡qué sonrisa! Su expresión bondadosa alteró el rostro severo y le permitió observar que aquel hombre tenía aún el corazón cálido bajo su expresión fría y acerada. Y también en el fondo había algo implacable y amenazador.

Sin embargo, Elena tuvo la certeza, aunque el policía de la frontera no se lo dijo, de que por entre las hierbas de aquella ancha llanura y sobre el musgo de alguna de las montañas selvosas yacían muertos los autores de aquel ultraje, cuyos rostros, ya inmóviles, llevaban el sello espantoso que en ellos marcó «Viento Mortal..

VI

Después de su primera experiencia dolorosa, Elena pudo gozar de días bastante más felices de lo que había esperado. Mabel Lane no murió. Elena y Betty cuidaron tiernamente a la pobre muchacha y lloraron de alegría en cuanto observaron algunas señales de mejoría. La enferma permaneció silenciosa durante varios días, siempre con aquella mirada de temor en sus ojos, y luego, gradualmente, se efectuó un cambio en ella. Los tiernos cuidados de que era objeto ejercieron su efecto acostumbrado para hacer desaparecer la negra sombra que oscurecía los días de la desdichada. Una mañana, después de un largo sueño, se despertó sonriendo y a partir de aquel momento su mejoría fue muy rápida.

Elena deseaba que Mabel fuese a vivir en su casa. La situación de la pobre muchacha era digna de compasión. Había perdido su hogar y a su padre; no tenía un solo pariente en la frontera y, sin embargo, se mostraba tan valerosa y paciente, que despertó la mayor simpatía en el pecho de Elena. Los chismes de la aldea decían, en sustancia, que Mabel había dado su amor a un habitante de la comarca, llamado Alex Bennet, que también la quería, según se aseguraba, pero que, a pesar de eso, no se había resuelto a elegir entre ella y otras muchachas del establecimiento. Elena no podía adivinar qué efecto ejercería en aquel tibio enamorado la terrible aventura de Mabel; pero no tenía grandes esperanzas con respecto al porvenir. El coronel Zane y Betty aprobaron el plan de Elena de persuadir a Mabel de que fuese a vivir con ella y acallaron las débiles protestas de la desdichada joven asegurándole que sería muy útil para el buen gobierno de la casa, de manera que este asunto quedó favorablemente resuelto.

Por fin llegó el día en que Mabel estuvo dispuesta a irse a vivir con Elena. Betty le dio una generosa provisión de ropa, porque todos sus efectos quedaron destruidos en: el incendio de la cabaña. Y mientras Elena le rodeaba la cintura con su brazo juvenil y fuerte, Mabel demostró su gratitud a Betty y a la señora Zane, y luego se encaminó hacia la morada de los Sheppard.

Desde la plaza cubierta de verde, donde el terreno era más elevado, divisábase un amplio panorama del valle; Mabel miró hacia el río y en dirección al punto en que antes estuvo su vivienda. Era un lugar más oscuro que los demás. Los suaves ojos de la joven se llenaron de lágrimas, pero no pronunció una sola palabra.

-Es valerosa y por esta razón no ha muerto -se dijo el coronel Zane mientras reflexionaba acerca de la valentía y del buen ánimo de las mujeres de la frontera. Y a su heroísmo, más que a otra cosa cualquiera, atribuía el establecimiento de numerosos hogares en aquella soledad.

En los días siguientes, cuando Mabel iba recobrando fuerzas, las dos jóvenes se cobraron grande afecto. Elena habríase considerado feliz en cualquier tiempo con semejante compañera, pero entonces, y a causa de la pena que ésta sufría, se alegraba mucho más. Durante varios días y hasta que Mabel estuvo fuera de peligro, los pensamientos de Elena se concentraron en un asunto que le resultaba bastante molesto. Empezaba a sospechar que había alentado a demasiados admiradores que no le importaban nada en absoluto, y, en cambio, pensaba con exceso en un hombre que no le correspondía. Por esta razón sentíase alegre y triste alternativamente. En las horas de mal humor se censuraba, y en las alegres burlábase de la idea de que alguna vez pudiese sentir el menor interés por un hombre que se mostraba indiferente. Pero una vez admitida tal idea, la recordaba varias veces durante el día, y así volvía a sumirse en la tristeza.

Una mañana soleada, mientras las flores de mayo sonreían en los setos, cuando el rocío resplandecía en las horas y las flores del curbaril mostraban sus tonos blanco amarillentos entre el color verde suave del follaje, las dos jóvenes se dedicaron a cuidar de las flores de su jardín. Elena era aficionadísima a las plantas y había llevado consigo, desde su antiguo hogar, numerosas semillas de sus favoritas.

-Plantaremos los dondiegos de día, de modo que se encaramen por el soportal; las dalias, en esta fila, y las capuchinas en este arriate redondo -dijo Elena.

-Veo que tienes algunas gayubas -añadió Mabel- y convendrá que plantes también madreselvas y jazmines, porque todas son flores muy lindas.

-Estas gayubas son magníficas -dijo Elena doblando hacia un lado una mata de lilas con objeto de contemplar las pálidas flores trepadoras-. Nunca vi cosa tan hermosa. Cada vez estoy más contenta con mi nueva casa y con mis amigos recientes. Tengo un jardín delicioso y nunca me canso de contemplar este panorama.

Elena dirigió placentera y orgullosa los ojos en torno del jardín, en el que abundaban las lilas y los árboles llenos de flores blancas, en tanto que las cabañas estaban cubiertas de parras. El humo azulado salía apacible y enroscándose por el aire desde las chimeneas de piedra. Más allá, la enorme masa del Fuerte parecía guardar el río, cuyas orillas estaban cubiertas de sauces, y, a mayor distancia, cerca del sinuoso curso de la corriente, las oscuras montañas se erguían retadoras y guardaban celosamente sus secretos.

-Si no fuese por ese Fuerte amenazador, una podría imaginarse que la aldea que se cobija al pie del montículo es tan tranquila y segura como hermosa -dijo Elena-. Pero esta valla de estacas chamuscadas por el fuego, los bastiones semiquemados y las aspilleras, siempre me devuelven a la realidad.

-No era todo eso muy apacible cuando llegó Girty -replicó pensativa Mabel.

-¿Estabas entonces en el Fuerte? - preguntó Elena, muy emocionada.

-¡Oh, sí! Yo me dedicaba a enfriar las armas, para que los hombres continuasen tirando.

-Cuéntamelo.

Y Elena escuchó de nuevo la historia que ya le habían referido varias veces. Pero, al ser contada por nuevos labios, siempre ganaba en vívido interés. Nunca se fatigaba de oír cómo el famoso renegado Girty daba la vuelta al Fuerte, cabalgando en su caballo blanco y dando a los defensores una hora de tiempo para rendirse. De nuevo escuchó la historia del ataque, cuando los soldados ingleses permanecían silenciosos en una colina inmediata en tanto que los indios gritaban entusiasmados y avanzaban corriendo con júbilo cruel; cuando Wetzel empezó el combate, disparando contra un jefe indio que se había puesto a tiro de su rifle fatal. Y cuando empezaron a referirle los actos heroicos de aquel sitio memorable, Elena no pudo contener su entusiasmo. Derramó lágrimas por la muerte del pequeño Harry Bennet, en el bastión del Sur, en donde, aunque había recibido numerosos balazos, continuó en su sitió hasta el momento en que lo relevaron. Volvió a oír la carrera que dio Clarke por el

tejado, para apagar una flecha incendiaria, y aplaudió aquella hazaña con el mayor entusiasmo. Sus grandes ojos centelleaban, pero guardó silencio al oír que Wetzel corrió solo a una brecha de la empalizada. Allí, con un hacha, el terrible cazador de indios contuvo a la turba de los pieles rojas enfurecidos, hasta que la brecha pudo ser nuevamente obstruída. Por fin, la hazaña inolvidable de Betty Zane, que pudo, corriendo y sin temer cosa alguna, llevar la pólvora al Fuerte, con objeto de mejorar la situación de los sitiados. Gracias a eso se salvó el Fuerte y esta hazaña era indudablemente digna de no ser olvidada jamás.

-Por esa pendiente que parte de la cabaña del coronel Zane es F donde pasó Betty corriendo al llevar la pólvora al Fuerte -dijo Mabel señalando el lugar.

-¿La viste tú? -preguntó Elena.

-Sí. Yo miraba por una aspillera. Los indios, en su deseo de matar a Betty, dejaron de disparar contra el Fuerte. ¡Oh! ¡Qué horrible era el estampido de las armas de fuego y el rugido de aquellos salvajes! ¡Mas, a pesar de la granizada de balas, Betty consiguió su objeto!

-Casi desearía que Girty volviese-dijo Elena.

-No lo desees. Quizá podría ocurrir eso nuevamente.

-¿Cuánto tiempo hace que murió el señor Clarke, o sea el marido de Betty? -preguntó Elena.

-No me acuerdo con exactitud. Vivió poco, después del sitio. Se dice que respiró demasiado rato el humo, mientras combatía el incendio en el interior de la empalizada.

-¡Qué pena!

-Sí. Es muy triste. Esa desgracia casi mató a Betty, pero nosotras, las mujeres de la frontera, somos muy resistentes. No debemos desalentarnos-replicó Mabel mostrando su valeroso ánimo a través de la tristeza de sus ojos.

Alegres voces las interrumpieron y, al volverse, vieron a Betty y a Nelly que atravesaban la puerta exterior. Gracias a la alegre charla de la última y al ingenio de la primera, la conversación adquirió gran vivacidad y en ella trataron de chismes, de trajes y, por fin, de aquel tema, tan viejo y tan nuevo a la vez, como es el amor.

Poco después el coronel atravesó la puerta con pasos vivos y alegre sonrisa.

-¡Vaya una reunión de cuatro chicas guapas! -dijo en tono de admiración.

-Mira, Ebenezer, creo que si fueras soltero, cualquiera de nosotras podría figurarse que la cortejas-dijo Betty.

-Es posible. Y en mis tiempos, te aseguro que no hice mal papel como conquistador -replicó el coronel Zane irguiendo su bien formado cuerpo. En realidad era un hombre guapo, vigoroso, bronceado y de aspecto sumamente viril.

-Bess me lo ha dicho en algunas ocasiones, pero también asegura que en cuanto la viste ya no pensaste en nadie más-dijo Betty con acento malicioso.

-Bueno, es verdad -replicó el coronel, algo alicaído-, pero ya es sabido que todos los perros han tenido sus buenos tiempos. Luego, avanzando hacia el soportal, miró a Mabel de un modo algo más serio y le preguntó

-¿Cómo estás hoy?

-Estoy recobrando las fuerzas, coronel Zane. Muchas gracias por su cuidado.

-Mira hacia el valle. Observa que hay una balsa que desciende por la corriente -dijo en voz baja.

A gran distancia y por el ancho Ohio veíase un diminuto cuadrado de color oscuro que resaltaba sobre el agua verdosa.

El coronel notó que Mabel se sobresaltaba y que su pálido rostro se teñía de rubor. Por un momento ella le miró con expresión de súplica y casi de miedo. Él conocía la causa. Alex Bennet tripulaba aquella balsa.

-He venido a preguntarte si podré serte útil.

-Dígaselo -replicó ella lacónicamente.

-Oye, Betty -exclamó el coronel Zane-, quisiera saber si el primo de Elena ha vuelto a dirigirte miradas amorosas.

-¿Qué tonterías estás diciendo, Ebenezer? -exclamó Betty, muy sonrojada.

-Pues, mira, si no te miraba con ojos de carnero degollado, confesaré que soy un estúpido.

-Pues lo eres y, además, muy antipático -contestó Betty derramando lágrimas de cólera.

El coronel Zane se alejó silbando suavemente. Entró en el taller del constructor de carros para darse cuenta de la marcha de algunas reparaciones que había encargado para uno de su propiedad, y luego, paseando, se dirigió al río. En el primitivo muelle vio sentados a dos indios en compañía de algunos traficantes del río y de unos habitantes de aquella región fronteriza, todos ellos esperando la llegada de la balsa. Conversó con los indios, que eran chippewas amigos, hasta que la balsa quedó amarrada. La primera persona en saltar a tierra fue un muchacho joven y robusto, de cabello amarillento y rojizo cutis.

-¡Hola, Alex! ¿Has tenido buen viaje?-le preguntó el coronel Zane.

-¿Cómo está usted, coronel? Sí. El viaje ha sido excelente -contestó Bennet-. Y, ahora que recuerdo, quiero decirle una cosa. Acompáñeme - añadió.

Y, llevándose aparte al coronel, para no ser oído por los demás, continuó diciendo

-Me he enterado de ello por casualidad, aunque he de confesar que procuré tener los oídos abiertos, porque la cosa me interesaba; sin embargo, fue casual que la oyese. En una palabra, en Fuerte Pitt hay un hombre, sin duda inglés, a quien oí decir que había venido a la frontera tras una joven llamada Sheppard. Y como antes, gracias a uno de los hombres de Brandt, que llegó a Pitt antes de que yo me marchase, me enteré de que tiene usted aquí a unos amigos, recién llegados, de ese nombre, la cosa me interesó, como es natural. Aquel individuo es hombre agradable, de tipo nada ordinario, sino señoril, aunque, al parecer, estropeado por los vicios, y de carácter tan atrevido como el mismo diablo. Viaja con él un criado, marinero, a juzgar por su traje, que es el individuo más desagradable que he conocido en la vida. En Pitt hirió de gravedad a otro sujeto. Ambos llegarán en el próximo bote, o sea dentro de uno o dos días, según sea el estado del río o del tiempo. Y por eso me pareció conveniente anunciárselo a usted.

-Bien, bien -dijo el coronel Zane, pensativo, pues recordó que Sheppard le había hablado de un inglés -. Has hecho bien en decírmelo, Alex. ¿Sabes si estaba borracho ese hombre cuando dijo que venía en busca de una mujer?

-¡Oh, sí! -replicó Alex -. Pero no lo estaba cuando pronunció su nombré. Como usted comprenderá, me entraron sospechas e hice algunas indagaciones acerca de él. La cosa fue así: Jake Wenz, el traficante, me dijo que ese individuo le preguntó por los Sheppard en cuanto bajó del carro en que había llegado. Cuando yo le vi por vez primera estaba borracho y oí decir a Jeff Lynn que la frontera era un lugar muy malo para llegar a él persiguiendo a una mujer. Eso me llamó la atención. Entonces el inglés le replicó: "¿De veras?"Pues yo sería capaz de ir al mismo infierno en busca de una mujer que me interesara.» Y debo añadir, coronel, que me parece un hombre muy decidido.

Zane estaba muy pensativo. Alex hizo, mientras tanto, un fardo y pasó el mango del hacha por debajo del cordel, y cuando ya emprendía el camino para alejarse, el coronel recordó, de pronto, el objeto que lo llevó al muelle.

-Escucha, Alex, vuelve - dijo, preguntándose al mismo tiempo si el muchacho sería de buena madera. El joven tenía un rostro vulgar, pero no de maligna expresión, y el examen minucioso que hizo el coronel le impresionó favorablemente.

-He de darte una mala noticia, Alex -dijo.

Sin rodeos y en tanto que su aguda mirada estaba fija en el rostro del muchacho, le refirió el asesinato del viejo Lane, el rapto de Mabel y el rescate de que fue objeto por parte de Wetzel.

Alex empezó a maldecir y a jurar que se vengaría.

-Déjate de pensar en eso -dijo el coronel con seco acento-. Wetzel siguió a cuatro indios que tenían en su poder a Mabel y cuatro caballos robados. Los pieles rojas se pelearon por la muchacha y dos de ellos se quedaron con los caballos, dejando a Mabel con los demás. Wetzel siguió a estos últimos, los mató con su tomahawk y se trajo consigo a Mabel. La pobrecilla estaba muy enferma, pero ya casi se ha repuesto de la impresión.

-Bueno, y ¿qué haríamos aquí sin Wetzel? - preguntó Alex con voz ronca, sin fijarse en las lágrimas que manaban de sus ojos y resbalaban por sus bronceadas mejillas-. ¡Pobre y viejo Jake! ¡Pobre Mabel! Pero, Dios me mate, porque todo eso es culpa mía. De haber obrado bien, me habría casado con ella, como debía y quería, y así la pobre no habría tenido que sufrir tanto. Pero, sin embargo, me casaré con ella en caso de que me quiera, y si no lo hice antes fue por no tener ninguna granja, ningún ganado. Solamente poseo una cabaña.

-Mira, Alex, ya me conoces-dijo el coronel Zane en tono bondadoso-. Fíjate en la parte inferior del claro y a cosa de media milla de distancia. ¿Ves esa faja de tierra verde situada a lo largo del río, que tiene un gran castaña en el centro y una cabaña más allá? Es una de las mejores tierras que existen en la frontera. Mide ochenta acres y puede regarse bien. El día en que te cases con Mabel te regalo esa hacienda.

Alex enrojeció, tartamudeó y en vano se esforzó en expresar su gratitud.

-Bueno, vamos, y, cuanto antes se lo digas a Mabel, mejor-exclamó el coronel con el rostro inundado de alegría.

Era un casamentero incorregible. Y gozaba más ejerciendo su caridad en favor de una persona que lo mereciese, que en almacenar las cosechas de una estación.

Al llegar a la casa de Sheppard, vieron que las jóvenes se hallaban aún en el soportal. Mabel se puso en pie al descubrir a Alex y se quedó inmóvil y pálida en extremo. El pobre muchacho sentíase embarazado por la presencia de los demás, que le miraban con la mayor fijeza.

El coronel Zane dio un empujón a Alex para que se acercase al soportal y luego dijo en voz baja:

-Mabel, tengo una cosa que tú le regalarás a Alex. Es una excelente granja, con su tierra de labor correspondiente, que constituirá vuestro regalo de boda.

Mabel miró asombradísima el rostro alegre del coronel Zane, luego a sus compañeras y, por fin, las facciones teñidas de carmín y enormemente alegres de su prometido. Tan sólo entonces comprendió lo que acababa de oír y, profiriendo un grito extraño, se llevó las manos al pecho y se tambaleó.

Pero no cayó, porque Alex, rápidamente, dio un paso hacia delante y la cogió en sus brazos.

Aquella tarde, Elena se negó a recibir al señor Brandt y a otros visitantes. En cambio se sentó y acompañó a su padre en el soportal, mientras el anciano fumaba su pipa.

-¿Dónde está Will? -preguntó.

-Fue a cazar agachadizas, según dijo - replicó su padre

-¿Agachadizas? ¡Qué raro! No puedo imaginarme a Will entregado a la caza. Sin duda tendrá un ataque de la fiebre de que nos habló el coronel Zane.

-Es posible.

Hubo un momento de silencio. El señor Sheppard, acostumbrado al carácter alegre de Elena, observó su silencio y se extrañó.

-¿Por qué estás tan callada?

-Tal vez siento un poco de añoranza -dijo Elena de mala gana.

-Pues te aseguro que haces mal -le dijo su padre-. Éste es un país magnífico, aunque ya comprendo que a ti no te gustará tanto, porque las muchachas sólo piensan en música, alegría y jolgorio. Muchas veces he temido que no fueses feliz aquí, y entonces echo de menos nuestro antiguo hogar; lo cual me recuerda a tu madre.

-Olvida lo que acabo de decir, querido papá -exclamó Elena con vehemencia-. Lo cierto es que estoy malhumorada. Y es posible que no sienta ninguna añoranza.

-Hasta ahora siempre me pareció que eras feliz.

-Y lo soy, padre. Solamente... ¡Bah! Son cosas de las muchachas.

-Tengo que decirte una cosa, Elena. Algo que me preocupa desde que me habló de ello el coronel Zane, esta misma tarde. Mordaunt está a punto de llegar a Fuerte Henry.

-¿Mordaunt? Es imposible. ¿Quién te ha enterado? ¿Cómo lo has sabido?

-Temo mucho que sea cierto, querida hija. El coronel Zane me ha comunicado que, según le han dicho, un inglés que se halla en Fuerte Pitt preguntaba por nosotros. Por otra parte, ese individuo corresponde en un todo a la descripción de Mordaunt. Temo mucho que sea él y que viene buscándote.

Y aunque sea así, ¿qué importa? No le debemos nada. No puede hacernos ningún daño.

-Pero recuerda, Elena, que es un hombre decidido. ¿No lo temes?

-Nada en absoluto -exclamó Elena riéndose con desdén-. Más valdría que él se mostrase prudente. En este país no podrá hacer lo que le venga en gana. Yo ya le dije que no quería verle siquiera y estas palabras terminaron el asunto.

-Me alegro de oírte hablar así. Yo no quería decírtelo, pero me pareció inevitable. En fin, hija mía, buenas noches; voy a acostarme.

Mucho después de haberse retirado el señor Sheppard, Elena continuaba sentada y pensativa. Por su mente cruzaban los recuerdos del pasado, de aquel pretendiente desagradable. Podía verle de nuevo con su pálido y hermoso rostro y su distinguido porte. Habíale gustado, coma también otros hombres, hasta que se asoció con su padre y fue causa de su ruina, haciendo, al mismo tiempo, que la existencia resultase al fin desagradable para la joven. Luego, y en cuanto la fortuna le volvió la espalda, se entregó a la disipación, convirtiéndose en borracho y jugador. Sin embargo, no desistió de su temerario cortejo. A partir de entonces se convirtió en la sombra de Elena y la vida hízose insoportable para ésta, de modo que, por último, su padre decidió emigrar hacia el Oeste, decisión que ella acogió con el mayor júbilo. Y ahora Mordaunt había seguido su pista y se proponía encontrarla en su nuevo hogar. Sentíase asqueada. Su espíritu, siempre valeroso y a la sazón más libre, a consecuencia de la vida propia de la frontera, la animó de nuevo y borró de su mente todos sus recuerdos de aquel hombre y de la pasión que sentía.

La antigua vida estaba ya muerta v enterrada. Sería feliz donde se encontraba ahora. Por el momento ya era bastante pensar en que la pequeña aldea de la frontera era el lugar en que había de vivir; recordó a sus amagas, al silencioso policía y díjose, además, que el crepúsculo resultaba hermoso a pesar de sus sombras.

A grande altura y dominando el montículo selvoso que, ceñudo, parecía proteger la aldea, vio brillar entre los árboles un resplandor plateado. Observó cómo se elevaba lentamente desde el lado opuesto de los árboles, ocultándose por momentos y apareciendo en otras ocasiones a través del follaje, hasta que asomó la luna hermosa y magnífica sobre el negro horizonte. Las densas sombras de la noche desaparecieron como por arte de magia, cual si fuesen un manto oscuro levantado por invisibles manos. Pero las sombras que estaban fuera del alcance de los rayos lunares perfilaban los árboles sobre el suelo y mientras tanto un pálido vapor blanquecino se hallaba suspendido junto a la cima de aquel risco.

Y así como la noche fue misteriosa antes de que la oscuridad se desvaneciese ante los rayos lunares, aquella luz pálida y blanca que inundaba el tranquilo valle resultaba todavía más suave y más extraña. Para una persona del temperamento de Elena no era necesario pensar, puesto que le bastaba ver. No obstante, su mente se mostraba activa. Sentía perfectamente la belleza que tenía delante. Y transportándose con la fantasía hasta aquellas nubes de bordes plateados, y poblando las cabañas y los oscuros rincones que había al pie de las montañas con espíritus y hadas, nobles doncellas y valientes caballeros, le pareció que el día era un sueño muy distante. Las grandes estrellas, que tenían el aspecto de ser otros tantos vigilantes del mundo, se debilitaban y desaparecían ante los rayos de la luna, a la sazón única y soberana señora de la noche. La inmensidad del mundo, con sus ríos resplandecientes, los melancólicos valles, los profundos y oscuros bosques, eran revelados por la gloria de aquella luz radiante.

Absorta en esta contemplación, Elena permaneció largo rato mirando, sumida en un éxtasis de ensueño ante el valle inundado por la luna, hasta que un leve escalofrío la distrajo de sus agradables ideas. Comprendió que no estaba sola. Temblando se puso en pie para ver, perfectamente reconocible a la luz de la luna, la alta figura vestida de piel, de Jonathan Zane.

-¿Qué desea usted?-preguntó secamente y con voz algo temblorosa.

El policía de la frontera avanzó y se quedó ante ella. Parecía algo cambiado. El largo y negro rifle y el apagado brillo de las armas obligaron a la joven a estremecerse de miedo. En aquel momento Jonathan parecía más indomable y salvaje que nunca. Mostrábase como rodeado del silencio del bosque; y el aroma de las hermosas llanuras se desprendía de su traje de piel de gamo.

-Buenas noches, señorita-dijo con su frialdad y lentitud habituales.

-¿Cómo ha entrado usted aquí? -preguntó Elena en vista de que no hacía ningún esfuerzo para explicar su presencia a hora tan avanzada.

-Pues, sencillamente, andando.

Elena observó muy enojada que Maese Zane se disponía a dar pruebas de su humorismo como añadidura de su misteriosa aparición. Se ruborizó para palidecer inmediatamente. Aquel policía de la frontera tenía, sin duda alguna, el poder de irritarla, y de mala gana se confesó, además, que también excitaba sus temores. Quiso contestarle con palabras duras, pero se contuvo, convencida como estaba de que aquel singular personaje siempre tenía muy buenas razones para explicar sus extraños actos.

-Me parece-dijo escogiendo sus palabras-que podría usted explicarme la razón de su inesperada presencia, como si hubiese surgido de la tierra.

-¿Está usted sola?

-Sí. Mi padre se ha acostado; Mabel también; Will no ha vuelto a casa. ¿Por qué?

-¿No ha venido nadie más?

-Vino el señor Brandt y otros; pero como yo deseaba estar sola, no los recibí -contestó Elena, algo perpleja.

-¿Ha visto usted a Brandt desde entonces? -¿Desde cuándo?

-Desde la noche en que yo estaba vigilando desde detrás de las matas de lilas.

-Sí. Varias veces -replicó Elena, avergonzada por el tono en que él hablaba -. Cuando ha venido a visitarme, no siempre he podido negarme o dejar de recibirle. ¿Acaso se extraña de que le admita después de lo que hizo la otra noche?

-Sí.

Elena se avergonzó más todavía.

-¿Lo ama usted? -preguntó él.

La joven se sorprendió tanto, que no pudo por menos de fijar sus ojos en el oscuro rostro de su interlocutor. Luego miró hacia el suelo, dominada por la mirada escrutadora de

Jonathan. Pero al reflexionar acerca de su pregunta, dominó una vaga sensación de placer en su pecho y contestó fríamente

-No. No lo amo. Y, a no ser por el servicio que me prestó usted, jamás habría contestado a esa pregunta.

-Me alegro. Y espero que le sea tan indiferente como los otros cinco individuos que estaban aquí la otra noche.

-Me parece, señor Zane, que se interesa usted demasiado en los asuntos, de una joven a la que nunca visita más que como acaba de hacerlo esta noche.

El la miró con sus agudos ojos.

-Espió usted a mis invitados -dijo ella sin intimidarse, pues estaba enojada-. ¿Tanto le importaba usted?

-¿Que si me importaba? -preguntó él lentamente.

-Sí. Usted quería averiguar cuántos admiradores míos había aquí, qué decían y qué hacían. E incluso se permitió insinuar algo desagradable para ellos.

-Sí. Es verdad. Quería saber una cosa -replicó-; pero no hice ninguna insinuación contra nadie.

-Y a pesar de ese interés, no quiso usted visitarme cuando le invité a hacerlo-dijo Elena con mal disimulado sarcasmo.

Eso era lo que la tenía enojada; no le era posible olvidar que había invitado a aquel hombre a que fuese a verla y que él se negó.

-Creo que me juzga usted mal -dijo él con la mayor calma.

-¿Para qué vino usted? ¿Para qué vigila a mis amigos? Es ya la segunda vez que lo hace y Dios sabrá cuántas veces ha estado usted aquí. Dígamelo.

El policía de la frontera guardó silencio.

-Contésteme -ordenó Elena con los ojos centelleantes y golpeando el suelo con el pie-. Policía o no, nada le da derecho a inmiscuirse en mis asuntos. Y si es usted un caballero, dígame a qué ha venido aquí.

La mirada que Jonathan dirigió a Elena calmó el enojo que ésta sentía.

-He venido a averiguar cuál de sus admiradores es el traidor que organizó el rapto de Mabel Lane y el ladrón que robó nuestros caballos. En cuanto encuentre a ese bandido, estoy persuadido de que Wetzel y yo lo colgaremos de un árbol.

La voz del policía de la frontera era fría y dura, y cuando cesó de hablar, ella se sentó sobre uno de los escalones, asustada, incapaz de hablar, y le miró con los ojos muy abiertos.

-No me mire usted así, señorita. No se asuste-dijo con voz afable y bondadosa como antes fue dura. Tiene usted unas palabras que hieren, y cuando yo hablaba estaba pensando en él. Lo siento.

-Un cuatrero y algo peor que un asesino entre mis amigos-murmuró Elena estremeciéndose, aunque sin dudar por un momento de las palabras del policía.

-Le seguí hasta aquí el día en que dio usted la reunión.

-¿Sabe usted quién era?

-No.

Jonathan seguía estrechando la mano de la joven, inconscientemente, pero Elena se percataba muy bien. La cálida presión la consoló y le comunicó cierto vigor. Y era indudable que necesitaría aquella mano poderosa en los días desdichados que parecían oscurecer el horizonte.

-¿Qué puedo hacer yo? -murmuró.

-Guardar ese secreto, de modo que nadie más que usted y yo lo sepamos.

-¿Cómo?

-Es preciso -contestó él en voz baja y profunda-. Si se lo dice usted a su padre, o a otra persona cualquiera, yo podría perder la oportunidad de encontrar a ese hombre, porque

debe usted saber que es astuto a más no poder. Así él quedaría en libertad de robar a otros y tal vez contribuiría a atropellar a otras pobres e inocentes muchachas. Guarde usted mi secreto, señorita.

-Pero él mismo podría intentar mi rapto -dijo Elena, perpleja y asustada a un tiempo.

-Es muy probable -replicó el policía de la frontera, con la sonrisa que tan pocas veces aparecía en su semblante.

-¡Oh! Sabiendo lo que ahora sé, ¿cómo podré recibir nuevamente a esos hombres? Yo misma me haría traición.

-No. Es usted bastante valerosa. Si eso sucediera, es usted la única que puede ayudamos a mí y a Wetzel a librar la comarca de esos bandidos; y estoy seguro de que no será usted débil. Conozco perfectamente a una mujer valiente cuando la encuentro.

-¿De modo que yo... podré serles útil a usted y a Wetzel?

-Eso es.

-¡Dios mío! -exclamó Elena riéndose y llorando a la vez-. ¿Será eso posible, pobre de mí, cuando, sin duda, al llegar la próxima almadía, tendré que pensar en mis propios apuros?

-Ya me contó el coronel que se espera la llegada de ese inglés. Pero tal vez le resulte mal el molestarla a usted.

Elena se estremeció agradablemente al observar el profundo significado de la voz de su interlocutor. El Destino, sin duda alguna, estaba creando un lazo entre ella y el policía de la frontera. Lo comprendió en la mirada firme y escrutadora de él y en el curso precipitado de su propia sangre.

Entonces, y como quiera que su natural valor hizo desaparecer sus temores infantiles, miró a Jonathan, pálida y resuelta, con ojos que afrontaban la firmeza de los de él.

-Hará todo lo que pueda -dijo.

VII

Hacia el oeste del Fuerte Henry y a cierta altura del voraginoso río, Jonathan Zane subía despacio una estrecha senda de la montaña, limitada por los avellanos. De vez en cuando se detenía en algún claro de aquella espesura y respiraba profundamente el fresco y aromático aire de la montaña, en tanto que su aguda mirada vigilaba las vecinas cañadas, por entre las selvosas laderas de las montañas y las copas de los árboles de los bosques que inundaban la llanura.

Aquella mañana de junio era, en la selva, sumamente alegre y placentera. Unos álamos de anchas hojas, robles de denso follaje, arces cubiertos de vides silvestres, daban sombra a las frescas bancadas cubiertas de musgo en tanto que entre los árboles penetraba el sol proyectando doradas y luminosas manchas sobre la tierra. Los rayos de luz brillaban como la plata en determinadas hojas y con reflejos dorados en las de los nogales blancos. Las gotas de rocío resplandecían en los helechos; en los arroyos, el agua cristalina brillaba al formar diminutas ondas; las telarañas refulgían con todos los tonos del arco iris, y la flor del bosque por excelencia, la pálida y linda margarita, se destacaba sobre las hojas verdes como si fuese una blanca estrella.

Los pájaros de plumaje amarillo revoloteaban por entre las matas de avellano, cantando alegremente, en lo que les imitaban los tordos. Los petirrojos emitían sus voces suaves, los grajos azules chillaban entre los robles, los picamaderos golpeaban las cortezas de los árboles, y graznaban los cuervos volando a cierta altura. Charloteaban por doquier las ardillas, y los guacos de rizadas plumas emprendían el vuelo con gran ruido o se

desplomaban por entre el follaje cono enormes copos parduscos. Y desde grande altura se percibía el agudo grito de un gavilán seguido por el chillido, más amenazador, de un águila. Aquella música natural resultaba armoniosa para los oídos del policía de la frontera. Le comunicaba el alegre espíritu de sus salvajes amagos, que eran felices a la luz del sol o en las frescas profundidades que existían por debajo de las rumorosas hojas; y en aquellos lugares solitarios; todos los seres vivían libres, satisfechos y sin sentir alarma alguna.

Aquel serpenteante sendero era para Jonathan casi tan familiar como el que conducía a su propia casa. En la altura superior había un lugar muy seguro para celebrar entrevistas, el cual frecuentaban él y Wetzel. Cada piedra cubierta de liquen, cada bancada de musgo, todos los ruidosos arroyos y los robles gigantes del camino, podrían haber referido, en caso de estar dotados de la palabra, innumerables historias relativas a los policías de la frontera. Los frágiles helechos y los esbeltos tallos de hierba que se asomaban por entre los musgos de tonalidades grises y ambarinas, así como las flores que pendían de las cuarteadas piedras, habrían podido contar cosas muy curiosas. Bajo aquellos árboles vivía un policía v, por consiguiente, amaba todas las oscilantes ramas del laurel y del sasafrás, las verdosas pendientes y los montículos de rocas, los majestuosos fresnos, los regios robles y los oscuros y místicos pinos, así como todos los seres que vivían entre ellos, a excepción de sus enemigos de piel roja. No había conocido jamás otro afecto tan verdadero e intenso como aquél. Y atendiendo siempre con el corazón sencillo a las enseñanzas de la Naturaleza, llegó a aprender sus secretos. Así podía darse por cierto que las numerosas horas que pasaba en los bosques, sin dedicarse a sus persecuciones de salvajes, eran felices y fructíferas.

Lentamente prosiguió la ascensión y al fin llegó a un claro que había en una pequeña meseta rodeada de enormes rocas desgastadas por la intemperie. En el lado oriental había un promontorio rocoso, y cerca del borde de aquel acantilado, que tenía una altura de caen metros, con su talud casi cortado a pico, se erguía un retorcido castaño maltratado por el viento y la lluvia. Allí el policía de la frontera dejó su rifle v su mochila y, reclinando la espalda en el tronco del árbol, se dispuso a esperar y a descansar.

Aquella elevada prominencia era casi una especie de atalaya para las águilas. Allí, en la cumbre más alta, en muchas millas a la redonda, se celebraban los encuentros de los dos policías de la frontera, puesto que desde aquel lugar se divisaba una gran parte de la comarca. Más abajo, los grises y desiguales acantilados se elevaban enhiestos por encima de las inquietas copas de los árboles de la llanura y luego empezaba a ondularse la tierra para formar una colina tras otra, y una sucesión de vertientes que se alejaban hasta llegar, al fin, al río de color verdoso. Divisábanse fajas cubiertas de hierba, diminutas y alegres islas en aquel océano de follaje, que resplandecían en las laderas de las montañas. Las cimas redondeadas corrían en línea recta, curva o serpeante, pero todas conformaban sus graciosos perfiles para descender y formar, por último, el valle. En la dilatada extensión cubierta de follaje se descubrían algunas pequeñas depresiones más sombrías o de tono amoratado, y señalaban profundas zanjas o gargantas entre una y otra cima de las colinas o montañas, o el curso de frescas corrientes que, saltando por entre las piedras, iban al encuentro del río. Más abajo, donde ya la tierra era nivelada, en los espacios abiertos, las anchas pistas que amarilleaban a la luz del sol y proseguían su curso sinuoso, conformándose con el trazado de la corriente. En un prado pantanoso y de tono azulado, muy distante, se apacentaba un rebaño de búfalos. Más allá del río y a cierta altura sobre la isla verde se erguía pacífico v solitario el Fuerte Henry, como única muestra de las obras de los hombres en aquel dilatado panorama.

Jonathan Zane estaba tan solo como si entre él y el establecimiento hubiese una distancia, no ya de cinco millas, sino de un millar. La soledad era su pasión. Otros hombres amaban el hogar, el resplandor de unos ojos femeninos, el ruido de los dados o sentían la pasión de la avaricia; mas para él, aquel salvaje y remoto promontorio, con su panorama ilimitado, que se extendía a lo lejos hasta confundirse con el horizonte cubierto de neblina,

resultaba preferible a todas las dolorosas alegrías de la civilización. Las horas que allí pasaba, o las que empleaba en el umbroso valle, le recompensaban por la pérdida de las comodidades humanas, el suave contacto de unas manos femeninas, el beso de los labios de un niño y también por cuanto sufría en sus despiadadas tareas, la mala alimentación y la necesidad de utilizar el acero homicida ó de derramar sangre, cual correspondía a la vida de un policía de la frontera.

Muy pronto brilló el sol sobre su cabeza, acortando la sombra del castaño sobre la roca.

En aquellos largos ratos era raro que en la mente del policía de la frontera apareciese un solo pensamiento provisto de ilación. Sus oscuros ojos, a la sazón extrañamente luminosos, examinaban con el mayor cariño aquellas ondulaciones de tonos purpúreos. Su intensa vigilancia no tenía el menor objeto y tampoco la atención con que prestaba oído a todos los ruidos. No espiaba cosa alguna; sencillamente se limitaba a percibir el silencio. Sin duda en aquel estado casi extático sus facultades debían de hallarse singularmente despiertas, pero sin pensar en ellas, del mismo modo que lo hacían los salvajes del valle inferior o el águila que volaba majestuosa por el alto cielo.

Sin embargo, estaban tan bien educados sus sentidos y aquellas percepciones, que cualquier sonido poco natural o un detalle insólito cualquiera era más que suficiente para hacerle obrar con prudencia y arrancarlo de su ensoñación.

El ligero chasquido de una ramita en la espesura le hizo erguirse sobre su asiento y extender la mano para tomar el rifle. Mientras tanto, sus ojos registraban las oscuras sendas de la espesura. Unos momentos después, una alta figura se abrió paso por entre unos arbustos. Jonathan dejó caer el rifle a su lado y, de nuevo, volvió a sentarse con la espalda apoyada en el árbol. Wetzel franqueó algunas rocas para acercarse a él.

-¿Vienes del Pantano Azul?-preguntó Jonathan en cuanto el recién llegado hubo tomado asiento a su lado.

Wetzel afirmó con un movimiento de cabeza, en tanto que dejaba cuidadosamente en el suelo su propio y largo rifle.

-¿Has visto algún indio? -continuó Jonathan empujando hacia su compañero su propia mochila de provisiones que trajera del establecimiento.

-No he visto ninguna huella de shawnees por la parte occidental de esta cordillera -contestó Wetzel mientras tomaba una porción de pan y otra de queso.

-Pues convendrá ir hacia el lado oriental, por donde se halla Bing Legget, con objeto de ver si podemos encontrar la perdida pista de los caballos robados.

-Me parece que será cosa larga y pesada.

-¿Quién está ahora en la cuadrilla de Legget, aparte de Caballo Viejo, el indio chippewa, y su compañero shawnee, Fuego Destructor? Yo no conozco a Bing; pero he visto a algunos de sus indios, quienes deben de recordarme.

-Yo tan sólo he visto a Legget una vez-replicó Wetzel -y en aquella ocasión casi le quité media cara de un balazo. Me han dicho los que le han visto desde entonces, que tiene una horrible cicatriz en la mejilla y en la sien. Es un grande hombre y conoce los bosques. Ni yo ni nadie sabe quiénes forman parte de su cuadrilla. Trabaja en la sombra y, con su astucia, ha logrado que vivan apaciblemente en los bosques algunos otros renegados a quienes conocemos. Nunca hemos tenido que habémoslas con una cuadrilla peor que la suya. Todos ellos son gente muy experta en los bosques, antiguos combatientes y decididos a todo, puesto que son proscritos tanto con respecto a los blancos como a los indios. No me sorprendería nada que él y su cuadrilla fuesen los que llevan a cabo esos robos de caballos. Pero en fin, sean malos o no, tenemos la obligación de perseguirlos.

Jonathan dio cuenta de sus propios movimientos desde que viera por última vez a su compañero.

-Esa muchacha, Elena, va a ayudarnos - dijo Wetzel, muy interesado -. Creo que en eso has estado acertado. Las mujeres son astutas. Por ejemplo, Betty me reveló la traición de Miller mucho antes de que yo la hubiese notado. Bien es verdad que las mujeres tienen oportunidades que no se nos presentan jamás a los hombres.

-Es verdad, y esa Elena es como Betty, es decir, lista como el diablo. Estoy seguro de que descubrirá al ladrón de caballos del Fuerte Henry; sin embargo, Wetzel, en cuanto lo hayamos descubierto no habremos ganado gran cosa. ¿Adónde llevan los caballos? ¿Quién se encarga, en beneficio del ladrón, de hacerlos desaparecer?

-¿De dónde procede Brandt?-preguntó Wetzel.

-De Detroit. Es un franco-canadiense.

Wetzel dio media vuelta rápida para mirar a su compañero y sus ojos brillaban como carbones encendidos. -Pues también Bing Legget es franco-canadiense, y de Detroit; y Metzar era muy amigo suyo en Fuerte Pitt, antes de que el primero asesinara a un hombre y se convirtiera en bandido. Estamos siguiendo una buena pista, Jack.

-¿De modo que supones que Brandt y Metzar, apoyados por Legget, roban los caballos y los llevan por tierra a Detroit?

-Me parece que has dado en el clavo.

-Y ¿qué haremos? -preguntó Jonathan.

-Esperar. Eso es lo mejor. No hay ninguna necesidad de apresurarse. Conviene saber la verdad antes de hacer ningún movimiento. Por ahora solamente tenemos sospechas. Esa muchacha descubrirá más en una semana que nosotros en un año. Sin embargo, Jack, ten cuidado de que no caiga en ninguna trampa, porque Brandt no me parece hombre de fiar y ya sabes que los renegados son verdaderos diablos para con las mujeres. Bastante lo prueban las cicatrices que llevas en el cuerpo. Esa muchacha es lindísima y buena. Nunca he visto otra que se le pareciese. Aún recuerdo cómo centelleaban sus ojos cuando me dijo que estaba segura de que yo había vengado a Mabel. Tiene unos ojos maravillosos, Jack; y esa muchacha, tan hermosa, te aseguro que está dotada de una energía formidable. ¿No la persiguen los muchachos del Fuerte?

-Están como locos, hasta el punto de que te reirías si los vieses -replicó Jonathan con tranquilo acento.

-Pues entonces habrá algunas peleas antes de que ella se decida por uno y quizá también después. Ahora, que te aconsejo que tengas cuidado y procures que esa muchacha no te atrape.

-¡Bah! No tengas miedo. No corro más peligro que tú mismo.

-¡Hombre! A mí ya me cogieron una vez -replicó Wetzel.

Jonathan Zane miró a su compañero y vio que tenía la cabeza inclinada; también observó que en el rostro de su amigo no se pintaba, ciertamente, ninguna expresión maliciosa o alegre.

-Bromeas, Wetzel.

-De ningún modo. Algún día, cuando te hayan cogido y yo tenga que seguir solo las pistas, como hice antes de que fuésemos amigos, tal vez entonces, cuando sea el último policía de la frontera, te lo contaré todo.

-Pues, mira, Wetzel, a juzgar por la abundancia de colonos que van llegando, creo que dentro de pocos años ya no habrá necesidad de que existan policías de la frontera. En cuanto no haya indios, ¿qué haremos nosotros?

-No es muy probable que tú o yo veamos esos tiempos -dijo Wetzel- y, por otra parte, no lo deseo. Bueno, Jack, me marcho y ya volveremos a vernos aquí mismo en días alternos.

Wetzel se cargó al hombro su largo rifle y pronto se perdió de vista montaña abajo.

Jonathan se puso en pie, se sacudió como pudiera haberlo hecho un perro de gran tamaño y, a su vez, emprendió el descenso. Sólo una vez se detuvo al bajar, a causa del

crujido de una ramita, que le avisó de la presencia inmediata de algún ser corpulento. En silencio se escondió en las matas que había a uno y otro lado del sendero, y hecho esto escuchó atentamente con el oído pegado al suelo. Oyó entonces un ruido especial, como si dos substancias duras se golpeasen mutuamente, y continuó su marcha por haberse convencido de que ello se debía al contacto de la pezuña de un gamo contra la roca. Más abajo observó a dos de estos animales que estaban paciendo. El macho se apresuró a esconderse en la espesura, pero la hembra le miraba con la mayor curiosidad.

Menos de media hora de rápida marcha le condujo al río. Allí se escondió en una espesura de sauces y volvió a salir en una faja arenosa de la orilla. Con el mayor cuidado escudriñó el río y luego sacó un pequeño bote de corteza de abedul, hasta entonces oculto entre el follaje. Botó al agua la frágil embarcación, remó para atravesar el río y la ocultó bajo unos cañaverales que se inclinaban hacia la corriente.

La distancia desde aquel punto, en línea recta, hasta su destino era de una milla tan sólo, pero una eminencia rocosa y una garganta que halló al paso le obligaron a describir una amplia curva. Mientras saltaba ligeramente para franquear un arroyo, sus agudos ojos se fijaron en una huella impresa en la arena. Inmediatamente se dejó caer de rodillas. La huella de aquellos pies era pequeña, sin duda perteneciente a una mujer, y lo más raro era que, en vez de mostrar la impresión de unos mocasines planos y redondos, eran puntiagudos y señalaban un tacón cuadrado. Las muchachas de la frontera no usaban aquella clase de calzado. Sin duda lo teman Betty y Nelly, pero jamás salían al bosque sin calzar mocasines.

La experimentada mirada de Jonathan observó que aquellas huellas habían sido impresas menos de una hora antes. Levantó los ojos para mirar al cielo. El día empezaba a declinar. En las cañadas reinaba ya la sombra, de manera que no tendría luz suficiente para seguir el rastro. Sin embargo, lo hizo, presuroso, con la esperanza de encontrar a aquella persona antes de oscurecer. Y en cuanto hubo dado algunos pasos averiguó que la desconocida se había extraviado. La incertidumbre de sus apresurados pasos era tan evidente para los ojos del joven como si estuviese escrita en la arena. Su camino se dirigía a lo largo del arroyo, evitando los desniveles del suelo, y conducía a los claros que podía hallar; pero no se acercaban, en cambio, al establecimiento. Después de seguir rápidamente la pista atravesó una ligera eminencia para adelantarse a aquella mujer extraviada, y saliendo por entre una espesura de sasafrás, vióse frente a frente de Elena Sheppard.

-¡Oh! -exclamó ella alarmada, aunque inmediatamente su terror se transformó en contento y alegría- ¡Oh, gracias a Dios! ¡Me ha encontrado usted! Me he extraviado.

-Ya lo veo-contestó Jonathan ásperamente-. El establecimiento se halla tan sólo a quinientos metros y al otro lado de esa colina.

-Yo seguía un camino equivocado. ¡Oh! ¡Si no hubiese usted llegado...! -exclamó Elena, sentándose en un tronco caído' y mirando al joven con ojos alegres y afectuosos.

-Y, ¿cómo perdió usted su camino?-preguntó sin advertir el afecto y la alegría en los ojos de la joven.

-Subí por la colina en busca de flores, aunque sin perder de vista el Fuerte. Luego vi unas hermosas violetas al pie de un pequeño montículo y creí poder aventurarme hasta allá. Y hallé tanta abundancia de violetas, que ya no me acordé de nada más y me desorienté. Al volverme para regresar, no pude encontrar mi camino y lo he buscado en vano durante largo rato. Casi me parecía haber ido errante durante varias horas. ¡Oh, cuánto me alegro de que me haya usted encontrado!

-Y ¿no le han recomendado nunca permanecer en el establecimiento y no abandonar el claro? -preguntó Jonathan.

-Sí -contestó Elena con la cabeza levantada.

-¿Y por qué no lo ha hecho usted?

-Porque no quise tener en cuenta esa recomendación.

-Debería haberse portado con mayor prudencia.

-Creo que no -dijo Elena apaciblemente, aunque sus ojos desmentían su voz reposada.

-Es usted una niña testaruda - dijo Jonathan con seco acento.

- ¡Señor Zane! -exclamó Elena palideciendo.

-Supongo que hasta ahora ha hecho siempre lo que le ha venido en gana; pero aquí, en la frontera, debe pensar un poco en los demás y no en sí misma.

Elena guardó un orgulloso silencio.

-Podía usted haber caído en poder de los shawnees merodeadores.

-Tal desastre no le habría causado a usted mucho disgusto -replicó ella.

-Aunque no lo crea, me habría disgustado. Tenga en cuenta que seguramente hubiese perdido mi cabellera al intentar rescatar a usted -dijo Jonathan, que empezaba a titubear, porque, en realidad, no sabía qué pensar de aquella notable joven.

-Sí, ya comprendo que habría sido una lástima perder su hermoso cabello - replicó ella con cierto desdén.

Jonathan se ruborizó, quizá por vez primera en su vida. Y si en realidad estaba orgulloso de algo, indudablemente era de su largo y sedoso cabello.

-Comprendo, señorita Elena, que no me expreso bien -dijo con rostro pálido y grave - y cuanto le dije tendía solamente a su propio beneficio.

-Es usted muy bondadoso, pero no hay necesidad de que se preocupe.

-Bueno -dijo Jonathan después de vacilar y algo molesto ante la expresión de aquel hermoso y enojado rostro. Pero se le ocurrió una idea feliz-. Bueno. No me preocuparé. Vuelva usted a casa tomando el camino que mejor le plazca.

Dio media vuelta y se alejó lentamente. Desde luego no tenía la menor intención de dejarla abandonada, pero le pareció muy conveniente que ella lo creyese así. Si la joven no le llamaba, procuraría estar siempre al alcance de su voz, y en cuanto diese muestras de ansiedad o de temor, volvería a presentarse a ella.

Elena decidió morir en el bosque y se resignó a ser capturada por los shawnees, antes que llamar al policía. Pero se quedó observándole. Lentamente su alta y vigorosa figura se alejó con graciosos v elásticos pasos, de modo que un momento después se habría perdido de vista y la joven se quedaría sola. ¡Cómo oscureció repentinamente todo lo que la rodeaba! El crepúsculo empezaba a tender su manto sobre el bosque y en muchos puntos sombríos reinaba ya la noche. En el bosque se percibía un intenso silencio. Elena se dijo, temblando, que estaba muy sola. Y con toda seguridad habría anochecido ya antes de poder encontrar el camino de regreso. ¿Cuál era la colina que le ocultaba su morada? No lo sabía, ni tampoco pudo recordar cuál de ellas señaló el joven. De pronto se echó a temblar. ¡Tuvo tanta alegría cuando él la encontró y sintió, tal alivio al verle! Y ahora se alejaba.

-¡Señor Zane! - gritó haciendo un esfuerzo-. Vuelva usted.

Jonathan siguió andando, sin hacerle caso.

-¡Vuelva, Jonathan! ¡Hágame el favor!

Entonces el policía volvió sobre sus pasos.

-Haga el favor de llevarme a casa -dijo mostrándole su hermoso rostro sonrojado, humedecido por las lágrimas y con todas las señales de una intensa agitación interior-.He sido una tonta al venir sola a los bosques y me alegro mucho de haberle encontrado. Pero usted me habló... como nadie lo hizo antes. Estoy segura de haberlo merecido. Haga el favor de llevarme a casa. Papá estará ya alarmado.

Jamás un hombre se vio suplicado por unos ojos y una voz más afable que los de Elena.

-Venga - dijo él con acento cariñoso:

Y tomándola por la mano, emprendió el ascenso de la colina. De este modo atravesaron el bosque, que oscurecía por momentos, dándose la mano, cual si fuesen él un

piel roja y ella su prometida. La ayudó a franquear las piedras y los troncos caídos. Pero aún seguía cogiéndole la mano cuando ya no había necesidad de hacerlo. Ella levantaba la vista para mirarle mientras andaba tranquilo y serio a su lado, en tanto que sus ojos escudriñaban por entre los árboles. La joven sintió profundo remordimiento al pensar en lo que había dicho. Era evidente que él no sentía cosa alguna en aquel paseo bajo el oscuro dosel del follaje. Sin duda se daba cuenta de su responsabilidad; cualquier árbol podía ocultar a un enemigo traidor. Y mientras la joven andaba al lado de su compañero, se prometió ofrecerle sus excusas; y su pecho jadeaba con la dulce e innegable emoción que hacía palpitar con violencia su corazón.

Pronto salieron de la espesura y se hallaron en el polvoriento sendero. Pocos minutos de rápida marcha los llevaron a la vista de las parpadeantes luces del pueblo y un momento después viéronse en el camino que conducía a la casa de Elena. Ella entonces libertó su mano, contuvo a su compañero con un ligero contacto y le dijo:

-Hágame el favor de no decir nada de lo ocurrido a papá o al coronel Zane.

-Debería hacerlo, niña. Es preciso que alguien sea capaz de retenerla a usted en su casa.

-No me moveré de ella. Hágame el favor de no decirlo. Eso disgustaría mucho a papá.

Jonathan Zane contempló los grandes, claros y maravillosos ojos de su compañera, experimentando una sensación inexplicable. En realidad no había entendido las palabras que ella acababa de pronunciar. El aspecto de aquel rostro juvenil levantado hacia él le trajo el recuerdo de una flor, rara y perfecta, que crecía en lejanos amontonamientos rocosos. La sensación que experimentaba era intangible, no mucho más positiva que un aroma llevado en alas del viento del Oeste y que, con leve intensidad, le traía noticias de algún campo lleno de belleza.

-Prométame que no lo dirá.

-Bueno, niña. Se hará lo que usted quiera -replicó Jonathan, extrañado y maravillado a la vez de que aquélla era la primera ocasión en que una mujer le pedía algo.

-Muchas gracias. Ahora usted y yo tenemos dos secretos, ¿no es verdad? -dijo riéndose y con los ojos tan resplandecientes como las estrellas.

-Bueno. Váyase cuanto antes a casa. Y en adelante, sea más precavida. Me inspira usted muchos temores a causa de su carácter y de su espíritu animoso. Y preferiría que los shawnees me quitaran la cabellera a que Bing Legget tuviese ocasión de fijar la vista en usted.

-¿De veras? ¿Por qué? -preguntó ella en voz baja y musical.

-¿Por qué? -replicó él- Porque eso sería algo parecido a un buharro que se dispusiera a caer sobre una paloma.

-Buenas noches-dijo Elena con la mayor seriedad.

Y dando media vuelta, se alejó por el camino.

VIII

-Jack -dijo el coronel Zane asu hermano a la siguiente mañana -. Hoy es sábado y todos los hombres se habrán congregado en el pueblo. Ayer noche hubo bastante ruido en casa de Metzar y espero que hoy reinará allí mayor agitación todavía. Los dos individuos de quienes me habló Alex Bennet llegaron en el bote de anteayer. Con toda certeza uno de ellos es un señor inglés, y en cuanto al otro, es el tío más pendenciero que he visto en toda mi vida. Así que llegó hubo camorra. El inglés, que se llama Mordaunt, ha llegado en busca de los Sheppard, y, a juzgar por lo que resulta de la historia de Jorge, Elena le dio a entender muy

claramente sus intenciones. Mordaunt y Case, pues así se llama su criado, es decir, el perdonavidas de que te he hablado, se emborracharon y armaron un escándalo en la posada de Metzar, donde se alojan. Brandt y Williams bebieron mucho también, aunque eso no es corriente con respecto al primero de los dos. Inmediatamente se hicieron amigos del inglés, que, al parecer, tiene mucho oro y es aficionado a jugar. Ese Mordaunt es un caballero, de eso no hay duda. Lo siento mucho por él. Parece un hombre moralmente arruinado. Si dura más de una semana aquí, tendré una gran sorpresa. Case es hombre temible y, al parecer, anda siempre buscando la ocasión de tener pendencias. Deseo que vigiles a esa pareja con el mayor cuidado. Es posible que no ocurra nada de particular en la taberna y que, en resumen, solamente se coja allí alguna que otra borrachera, sin que se produzca ningún hecho lamentable, mas, por otra parte, también es posible que tengamos un disgusto.

Los preparativos de Jonathan fueron los característicos de un policía de la frontera. Dejó a un lado su rifle y, quitándose su corta chaqueta, púsose un segundo cinturón que contenía un tomahawk y un cuchillo más respetables que los que usaba normalmente. Luego se puso su chaqueta o camisa de caza, que llevaba sin ceñir, puesto que los cinturones le rodeaban el cuerpo por debajo de aquella prenda. Y aquella chaqueta suelta y holgada le daba la apariencia de un hombre desarmado y sin cuidado alguno.

Jonathan Zane no era tan temerario como para buscar el peligro, ni, como muchos aventureros de la frontera, gustaba de luchar por capricho. El coronel Zane era comandante del Fuerte y en una comarca en donde no existía ley escrita se esforzaba en mantener algo parecido a ella. Durante algunos años consiguió alejar de su pequeño establecimiento a los ladrones, renegados y proscritos, obrando con ellos de acuerdo con los principios de la justicia más estricta y severa. Su palabra era ley y sus policías de la frontera obligaban a todos a cumplirla. Por consiguiente, Jonathan y Wetzel consideraban su deber la cuidadosa observación de todo cuanto sucedía. Tenían informado al coronel y nunca intervenían en caso alguno sin haber recibido órdenes para ello.

La mañana pasó tranquilamente. Jonathan iba de un lado a otro, se entretenía en varios sitios, pero no vio a ninguna de las personas que deseaba vigilar. Creyó que estarían durmiendo los efectos de la orgía de la noche anterior. Después de comer se fumó una pipa. Pasaron Betty y Elena y esta última le sonrió. Ocurriósele pensar que nunca había observado que le mirase de aquella manera. Había un profundo significado en el radiante y cálido centelleo de sus ojos. Experimentó un pequeño disgusto, cuyo origen no pudo comprender, contra aquella joven, pero, al mismo tiempo, recordó su blanco rostro y sus grandes y azules ojos, que la noche anterior se fijaron ansiosos en su propio semblante. Y, por vez primera en su vida, deseó ser capaz de comprender mejor a las mujeres.

-¿Todo tranquilo? -preguntó el coronel Zane mientras bajaba los escalones de la entrada.

-Por completo -contestó Jonathan.

-Sospecho que aparecerán más tarde. Yo voy a pasar un rato en casa de los Sheppard, y luego me dejaré caer por la posada de Metzar. Le voy a dar un repaso. No me gusta lo que me han dicho acerca de que venden ron a los jóvenes. Quisiera tenerte cerca cuando le hable.

El policía de la frontera emprendió el descenso desde lo alto del montículo y siguió el camino que corría paralelo al río, aunque a mayor altura. Le disgustaba Metzar mucho más de lo que sospechaba su hermano, y ello por razones de mayor peso que las de vender ron a los menores de edad. Por fin Jonathan se tendió en el suelo y se entregó a sus reflexiones sobre aquel asunto

«Nunca hemos tenido paz en este establecimiento, ni la tendremos jamás en nuestros días. Ebenezer tiene muchas esperanzas y siempre mira las cosas por su aspecto agradable, esperando sin cesar que la situación será distinta al día siguiente. ¿Qué han sido los dieciséis últimos años? Una lucha larga y sangrienta. Pero los dieciséis próximos no serán mejores. Y

me parece que en breve tendremos jarana. Metzar y Brandt, con sus aliados, quienesquiera que sean, intervendrán en ella. Y si Bing Legget forma parte de la cuadrilla, puede resultar un embrollo que nos obligue, según dice Wetzel, a seguir nuestra última pista. Y también, corno ha profetizado mi compañero, es casi seguro que tendremos algún disgusto con respecto a ésa muchacha de los grandes ojos. Las mujeres siempre son causa de conflictos, y cuando son animosas v lindas todavía más. Pero si son hermosas y enérgicas y les gusta seguir su capricho, como le ocurre a esa muchacha, ni el mismo infierno es capaz de aguantarlas. Y ahora que la tenemos entre nosotros, ya no hay ninguna necesidad de que vengan los shawnees, Girty y los cuatreros para suscitar luchas. Y, sin embargo, el más tonto podría darse cuenta de que esa muchacha es tan dulce, buena v leal como el mismo oro.

A media tarde, Jonathan tomó el camino de la posada de Metzar. Hallábase ésta frente a un montículo v sus puertas principales daban al camino. Una construcción larga, de una sola planta y con dos puertas, servía de bar. La posada propiamente dicha era un edificio algo más ostentoso, unido al otro menor por su extremo occidental. Había varios caballos arrendados en el exterior, v dos grandes bueyes, uncidos a una enorme carreta llena de barro, esperaban pacientemente.

Jonathan inclinó su alta cabeza al entrar en el ruidoso bar. Aquel lugar apestaba a humo de tabaco y a emanaciones de licor de mala calidad. Estaba lleno de parroquianos. El desorden de la época y del lugar eran evidentes. Por aquel suelo, cubierto de aserrín de madera, andaban unos individuos flacos, de enrojecidos rostros, característicos de algunos habitantes de aquella región fronteriza. Veíanse cazadores y mercaderes de pieles, bateleros y granjeros que contribuían a aumentar el número de los clientes; muchachos jóvenes con cara de buenas personas, pero congestionados por la bebida; descubríase también un grupo de indios que se habían sentado en un rincón, y cuyos rostros abatidos y de miradas propias de reptil llamaban la atención. Mientras tanto, el propietario del establecimiento, hombre de barba negra, servía ron sin parar.

Desde más allá de la sala del bar y a través de una puerta que daba al soportal de la-parte posterior llegaba el ruido de los dados al ser arrojados sobre la mesa. Jonathan cruzó la sala del bar, al parecer sin darse cuenta de la aguda mirada que le dirigió Metzar, y se encaminó al soportal. Allí había también numerosa concurrencia, pero el lugar resultaba más espacioso por ser mayor. A una mesa se habían sentado algunos exploradores, que bebían v reían. A otra vio a tres hombres jugando a los dados. El coronel Zane, Silas y Sheppard figuraban entre los que contemplaban la partida. Jonathan se reunió con ellos e, imitándoles, se dedicó a mirar a los jugadores.

Conocía muy bien a Brandt. Ya antes había tenido ocasión de ver aquella expresión dura y propia de un lobo en el rostro del comerciante fluvial. Observó, sin embargo, que a la sazón tenía las mejillas enrojecidas y las manos temblorosas, segura indicación de que había bebido mucho. El jugador que estaba a su lado era Williams, uno de los que formaban parte de la guarnición, individuo bondadoso, pero muy charlatán y malintencionado cuando estaba bebido. El último jugador era, sin duda alguna, el inglés Mordaunt, hombre guapo, de piel fina y bigote largo, rubio y sedoso. Algunas profundas arrugas y las sombras amoratadas que aparecían debajo de sus ojos eran claras indicaciones de su vida disipada; y a pesar de su aspecto lamentable y vicioso, se notaba algo agradable en su porte general. Tal vez fuese la frialdad o la indiferencia con que sacaba una tras otra las monedas de oro del montoncito que tenía delante y que disminuía con la mayor rapidez. Su chaqueta de terciopelo y su jubón de seda, que fueron elegantes en su época, parecían entonces sumamente impropios para la vida ruda de aquella frontera.

Tras la silla del inglés, Jonathan vio a un individuo de corta estatura y cuyo rostro tenía gran parecido con el de un chacal. La barba hirsuta y gris, la boca prominente y de maligna expresión, la nariz ancha y aplanada y los ojos hundidos y brillantes producían una

desagradable impresión a quien lo viese. Jonathan se figuró que aquel hombre sería el criado Case, tan aficionado a empuñar el cuchillo. El policía de la frontera se dijo que si aquel individuo gustaba de andar a puñaladas no le faltarían ocasiones de dedicarse a su pasatiempo favorito en la comarca.

El coronel Zane llamó en aquel instante la atención de Jonathan. Los exploradores habían abandonado la mesa vecina y Silas y Sheppard la ocuparon. El coronel hizo señas a su hermano para que se reuniese con ellos.

-Hola, Johnny. Tráete algo que beber-dijo al muchacho que servía -. Dile a Metzar para quién es. - Luego, volviéndose a Sheppard, añadió -: Tiene un whisky muy bueno, pero pocas veces lo ven esos pobres diablos.

Y, al mismo tiempo, oprimió con su pie el de Jonathan. El policía de la frontera comprendió, por aquella señal, que debía llamar la atención de Brandt. Este último habíase inclinado hacia delante cuando pasó Jonathan junto a él para ocupar un asiento al lado de su hermano, y dijo algo en voz baja a Mordaunt y a Case. Jonathan comprendió, por la rápida mirada que le dirigieron el inglés v su criado, que él mismo había sido el objeto de aquella observación.

De pronto Williams se puso en pie de un salto y, después e proferir una blasfemia, exclamó

-Me han dejado ustedes sin un cuarto.

-¿Quiere usted que sigamos jugando solos? -preguntó Brandt a Mordaunt.

-Como guste-replicó el inglés, en un tono que demostraba su indiferencia por seguir jugando o no.

-Yo tengo algo que hacer. Tomaremos, pues, algunas copas y aplazaremos el juego para otra ocasión - dijo Brandt.

Les sirvieron unas copas y bebieron. Brandt embolsó el montoncito de monedas de oro inglesas y españolas que tenía delante y se puso en pie. Andaba con cierta inseguridad, pero no estaba borracho.

-¿Quieren ustedes hacerme la merced, caballeros, de tomar una copa conmigo? -preguntó Mordaunt al grupo del coronel Zane.

-Muchas gracias. En otro momento aceptaremos con gusto. Ahora ya nos han servido, como usted ve -contestó cortésmente el coronel Zane.

Mientras tanto, Brandt estuvo hablando en voz baja al oído de Case. El hombrecillo se rió de algo que le dijo el traficante. Luego abandonó la mesa. Tenía corta estatura, pero su cuerpo fornido y compacto daba la impresión de ser muy ágil y fuerte.

-¿Qué vas a hacer ahora? -preguntó Mordaunt levantándose a su vez y mirando con dureza a Case. -Iré a sacudirme un poco, capitán. Eso en el supuesto de que no tenga más ganas de beber - replicó el marinero.

-Ya has bebido bastante. Acompáñame arriba - dijo Mordaunt.

-Despacito, capitán - dijo Case sonriendo -. Ahora quiero beber una copa con ese matador de indios. Hasta ahora he bebido en compañía de bucaneros y de hombres malos en todo el mundo y no quiero perder esta oportunidad.

-Ven, porque te vas a meter en un lío. No tienes ningún derecho para molestar a esos caballeros - dijo Mordaunt.

-Mi buque se llama «Bronca» y es un buen velero -replicó aquel individuo.

Su voz sonora terminó la conversación. Algunos hombres empezaron a entrar desde la sala del bar, y Metzar en persona acudió a averiguar la causa de aquella excitación.

El hombrecillo se quitó la gorra, profirió un grito y luego se dirigió a Jonathan.

-Vamos a ver, matador de indios de la frontera, ¿quiere usted beber una copa con un alegre marinero inglés? Se hizo un repentino silencio, como el que a veces se produce en las profundidades de un bosque. Los que conocían al policía de la frontera y también los

pocos que no lo habían tratado creyeron que aquella invitación era, ni más ni menos, que un insulto. Pero ellos no advirtieron, como comprendió él mismo, que aquellas palabras formaban parte de un plan establecido de antemano para provocar una lucha.

-¿Quiere usted beber, cazador de pieles rojas? - gritó el marinero.

-No - contestó Jonathan con la mayor apacibilidad.

-¿Debo entender que su negativa va contra la vieja Inglaterra? -preguntó Case con acento feroz.

El policía de la frontera le miró fijamente y con ojos inescrutables en cuanto a sus sentimientos o propósitos, y se quedó silencioso.

-Si es usted hombre, salga, y con mayor rapidez de la que empleo en beberme una copa veré de qué color tiene las tripas - dijo con voz silbante el marinero, mientras fijaba en Jonathan la maligna mirada de su rostro enrojecido, horriblemente descompuesto.

Y al mismo tiempo señalaba con un largo cuchillo, que nadie le vio sacar, hacia el espacio cubierto de verde que había más allá del soportal.

El policía de la frontera no pronunció una palabra ni relajó uno solo de sus músculos.

-¡Ja!, ¡ja!, ¡ja! Ya veo que es usted un valeroso pirata de las llanuras -exclamó Case burlonamente, escupiendo estas palabras al rostro de Jonathan y de sus compañeros.

Dio la casualidad de que Sheppard se sentaba junto a él y recibió de lleno el aliento cálido e impregnado de ron del marino. El colono se levantó en tanto que palidecía su semblante.

-No puedo soportar esto, coronel-dijo con apresuramiento-. Alejémonos de este rufián borracho. -¿Quién es el rufián borracho?-gritó Case, más airado que nunca-. No estoy borracho, pero voy a emborracharme y a hacer picadillo a alguno de esos cobardes que por aquí abundan. ¡Eh, tú, viejo gaviero, bébete eso a mi salud, así Dios te mate!

El rufián tomó un vaso de licor de la mesa y lo tendió a Sheppard, en tanto que blandía su largo cuchillo. Blanco como la nieve, Sheppard retrocedió hasta tropezar con la pared, pero no tomó el vaso.

El marinero era dueño del terreno y no pronunció una sola palabra. Su acto había sido tan rápido, que apenas hubo tiempo de que alguien se opusiera. El coronel Zane y Silas permanecían tan inmóviles y con el cuerpo tenso como el policía de la frontera.

-¡Bebe! - gritó el marinero con voz ronca acercando su cuchillo al cuerpo de Sheppard.

Cuando la punta del arma se puso en contacto con el cuerpo del anciano, vióse un objeto brillante que salía volando por el aire fue a golpear la muñeca de Case, le hizo caer el cuchillo de la mano y, después de golpear la pared, cayó al suelo. Era un tomahawk.

El policía de la frontera saltó por encima de la mesa, cual si fuese un enorme gato montés, y con un movimiento igualmente rápido empujó con gran ruido a Case hasta hacerlo chocar con la pared. Se lanzó contra él antes de que pudiese mover una mano, lo agarró y lo arrojó, cual si fuese un saco de harina, más allá del peñasco.

Se aflojó la tensión general y algunos de los circunstantes se echaron a reír, en tanto que otros se dirigían hacia la cortadura, para ver qué había sido de Case. Otros observaron que salió del establecimiento en mucho mejor estado de lo que esperaban.

El policía de la frontera permaneció silencioso. Se apoyó en un poste en tanto que su ancho pecho se agitaba con suavidad, pero sus ojos centelleaban mientras observaban a Brandt, Williams, Mordaunt y Metzar. El inglés fue el único que tomó la palabra.

-¡Buen golpe! -dijo con acento frío y suave-. Le aseguro, caballero, que tiene usted una mano de hierro. Le ofrezco mis excusas por ese desagradable incidente. Mi criado es algo pendenciero cuando ha bebido.

-Metzar, oiga usted una palabra - dijo el coronel. Vamos adentro, coronel-dijo el posadero con evidente disgusto.

-No. Óigame aquí. Voy a hablarle claramente. Es preciso que abandone usted su taberna. No hay necesidad deque se esfuerce en resistir, porque esto ha terminado. ¿Comprende? Usted conoce tan bien como yo, y quizá mejor, el carácter de su llamada posada. Pero, en fin, voy a darle una nueva oportunidad.

-¡Caramba, coronel! Éste es un país libre -gruñó Metzar-. Yo no puedo evitar que vengan esos muchachos a armar camorra. Éste es un establecimiento decente, pero los clientes quieren beber y jugar. ¿Qué leyes hay aquí contra eso? ¿Qué puede usted hacer para evitarlo?

-Ya me conoce usted, Metzar -dijo enojado el coronel Zane -. No soy amigo de malgastar palabras. Acuérdese usted de que al primer borracho que vea aquí, o cuando sepa que se celebra algún trato ilegal o que se juega, le expulsaré a usted de una vez para siempre.

Metzar inclinó su despeinada cabeza y abandonó el soportal. Brandt y sus amigos, con los rostros muy serios, se retiraron a la sala del bar.

El policía de la frontera dio la vuelta a la esquina de la posada y subió por el sendero. El coronel, Silas y Sheppard le seguían más despacio. Y al oír un grito se volvieron para ver a un individuo lleno de polvo y manchado de sangre, con el traje destrozado, que se tambaleaba en lo alto del risco.

-Ahí está ese maldito marinero - dijo Sheppard -. Es duro como una piedra. ¡Dios mío, vaya coscorrón el que le dio Jonathan en la cabeza! Y ahora que me fijo, aquel tomahawk llegó en el preciso momento para salvarme la vida.

-Yo estaba furioso, pero no alarmado -dijo el coronel Zane.

-Ya me extrañaba su inmovilidad.

-Es que aguardaba. Jonathan no obra, nunca hasta llegado el momento oportuno, y entonces... en fin, ya le ha visto usted. Ese hombrecillo criminal merecía la muerte y, por mi parte, le habría pegado un tiro con el mayor placer. Pero fíjese usted, Sheppard, en que Jonathan aborrece con toda su alma el derramamiento de sangre. Es muy singular. No mataría a un hombre blanco más que en último extremo.

-Eso es muy digno de él. ¿Y Wetzel, piensa igual? -No. Es distinto - replicó el coronel Zane estremeciéndose -. Si yo le ordenase tomar un hacha y destruir la posada de Metzar, no dejaría nada en pie. Tal vez llegará la ocasión de que se lo diga, y entonces verá usted algo que no olvidará jamás.

IX

E l domingo por la mañana v bajo el sol cálido y brillante, la aldea de Fuerte Henry reposaba apaciblemente, como si nunca hubiese sufrido los efectos de una tempestad, su tranquilidad no se viera amenazada y los alaridos de los indios no hubiesen resonado de un modo horrible en aquella atmósfera tranquila.

-Es una mañana magnífica -dijo el coronel Zane reuniéndose con su hermana en el soportal- ¡Qué guapa estás! Y te veo vestida de blanco por primera vez desde... En fin, estás encantadora. Supongo que irás a la iglesia.

-Sí. He invitado a Elena y a su primo para ir allá. La he persuadido de que se encargue de dar mi clase dominical y yo tomaré otra para los niños mayores - replicó Betty.

-Muy bien. Los pequeñuelos no tienen aquí muchas oportunidades de aprender. Pero ya hemos dado un gran paso. La iglesia y el predicador significan mucho para los jóvenes. Ahora hemos de pensar en la escuela del pueblo.

-Elena y yo podríamos dar clases una o dos horas cada tarde.

-Sería magnífico. Es muy desagradable que esos chiquillos crezcan sin saber leer ni escribir. Convendrá pensar en eso; pero Dios sabe que ya he hecho cuanto podía. Bastante he conseguido con que no hayan muerto ya asesinados.

-Elena aconsejó que hubiese escuela todos los días. Se interesa mucho por todo y por todos. Su energía es muy notable. Tiene absoluta necesidad de moverse y de hacer algo, porque rebosa de bondad y de simpatía. Ayer lloró de alegría cuando Mabel le dijo que Alex estaba deseoso de casarse con ella cuanto antes. Te aseguro, Ebenezer, que Elena es una muchacha estupenda.

-Sí, tan buena como bonita, lo cual es decir bastante -musitó el coronel-. Me gustaría saber quién será el hombre feliz que la conquiste.

-Es fácil adivinarlo, pero, desde luego, no será ese inglés. Ella lo odia. Jonathan podrá lograrlo. Me gustaría que vieses la mirada de ella cuando alguien habla de él.

-¿Estás segura, Betty? -se apresuró a preguntar su hermano.

-Por completo - replicó ella, afirmando al mismo tiempo con un movimiento de cabeza-. No me engaño acerca de esas cosas. Elena está completamente fascinada por Jack. La muchacha se me revela de tal modo que no debe de tener mucho más de dieciséis años.

-Mira, Betty, se me ha ocurrido un plan magnífico.

-No me extraña, porque siempre tienes ideas felices.

-Podríamos realizarlo entre tú y yo, Betty -dijo acariciándole el brazo.

-Ya veo que sigues tan casamentero como siempre -replicó Betty riéndose-, pero ten en cuenta que para celebrar un matrimonio es preciso el consentimiento de los dos. No hay que olvidar a Jack.

-¡Bah! - exclamó el coronel, haciendo castañetear sus dedos -. No hay necesidad de tomarlo en consideración, pues no existe ningún hombre joven capaz de resistir a esa hermosísima muchacha.

-Quizá no. Por mi parte no podría si yo fuese hombre. Pero Jack no es como los demás. Estoy segura de que aún no se ha dado cuenta de que ella está interesada. Además él es policía de la frontera.

-Ya lo sé. Y ése es el único obstáculo serio con que habremos de luchar Sin embargo, aun cuando estuviese casado, podría seguir vigilando en torno del Fuerte. Esos largos, solitarios y terribles viajes que emprenden él y Wetzel no son absolutamente necesarios. Una dulce esposa se lo daría a entender en breve. Dentro de pocos años la frontera estará civilizada y por esta causa más valdría que abandonase la persecución de los indios. Me gustaría verle casado y establecido, como todos nosotros, incluso Isaac. Bien sabes que Jack es el último de los Zane, es decir, de los viejos Zane. Y las dificultades debidas a su carácter modesto y vergonzoso podrían vencerse fácilmente.

-¿Y cómo, maravilloso hermano mío?

-Eso es coser y cantar. Dile a Jack que Elena se muere de amor por él y a ella le haces saber que Jack la ama como un loco...

-Has de tener en cuenta, mi querido Ebenezer, que esto último no es verdad-replicó Betty.

-Pues lo es. O lo sería tratándose de cualquier hombre que no estuviese ciego como un topo. Le diremos a ella que Jack la quiere, pero como es policía de la frontera y tiene unas ideas muy severas acerca del deber, y, además, es un hombre tímido y vergonzoso, no se atreve a comunicárselo. Y esto solo bastará para que ella lo busque y le haga soltar la lengua.

-Voy viendo, Ebenezer, que eres el mismo demonio -dijo Betty con alegre acento. Luego añadió más seria-: Ya te comprendo, Ebenezer. Te mueve en eso tu cariño por Jack, lo cual me parece muy bien. Cuantas veces le veo alejarse del lugar, temo que sea la última, lo mismo que sucedió hace mucho tiempo, cuando nuestro hermano Andrés nos saludó alegremente, agitando la gorra, y no le volvimos a ver. Jack es el mejor hombre del mundo, y,

por mi parte, quisiera verle feliz, con una esposa y unos cuantos hijitos, y dedicado a alguna ocupación sedentaria. Me parece que podremos urdir una linda novela. ¿Estás decidido a intentarlo?

-¿A intentarlo? ¡Nada de eso! Llevaremos a cabo nuestro propósito. Ahora, Betty, tú te encargarás de explicárselo a los dos. Puedes hacerlo con mucha más habilidad que yo. Pero ten en cuenta que de lo que les digas depende el éxito de nuestro plan. Yo intervendré más tarde para ayudarte. No tardará en salir Jack y, por lo tanto, aprovecha la ocasión inmediatamente.

Jonathan, que ignoraba en absoluto la conspiración de sus hermanos para hacerle feliz, salió en breve al soportal, estiró sus largos brazos y aspiró profundamente el aire fresco de la mañana.

-¡Hola, Jack! ¿Adónde vas?-preguntó Betty, rodeando con su brazo una de las poderosas rodillas de su hermano, envuelta en el pantalón de piel de gamo.

-Me parece que voy a la fuente -replicó él, acariciando la brillante y sedosa cabeza de su hermana.

-Oye, Jack. Quiero decirte algo muy serio - exclamó ella, ruborizándose un poco por la mentira, pero resuelta a desempeñar a conciencia el papel que le había correspondido.

-¿Qué es eso, hermanita? -preguntó él observando su vacilación.

-¿Te gusta Elena?

-Hay mucho que decir acerca de eso -replicó Jonathan, después de reflexionar un instante.

-No importa. Cuéntame lo que quieras -insistió ella.

El no contestó.

-Pues mira, Jack. Ella... está locamente enamorada de ti.

El policía de la frontera se quedó inmóvil unos momentos. Luego, con largos pasos, se dirigió al prado y se volvió para mirar a su hermana.

-¿Qué has dicho?

Betty se echó a temblar. Su hermano hablaba con voz tan seca y sus ojos la miraban con tal dureza y vigor, que casi se asustó. Pero recordando que, según sus impresiones, acababa de decir la pura verdad, levantó los ojos y repitió:

-Elena está locamente enamorada de ti.

-No creo, Betty, que quieras bromear acerca de eso, y tampoco que mientas. Estoy seguro de que no eres capaz.

-No, querido Jack.

Ella vio cómo temblaba su cuerpo poderoso, del mismo modo que, más de una vez, vio temblar el cuerpo de un hombre durante el sitio, al recibir un balazo.

Sin hablar, Jonathan empezó a descender rápidamente por el sendero, en dirección a la fuente.

El coronel Zane salió de su escondrijo, detrás del soportal, y con rostro resplandeciente sonrió a su hermana. -¿Qué te parece? Ha salido con un paso tan majestuoso como si fuese un jefe indio-dijo con la mayor satisfacción- Por Dios, Betty, acabas de hacer una cosa admirable. Nunca en mi vida vi a Jack con ese aspecto.

El coronel Zane se sentó al lado de Betty, riéndose en silencio pero con toda su alma.

-Ya cazaremos a ese solitario. No le queda la más ligera oportunidad de escapar; y espera a que se le vea después de oír tu historia... Pero, ¡Dios mío, estás llorando!

En efecto, al volverse el coronel, pudo ver que su hermana tenía la cabeza inclinada v ocultaba el rostro con la mano.

-¿Te apena, acaso, querida Betty, este inocente engaño? -le dijo tomándole la mano y acariciándola tiernamente.

-No, Ebenezer. No es eso. No he tenido ningún reparo en decírselo a él, pero el centelleo de sus ojos me recordó... a Alfredo.

-Es claro. ¿Por qué no? Pocas son las cosas que no evocan el tierno recuerdo de alguna de las personas a quienes hemos amado y perdido. Pero no llores, Betty.

La joven hizo un esfuerzo para sonreír y, levantando el rostro, mostró sus mejillas sonrosadas y húmedas de lagrimas.

-Soy una tonta, pero no puedo remediarlo. Casi todos los días lloro por lo menos una vez.

-Cobra ánimo. Ahí vienen Elena y Will. No les des motivo para sospechar tu tristeza. ¡Dios mío, Elena vestida también de blanco! Eso es una conspiración para acabar con la paz de los hombres de Fuerte Henry.

Betty se adelantó para recibir a sus amigos, en tanto que el coronel Zane continuaba hablando, pero, a la sazón, para sí mismo.

-Tiene una belleza fatal-se dijo.

Sus ojos examinaron a Elena con el placer propio de un artista. El color' sonrosado de su piel, sus labios perfectos, el cabello ondulado y brillante, el tono azul oscuro y maravilloso de sus ojos de cambiante expresión, su figura esbelta, pero fuerte y armoniosamente redondeada con la gracia de la femineidad, constituían un conjunto en que él se deleitaba, feliz por estar cerca de ella. La muchacha no poseía para él el magnetismo comúnmente sentido por la mayor parte de sus admiradores; mas él se daba cuenta de cuán sutilmente estaba llena de cualidades que, a falta de mejor término que las describiese, podía adoptarse la característica expresión de Wetzel de que era «arrebatadora.

Díjose también que aun cuando él tenía muchos más años que ella, si bien la joven se mostraba siempre amable y graciosa, nunca parecía inclinada a emplear coquetería atormentadora propia de las mujeres muy hermosas. El coronel Zane se enorgullecía de su propio discernimiento, y había observado ya que Elena tenía distintos caracteres, según la persona con quien tratase. Para Betty, Mabel, Nelly y los niños era franca, infantil, deseosa de divertirse y siempre amable; para con los mayores era apacible, solícita y deseosa de agradar; para los jóvenes, fría pero burlonamente prometedora, lo cual suavizaba aquella frialdad, y, a veces, también se mostraba dulce y agradable, caprichosa y mudable como los vientos de abril. Por fin el coronel se dijo que, como otras animosas muchachas, necesitaba la dominadora influencia del hombre a quien amase, un hogar de que cuidar y unos niños: que suavizaran y templaran su ánimo.

-Bueno, jóvenes amigos. Veo que siguen ustedes observando el domingo -dijo alegremente-. Por mi parte, Will, no llego a comprender cómo podrá Jaime Downs predicar esta mañana, ante ese capullo de laurel y esa rosa adamascada.

-¡Qué poético! Y ¿a quién diriges esos cumplidos? - preguntó Betty.

-¡Adulador! -dijo Elena riéndose y amenazándole con un dedo.

-Y además es un hombre casado-continuó Betty.

-¡Caramba! El matrimonio no ha agotado mis sentimientos poéticos ni me ha perjudicado la vista.

-Pero, en cambio, te ha estropeado tu antigua propensión a enamorar a las muchachas. Si te atrevieses, seguirías haciéndolo - replicó Betty con acento malicioso.

-¿Qué le parece a usted eso, Will? ¿No cree usted que son oficiosidades fraternales? Pero, venga, e iremos a ver mis caballos de raza - dijo el coronel Zane.

-¿Dónde está Jonathan? - preguntó Elena -. Ayer ocurrió algo en casa de Metzar. Y como papá no ha querido decírmelo, deseo preguntárselo a Jonathan.

-Jack se ha ido a la fuente. Pasa allí largos ratos. Hay sombra y frescura. Y además se goza del murmullo del agua al saltar sobre las piedras.

-Está muy solo - observó Elena.

Betty volvió a ocupar su primitiva situación en los escalones, pero no levantó los ojos mientras continuaba hablando

-Sí. Últimamente es más aficionado que antes a la soledad y también habla menos. Apenas dirige la palabra a nadie. Debe de tener alguna preocupación más importante que la de pensar en los ladrones de caballos.

-¿Qué será? -preguntó rápidamente Elena.

-Más valdrá que no se lo diga... a usted.

Hubo un largo silencio antes de que Elena hablase.

-Le ruego que me lo diga - suplicó.

-Pues bien, Elena: Ebenezer y yo sospechamos que Jack se ha enamorado por vez primera en su vida y que está loco por usted, adorable criatura. Pero Jack es un hombre acostumbrado a la vida llena de luchas de la frontera, sus principios son muy severos y está persuadido de que su misión se halla concentrada exclusivamente en la vida de la frontera, aparte de que sabe que sus manos se han teñido muchas veces con la sangre de hombres blancos y rojos. Moriría antes que declarar su amor, porque no comprende que eso pudiera traer algún bien, aun en el caso de que usted correspondiese a su pasión, cosa, desde luego, disparatada.

-¡Me ama! -murmuró suavemente Elena.

Sentóse al lado de Betty y desvió el rostro. Sostenía aún la mano de la joven y la oprimió con tal fuerza, que Betty hizo una mueca de dolor. Esta última miró luego a Elena y vio que sus mejillas se teñían de rubor y que su desarrollado pecho jadeaba.

Elena se volvió entonces sin dar muestras de emoción alguna, a excepción de un brillo singular en sus ojos. Y tardó tanto en hablar, que el coronel Zane y Will regresaron del corral antes de que hubiese recuperado la voz.

-Coronel Zane, hágame el favor de contarme lo que ocurrió anoche. Cuando papá llegó a casa estaba pálido y muy nervioso. Comprendí que había sucedido algo, pero él no quiso explicármelo, lo cual aumentó mi inquietud. ¿No querrá usted referírmelo?

El coronel Zane volvió a contemplarla y se dio cuenta de lo sucedido. A pesar de su dominio sobre sí misma, sus elocuentes ojos revelaban el secreto. Cambiaban de un modo incesante y despedían, a veces, destellos de alegría, de modo que aquellas órbitas eran, realmente, las ventanas de su alma. Resplandecía en ellos toda la emoción del corazón femenino, el temor, la belleza, la maravilla del milagro amoroso, la temblorosa alegría y la tímida esperanza.

-¿Quiere que se lo cuente? No tengo inconveniente -replicó el coronel Zane ablandado y algo arrepentido bajo la mirada de aquellos ojos maravillosos.

A nadie le gustaba más contar una historia que al coronel Zane. De un modo breve y gráfico refirió las circunstancias del asunto, que fue causa del ataque contra el padre de Elena y, a medida que progresaba la narración, se excitó hablando con rostro animado y enérgicos gestos.

-Precisamente cuando la punta del cuchillo tocaba a su padre, un objeto brillante atravesó volando la sala e hizo caer el arma al suelo. Era el tomahawk de Jonathan.

Y lo que siguió fue tan rápido, que apenas pude verlo.

Como un rayo, y flexible como el acero, Jonathan franqueó de un salto el obstáculo de la mesa, arrojó a Case contra la pared y luego, agarrándolo con las dos manos, lo despidió hacia el precipicio. Le aseguro, Elena, que fue una hazaña admirable, pero, desde luego, nada propia para unos ojos femeninos. Y eso es todo. Su padre no sufrió el menor daño.

-¡Salvó la vida de papá! -murmuró Elena, inmóvil como una estatua.

Luego, repentinamente, giró sobre sí misma, con el alado movimiento que era propio de ella, y con la mayor rapidez echó a correr camino abajo, en dirección a la fuente.

Por soñador que fuese Jonathan Zane, nunca se sumió en un ensueño tan extraño y hermoso como el que se apoderó de él en aquella mañana dominguera.

Las palabras de Betty habían llegado a lo más hondo de su corazón, pero solamente sentía la maravilla y la dulzura de aquellos vocablos. La gloriosa belleza de la joven había empezado, desde muchos días atrás, a ejercer su influjo en él. Y ya arrastrado de un modo irresistible, su alma moraba en un castillo fantástico de pintadas ventanas v dorados muros.

Por vez primera en su vida de la frontera había entrado en la pequeña ciénaga sin fijarse en el agua cristalina que corría por entre los guijarros y las musgosas piedras, o en la faja de tierra cubierta de hierba, rodeada por los altos y oscuros árboles y sombreada por un dosel matizado de frescos verdes y claros azules. Tampoco oía la música del agua corriente, el piar de los pájaros y el suspiro de la brisa que agitaba las hojas.

Aquel día había perdido por completo la dulce compañía de la Naturaleza. Aquel espíritu indefinible e indescriptible que parecía emanar apaciblemente de sus amados bosques; aquello que lograba algo más que afectar sus sentidos, que existía para él en los riscos pedregosos y latía lleno de vida en las solitarias naves del bosque, todo había huido para él ante el dominante poder del amor y de la belleza de una mujer.

Pasó un rato muy largo, que a él le pareció un solo instante, con la espalda apoyada en una piedra y, de pronto, percibió un ligero paso por el sendero.

Una visión blanca penetró en la ciénaga, dos manecitas estrecharon las suyas y dos azules ojos, de húmeda belleza, proyectaron su luz sobre él.

-¡Jonathan! He venido a darle las gracias.

Dulce y trémula, la voz de la joven parecía resonar a larga distancia.

-¿A darme las gracias? ¿Por qué?

-Salvó usted la vida de papá. ¡Oh! ¿Cómo podré agradecérselo bastante?

Él no pudo contestar.

-No tengo nada que darle más que esto.

Un rostro, bello como una flor, se acercó a él; unas manos suaves y ligeras como los vilanos tocaron sus hombros; unos ojos de color azul oscuro resplandecían sobre él con la mayor ternura...

-¿Puedo darle las gracias... así?

Unos labios suaves se pusieron en contacto con los suyos, sin gran prisa por alejarse.

Luego sopló el viento, revoloteó algo blanco y Jonathan percibió el ruido de unos pies veloces que se alejaban. Estaba solo junto a la fuente.

X

Pasó junio. Julio empezó con mucho calor y Fuerte Henry no recibió visita alguna de los indios ni de los cuatreros, ni tampoco experimentó ningún inconveniente, a excepción del sol demasiado cálido fue el estío más caluroso que se había conocido en muchos años, y aquella elevada temperatura, positivamente limitó el crecimiento del trigo que cultivaban los colonos. Casi todas las fuentes se habían secado y los agricultores veíanse amenazados por una sequía duradera.

El tiempo dio a Elena una excusa que no tardó en aprovechar. Su pálido rostro y su aspecto lánguido preocupaban y tenían muy extrañados a su padre y a sus amigos. Ella les explicó que el calor la afectaba de un modo desagradable.

Habían pasado largos días desde aquella mañana domínguera en que besó al policía de la frontera. ¡Qué transportes de dulce esperanza y, al mismo tiempo, de temor sufrió entonces! Y ¡cómo llegó la vergüenza a destruir su felicidad! Sin embargo, aún se gloriaba de

su acto. Gracias a aquel beso, ella misma había despertado a la conciencia plena de su amor. Con insidioso paso y dominio creciente por momentos, aquel sentimiento alcanzó su grado máximo, y, rompiendo por fin sus ligaduras, la inundó con irresistible fuerza.

Durante los primeros días después del amanecer de su pasión había vivido sumida en aquella dulzura y escuchado tan sólo unos melodiosos sonidos que se producían en su alma: Las horas siguientes a aquel domingo fueron como largos sueños. Pero todas las cosas alcanzan su madurez para desaparecer luego, de modo que aquel período infantil pasó también, dejándola convertida en una mujer serena y juiciosa. Empezó a recoger y a agrupar los hilos de su vida, en donde el amor los había roto, para planear notablemente, esperar y aguardar.

Sin embargo, transcurrieron varias semanas y su amado no se presentó. Betty le dijo que Jonathan hacía algunas excursiones al apuntar el día, con objeto de celebrar consejo con el coronel Zane. Que él y Wetzel seguían la pista de los shawnees ladrones de caballos y que ambos policías de la frontera se hallaban entonces en uno de los períodos más terribles de su cólera vengativa e implacable. En aquellos días, Elena pasó por varias fases del sentimiento. La pena hizo palidecer su rostro, enflaqueció sus mejillas y añadió otra sombra, aunque ésta de triste expresión, a sus grandes ojos. El esfuerzo que constantemente llevaba a cabo para contener su emoción, la violencia que había de hacerse con objeto de aparecer alegre, cuando se sentía dolorida, amenazaron, incluso, su magnífica salud. Por medio de evasivas contestaba a la solicitud de sus amigos y también se valía de aquellas inocentes mentiras mediante las cuales un alma sensible oculta sus secretos. Su vergüenza era muy natural, porque, puesto que el policía de la frontera no se presentaba ni le enviaba una sola palabra, el orgullo murmuraba a oídos de la joven que ella llegó a cortejarlo olvidando su propio pudor.

Pero el orgullo, la cólera, la vergüenza y la desesperación acabaron por emprender la fuga ante el amor. Ella amaba a aquel rudo policía de la frontera y estaba persuadida de ser correspondida, aun quizás ignorándolo él mismo. La simplicidad y la falta de experiencia con las mujeres, la vida llena de peligros y entregada por completo al severo cumplimiento del deber, explicaban la actitud de aquel hombre y, al mismo tiempo, solicitaban el amor de la joven. Ésta se había resuelto a no vivir desgraciada y sola, siempre y cuando se sintiera amada, aunque en la situación hubiese una buena parte de incomprensión por parte de él. E incluso habría dado mil veces más de lo que había sacrificado ya. Él regresaría al pueblo algún día, en cuanto hubiese vencido a los cuatreros y a los indios, y volvería a mostrarse apacible, cariñoso y serio. Entonces ella le conquistaría, le haría renunciar a su voto de seguir llevando aquella vida espantosa, llena de peligros, en la frontera, y le haría feliz con su amor.

Mientras Elena atravesaba una de las hogueras de la vida para salir de ella más pura y más dulce, aunque tal vez más pensativa y triste, el tiempo, que no espera al amor, a la vida o a la muerte, corría siempre con igual velocidad, y, muy en breve, viéronse almacenadas las doradas cosechas de los campos. Y llegó septiembre, cumpliendo ampliamente su fructífera promesa.

Elena volvió a intervenir de nuevo en la apacible vida social del pequeño establecimiento; dio su clase los domingos, se dedicó a sus quehaceres y aún le quedaba tiempo para llevar un rayo de sol a más de un enfermito que yacía en la cama. Sin embargo, no olvidó su promesa a Jonathan y dedicó toda su inteligencia a fin de ver si podría hallar algún indicio útil para capturar al cuatrero. Pero hasta entonces seguía andando a tientas. No obstante, no podía olvidar la convicción de que el traidor era Brandt. Se censuraba por ello, ya que no tenía ninguna razón bien fundada para sospechar; mas, a pesar de todo, estaba convencida de un modo intuitivo. Desde luego, el hecho de que un hombre tuviese los ojos de color gris acerado, agudos como los de un gato y capaces de igual contracción y dilatación, no era suficiente para creer que fuese un criminal. Éste, según se confesaba Elena sonriendo, era el único argumento que tenía. Bien es verdad que Brandt pareció capaz de cualquier cosa

la noche en que Jonathan le derribó al suelo; estaba persuadida de que había incitado a Case para armar una disputa en la posada de Metzar. Y también notó que parecía muy preocupado a partir de aquella tarde. Desde entonces no abandonó el establecimiento para realizar cortos viajes, como tenía por costumbre antes del suceso del bar, y también era cierto que, a partir de aquel día, no desapareció ningún caballo de Fuerte Henry.

Brandt no había cesado en sus atenciones con respecto a ella, y si se mostraba menos ardiente debióse a que Elena le dio a entender, con la mayor claridad, que sólo podía ser su amiga, y aun no le habría consentido eso siquiera de no existir el deseo de Jonathan de averiguar algo acerca de aquel hombre. Figuróse capaz de adivinar bajo la cortesía de Brandt su verdadera individualidad, sutil y amenazadora. Despojado de su bondad y de su fingida virtud, se reveló el hombre de hierro, frío, calculador y cruel.

No vio a Mordaunt más que una sola vez, y entonces se hallaba en un estado repulsivo y digno de lástima, pues estaba borracho perdido, tendido en la hierba y al lado del camino, de modo que su rostro hermoso, pálido y fatigado, se veía expuesto a los crueles rayos del sol. La joven llegó a su casa llorando de lástima por aquella ruina que, en otro tiempo, fue un caballero. ¡Ah, la maldición del ron! Él aprendió a hablar de un modo refinado y cortés en el hogar distinguido, en donde una madre orgullosa le adoraba y sus cariñosas hermanas le amaban con toda su alma. Y ahora, lejos de sus parientes, habíase deshonrado y yacía junto al camino cual si fuese un tronco caído. ¡Cuánto daño hizo aquel espectáculo a la joven! Entonces casi deseó haberle amado, pues tal vez así hubiese podido redimirlo, y a partir de aquel momento se mostró más bondadosa con sus admiradores, más tolerante para Brandt v aun se sentía capaz de perdonar al inglés, a causa de las torturas amorosas que ella misma sufrió y que suavizaron sus sentimientos.

Durante aquel largo período, la creciente amistad de su primo con Betty fue para Elena una fuente de infinito placer. Esperaba y creía que en breve nacería un idilio entre la joven viuda y Will, e hizo cuanto estuvo en su poder, astutamente auxiliada por el casamentero coronel, para unir a aquellos dos seres.

Una tarde de cielo claro y azul intenso, propio de los buenos días de otoño, Elena se dirigió a casa de Betty con el propósito de recordar a la joven su promesa de ir a coger clemátides y otras flores propias de la estación.

A medio camino encontró a Brandt, que se presentó a ella dando la vuelta a una esquina, con sus pasos rápidos y firmes. Hacía ya varios días que no le veía y le pareció notar en él un aspecto que no tenía antes. En su rostro había una expresión vehemente, como la de quien espera algo extraordinario. Incluso había cambiado el porte de aquel hombre.

-Estoy de suerte. Precisamente me disponía ahora a ir a su casa - dijo con alegre acento -. ¿Quiere usted venir a dar un paseo conmigo?

-Acompáñeme, si quiere, hasta casa de Betty -contestó Elena.

-No. No es eso. Vamos a la ladera de la colina. Cogeremos algunas flores. De paso charlaremos. Es posible que me vaya... es decir, estoy planeando un viaje corto - añadió presuroso -. Tenga la bondad de acompañarme.

-He prometido ir a casa de Betty.

-¿No quiere usted venir conmigo? -preguntó con voz temblorosa, en la que se advertía desaliento y rencor.

-No - contestó Elena con ligera sorpresa.

-Bien ha salido usted con otros muchachos. ¿Por qué no conmigo?

En aquel momento estaba muy pálido y, con toda evidencia, se esforzaba en contener un sentimiento poderoso, quizás originado por algún plan o alguna idea que se basaba en la aceptación de su invitación.

-Porque no me da la gana-replicó fríamente Elena, mirándole cara a cara.

El rostro y el cuello de Brandt se tiñeron de rojo, sus ojos grises resplandecieron de un modo siniestro, salvajemente trágico. Al mismo tiempo se contrajeron sus dientes. Suspiraba ruidosamente y temblaba de cólera. Luego, haciendo un esfuerzo poderoso, se dominó. Su rostro perdió el aspecto amenazador y se apaciguó aquella tempestad de cólera. Mucho debía de importarle el reprimir rápidamente sus emociones como lo hizo. Miró largamente a la joven, con sus ojos siniestros y significativos, y luego, profiriendo una carcajada, que tanto podía expresar el desprecio que sentía por el fracaso de su pretensión como un mundo de: amenazas, dejó a la joven sin dirigirle siquiera una palabra de saludo.

Elena se quedó muy extrañada ante aquel cambio súbito y, sintió grande alivio al ver que ya estaba libre en adelante de fingirle amistad. Brandt había demostrado ser lo que ella se figuraba de un modo instintivo. Se apresuró a llegar a casa de Betty con la esperanza de encontrar allá al coronel Zane v también a Jonathan, porque la indicación de Brandt de que se disponía a salir de Fuerte Henry y el evidente pesar que le causó aquella conversación despertaron las sospechas de la joven. La señora Zane la informó de que el coronel había ido a presenciar la construcción de una cabaña de troncos; de que Jonathan hacía varios días que estaba ausente y de que Betty había salido con Will.

-¿Y adónde han ido? -preguntó Elena.

-No estoy segura. Creo que a la fuente.

Elena siguió el sendero familiar, que pasaba por entre un bosquecillo de robles, para ir a parar a la ciénaga. Aquel lugar estaba desierto por completo y, sentándose en la piedra en que se apoyara Jonathan el día en que ella le besó, entregóse a sus gratos recuerdos. De pronto vióse interrumpida por el ruido de rápidos pasos y, al levantar sus ojos, vio el cuerpo fornido de Metzar, el posadero, que descendía por el camino. Llevaba un cubo, sin duda con objeto de llenarlo de agua. Elena, que no deseaba ser vista y figurándose que aquel hombre permanecería allí unos momentos, se ocultó entre unos sauces jóvenes que había más allá de la roca. A través del follaje podía ver claramente. Metzar penetró en el pequeño claro, miró a su alrededor, como hombre que espera encontrar a alguien, y luego, tras haber llenado el cubo en la fuente, se sentó en la piedra.

No había transcurrido un minuto, cuando se oyeron a lo lejos algunos pasos rápidos v suaves. Entreabriéronse los arbustos para dejar al descubierto el rostro contraído y pálido y los ojos grises de Roger Brandt. Y con un ligero salto franqueó el arroyo y se acercó a Metzar.

Antes de hablar miró a su alrededor con la expresión desconfiada del fugitivo que recela incluso de los árboles. Luego, satisfecho de su escrutinio, desabrochó su chaqueta de caza y sacó de ella un objeto largo, que arrojó al lado de Metzar.

Era una saeta india.

La turbia mirada de Metzar se dirigió desde la flecha hasta el semblante ominoso de Brandt.

-Mira esa flecha. Ha sido disparada por el mejor de los indios de la frontera a la ventana de mi cuarto. Apenas hacía un minuto que me alejé de ella cuando llegó la flecha desde la isla. ¡Dios mío, fue un tiro estupendo!

-¡Demonio! -exclamó Metzar, en tanto que se ensombrecía su rostro.

-Sí. Es algo desagradable -replicó Brandt con el rostro cada vez más airado y pálido.

-¿De modo que se ha descubierto nuestro juego? -preguntó Metzar con el rostro desencajado.

-¿Descubierto? ¡Vamos, hombre! ¿No sabes que ni siquiera disponemos de un día para abandonar Fuerte Henry?

-¿Qué significa eso? -preguntó Metzar, que se mostraba el más sereno de los dos.

-Es una señal. Los shawnees, que estaban escondidos con los caballos hacia el marjal de Blueberry, han sido descubiertos por esos policías de la frontera. Algunos de ellos han

huido; por lo menos uno, porque nadie más que Arco de Fresno podría haber disparado esa flecha a través del río.

-¿Y si no hubiese llegado? -murmuró Metzar con voz ronca.

Brandt le contestó con una mirada torva y siniestra. Oyóse el crujido de una ramita en la espesura. Y como zorras al oír la trampa que se cierra, aquellos dos hombres dieron media vuelta para mirar con el mayor temor.

-¡Uf! -pronunció una voz baja y gutural desde los arbustos.

Y un indio de magníficas proporciones, de aspecto sombrío y de facciones morenas, penetró en el claro.

XI

Era evidente que aquel salvaje acababa de salir del río, porque su cuerpo, bien formado y de color de cobre, así como la escasa ropa que tenía puesta estaban chorreando agua. Llevaba un largo arco y un carcaj de flechas.

Brandt emitió una exclamación de sorpresa y Metzar una maldición en cuanto el ágil indio saltó el arroyo. No era joven y su moreno rostro estaba lleno de arrugas y cicatrices, con una expresión impávida y terrible.

-Hermano rostro pálido recibido flecha -dijo en su mal inglés, en tanto que sus ojos se fijaban en Brandt -, jefe quería estar seguro.

El hombre blanco se inclinó hacia delante, cogió el brazo del indio y le habló en su idioma. Su interrogatorio se refería, sin duda alguna, a la señal recibida, al paradero de los restantes pieles rojas que formaban el grupo y también a la razón de que se aventurase tanto como para acercarse de tal modo al pueblo. El indio contestó con dos palabras inglesas

-Viento Mortal.

Brandt retrocedió con el rostro contraído y pálido, mientras su respiración era sibilante.

-Ya lo sabía, Metz. ¡Wetzel! -exclamó con voz ronca.

La sangre se retiró lentamente del rostro malvado y desagradable de Metzar, dejándolo desencajado.

-Viento Mortal en pista de jefe, hasta Roca del Águila -continuó el indio-. Viento Mortal poco tiempo engañado, jefe espera hermano rostro pálido en Dos Islas.

El indio hundió sus pies en el arroyo, separó las ramas de los sauces y se alejó en silencio, como había venido.

-Ya sabemos lo que se puede esperar-dijo Brandt en tono algo más tranquilo en cuanto recobró el aplomo-. Fíjate en ese indio. Huyó, dio esquinazo a los que le seguían la pista, cual si fuese un viejo zorro, y vino aquí a ofrecernos la oportunidad de huir. Ahora sabrás la razón de que no pueden coger a Bing Legget.

-Vamos cuanto antes-replicó Metzar, que no había recobrado el ánimo como su compañero.

Brandt empezó a pasear de un lado a otro, con las cejas fruncidas y, sin duda, sumido en profundas reflexiones. De pronto se volvió para mirar a Metzar con ojos duros y resueltos.

-¡Por Dios vivo, lo haré! Escucha. Wetzel ha llegado hasta la cima de la Montaña del Águila, en donde tenía una cita con Zane. Y, desde luego, no sospecha la astucia de ese indio; pero, en fin, aun en caso contrario, no reanudará la persecución, siguiéndole la pista, hasta mañana al amanecer. Tengo, pues, veinticuatro horas, y más aún para apoderarme de esa muchacha, cosa que estoy resuelto a hacer.

-Me parece muy mal que te vayas cargado con ese estorbo, cuando necesitas huir rápidamente -dijo Metzar.

-¡Bah! La cosa es fácil. En cuanto a ti, sigue adelante y emprende la marcha así que nosotros hayamos salido. Todo le que te pido es que permanezcas a mi lado hasta el momento de huir.

-No pienso entretenerme ahora -gruñó Metzar -. Me parece que voy a perder más que tú.

-Nada perderás si consigues regresar a Detroit sin que te hayan quitado la cabellera. Te pagaré en caballos y en oro En cuanto hayamos llegado al retiro de Legget, podremos darnos por seguros.

-Y ¿qué plan tienes para apoderarte de la muchacha? -preguntó Metzar.

Brandt se acercó a su compinche y le habló con la mayor vehemencia y en voz baja.

-¿De modo que te la llevarás a caballo? -preguntó Metzar algo más animado -. Eso me parece muy bien. Y ¿puedes confiar en el otro grupo?

-Estoy seguro de ello-replicó Brandt.

-Será un golpe estupendo, magnífico, y, además, dado en pleno día. Bing Legget no podría imaginar un plan mejor -dijo Metzar frotándose las manos.

-Durante un año hemos engañado a esos Zane y a sus 'granjeros, de modo que hemos terminado ya nuestra misión -murmuró Brandt-. Si diésemos un solo golpe más podríamos considerarnos perdidos. En cuanto estemos con Legget nos hallaremos en plena seguridad, v entonces, sin darnos prisa, planearemos nuestro regreso a Detroit. Pero vámonos ahora de aquí, porque podría llegar alguien de un momento a otro.

Separáronse los dos conspiradores; Brandt se dirigió hacia la alameda y Metzar emprendió el descenso por el mismo camino que siguiera al llegar.

Elena, temblando de horror por lo que había oído, se incorporó cautelosa entre los sauces que la ocultaran y observó la figura del posadero que se alejaba a toda prisa. En cuanto hubo desaparecido, ella dio un suspiro de alivio. Ya en libertad de correr hacía su casa y de planear allí lo que debería hacer, dominó su miedo y su debilidad y continuó su camino. Por suerte y, a juzgar por lo que pudo observar, nadie fue testigo de su regreso. Y resolvió mostrarse fría, astuta y digna de la confianza del policía de la frontera.

Ante todo se esforzó en determinar el alcance de aquella entrevista entre Brandt y Metzar. Recordó cuanto se había dicho y suplió todo lo que se indicó solamente. Brandt y Metzar eran cuatreros, auxiliares de Bing Legget, y habían ido a la ciénaga para confabularse. La llegada del indio fue una sorpresa para ellos. Wetzel logró dispersar a los shawnees y entonces, sin duda, estaba siguiendo la pista de su jefe. El indio les avisó de que abandonaran cuanto antes Fuerte Henry y se reunieran con él en un lugar llamado Dos Islas. El plan de Brandt debió de modificarse un tanto a causa de la llegada del piel roja. El primer proyecto consistía, con toda seguridad, en robar caballos, raptar a una muchacha en pleno día y, antes de la puesta del sol del día siguiente, emprender la fuga para reunirse con el bandido Legget.

-Yo soy esa muchacha -murmuró Elena estremeciéndose, en el momento en que volvía a caer en sus temores infantiles. Pero casi inmediatamente pudo dominarse y olvidó sus sentimientos egoístas.

En segundo lugar, así como era sencillo determinar lo que se proponían aquellos bandidos, resultaba difícil concebir que sería mejor hacer. Ella había prometido ayudar al policía de la frontera y no hablar más que con él de cuanto averiguase. Si pedía consejo a alguien, ya no guardaría a su nuevo amigo la debida fidelidad. Eso era evidente. Continuaría, pues, en el establecimiento, en espera de que Jonathan regresara a tiempo para frustrar el criminal proyecto de Brandt o bien iría en busca del policía de la frontera. De pronto recordó la

alusión de Metzar acerca de una segunda persona, en quien Brandt podía confiar con toda certeza. Eso significaba la existencia de otro traidor en Fuerte Henry, otro bandido deseoso de atentar contra las indefensas mujeres.

Elena se reanimó al pensar que poseía el secreto de aquellos bandidos y que podía ser la causa de su ruina. Encontraría a Jonathan.

Wetzel seguía la pista en Roca del Águila. ¿Para qué? ¿Seguiría a un indio que se hallaba entonces a cinco millas de aquella roca? Wetzel era incapaz de cometer tal error. Sin duda seguía aquel camino para encontrarse con Jonathan. De otro modo, con los pieles rojas cerca del río, habríase encontrado a menos distancia de ellos. Y Elena se dijo que encontraría allí a Jonathan al ponerse el sol de aquel mismo día.

Paseó por la habitación, esforzándose en tranquilizar su palpitante corazón y sus temblorosas manos.

-Debo estar tranquila -díjose con gran firmeza. El tiempo es precioso y no tengo un solo momento que perder. Le encontraré. Muchas veces he observado esa montaña y soy capaz de hallar el camino entre las rocas. Corro más peligro aquí que en el bosque. Y puesto que Wetzel y Jonathan se hallan en la ladera de la montaña, los indios han huido de ella. Pero, ¿qué pensar del salvaje que avisó a Brandt? Vale la pena de reflexionar acerca de ello. Evitará el río, describirá un semicírculo al sur del establecimiento y, por consiguiente, no me vera cruzar. Por suerte he atravesado muchas veces el río en una canoa y manejando los remos. Y ahora me alegro también de haber solicitado del coronel Zane la descripción del camino montaña arriba.

Tomada ya esta resolución, Elena se quitó la falda, para ponerse otra de piel de gamo, cubrióse las piernas con bandas y calzó unos mocasines también de piel. Se lleno los bolsillos de una chaqueta impermeable con bizcochos y, equipada así, emprendió la aventura con un entusiasmo que no podía contener. Solamente temía una cosa: que Brandt o Metzar la viesen atravesando el río. Botó al agua la canoa y avanzó a remo siguiendo la corriente, hasta hallarse a cubierto del risco y en lugar opuesto al extremo de la isla. Entonces atravesó la corriente con gran cautela, procurando que la isla la ocultase del establecimiento. Al llegar a la orilla opuesta paró la canoa entre los sauces y subió la empinada cuesta. Un bosquecillo de sauces y de alisos entorpeció bastante su ascensión por la empinada orilla, pero una vez se halló en su extremo superior, pudo ver una larga extensión de prado nivelado. Una milla más lejos empezaba la leve y verde ondulación de la falda de la montaña que se proponía escalar.

El alma de Elena estaba dedicada por entero a la aventura que había emprendido y sentía que sus jóvenes y fuertes músculos estaban de acuerdo con su corazón.

-Ya nos veremos las caras, señor Brandt, cuatrero y raptor de doncellas -dijo en tono despectivo-. Y si ahora no puedo derrotarte, demostraré no ser digna amiga de Betty Zane ni merecedora de la confianza de un policía de la frontera.

Atravesó por entero aquel prado, bajo el amparo de la desigual orilla, y así ganó el bosque. Una vez allí titubeó ante el aspecto salvaje de aquel lugar y el silencio que en él reinaba. No la invitaba ningún camino decidido y, sin embargo, todos estaban abiertos. Por doquier había árboles y más árboles, oscuros, inmóviles, hostiles. El temblor violento de las hojas de los álamos, en tanto que los demás árboles permanecían inmóviles, la impresionó de un modo raro, llenándola de pavor el mortal silencio que allí reinaba. Y, dando un profundo suspiro, emprendió el ascenso de la suave pendiente.

Mientras avanzaba, el bosque tomaba gradualmente un aspecto más salvaje y tenebroso. Los árboles eran mayores y crecían más espesos. Sin embargo, ella seguía andando a buen paso sin desviarse del camino que había escogido, en el que había una garganta a cada lado y que llegaba casi a la cima de la montaña. Allí la mezcla era escasa, los árboles caídos habíanse deslizado por la pendiente y las rocas no abundaban, todo lo cual le dio motivos para mostrarse satisfecha de sí misma.

Al proseguir Elena su camino, olvidó el tiempo y el peligro, en tanto que se sentía llena de admiración por aquella comarca cubierta de bosque. Los pájaros y las ardillas huían ante ella, y los silbidos y los bufidos de alarma, así como también los fuertes crujidos de las ramitas, le indicaban la existencia de algunos animales corpulentos a los que había asustado. Un apagado y débil rugido, semejante a un viento lejano, le indicó la existencia de aguas que se despeñaban. Una haya solitaria, que brillaba como si fuese blanca entre los restantes árboles oscuros, parecía iluminar aquel sombrío bosque. Algunas fajas de luz solar alegraban la densa sombra. Los helechos gigantes, que en aquel momento tomaban los tonos propios de la estación otoñal, balanceaban sus extremidades superiores, mostrando una perfección escultórica. Pero lo más maravilloso de todo eran las hojas rojizas que se desprendían hacia el suelo, produciendo un suave v triste rumor.

Elena comprendió, de pronto, lo atrevido de su empresa, gracias al rugido del agua que percibió de repente, al mismo tiempo que observaba la terminación del risco en una profunda garganta. Agarrándose a un tronco de árbol, se inclinó para mirar hacia abajo. Sin duda alguna había allí un abismo de treinta metros de profundidad, con paredes infranqueables teñidas de verde y saturadas de humedad; en el fondo corría un ruidoso torrente. Aquella garganta, que tendría una anchura de seis metros, oponía una infranqueable barrera al avance en aquella dirección.

Pero Elena la consideró tan sólo como una dificultad que era preciso vencer. Estudió la situación y decidió dirigirse hacia la izquierda, porque por aquel lado se elevaba el terreno. Abandonando la cresta siguió adelante, alejándose lo menos posible de la garganta, hasta que llegó, al fin, junto a un tronco de árbol caído y que constituía un a modo de puente sobre el abismo. Sin pensarlo dos veces, porque comprendió que ello podría serle fatal, asentó con firmeza el pie sobre el árbol y atravesó la garganta, sin mirar otra cosa que el tronco que pisaba, en tanto que se esforzaba en imaginarse que cruzaba una compuerta de su casa de Virginia.

Sin tropiezo alguno pudo franquear aquel paso difícil. Una vez estuvo de nuevo en tierra firme, sintió que le temblaban las rodillas y una cosa muy rara semejante a un leve mareo. Díjose, decidida, que no se dejaría desanimar por los obstáculos semejantes al que acababa de hallar, y de nuevo siguió subiendo.

La esperaba una empresa peligrosa y quizá temeraria. El terreno era sumamente sinuoso, lleno de matojos y, al parecer, había un bosque impenetrable a poca distancia del lugar en que se hallaba. Pero no sentía la menor fatiga y siguió subiendo, avanzando incluso a gatas y agarrándose a todo cuanto podía facilitar su ascensión. Franqueó una faja rocosa para verse ante una cresta mucho más alta, cubierta de rocas desmenuzadas y desiguales, y de árboles caídos durante muchas tormentas. En una ocasión resbaló y se cayó, distendiéndose una muñeca. Por fin aquella penosa ascensión empezó a fatigarla, y, al respirar, sentía tal dolor en un costado, que se vio obligada a descansar.

El crepúsculo empezaba a envolver el bosque. Sorprendióse al observar que el perfil de los árboles se le aparecía confuso, porque las sombras habían invadido ya los matorrales y se acentuaba la oscuridad a pocos pasos de distancia, de manera que casi no podía distinguir las desigualdades del camino.

Luchó para avanzar por aquella pendiente desigual, sintiendo, al mismo tiempo, una opresión en el corazón, que no se debía tan solo a la fatiga. Por vez primera dudó de sí misma, pero ya era demasiado tarde. No podía volverse atrás. De pronto observó que pisaba un terreno mucha más fácil y nivelado. El no tropezar con las piedras o las raíces le pareció algo extraordinario. Tal vez se trataba de un sendero hecho por los gamos al dirigirse a beber a una fuente. En su mente turbada nació en breve la alegre idea de que había encontrado una pista.

Bajo sus pies hallaba una hierba suave y flexible, que crecía en la tierra húmeda. A un lado del sendero corría un arroyuelo y acá y acullá encontraba algunas piedras cubiertas de blando musgo. A cada lado crecían hasta la altura de su pecho arces y nogales. Y en cuanto al camino, iba serpenteando bajo la densa sombra de los monarcas de la selva.

Ascendiendo rápidamente por aquel camino llegó a un lugar desde el cual podía ver a cierta distancia al frente. La cuesta era apenas perceptible. Luego, cuando dio vuelta a un recodo del sendero, la luz adquirió mayor brillantez hasta el punto de que todo se le apareció claro y, perceptible. Ante ella vio un espacio ovalado, cubierto de piedras, entre los cuales había un enorme y marchito castaño. Más allá, la lejanía confundíase en una bruma amoratada. En el cenit, el cielo azul y pálido, levemente teñido de rosa, indicaba la puesta del sol. Lejos y hacia la izquierda, los escasos árboles que había en la cumbre de una colina estaban teñidos de tonos rojizos y anaranjados. Había alcanzado ya la cumbre.

Aquella pequeña meseta estaba desolada y solitaria. Elena se sintió a enorme distancia de su casa. Sin embargo, y envueltos por bruma azulada, pudo ver a gran distancia el brillante río, el oscuro Fuerte y el grupo de cabañas que indicaban la situación de Fuerte Henry. Sentándose en una de las raíces del enorme castaño, miró a su alrededor. A poca distancia descubrió los indicios de un pequeño campamento. Más allá, una oquedad debajo de una roca en la que estaba resguardado un lecho de hojas secas. Alguien había estado allí y tuvo casi la certeza de que fue el policía de la frontera.

Estaba tan fatigada y le dolía tanto la muñeca, mientras apoyaba la espalda en el tronco del árbol, que cerró los ojos y reposó. Se apoderaron de ella el cansancio y la apatía propios de quien ha hecho un esfuerzo superior a sus posibilidades. Deseó con toda su alma que los policías de la frontera llegasen antes de verse dominada por el sueño.

Con ojos semicerrados hundíase en la inconsciencia, cuando la despertó un leve y largo ruido. ¡Qué oscuridad tan densa lo había cubierto todo! De pronto vio una luz rápida y pálida que atravesaba e iluminaba el cielo de la noche.

-Una tormenta -exclamó Elena-. Sola en la cima de esta montaña y en las proximidades de una, tormenta. ¿Estoy asustada? No lo creo. Por lo menos, estoy a salvo de ese bandido Brandt. ¡Oh, si llegase pronto mi policía de la frontera!

Elena abandonó el lugar en que se hallaba, sentada en las raíces del castaño, para ir a refugiarse en la oquedad de la roca. Aquel espacio era lo bastante amplio para poder permanecer sentada en él y le ofrecía un refugio seguro contra la tempestad. El lecho de hojas era blando y cómodo y se sentó allí, tratando de escrutar la oscuridad reinante.

Desde el lugar en que se hallaba aún podía percibir, por el Sur y por el Oeste, una leve claridad de tono gris. El establecimiento se había borrado ya ante sus ojos, y también desaparecía el curso del río. La luz rojiza del Este sucumbía ante los continuados ataques de las nubes. Por momentos crecía la oscuridad y, por fin, tan sólo algunos vapores acuosos reflejaron el último rayo carmesí, que rodó por montañas y valles, dominando el río, hasta que pareció una corriente de fuego. Luego disminuyó la luz y se desvaneció el resplandor, dominando ya la oscuridad de la noche.

Del negro Oeste surgió entonces otro resplandor pálido e intermitente, cual si procediese de una monstruosa bujía, que fue seguido por un largo y retumbante trueno.

Elena, en aquellos intervalos de enorme silencio, creyó que no podría abstenerse de gritar. El trueno era entonces un amigo para ella y rogó a Dios que estallase cuanto antes la tempestad. Con la mayor fortaleza había resistido el peligro y la fatiga, pero no se sentía con ánimo para soportar aquel horrible y amenazador silencio.

Algunos rayos hicieron visibles las turbulentas nubes y, poco a poco, los truenos empezaron a resonar a menor distancia.

Un gemido largo, triste y apagado, que aumentaba en intensidad, dejábase oír hacia el Oeste. Era el viento, el furibundo aviso de la tempestad. Las leves chispas eléctricas se

confundían ya con los largos rayos, y los truenos eran interrumpidos por otras detonaciones rápidas y mucho más fuertes.

Luego un período de intensa negrura, más largo que de costumbre, sucedió al resplandor continuado de los rayos. Una débil brisa agitó las hojas de la espesura y fue a acariciar la ardiente mejilla de Elena. El gemido del viento se hizo más claro, creció en intensidad y un momento después pareció el lejano rugido de un turbulento río. La tempestad había llegado ya y Elena se acurrucó más en la oquedad de la roca, tratando de envolverse mejor en la chaqueta que rodeaba su tembloroso cuerpo.

La envolvió un repentino resplandor que deslumbró sus ojos. El promontorio rocoso, aquel fantástico y gigantesco castaño, la meseta despejada y más allá el cielo tempestuoso quedaron alumbrados por la luz cárdena del relámpago. La joven tuvo la impresión de que era posible que viera a una figura de alta estatura salir de la maleza. Y mientras el trueno rodaba por el firmamento, ella esforzó sus ojos, tratando de atravesar la oscuridad en espera de la siguiente exhalación.

Surgió con esplendor extraordinario, que cegaba al mismo tiempo. La meseta entera y los árboles que la rodeaban quedaron iluminados cual si fuese de día. Junto a la roca donde la joven se había refugiado vio a rastras la alta y oscura figura de un indio que se le acercaba. Con ojos desorbitados notó su traje adornado con franjas, el cabello largo y suelto y el cuerpo esbelto y ágil propio de los salvajes. Iba hacia ella...

A Elena se le heló la sangre en las venas; el terror la dejó sin voz y se dio cuenta de que, lentamente, su cuerpo se hundía en las hojas.

XII

El sol había empezado a proyectar largas sombras durante la tarde en que Elena salió en busca de Jonathan, cuando éste, acompañado por Wetzel, llevó una recua de caballos a lo largo de la base de la misma montaña que la joven había escalado.

-El trabajo de ayer noche fue muy bueno, sin disputa alguna, pero se me escapó el piel roja que perseguía - dijo Wetzel, malhumorado.

-Ahora está tan seguro como una ardilla en su agujero. Le vi pasar por entre los árboles luciendo sus plumas blancas de águila, que parecían el blanco rabo de un gamo - replicó Jonathan-. Y sabe correr. Si yo hubiese tenido mi rifle cargado... Pero no estoy seguro de que fuese aquel shawnee tan buen tirador de flechas.

-Era él. Vi su arco. Habríamos debido tomar algún tiempo más para reconocerle- replico Wetzel meneando la cabeza. Aunque tal vez hubiese sido inútil. Creo que se ocultaba. Sin duda teme por su piel roja. Hace diez años que le persigo sin haber conseguido cogerle nunca. Y no hay duda de que hubiésemos hecho mucho contra Bing Legget y su cuadrilla en caso de haber dado muerte a ese shawnee.

-Dejó una pista muy clara.

-Es una de sus astucias. Sabe andar sin dejar huellas, mejor que ninguno de sus semejantes, con la sola excepción, tal vez, del viejo Wingenund, el hurón. Ese shawnee nos habría hecho recorrer varias millas en vano en caso de que hubiésemos seguido su pista. Le conozco demasiado. Es tan listo como un zorro viejo; si es preciso corre más que un cervato y sabe ocultarse a la perfección. Yo creo que cuando haya llegado a lo alto de la montaña habrá seguido la dirección del Este. Nosotros continuaremos con los caballos y luego iremos a campo traviesa en busca de su pista.

-Me parece, Wetzel, que nos ha costado demasiado hacer una demostración contra esos cuatreros -dijo Jonathan.

-Yo no digo tanto, pero creo que tal vez tengas razón - replicó Wetzel.

-Durante todo el verano no hemos hecho nada. Y más a la suerte que a otra cosa debemos el haber encontrado a esos indios con los caballos. Tan sólo conseguimos coger a tres y el cuarto, o sea el mejor, nos dio esquinazo. Estamos ya en pleno otoño, llegará en breve el invierno v aún no sabemos quién es el traidor que vive en el establecimiento.

-Creo que será una pista muy larga y tal vez la última que sigamos.

-¿Por qué?

-Porque esos individuos, blancos o rojos, están de acuerdo con una cuadrilla escogida de los mejores y más inteligentes bandidos que han vivido jamás en la frontera. Pero, en fin, descubriremos al ladrón de Fuerte Henry y eso lo deberemos a la muchacha de los ojos maravillosos.

-No la he visto recientemente, pero supongo que si ella hubiese descubierto algo, me lo hubiese comunicado.

-Tal vez por no haberla visto no has averiguado algo interesante.

Siguieron andando en silencio y, al llegar al extremo del prado, se disponían a montar dos de los caballos, cuando Wetzel exclamó

- ¡Mira!

Y señalaba una pequeña huella de mocasines que aparecía en la tierra negruzca de la orilla de un arroyuelo.

-Tan seguro como hay Dios, es la huella de una mujer -exclamó Jonathan.

Wetzel se arrodilló y examinó aquella impresión con el mayor cuidado, diciendo luego

-Sí. Pertenece a una mujer y no a un indio.

-¿Cómo? -exclamó Jonathan arrodillándose a su vez para examinar la huella.

-No datan de doce horas -añadió Wetzel-. Y cerca de ella no hay ninguna otra señal de mocasines indios. ¿Qué te parece?

-Una muchacha blanca, que va sola -replicó Jonathan mientras seguía la pista a lo largo del arroyo-. Fíjate, se dispone a subir la montaña, Wetzel; esas huellas no me parecen ser de mi hermana y tan sólo hay otra muchacha del establecimiento cuyos pies pudiesen compararse con los de ella. Por aquí ha pasado Elena Sheppard, que se dirige montaña arriba con la esperanza de encontrarnos a mí o a ti.

-Creo que tienes razón.

-Con toda certeza habrá descubierto algo: indios, cuatreros, el traidor de Fuerte Henry o, más probablemente, alguna conspiración. Y obligada por mí a guardar el secreto, no ha comunicado nada a mi hermano. Sin duda el asunto es urgente. Sabe que frecuentamos la cima de la montaña y, según me dijo, Ebenezer le explicó qué camino seguimos para llegar allí.

-Me parece que tus deducciones son exactas.

-¿Qué harías tú en este caso? ¿Me seguirías para ir a su encuentro? -preguntó Jonathan.

-Yo me encargaré de los caballos y dentro de una hora estaré en el Fuerte. Si Elena se ha marchado le diré a su padre que tú sigues su pista de cerca. Ahora escucha pronto será de noche y se acerca la tempestad. No pierdas tiempo en seguirla. Dirígete cuanto antes a la cumbre, porque la encontrarás allí, ya que la considero muy capaz de llegar. En caso contrario, vuelve por la mañana, busca su pista y la encuentras. Creo, Jack, que, según veremos luego, el shawnee ha tenido algo que ver en esto. Y, suceda lo que suceda después que yo haya llegado al Fuerte, te ruego que me sigas la pista.

Jonathan franqueó el arroyo de un salto y con fáciles pasos empezó el ascenso. Pronto llegó a un sendero serpenteante, que siguió por espacio de un cuarto de hora hasta que se hizo demasiado empinado para recorrerlo con rapidez. El bosque estaba ya oscuro y el leve rumor

de las hojas secas, que aplastaba con sus pies, era el único sonido que percibía, exceptuando el distante retumbar del trueno, que llegaba a sus oídos a largos intervalos.

La mera posibilidad de que Elena estuviese sola en aquella montaña, buscándole, fue bastante para que el corazón de Jonathan latiese como nunca. Durante varias semanas la había evitado y casi olvidado. Logró dominar aquella extraña debilidad que se apoderó de él, después de aquel memorable domingo, y una vez más las ciénagas sombreadas y silenciosas, el misterio de los bosques y el aliento de aquella vida salvaje y libre se habían apoderado de él; pero entonces, al darse cuenta de aquel acto de valor y de atrevimiento por parte de la joven, recordó la confesión de Betty y sintió un dolor casi físico que le desgarraba el corazón. ¡Cuán terrible sería que ella llegase a morir por su causa! Se imaginó los enormes y seductores ojos, los labios perfectos, el rostro encantador, fríos ya por la muerte. Y se estremeció.

La espesa penumbra de los bosques se transformó muy pronto en tinieblas. La luz de los rayos que momentáneamente atravesaba el follaje o se extendía por el cielo en cárdenas fajas, ayudaron a Jonathan a seguir la pista.

Alcanzó la meseta precisamente en el momento en que un gran relámpago la iluminaba y con la mayor claridad vio la oscura oquedad donde se refugiara en más de una tempestad y en donde esperaba encontrar a la joven. Escogiendo cuidadosamente el camino entre las agudas y desperdigadas rocas, logró, por fin, poner la mano sobre aquel saliente que formaba la cavidad. Y otra centella blancoazulada y deslumbradora inundó la escena.

Bajo la roca vio acurrucada una forma oscura, un rostro tan blanco como la nieve y unos ojos dilatados y llenos de horror.

-¡Señorita! -dijo en cuanto hubo cesado el retumbar del trueno.

No recibió ninguna respuesta y volvió a llamar. Arrodillándose entonces se acercó hasta tocar el traje de Elena. Le habló de nuevo, pero ella no contestó.

Jonathan avanzó a gatas al lado de la inmóvil figura. Le tocó las manos, que estaban muy frías. Inclinándose sobre ella, sintió una alegría muy grande al notar que el corazón seguía latiendo. Pronunció su nombre, pero la joven no contestó tampoco. Entonces él fue a humedecer la mano en un arroyuelo que corría junto a la roca y le mojó el rostro. Pronto ella se agitó inquieta, dio un gemido y, al fin, se irguió al sentarse.

-Soy Jonathan -se apresuró a decir él-. No se asuste. Otro relámpago vino a iluminar la escena.

-¡Oh, gracias a Dios! -exclamó Elena-. Creí que era usted un indio.

E inclinó su cuerpo tembloroso para apoyarlo sobre el del policía de la frontera, que la rodeó con sus largos brazos. El consuelo y la gratitud de la joven eran tan grandes, que ni siquiera pudo hablar. Sus manos convulsas se agarraron a los fuertes dedos de él y empezó a derramar lágrimas.

La tempestad estalló con furia terrible. Una verdadera manga de agua y de granizo era impulsada con gran fuerza por el viento. Numerosísimos relámpagos cruzaban el cielo en todas direcciones y algunas chispas serpenteantes de color acerado caían al suelo con gran violencia. El continuado retumbar del trueno quedaba interrumpido a veces por grandes estampidos, y la luz lívida de las exhalaciones eléctricas dejaba ver las columnas de agua que, como cascadas, eran impulsadas por 'el viento irresistible.

La grandeza de aquella tempestad pasmó y apaciguó a un tiempo a Elena. Observaba la caída de los rayos, escuchaba los estampidos de los truenos y sentía una viva emoción ante lo maravilloso de aquella situación.

Gradualmente cesaron los truenos, se hicieron más raros los relámpagos; disminuyó el aullido del viento, y la tempestad, al alejarse, perdió su fiereza. El viento y la lluvia cesaron en la cumbre de la montaña casi con la misma rapidez con que habían empezado, y los ruidos de la tormenta fueron debilitándose en la distancia. Muy lejos y hacia el Este, los rayos iluminaban

grandes masas de nubes, revelando la existencia de numerosas montañas cubiertas de bosque y profundos valles.

-¿Cómo la encuentro a usted aquí, señorita? - preguntó Jonathan con voz grave.

Haciendo muchas pausas y con frases entrecortadas, Elena refirió la historia de lo que viera y oyera en la fuente.

-Y ¿por qué no fue usted a contárselo todo a mi hermano? - preguntó Jonathan -. Ni siquiera ahora es posible que se dé cuenta de lo que ha hecho.

-Pensé en todo, pero quería ir yo al encuentro de usted. Además estaba casi tan segura en esta montaña como en el pueblo.

-Tal vez tenga usted razón-replicó Jonathan muy pensativo-. ¿De modo que Brandt se proponía raptarla a usted mañana por la mañana?

-Sí. Y en cuanto me enteré de ello decidí alejarme del poblado.

-Ha hecho usted una cosa muy notable, señorita. Ese Brandt es un hombre malo y duro de pelar. Pero si ahora no ha conseguido hacerse dueño de Fuerte Henry, es posible que termine repentinamente su carrera y su pista sea interrumpida en la falda de la montaña, entre las tumbas, porque Ebenezer siempre otorga un entierro decente a los proscritos o a los indios.

-Y ¿qué pensarán que ha sido de mí el coronel y los demás?

-Wetzel ya lo sabe, señorita, porque encontró sus huellas en la base de la montaña.

-¿De modo que dirá a papá que usted ha venido a buscarme? ¡Oh, pobre papá! Me olvidé de él. ¿Permaneceremos aquí hasta el amanecer?

-Nada ganaríamos con salir ahora. Los arroyos están llenos y a través de la oscuridad avanzaríamos muy poco. Aquí está usted seca y cómoda, pero lo principal es que se halla segura.

-Me siento perfectamente segura con usted - dijo Elena con suave acento.

-¿Está usted cansada?

-Muerta de fatiga. Tengo los pies heridos y magullados, me he distendido una muñeca y me duele todo el cuerpo. Pero eso no importa, Jonathan. No sabe usted lo contenta que estoy de que mi atrevida aventura haya alcanzado el éxito.

-Bueno, ahora tiéndase usted aquí y duerma mientras yo hago centinela.

Jonathan hizo un movimiento para retirar su brazo, que estaba entre llena y la roca y había descendido hasta la cintura de la joven.

-Estoy muy cómoda. Permaneceré sentada al lado de usted en espera de que amanezca. ¡Dios mío, qué oscuro está todo! Ni siquiera veo la mano puesta ante mis ojos.

Elena apoyó la espalda en la pared de piedra y se inclinó para, reposar sobre el hombro de él, esforzándose en reflexionar, mientras tanto, acerca de su aventura. Pero su mente negóse a fijarse en otras ideas que no fuesen las del momento. Confundida con la soñolienta laxitud que aumentaba por momentos, experimentaba cierta felicidad en su situación. Estaba sola en una montaña aislada, en plena noche, acompañada por aquel hombre a quien amaba. Aquella situación era el resultado de la casualidad y de su propio atrevimiento. Pero, sin embargo, tuvo la fortuna de que tendiese a ser útil para alguien, aparte de haber logrado su propia felicidad. Estaba dispuesta a sufrir las consecuencias de su peligrosa ascensión, a soportar el dolor de sus huesos y quizás una fuerte reprensión de su padre. Pero lo que podía ganar era mucho más de lo que se habría atrevido a esperar. La destrucción de aquella cuadrilla de cuatreros sería una fortuna para el establecimiento. ¡Con cuánto orgullo sonreiría el coronel Zane! El nombre de ella se difundiría por toda la comarca fronteriza, para ser honrado y reverenciado por su heroísmo. Pero todo esto no era una milésima parte tan agradable como el verse a solas con Jonathan.

Dando un suspiro que expresaba a la vez su fatiga y su, satisfacción, Elena apoyó la cabeza en el hombro de Jonathan y se quedó dormida.

El joven se echó a temblar. El contacto de su cabeza con su cuerpo, la ligera caricia de su aromático cabello sobre su mejilla, hicieron revivir una emoción casi vencida y olvidada. Tuvo una sensación inexplicable que recorrió su cuerpo entero. Ningún enemigo emboscado, ningún sendero peligroso, ninguna empresa aventurada, ningún encuentro sangriento le hicieron sentir jamás tanto miedo como el beso de aquella muchacha. Con la mayor severidad impuso silencio a unas voces débiles, nada familiares, pero tiernas, que murmuraban junto a su corazón. Pero en aquel momento habían desaparecido todos los efectos de su disciplina, porque temblaba al percibir el contacto de la joven. Sin embargo, no trató de alejarse. Sabía que ella había sucumbido a su fatiga y que estaba completamente dormida. Con suavidad, y sin despertarla, podría haber hecho descansar su cabeza en la almohada de hojas secas. Incluso pensó en hacerlo, pero no realizó ningún esfuerzo con este fin. La cabeza de una mujer, suavemente apoyada en su hombro, era algo extraño, nuevo y maravilloso para él. Y, a juzgar por la fuerza que poseía entonces, cada uno de los mechones de cabello rizado de la joven habría podido parecer una cadena que lo sujetase a la montaña.

Al recordar sus antiguos deseos, sus aspiraciones no satisfechas _v el desasosiego y el dolor que le causaron el despertar de su ternura, llegó a la determinación de mirar las cosas cara a cara, pensar con justicia de aquella joven inocente e impulsiva y, al mismo tiempo, ser honrado consigo mismo.

El deber le ordenaba resistir todo encanto que no perteneciese a su vida en los bosques. Muchos años atrás acepté el destino propio de los policías de la frontera, satisfecho de verse recompensado con una libertad ilimitada e ilimitable. Verse siempre bajo los árboles que tanto amaba; prestar su astucia y su conocimiento de los bosques a la causa de los colonos, frecuentar los salvajes senderos y vivir, día tras día, como amenaza contra los enemigos de la civilización. Tal era la vida que había escogido y la única a que podía aspirar.

En vista de eso, la justicia más elemental le exigía impedir el desarrollo de toda amistad entre él y aquella joven. Si Elena estaba realmente interesada por él, debía de tratarse, sin duda, de un sentimiento romántico, que, al no ser alentado, moriría por sí mismo. ¿Quién era él para conquistar el amor de ninguna joven? Un policía de la frontera, sin instrucción alguna, que sólo conocía los bosques, cuya vida era dura y cruel; y sus manos habíanse manchado con sangre india, sin contar con que su venganza no perdonó tampoco a los hombres de su propia raza. Incluso llegaba a dudar que ella le amase en realidad. Y dejándose llevar por el carácter impulsivo que a veces muestran las jóvenes, llegó a darle un beso. Mas lo hizo movida por la gratitud y por un generoso sentimiento, así como para recompensarle de haberse erigido en defensor de su padre. Pero no había duda de que después de pasar largo tiempo sin verle, cosa que se prometía para en cuanto la hubiese devuelto a su casa, ella le olvidaría por completo.

Luego se preguntaba sinceramente cuáles eran sus propios sentimientos. Con la mayor severidad, cual si juzgase a un traidor, trataba de buscar en sí mismo la verdad. Aquella muchacha de ojos enormes, dotada de inexplicable encanto, sería capaz de embrujar incluso a un policía de la frontera, a no ser que él la evitase. Nunca habíase confesado tanto. Jamás creyó que el amor fuese algo posible para él. Al quedarse dormida, ella deslizó la mano desde el brazo de él hasta sus dedos y entonces estaba apoyada sobre ellos con la misma suavidad que si fuese la hoja de un árbol. Aquel contacto era delicioso. La suave brisa nocturna impulsaba un mechón de sus cabellos hacia los labios de él, que temblaba de pies a cabeza. El redondeado hombro de la joven se oprimía contra el suyo propio, hasta el punto de que podía percibir la respiración lenta y profunda de su compañera. Y él casi contenía su propio aliento, para no interrumpir su descanso.

No, ya no era indiferente. Con la misma seguridad con que las estrellas centelleaban en el cielo, él comprendía el encanto de la presencia de una mujer. Aquello le impulsaba a estudiar la emoción, como solía hacerlo con todas las cosas, según la costumbre de su vida

solitaria en los bosques. ¿Procedería del conocimiento de la belleza de aquella mujer, tan incomparable como la del laurel de la montaña? Recordó la brillante mirada de sus ojos retadores, la alta y esbelta figura, la maravillada excitación y el magnetismo de su presencia. Sin duda la belleza era algo grande, pero no todo. La belleza pertenecía a su compañera, pero aun sin ella habría sido una mujer irresistible. ¿No se debería precisamente a su condición femenina? Sin duda aquél debía de ser el secreto. Era una mujer que poseía todo el encanto femenino para embrujar a los hombres, para trepar en torno de la fuerza viril como la hiedra rodea el tronco del roble; y además poseía toda la debilidad femenina para despertar la compasión y el deseo de protección; todo el amor ardiente de la mujer con el misterio que le es propio.

Por lo menos comprendía ya todo aquello de la vida. Los bandidos cometían sus peores crímenes porque, aun en su vida desprovista de los goces del hogar, no podrían existir sin la compañía, cuando no el amor, de la mujer. Las penalidades y trabajos de los colonos no tenían otro objeto que la mujer y el goce de amarla y de vivir para ella. El bravo indio, cuando no seguía el sendero de la guerra, iba cogido de la mano de una morena doncella de dulces ojos y para ella cantaba, hablándole de lagos iluminados por la luna y de los vientos del Oeste. Incluso los pájaros y los cuadrúpedos salvajes se unían. Los petirrojos regresaban a su antiguo nido. Las águilas se apareaban una vez y eran constantes en la vida y en la muerte. El gamo seguía a su hembra a través del bosque. Toda la Naturaleza cantaba, proclamando que el amor era algo que daba sentido a la vida. El amor, pues, lo era todo.

El policía de la frontera se pasó la noche observando las estrellas y esforzándose en decidir que el amor no era para él. Si Wetzel había encerrado un secreto en su pecho y durante todos aquellos años no lo comunicó a su compañero, era evidente que podía vivir muy bien sin el amor. La ocupación severa, justiciera y dura debía borrar toda la ternura de su vida, porque, de lo contrario, la existencia le resultaría insoportable. La alegría de vivir y el goce de una libertad absoluta, los había conocido siempre. Si un rostro hermoso y unos ojos azules y llorosos habían de surgir en su memoria en todos los senderos solitarios, en tal caso sería mucho mejor que un indio cualquiera diese fin a su existencia.

Transcurrió la hora más oscura antes del amanecer, así como la de más profundas dudas y deseos de la vida de Jonathan. Una niebla plomiza oscurecía las pálidas y parpadeantes estrellas. Se iluminaba lentamente el lado oriental del cielo, se intensificó la luz y, por fin, nació el día fresco y brumoso.

El policía de la frontera se puso en pie para estirar sus entumecidos miembros. Luego se volvió hacia la pequeña caverna y observó que los ojos de la joven se habían abierto ya. Toda la oscuridad, la sombra, la belleza y el recuerdo de la pasada noche se expresaban en sus azules profundidades. Miró a lo lejos y a través del valle en donde el cielo enrojecía y una pálida cresta de oro teñía las cimas de las montañas.

-¡Dios mío, cuánto he dormido! -exclamó Elena riéndose suavemente.

-Espero que habrá descansado usted-dijo Jonathan desviando la mirada, pues no se atrevía a fijar en ella sus ojos.

-¡Oh, sí! Me siento dispuesta a emprender inmediatamente el camino. ¡Qué hermosa es esta mañana llena de bruma! ¿Tardaremos mucho en llegar? Espero que papá ya se habrá enterado.

En silencio, el policía de la frontera inició el camino a través de la meseta rocosa y luego tomó el estrecho y serpenteante sendero. Su rostro pálido, ligeramente desencajado y severo, no invitaba a la conversación y, por consiguiente, Elena le seguía en silencio. El camino era muy pendiente y a veces él se veía obligado a ayudarla. La joven apoyaba su mano en la de él y saltaba con tanta ligereza como un gamo. Mas de pronto, un ruidoso arroyo desbordado se opuso a su avance.

-Será preciso que la lleve a usted en brazos-dijo Jonathan.

-Peso mucho-replicó Elena con ojos sonrientes.

Se sonrojó cuando el policía de la frontera pasó la mano derecha en torno de su cintura. Luego, con la fuerza de un muelle de acero, rodeó su cuerpo; ella sintióse levantada fácilmente en el aire y de -este modo atravesó el fangoso arroyo.

Cuando ya estaban a menor altura en la montaña, aquel molesto arroyo volvió a interponerse en su camino, pero a la sazón era mucho más ancho y formidable. Elena miró algo apurada el rostro de su compañero y vio que seguía siendo el mismo de siempre, severo y casi frío.

-Quizá valdrá más que yo sola vadee la corriente. -¿Por qué? El agua es profunda y fría. Es preferible que no se moje.

Elena se sonrojó de nuevo, pero no contestó. Con los ojos dirigidos al suelo permitió que la transportase otra vez a través de la corriente.

Resultó difícil vadearla. El agua se enroscaba y espumaba furiosa en torno de las rodillas de Jonathan. Una vez éste resbaló sobre una piedra y estuvo a punto de perder el equilibrio. Profiriendo un leve grito, Elena se agarró a él con toda su fuerza y con el brazo le rodeó el cuello. Mas lo peor fue que cuando él la dejó en el suelo, ya en la orilla, ambos observaron que el cabello de Elena se había enredado en las espinas de puercoespín que adornaban la chaqueta de caza de Jonathan.

Elena permaneció en pie junto a su salvador, en tanto que él, con torpes dedos, trataba de desenredar las brillantes hebras; pero en vano. Por fin ella tuvo que dedicarse a deshacer el nudo que había formado su rizado cabello. Entonces la joven se mostró muy atractiva; su rostro expresaba gran suavidad, sonreíase y en sus ojos había un cálido resplandor.

El policía de la frontera sintió que de la graciosa belleza de la joven parecía emanar un atractivo sutil y poderoso. Radiaba alegría vital, de extraordinaria dulzura. Pero él, sin dar a entender su sentimiento, se dispuso a reanudar el descenso a través de los bosques.

Desde aquel lugar se ensanchaba el sendero y se hacía menos pino. Jonathan alargaba el paso hasta el punto de que Elena vióse obligada casi a correr para no quedarse atrás. Era necesario el regreso inmediato y, para lograrlo, ella no habría vacilado en agotar sus fuerzas. Al llegar al final de aquel sendero, donde el bosque se aclaraba para desembocar en la verde llanura, el sol había dispersado ya las nubes que cubrían las cimas orientales y alumbraba gloriosamente el valle.

Elena, con un sentimiento muy natural, miró hacia atrás para ver otra vez la cumbre de la montaña. El muro de rugosas rocas que más de una vez admiró desde la ventana de su casa y que en adelante tendría, para siempre más, un tierno recuerdo en su corazón, surgía entre una espesa capa de niebla de color gris azulado. La larga vertiente estaba alumbrada por el sol, que hacía resplandecer el follaje; y más arriba la neblina, que ocultaba a medias la cumbre, dejábale observar un hermoso cuadro del esplendor otoñal. Unos altos pinos aquí y acullá se erguían aislados y sus graciosas copas se recortaban intensamente sobre las crestas doradas y amarillentas que había más allá. Los arces, entre los cuales había una gran variedad de tonalidades, desde el rosado claro hasta un matiz profundamente rojizo, contribuían a dar a la escena un tono más caliente, y los castaños con sus frutos de color blanco y parduzco proporcionaban una mayor belleza a la ondulosa vertiente.

El camino restante hasta el establecimiento era ya muy corto. Jonathan habló una sola vez a Elena y luego la interrogó acerca del lugar en que dejara su canoa. Atravesaron el prado, encontraron el bote en la espesura de sauces y pronto se vieron bajo el ceñudo risco de Fuerte Henry. Ascendiendo por el empinado sendero, siguieron andando hasta llegar a la cabaña del coronel Zane.

Una multitud de muchachos, hombres y mujeres, que parecían estar contemplando algo, llamaron la atención de Elena. Asombrada por aquel hecho insólito, se preguntó cuál sería la causa de tal inactividad entre los atareados colonos. Formaban pequeños grupos.

Algunos hacían gestos vehementes, otros conversaban con la mayor animación y los más estaban silenciosos. Al ver a Jonathan, algunos se echaron a gritar, señalando hacia la posada. El policía de la frontera hizo que Elena apresurase el paso, sin hacer ningún caso de las indicaciones de la multitud.

Mas la joven habíase dado cuenta de la causa de aquella excitación. A primera vista le pareció que la posada de Metzar había sido incendiada, pero un segundo después dióse cuenta de que el humo salía de un montón de escombros que había en el camino. La posada, sin embargo, estaba destruída. Las ventanas miraban con la expresiva vacuidad de las casas deshabitadas. Las puertas tenían los goznes rotos. Un montón de muebles, mesas rústicas, camas y otros utensilios estaban amontonados al lado de los escombros humeantes. Y, desperdigados en todas direcciones, veíanse barriles de varias medidas, con los fondos abiertos o las duelas destrozadas. El seco polvo había absorbido las manchas del licor derramado sobre el camino.

Junto a la destrozada puerta de la cueva yacía una figura humana cubierta con un pedazo de alfombra vieja. Cuando los ojos de Elena se fijaron en aquello volvió la cabeza horrorizada. Aquel cuerpo inmóvil podía ser el de Brandt. El remordimiento y la simpatía femenina se apoderaron de ella, porque, por malo que fuese aquel hombre, la había amado.

Siguió al policía de la frontera, tratando de serenarse. Al estar más cerca de la cabaña del coronel Zane, vio a su padre, a Will, al coronel, a Betty, a Nelly, a la señora Zane, a Silas y a otros que no pudo reconocer. Todos la miraban. Elena sintió un nudo en la garganta y sus ojos se llenaron de lágrimas en cuanto estuvo bastante cerca para contemplar el desencajado rostro de su padre. Los otros estaban muy serios y se preguntó, temerosa, si ella tenía la culpa.

Un momento después vióse entre ellos. Empezó a derramar lágrimas cuando su padre le tendió las temblorosas manos para abrazarla, y en cuanto pudo ocultar en su pecho el encendido rostro, aquél exclamó

-¡Hija mía! ¡Querida hija!

Luego Betty le dio un fuerte abrazo y Nelly revoloteaba a su alrededor como un pajarillo feliz. El semblante del coronel Zane estaba pálido y tenía expresión tormentosa y severa. Ella le sonrió tímidamente a través de sus lágrimas.

-Bueno, bueno-murmuró el coronel mientras se suavizaba su mirada.

Nada más dijo, pero le tomó la mano y la sostuvo entre las suyas mientras se volvía a Jonathan.

Éste se apoyó en su largo rifle, mirando a su hermano con expresión interrogadora.

-Te has perdido esta mañana la ocasión de asistir a una escena algo movida. Wetzel llegó al apuntar el día. La tormenta y los caballos le obligaron a quedarse en la orilla opuesta del río hasta que amaneció. Me dio cuenta de tus sospechas y añadió que acababa de encontrar unas huellas recientes de indios, en la isla, y precisamente enfrente de la posada. Fuimos allá aunque sin la esperanza de encontrar a nadie despierto; pero Metzar estaba ocupado en empaquetar apresuradamente varias cosas. Le acompañaban media docena de hombres que, sin duda, estuvieron con el toda la noche. Aquel mal bicho inglés era uno de ellos, y otro, un tío muy feo, desconocido para nosotros, pero evidentemente hombre de los bosques... Las cosas presentaban mal aspecto. Wetzel y yo salimos para deliberar y por fin decidí darle la orden de que: dejase despejado el lugar.

El coronel Zane hizo una pausa para sonreír de un modo significativo.

-Bueno. Ya habrás visto que ha llevado a cabo una verdadera limpieza. Aquel feo extranjero se puso loco como una serpiente de cascabel y sacó un largo cuchillo. Sam está enganchando ahora el tiro para recoger lo que ha quedado de él en la vertiente de la colina. Metzar se resistió a dejarse prender y ha quedado malherido. Está en el cuerpo de guardia. Case, que estuvo borracho durante toda la semana, se interpuso en el camino de Wetzel y de

un puntapié se quedó dormido hasta la semana próxima. Durante la última hora ha estado escupiendo sangre, pero me parece que no está muy malherido. En su habitación, Wetzel encontró escondido esto.

El coronel Zane tomó una larga y emplumada flecha que estaba sobre un banco y la tendió a Jonathan.

-¡La señal shawnee! Wetzel tenía razón -murmuró el policía de la frontera.

-Exactamente. Wetzel la encontró al pie de la pared de la habitación de Brandt, adonde fue disparada. La arrojaron desde la isla, en el punto exacto donde Wetzel descubrió el término de la pista del indio, quien, sin duda, se alejó por el río.

-Ese shawnee se nos escapó.

-Así lo dijo Wetzel. En fin, ahora está lejos. Lo mismo debo decirte de Brandt. Nos hemos librado de la cuadrilla y ¡ojalá, no volvamos a oír hablar de ella!

El policía de la frontera meneó la cabeza. Durante el relato del coronel su rostro había cambiado. Sus oscuros ojos adquirieron siniestra expresión. Las fuertes mandíbulas estaban cerradas y tensos los músculos del rostro, y en su aspecto general se advertía una expresión amenazadora.

-Wetzel cree que Brandt está de acuerdo con Bing Legget. ¡Maldito sea su negro corazón de traidor! Es un jefe excelente de la cuadrilla mas fuerte y peor que jamás hubo en la frontera.

Jonathan guardaba silencio, pero sus miradas inquietas, furtivas y vigilantes que observaban el río, la montaña y el valle, eran más elocuentes que las palabras.

-Convendrá que inmediatamente sigas esa pista -añadió el coronel Zane-. He ordenado a Betty que te prepare un poco de pan, carne y trigo tostado. Con toda seguridad tendrás que hacer un viaje largo y duro. ¡Buena suerte!

El policía de la frontera penetró en la cabaña, para salir poco después con una mochila de piel de gamo colgada en el hombro.

Y tomó el camino del Este con largos y elásticos pasos. Las mujeres habían llevado a Elena al interior de la casa, donde, sin duda, podrían discutir con mayor libertad los sucesos del día anterior.

-Sheppard - dijo el coronel Zane volviéndose con ojos centelleantes -. Con toda certeza Brandt perseguía a Elena, y es también seguro que Jonathan y Wetzel le dejarán frío e inmóvil en los bosques. Conozco bien a mis dos colaboradores y puedo asegurarle que nunca vi a Wetzel tan implacable ni a Jonathan tan frío como hoy, excepción hecha de cuando Miller, otro traidor, muy semejante a Brandt, quiso raptar a Betty. Le habría helado a usted la sangre ver cómo salió aquella mañana Wetzel en seguimiento de aquel imbécil. ¿Por qué quiso, el muy tonto, empuñar su cuchillo contra el policía de la frontera? fue un espectáculo desagradable. En fin, esas cosas son justificables. Hemos de protegernos a nosotros mismos y, sobre todo, a nuestras mujeres. Con frecuencia hemos tenido hombres malos en el establecimiento, y un hombre malo aquí es algo que no puede usted apreciar todavía, porque en la frontera nunca es posible asegurar quién es un hombre hasta que él se da a conocer. Ha habido numerosos criminales desperdigados por la frontera y otros hombres, mejores que ellos, como Simón Girty, que se vieron obligados a llevar la vida de bandoleros. Simón no debe ser confundido con Jim Girty, porque este último era, sin duda alguna, el bandido más cruel que ha existido. Y era tanto lo que los indios temían a Jim, que aun después de su muerte permaneció su esqueleto en pie, sin ser tocado por nadie, en la misma ciénaga en que murió. Ahora todos los indios y no pocos cazadores blancos creen que aquel lugar está maldito. Y tengo entendido que aún siguen allí sus huesos en pie.

-¿En pie? -preguntó Sheppard sumamente interesado.

-Sí. Deben de estar en la misma posición en que se hallaba Girty cuando murió, apoyado en un árbol y clavado a él por un largo cuchillo.

-¡Dios mío! ¿Quién hizo eso? -exclamó Sheppard, horrorizado. _ -¿Quién? Pues Wetzel. Persiguió a Jim Girty durante cinco años. Y cuando lo cogió... ¡Dios mío! Ya se lo contaré en otra ocasión. Jonathan vio a Wetzel luchar con Jim y con su compañero Deering como si ambos fuesen dos chiquillos. En fin, como ya he dicho, la frontera ha tenido y aún tiene sus hombres malos. Simón Girty se llevó a McKee y Elliot, los ingleses de Fuerte Pitt, cuando desertó, y también a diez hombres más. Todos ellos, exceptuando a los que han muerto, son bandidos del peor tipo. En cuanto a los otros hombres malos que han venido a parar acá, Dios sabe de dónde proceden. Se han diseminado por la comarca. Simón Girty, a partir de su mayor crimen, la matanza de los indios cristianos, vive oculto. Bing Legget es el que ahora goza de supremacía. Es un hueso muy duro de roer, un maravilloso conocedor de los bosques y un jefe capaz, que se rodea tan sólo de los renegados y de los indios más decididos. Brandt es un agente de Legget y apuesto cualquier cosa a que todavía oiremos hablar de él.

XIII

Jonathan se encaminó en línea recta hacia el Este. La pista que dejó Wetzel persiguiendo a Brandt era deliberadamente muy clara. El policía de la frontera había roto varias ramitas de arces jóvenes. Por doquier había señales evidentes de su paso. Y en espacios despejados o a través de los marjales, habíase esforzado en dejar el medio de facilitar el avance de su camarada. A lo largo de su camino dejó caer pedacitos de zumaque y algunas ramas llenas de hojas secas y rojizas para marcar su pista. También a veces tendió en el suelo algunos helechos.

A diez millas al este de Fuerte Henry, en un lugar en donde había dos islas, una frente a otra, Wetzel cruzó el río. Jonathan se desnudó, haciendo un fardo con su ropa y su mochila, pasó por el primero el cañón de su fusil y lo sostuvo todo por encima del agua mientras atravesaba a nado los tres estrechos canales. Volvió a seguir la pista, que encontró fácilmente en el lugar en que Brandt habíase reunido con el jefe shawnee que le esperaba. Y el policía de la frontera siguió avanzando con mayor rapidez hacia el Este.

A media tarde encontró señales indicadoras de que Wetzel y su perseguido no estaban muy lejos. Las huellas eran más recientes en la hierba; algunos tallos aplastados, el musgo, unas ramitas rotas cuyas hojas aún estaban tiernas y jugosas, y hasta algunos tallos de hierba que lentamente volvían a su primitiva posición, después de haber sido aplastados, todo eso demostraba al ojo práctico de Jonathan el hecho de que se hallaba ya a poca distancia de Wetzel.

Poco después llegó a una alameda de amarillos abedules. El suelo estaba casi limpio de matas y bellamente alfombrado de flores y de helechos; y a excepción de los puntos en que los árboles caídos obstruían el camino, el terreno era visible hacia delante por espacio de varios centenares de metros.

Al penetrar en el bosque se hicieron más claras todavía las señales que deliberadamente dejara Wetzel. Luego pareció como si se mostrasen con alguna indecisión y, por fin, desaparecieron. Jonathan titubeó un momento y acabó por decirse que el camino era tan abierto y claro, sin otra cosa que la hierva y el musgo para señalar la pista, que Wetzel habría creído innecesario dejar más señales a lo largo de aquella alameda.

Pero después de dar una docena de pasos, Jonathan se convenció de que estaba equivocado. La pista de Wetzel, que tan bien conocía, hasta el punto de no poder confundirla con otra, terminaba de pronto hacia la izquierda y, después de varios metros, la distancia entre uno y otro paso se ensanchaba de un modo muy perceptible. Por fin, en un punto

determinado, estuvieron ya tan distantes unos de otros, que sólo era posible explicarlos suponiendo que Wetzel había dado largos saltos.

Inmediatamente el policía de la frontera comprendió que algún peligro, imprevisto o una causa urgente obligó a Wetzel a emprender la fuga, y por eso se inclinó con escrutadores ojos para mirar a su alrededor. Volviendo sobre sus pasos hasta donde se interrumpía la pista, siguió un rato las huellas de Wetzel. A menos de cien pasos más allá del lugar en que Wetzel abandonó la persecución, se descubrían los restos de una hoguera, cuyos tizones ardían aún, y la impresión de los mocasines de un pequeño grupo de indios. La pista de Brandt y de su guía shawnee encontraba a las demás casi en ángulos rectos.

El indio, ya por accidente o deliberadamente, había llevado a Brandt a reunirse con una banda de sus compañeros y de este modo casi metió a Wetzel en una emboscada.

Sin embargo, no era evidente que los indios hubiesen descubierto a su astuto perseguidor, que casi había llegado junto a ellos.

Mientras estudiaba el bosque, la mente de Jonathan se fijaba en todas las probabilidades. ¿Estaría Wetzel muy cerca? ¿Continuaría huyendo? ¿Habrían sospechado los salvajes su persecución o bien estaría desarrollando alguna de sus hábiles astucias? El policía de la frontera no tenía otro medio de averiguarlo que el de seguir la pista. Y, aventurándose a sabiendas, porque no consentían otra cosa las circunstancias, avanzó atrevidamente en seguimiento de las huellas de su camarada.

Junto al soto de abedules, el bosque era espeso y oscuro. Abundaban los árboles jóvenes, de maderas duras, y entre ellos crecían algunos arces y fresnos que, con su escaso follaje, formaban una especie de laberinto de color verde y amarillo, semejante a un encaje delicadísimo que estuviese colgado de los robles más altos y más oscuros. Jonathan se sintió mucho más seguro en aquel bosque profundo. Podía examinar el terreno a cierta distancia, y al seguir la pista se alegró, viendo que los saltos de Wetzel se acortaban por momentos, hasta que volvieron a tomar la forma propia de un paso largo. Además el policía de la frontera describía una curva hacia el Noroeste. Esto probaba que no había sido perseguido, sino que trataba de situarse en un punto avanzado con respecto al enemigo. Quinientos metros más allá, la pista describía un ángulo agudo hacia el soto de abedules, que quedaban atrás.

La pista era reciente, de modo que quizá Wetzel estuviese al alcance de su llamada y con toda seguridad se hallaba dentro del radio en que podía percibir un disparo de rifle, pero aún era más interesante la certeza de que Brandt y sus indios estaban dentro del círculo descrito por Wetzel.

De nuevo, y en vista de que el bosque volvía a aclararse, Jonathan avanzó a gatas, pegado a los helechos, hasta que se halló en el extremo oriental de la alameda. Pasó unos minutos escuchando. Un silencio amenazador, como el que precede a una tormenta, reinaba en aquella soledad. Se asomó desde su escondrijo; pero como se hallaba en una ligera depresión, no pudo explorar a gran distancia. Luego se acercó a rastras al árbol inmediato y, con la mayor cautela, se puso en pie.

Nada extraordinario llamó su atención. Repetidamente y gracias a su aguda mirada y a su conocimiento de que los árboles, helechos y matojos podían ocultar a un enemigo, registró la alameda con los ojos; pero los abedules de crespa corteza, las masas de coloreados helechos y los montones de ramas secas derribadas por la tempestad guardaban sus secretos.

Mas para Jonathan había cambiado notablemente el aspecto general de la alameda de abedules. En el bosque reinaba profunda calma. Una brisa suave y apenas perceptible hacía estremecer las hojas, que producían un roce suave como la seda. El soñoliento tamborileo de un guaco interrumpía aquella enorme tranquilidad. El silencio de los pájaros parecía muy significativo. Aquel aliento misterioso, la hermosa vida de los bosques, guardaba silencio, cual si estuviese expectante. A gran distancia, y entre los sombríos árboles donde se

acentuaban las sombras hasta ser impenetrables, se hallaba una amenaza invisible e indefinible.

Sobre el policía de la frontera parecía pasar una racha de aire, un escalofrío terrible y potente. Larga experiencia le había dado la intuición del peligro.

Mientras se movía ligeramente, con ojos de lince fijos en la alameda que tenía delante, una voz de pájaro, aguda, clara y perfecta, interrumpió el amenazador silencio. Era semejante al grito melancólico de una oropéndola, corto, profundo e indicador de la soledad de los bosques. Gracias a una ligera variación de aquella corta llamada, Jonathan la reconoció como una señal de Wetzel. El policía de la frontera sonrió al comprender que, gracias a la finura de sus sentidos, Wetzel le había oído o le vio entrar de nuevo en la alameda. Y aquella señal era un aviso para retroceder o para continuar inmóvil.

Jonathan contrajo los ojos para fijarlos en el lugar de donde procedía la señal. A cosa de doscientos metros de distancia vio varios árboles corpulentos que formaban un grupo. Con una excepción, todos tenían el tronco recto. El que se diferenciaba de los demás tenía un aspecto irregular y lleno de desigualdades o bien ocultaba a medias el cuerpo de Wetzel. Aquella irregularidad era, por otra parte, tan poco notable, que el observador no pudo cerciorarse de su sospecha.

Y más allá, aunque algo desviado del árbol que, según sospechaba, servía de escondrijo a su compañero, veíase un enorme montón de ramas secas, suficiente para ocultar a una cuadrilla de salvajes que se hubiesen emboscado.

Mientras miraba salió un fogonazo de aquel escondrijo.

Oyó el disparo inmediatamente después y, por fin, el silbido de una bala que pasó rozando su cabeza.

-Ese tiro es indio -murmuró Jonathan.

Por desgracia, el árbol que había elegido no le ocultaba bastante. Eran tan anchos sus hombros, que uno y otro quedaba expuesto, proporcionando un excelente blanco para un buen tirador.

Una rápida mirada le indicó que se había producido un ligero cambio en el nudoso tronco del árbol; aquellas prominencias habíanse convertido ya en la bien conocida figura de Wetzel.

Jonathan se hizo a un lado, en el momento en que un objeto pasaba rápidamente ante sus ojos.

De pronto oyó tres conocidos y distintos sonidos, que le obligaron a contraer su cuerpo, buscando abrigo en el árbol.

Una flecha emplumada temblaba, ya clavada en la corteza y a menos de treinta centímetros de su cabeza.

-¡Buen tiro! ¡Maldito sea ese arquero shawnee! -murmuró Jonathan -. Y no se halla en ese montón de leña.

Sus ojos buscaron hacia la izquierda el origen de aquel nuevo peligro.

Otro fogonazo y otro estampido del montón de leña. Silbó una bala, que pasó sobre su cabeza y, desviándose al dar en una rama, fue a perderse, inofensiva, en el bosque.

-Todo esto está rodeado de indios. Tal vez habría' obrado mejor avanzando a cubierto- se dijo Jonathan, tratando de averiguar si Wetzel continuaba resguardado.

Vio su elevada figura en el momento de enderezarse. Un rifle largo y negro tomó la dirección horizontal y se quedó rígido. Salió un fogonazo, seguido por una nubecilla de humo, y sonó el disparo.

El grito horrible y mortal de un indio desgarró el silencio.

Luego percibió un coro de aullidos quejumbrosos, seguido por gritos de cólera. Unos salvajes desnudos y pintados salieron del abrigo del montón de leña, en dirección del árbol que había cobijado a Wetzel.

Rápido como el pensamiento, Jonathan apuntó al indio que iba en vanguardia, y en cuanto disparó el fusil vio al piel roja cómo, dejando caer su arma, interrumpía su loca carrera y luego, tambaleándose, acababa por caer. Inmediatamente el policía de la frontera miró para saber qué había sido de su aliado.

El disparo de un rifle indio le indicó que Wetzel fue visto por sus enemigos.

Con rapidez casi increíble, una figura de color pardo y de largo cabello salió de entre los árboles, atravesó la ciénaga bañada por el sol y se desvaneció en las oscuras profundidades del bosque.

Jonathan se volvió para huir a su vez, cuando oyó de nuevo la nota profunda de un arco indio en el momento de aflojarse la cuerda. Notó una leve ráfaga de viento en la mejilla, le cegó un golpe y sintió un dolor horrible en el pecho. Una flecha emplumada le había clavado el hombro al tronco del árbol. Levantó la mano para arrancarla, pero no pudo por lo cubierta que estaba el arma de sangre viscosa. Haciendo un violento esfuerzo, la arrancó al fin con ambas manos. La punta de pedernal laceraba su carne y al rozar contra la clavícula sintió un dolor espantoso.

Éste desapareció para ser substituído por extraña torpeza. Trató de correr, pero una niebla oscura veló sus ojos y, tambaleándose, acabó por caerse. Después le pareció hundirse en una gran oscuridad y ya no supo lo que era de él.

Al recobrar el sentido vio que era de noche. Estaba tendido de espaldas y por el dolor de sus entumecidas piernas comprendió que estaba atado vio el resplandor del fuego, pero no le fue posible levantar la cabeza. El susurro de las hojas agitadas por el viento le indicó que se hallaba en el bosque y el distante rumor de una cascada le pareció conocido. Sentíase soñoliento, la herida le dolía un poco, pero no sufría gran cosa.

Entonces se durmió. Al abrir otra vez los ojos vio que era día claro. El cielo azul se hallaba directamente sobre su cabeza y ante él vio una faja de terreno cubierta de pinos enanos. Volvió la cabeza y pudo darse cuenta de que estaba en una especie de anfiteatro, de dos acres de extensión, más o menos, y rodeado de montículos de poca elevación. Una abertura en la pared de roca daba salida a un ruidoso arroyo y, sin duda alguna, servía también de entrada a aquel lugar. Dentro del recinto había varias toscas cabañas de troncos y de ello Jonathan dedujo que había sido llevado al retiro de Bing Legget. Unas voces llamaron su atención y, al volver la cabeza al otro lado, vio a un indio muy corpulento que paseaba a corta distancia, y más allá a siete salvajes y a tres hombres blancos que descansaban en la sombra.

En el salvaje fornido y moreno que estaba más cerca reconoció inmediatamente a Arco de Fresno, jefe shawnee y conocido emisario de Bing Legget. Los restantes indios, tres eran delawares y cuatro shawnees, todos veteranos, de rostros morenos y sombríos y cabezas brillantes, en las que los cabellos de la coronilla estaban dispuestos a modo de copete. Sus cuerpos desnudos y musculosos estaban pintados para seguir el sendero de la guerra, con extraños emblemas de muerte. Un trío de hombres blancos, casi tan bronceados como sus camaradas salvajes, completaba el grupo. A uno de ellos, de aspecto en extremo maligno, Jonathan no lo conocía. El gigante de barba rubia que había en el centro era Legget. Sus ojos, de color acerado e inhumano, tenían el aspecto propio de un animal perseguido. Sus mandíbulas bestiales le daban una expresión inconfundible. Y el último individuo, de rostro desencajado, era Brandt.

-Te repito, Brandt, que no puedo contrariar a ese indio -decía Legget, muy decidido-. Es el piel roja mejor de la frontera y me ha salvado numerosas veces. Ese Zane le pertenece, y aunque, por mi gusto, lo pasaría a cuchillo ahora mismo, no quiero oponerme a los planes del shawnee.

-Y, ¿para qué quiere el piel roja llevárselo a su poblado? -gruñó Brandt-. Todos los indios son vanidosos y están dotados de ridículo orgullo.

-Ésa es su costumbre y nada podemos hacer para cambiarla.

-Pero tú aquí eres el amo. Podrías ordenarle que matara cuanto antes a ese policía.

-Te repito que no quiero intervenir. Sin embargo, Brandt, puedes tener la certeza de que ese indio no dejará vivir mucho al explorador, en cuanto lo haya llevado a su tribu. Los indios son ceno son. Para él es un gran honor haberse apoderado de Zane y quiere que sus compatriotas tomen parte en su muerte. Me parece muy natural.

-Ya lo comprendo, pero es algo aventurado para nosotros y también muy peligroso para Arco de Fresno. ¿Por qué, por lo menos, no conserva a Zane aquí hasta que tú puedas darle más de tres indios que le acompañen? Es imposible contener a estos policías de la frontera. Tú no los conoces, porque vives hace poco tiempo en esta comarca.

-He vivido en ella tanto tiempo como tú y conozco eso -replicó Legget con acento amable.

-Pero no has sido perseguido recientemente por ellos y poco sabes acerca de sus hazañas, más que por boca de los indios. ¿Qué noticias puedes adquirir de esos pieles rojas silenciosos? Te aseguro que es un error fatal permitir que ese individuo viva más de una hora. Hay dos días de camino hasta el poblado shawnee. ¿Te figuras que Wetzel tendrá miedo a cuatro salvajes? ¿No has visto cómo se atrevió a acercarse a ocho de nosotros cuando estábamos emboscados esperándole? Mató a uno y luego se alejó rápido como el rayo. Y tan sólo a la suerte debemos el habernos apoderado de Zane.

-Tengo razones para conocer a ese Wetzel, a ese Viento Mortal, como le llaman los delawares. No lo he visto nunca, pero estoy seguro de que podré con él si algún día nos vemos cara a cara.

-Estás loco -exclamó Brandt-. Te despedazará antes que tengas tiempo de empuñar un revólver. Sería capaz de darte un tomahawk y quitártelo para abrirte la cabeza. Te lo digo porque lo sé. ¿Te acuerdas de Jake Deering? También creía lo mismo que tú. Pero Wetzel luchó contra Deering y Jim Girty a la vez y les dio muerte. Ya sabes cómo dejó a Girty.

-No tengo duda de que sabe luchar, pero no me asusta.

-No se trata de eso. Te digo cosas llenas de sentido común. Ahora se te presenta la oportunidad de acabar con uno de esos policías de la frontera. Hazlo cuanto antes. Éste es mi consejo.

Tanta era la vehemencia de Brandt, que impresionó a Legget. Se acarició la amarilla barba y, pensativo, chupó la pipa. Luego se dirigió al jefe shawnee en su lengua nativa.

-¿Quiere Arco de Fresno tomar cinco caballos por su prisionero?

El jefe meneó la cabeza.

-¿Cuántos quieres?

El jefe reanudó con la mayor dignidad su paseo ante su cautivo. Su rostro impasible no indicaba sus pensamientos, pero su porte altanero y su firme paso revelaban claramente su enorme orgullo. Luego habló con voz profunda.

-El shawnee conoce los bosques, desde los Grandes Lagos, donde se pone el sol, a las Montañas Azules, donde se levanta. Ha encontrado a los grandes cazadores de rostro pálido. Tan solo por Viento Mortal cambiará Arco de Fresno su cautivo.

-¿Lo ves? Es inútil -dijo Legget extendiendo las manos-. Que se vaya cuando quiera. Es más capaz que cualquier piel roja de burlar al policía de la frontera. Cuanto antes se marche, antes volverá y podremos dedicamos a trabajar. Tú deberías darte por satisfecho con obtener a esa muchacha.

-Cállate - interrumpió Brandt, enojado.

-Me parece, Brandt, que el amor te ha estropeado los nervios. Antes eras mas decidido y ahora te asustas de un hombre atado de pies y manos, que ha de vivir muy poco.

-A nadie temo -contestó Brandt con mirada siniestra-. Pero conozco lo que tú no tienes bastante sentido común para comprender. Si ese Zane se escapa, cosa probable, él y Wetzel acabarán con tu cuadrilla.

-¡Ja!, ¡ja!, ¡ja! -Legget se echó a reír, golpeándose las rodillas al mismo tiempo -. Entonces tendrías pocas esperanzas de apoderarte de la chica.

-Bueno. No tengo nada más que decir -replicó Brandt, poniéndose en pie y dando media vuelta. Y al pasar al lado de Jonathan se detuvo.

-Si pudiese, Zane, le contestaría ahora al puñetazo que me dio usted una vez. Pero ya nos veremos en el poblado indio, cuando me dirija al Oeste...

-Con la muchacha -interpuso Legget.

-Donde espero ver la cabellera del policía de la frontera secándose a la puerta de la cabaña del jefe.

El aludido lo miró fijamente, pero en silencio. Las palabras no habrían podido expresar, como lo hizo su mirada, el desdén y la amenaza.

Brandt se alejó maldiciendo. No era cobarde y nadie le vio jamás titubear. Pero su inteligencia estaba contra él. Mientras viviesen aquellos policías de la frontera, ningún bandido podría dormir, y él era un hombre ya marcado y sentenciado. El centelleo mortal y frío que se advertía en los ojos del prisionero era una demostración de lo que la frontera pensaba y sentía con respecto a los bandidos.

Mientras Jonathan reflexionaba acerca de lo que había oído, penetraron en el recinto otros tres shawnees y Arco de Fresno los llevó aparte para conferenciar. Al terminar el conciliábulo, el jefe se acercó a Jonathan, le cortó la cuerda que le ataba los pies y le hizo señas de que se levantara. El prisionero obedeció, sintiéndose débil y dolorido, pero capaz de andar. Dedujo de ello que su herida, aunque dolorosa, no era grave y que le llevarían inmediatamente hacia el poblado shawnee.

No se equivocaba, porque el jefe, seguido por los otros tres shawnees, lo condujo a la salida de aquel recinto. Los agudos ojos de Jonathan se fijaron en todos los detalles de la guarida de Legget. En un corral inmediato a la entrada vio cierto número de caballos excelentes y entre ellos el poney de su hermana. En toda la comarca no se habría podido encontrar otro retiro natural más inaccesible que el refugio de Legget. La entrada consistía en una estrecha abertura de la pared rocosa, y media docena de hombres habrían podido defenderla contra un ejército de sitiadores. Además aquel paso iba a dar a la vertiente de una colina árida, desde la cual se podía observar muy bien las llanuras y los bosques circundantes.

Mientras Jonathan seguía a sus aprehensores, montaña abajo, sus esperanzas, hasta entonces algo abatidas, cobraron nuevo brío. El largo viaje al poblado shawnee se realizaría a través de una comarca desconocida. Los poblados delawares se hallaban al Norte y a gran distancia. Los wyandots, hacia el Oeste. No era probable el encuentro de una banda de indios cazadores, porque aquella región pedregosa y estéril era muy seca y apenas tenía pastos para los gamos o los bisontes. Desde el punto de vista del prisionero, la empresa de Arco de Fresno era imprudente y temeraria. A pesar de la astucia del jefe, se equivocó en un punto y fue en ceder a su debilidad de guerrero y al deseo de vanagloriarse de su hazaña. En el carácter de los indios, el deseo de alcanzar la fama era tan fuerte como el amor a la vida. Los valientes se atrevían a todo para conquistar las plumas de águila y el guerrero ya experimentado hallaba la muerte para no mancillar la gloria de las plumas conquistadas.

Wetzel estaba en los bosques, ágil como un gamo y feroz y temerario como un león. Por aquellas ciénagas debía de avanzar cautelosamente, con los oídos de un gamo v los ojos de un gavilán, para sorprender algún sonido o la aparición de los aprehensores de su compañero. Y cuando encontrase su pista la seguiría con la misma tenacidad con que un lobo sigue al gamo que va desangrándose. Su liberación no se intentaría siquiera hasta el momento oportuno, aunque pudiese ponerse previamente a tiro del campamento shawnee. Maravillosa como sus demás cualidades era la paciencia del hombre de la frontera.

XIV

Buenos días, coronel Zane -dijo Elena con alegre acento al entrar en el patio donde trabajaba aquél, ¿Ha venido Will por aquí?

-Me parece que si encuentra a Betty no le será difícil dar con él -replicó secamente el coronel Zane.

-Ahora que pienso en ello, veo que tiene usted razón -dijo Elena riéndose -. Ya sospechaba yo la escapatoria de Will.

-El y Betty han ido a coger nueces.

-Eso me parece muy mal por parte de Will -dijo Elena con cierta petulancia-. Yo también quería ir a coger nueces, y tanto él como Betty me prometieron llevarme.

-Oiga, Elena, voy a decirle una cosa - añadió el coronel, apoyándose en la pala y mirándola con cierta ironía-. Les he dicho que no ha habido bastante escarcha para madurar las nueces y las castañas, pero, sin embargo, ellos salieron. Will me encargó decirle a usted, por si se presentaba, que le traería las hojas coloradas que usted desea.

-¡Qué amable! Intenciones me dan de ir a buscarlos.

-Me parece, Elena, que haría usted muy bien absteniéndose - replicó el coronel haciéndole un guiño y mirándola de un modo muy significativo.

-¡Ah, ya comprendo! ¡Qué tonta he sido!

-Pues sí. Eso es lo que hay. A nosotros nos contenta mucho que un buen muchacho como Will se interese por Betty. Dios sabe la mala temporada que pasamos con ella después de la muerte de Alfred. La pobrecilla empieza a recobrar el ánimo, y además, Elena, es preciso que la gente se case joven. No, hija mía, no debe usted reírse, porque, como las demás, se verá en la necesidad de buscar marido. Aquí no ocurre como en el Oeste, en donde una muchacha puede divertirse durante su juventud y tomar el tiempo que quiera para elegir marido. Aquí, una muchacha soltera es una amenaza. No hace muchos años vi a dos muchachos excelentes, llenos de fuego y de valor, matarse uno a otro por una muchacha que no se resolvía a elegir entre ambos. Si lo hubiera hecho, los tres habrían sido buenos amigos, porque aquí todos constituímos una enorme familia. Acuérdese de esto, Elena, y en cuanto a Betty y a Will, siga usted nuestro ejemplo. Déjeles que se arreglen. Ninguna otra cosa puede encender con tanta rapidez el fuego amoroso entre dos jóvenes.

-¡Betty y Will! ¡Cuánto me gustaría que se quisieran! -Luego, con ojos brillantes de alegría fijos en el coronel, continuó-: ¿Puedo preguntarle, coronel Zane, a quién ha elegido usted para mí?

-Ahora que lo ha dicho, me doy cuenta de la magnitud del problema. He pasado revista a todos los hombres solteros del establecimiento, con excepción de Jack. Desde luego no puede usted quererle, porque es un policía de la frontera, un luchador, etc. Pero si no puedo encontrarle marido, habré de dejar el asunto a cargo de usted.

-Y, ¿no cree usted, coronel Zane, que un muchacho como Jonathan es digno de que lo mire una mujer? - preguntó Elena con acento de modestia.

-¡Ya lo creo que sí, hija mía! -replicó cordialmente el coronel Zane-. Aquí la gente no es como en el Este. Un hombre educado, refinado y todo lo demás, pero incapaz de realizar un trabajo rudo o a quien le repugne sudar o ensuciarse las manos de tierra o de sangre, no nos sería de ninguna utilidad para conquistar el Oeste. Sencillo como es Jonathan y con su falta de instrucción, es muy superior a la mayoría de jóvenes de la frontera. Pero instruido o no, es el hombre más noble que se ha puesto mocasines u otro calzado cualquiera.

-Entonces, ¿por qué me ha dicho usted... lo que me dijo?

-Pues, verá usted -replicó el coronel Zane dirigiendo una furtiva mirada a su semblante abatido y pensativo-. A todas las muchachas les gusta que las cortejen. Casi todas

las que he conocido habrían deseado que su elegido aventajase a sus restantes admiradores y luego se muriese de amor por ellas en cuanto hubiese obtenido el sí. Ahora bien, Jack, que es un policía de la frontera y que no tiene otra ocupación que la de vigilar, nunca mirará a una muchacha y menos le hará el amor. Imagino, querida mía, que le costaría bastante conquistar a Elena Sheppard. Por otra parte, si alguna muchacha linda y animosa, como por ejemplo Elena Sheppard, hiciese de modo que Jack se olvidase de los indios y de la lucha, obtendría el mejor marido del mundo. Es imposible hallar un hombre más sencillo, bondadoso y noble.

-Lo creo, coronel Zane. Pero, ¿dónde está la muchacha capaz de interesarle? - preguntó Elena con alguna vehemencia-. Esos policías de la frontera son inabordables. Imagínese usted qué muchacha podría interesar a ese Wetzel, tan frío y tan severo como es. Todas sus lisonjas y coqueterías, capaces de atraer a otros hombres, apenas serían observadas por él o por Jonathan.

-Concedo que la cosa no es fácil, pero la mujer fue creada para subyugar al hombre y eso lo conseguirá en la hermosa tierra por los siglos de los siglos.

-¿Cree usted que Jonathan y Wetzel cogerán a Brandt? - preguntó Elena cambiando repentinamente de asunto.

-Apostaría cualquier cosa a que las hojas secas de este otoño caerán sobre la tumba de Brandt.

La frialdad indiferente del coronel Zane hizo estremecer a la joven.

-¡Pero si las hojas han empezado a caer ya! Papá me dijo que Brandt ha ido a reunirse con la cuadrilla del bandido más peligroso de la frontera. ¿Cómo podrán esos dos hombres solos vencer a los salvajes, según me han contado algunas veces, y destruir una cuadrilla de bandidos como la de Legget?

-Esa misma pregunta me la hizo Daniel Boone acerca de Wetzel. Boone, aunque no es un policía de la frontera, fue un gran luchador contra los indios. He oído usar las mismas palabras a viejos habitantes de la frontera, que encanecieron en ella. He pasado veinte años con ese hombre y no puedo contestar. Desde luego Jonathan es tan sólo una sombra de él; Wetzel pertenece al tipo de los hombres que han conservado la frontera para nosotros fue el primer policía y con toda seguridad también será el último.

-Y, ¿qué cualidades tienen Jonathan y Wetzel distintas de los demás hombres?

-A la vez poseen un maravilloso conocimiento de los bosques y unas aptitudes físicas extraordinarias. Imagínese usted a un hombre que tenga un sentido, casi un instinto animal, que le permita saber lo que ocurre en el bosque. Supongamos, por ejemplo, la rapidez de la marcha. Es uno de los más grandes factores. Resulta absolutamente necesario correr cuando el sostenerse en un sitio equivaldría a la muerte. Ya en su casa o en los bosques, los policías de la frontera se ejercitan todos los días. Usted, tal vez, no se figuraría que se entreguen a esas prácticas. Pues bien, no podrían hacer lo que hacen en caso contrario. Jonathan me ha dicho muchas veces que se ejercita para conservar su ligereza de pies. Wetzel anda o corre sin el menor esfuerzo. Piense usted en las magníficas condiciones en que se hallan esos hombres. Cuando es preciso correr, para eludir la venganza de los indios, han de hacerlo tan rápidamente como los gamos. Todos los Zane han sido buenos corredores. Yo mismo tengo ciertas facultades; Betty corre también muy aprisa, de lo cual será testigo este Fuerte hasta que se caiga de viejo. Isaac era muy rápido y Jonathan nos aventaja a todos. Pero aún le gana Wetzel.

-¡Dios mío, Elena! -exclamó la regordeta esposa del coronel, desde la ventana-. ¿No se cansa usted de oír a Ebenezer cuando habla de Wetzel, de Jack y de los indios? Venga conmigo. Me atrevo a esperar que mi charla le gustará más que esas historias.

Elena entró en la casa para hablar con la señora Zane, a quien siempre le agradaba escuchar, porque su conversación era muy agradable, bondadosa y alentadora. Y durante su entrevista, que versó desde el trabajo de tejer lino, ocupación actual de la señora Zane, a las

caras sedas y satenes de otros tiempos y luego a asuntos de interés actual, Elena habló de la indicación del coronel Zane con respecto a Will y a Betty.

-Ese Ebenezer es inaguantable. Es el casamentero más pertinaz que se ha visto - declaró la buena señora.

-No hay ningún mal en eso.

-Claro que no. Es una cosa conveniente, pero a mí me hace reír y a Betty la enfurece.

-El coronel dijo que había formado ya algunos proyectos con respecto a mí.

-¡Claro está que sí! No puede usted figurarse cuánto le gustaría verla a usted felizmente casada. Tiene el corazón tan grande como esa montaña. Y ha dedicado su vida entera a este establecimiento.

-Lo creo. Muestra mucho interés y extraordinario celo por todos. Hace unos días me hablaba del señor Mordaunt, diciéndome que lamentaba mucho la situación de ese inglés y que le gustaría ayudarle. Le parece una lástima que un hombre como Mordaunt se degrade de esa manera.

-Sí. Es muy lamentable. Y el mundo está lleno de esos desgraciados. A mí siempre me ha gustado el aspecto de ese hombre. No le he hablado, como es natural, pero le he visto con frecuencia y hay algo en él que me agrada. No creo que sea su guapo rostro, aunque ya sé que a las mujeres nos impresiona eso.

-También a mí me gustó como amigo -dijo Elena-. En fin, me alegro de que se haya marchado.

-¿Que se ha marchado?

-Sí. Ayer. Vino a despedirse de mí y, a excepción de su palidez y de sus manos temblorosas, se portó como solía hacerlo en Virginia. Díjome que se proponía regresar a Inglaterra y, además, me manifestó su arrepentimiento... por lo que nos hizo sufrir a papá y a mí. La bebida le había destrozado, según dijo, y, en efecto, parecía un hombre arruinado, física y moralmente. Yo le di la mano y luego me fui a mi cuarto y me eché a llorar.

-¡Pobre hombre! -suspiró la señora Zane.

-Papá dijo que se ha marchado de Fuerte Henry con uno de los hombres de Metzar en calidad de guía.

-¿De modo que no se ha llevado a aquel bicho malo, como Ebenezer llama a su criado Case?

-No, y, si recuerdo bien, papá dijo que Case no quiso acompañarle.

-¡Ojalá lo hubiese hecho! No es ningún sujeto agradable en el pueblo.

En aquel momento les llamaron la atención unas voces que resonaban en el exterior. La señora Zane miró por la ventana y dijo

-Ahí vienen Betty y Will.

Elena salió al soportal para ver a su primo y a Betty, que entraban en el patio, y el coronel Zane volvió a apoyarse en su pala.

-¿Han recogido ustedes nueces de las hayas o de otros árboles cualesquiera? - preguntó este último.

-No -replicó alegremente Will-. Los frutos no se han abierto todavía.

-Es una lástima que la escarcha se retrase tanto - dijo riéndose el coronel -. Pero ya veo que eso no importa gran cosa.

-¿Dónde están mis hojas? -preguntó Elena sonriendo y haciendo una seña a Betty.

-¿Qué hojas? - preguntó el joven, muy extrañado.

-Pues las hojas de otoño que Will me prometió ir a coger conmigo, pero que luego, al cambiar de idea, dijo que me traería.

-Me he olvidado - replicó Will, algo apurado.

El coronel Zane tosió y luego, sorprendiendo una mirada de Betty, que había empezado a sonrojarse, se dedicó a manejar la pala.

El rostro de Betty se ruborizó intensamente al oír la primera pregunta de su hermano, pero se repuso un tanto al advertir que no quería bromear con ella como de costumbre. De pronto, sin embargo, al mirar a cierta distancia, palideció, poniéndose blanca como la nieve.

-Ebenezer, mira al camino -exclamó.

Dos hombres de alta estatura se aproximaban con penosos pasos. Uno sostenía a su compañero.

-¡Wetzel! ¡Jack! ¡Y Jack está herido! - grito Betty.

-Tranquilízate, querida mía -dijo el coronel Zane con el tono sereno que le era propio en momentos de excitación.

El agua se escurría por la vestidura de Wetzel; su aspecto, con el cabello en desorden, daba miedo. El rostro de Jonathan estaba blanco y desencajado. Tenía la chaqueta de piel manchada de sangre, y la mano que apretaba con fuerza sobre la tetilla izquierda mostraba también oscuras manchas rojas.

Elena se estremeció. Casi desmayada, demasiado asustada para gritar, se apoyó en la jamba de la puerta; su corazón se contraía y sentía un escalofrío recorrer todo su cuerpo.

-¡Jack! ¡Jack! -gritó Betty con voz moribunda.

-No es nada, Betty -dijo Wetzel.

-Vamos a ver, Betty, no te asustes de un poco de sangre -dijo Jonathan sonriendo débilmente.

-Traigan agua, tijeras y unos paños limpios -añadió Wetzel al ver salir a la señora Zane.

-Entren -replicó la esposa del coronel, que desapareció inmediatamente en el interior de la casa.

-No -replicó el policía de la frontera.

Quitándose la chaqueta con ayuda de su hermano, desabrochó la camisa y dejó al descubierto su hombro herido. Debajo de la clavícula apareció un gran agujero de feo aspecto.

Aunque aterrada, cuando Elena vio aquel bronceado v macizo hombro, el largo y poderoso brazo con sus cuerdas musculares que se dibujaban debajo de la morena piel, sintió intensa admiración.

-Ha estado a punto de rozar el pulmón -dijo la señora Zane-. Además, Ebenezer, nunca un balazo hizo tal agujero.

Wetzel lavo la herida, que manaba sangre, y aplicó sobre ella unas cuantas hojas que saco del bolsillo. Hecho esto, vendó estrechamente el hombro.

-¿Cómo le hicieron esta herida?

Wetzel tomo el carcaj de flechas que Jonathan dejara en el soportal y, eligiendo una de ellas, la entregó al coronel. La punta de pedernal y una parte del asta estaban teñidas de sangre.

-¡El shawnee! -exclamo el coronel Zane.

Luego llevó a un lado a Wetzel y empezó a conversar con él en voz baja, en tanto que Jonathan, mientras Betty le sostenía el brazo, subió los escalones y penetro en la vivienda.

Elena corrió a su casa y, una vez en su habitación, dio rienda suelta a sus emociones. Lloró de susto, a causa de la excitación nerviosa, de agradecimiento y de alegría. Luego se humedeció el rostro, froto sus mejillas para darles algún color y se dispuso a preparar la comida, aunque casi sin saber lo que hacía. No podía olvidar aquel ancho hombro con la espantosa herida. ¡Qué hombre debía de ser Jonathan para recibir tal herida y seguir viviendo! Y a pesar de que llegó a su casa exhausto y sin fuerzas, era de'-admirar la calma y la frialdad de su porte. ¿Qué no habría dado ella para que le hubiese correspondido la débil sonrisa que brilló en los ojos de Jonathan dirigida a Betty?

La tarde fue larga para Elena. Por fin, después de cenar, se cambio de traje y, rogando a Will que la acompañase, echo a andar camino abajo en dirección a la cabaña del coronel Zane. A tal hora éste se sentaba invariablemente en los escalones de la entrada de su casa, fumando una larga pipa india, y contemplaba el valle con ensoñadores ojos.

-¡Caramba! ¡Qué bonita está usted! -dijo a Elena. Luego, haciéndole un guiño añadió-: ¡Hola, Will! Encontrará usted dentro a Isabel con Jack.

-¿Como está él? -se apresuró a preguntar Elena, en tanto que Will, riéndose, se disponía a subir los escalones.

-Muy bien. Ha dormido todo el día. No creo que su herida tenga grande importancia, es decir, que carece de ella tratándose de un hombre como mí hermano. Lo mismo sucedería con respecto a Wetzel. Esa herida habría bastado para matar a un hombre corriente. Isabel dice que si no se presentan complicaciones, una infección o algo capaz de producir fiebre, se curará rápidamente. Wetzel, por su parte, está seguro de que ambos podrán reanudar sus pesquisas dentro de una semana.

-¿Encontraron a Brandt? - preguntó Elena en voz baja.

-Sí. Le persiguieron hasta su guarida, y ésta, como podía esperarse, no es otra que el campamento de Bing Legget. Los indios llevaron allí a Jonathan.

-¿De modo que Jack fue capturado?

El coronel Zane relató los acontecimientos de los tres días anteriores que con el mayor laconismo le había comunicado Wetzel.

-El indio que vi en la fuente llevaba el arco que ha traído consigo Jonathan. Él debió de disparar aquella flecha. Era un salvaje magnífico.

-Era, realmente, un indio notable y muy malo, uno de los más astutos espías que calzaron mocasines. Pero ahora yace su cadáver sobre el musgo y las hojas secas. Bing Legget no tendrá nunca otro correo semejante a ese shawnee. Pero vamos adentro.

Llevó a Elena a la espaciosa sala, donde Jonathan estaba tendido sobre un diván, rodeado por Betty y Will. También estaban presentes la esposa y los hijos del coronel, Silas Zane y varios vecinos.

-Mira, Jack. Aquí hay una señorita que pregunta por tu salud. Eso me recuerda, Isabel, el día en que Isaac vino a casa herido, después de fugarse de entre los hurones. Y supongo que él y su esposa india no tardarán mucho en llegar de visita.

Elena olvidó a todo el mundo, excepción hecha del hombre tendido, inmóvil y pálido, sobre el diván. Y le miró con ojos extrañamente dilatados, oscuros y brillantes.

-¿Cómo está usted? - preguntó con voz suave.

-Muy bien. Gracias, señorita - contestó Jonathan. Con la mayor habilidad, el coronel Zane logró que Betty, Will, Silas, Isabel y los demás se interesaran en algunas noticias muy curiosas que acababa de oír o de inventar, y así dejó a Jonathan y a Elena relativamente solos en aquellos momentos.

El inteligente coronel creyó, tal vez, que aquélla sería la ocasión oportuna vio el rostro de Elena cuando se inclinaba hacia Jonathan y eso fue bastante para él. Y por esta razón habría apelado a todo su ingenio para alejar a los demás de aquella pareja.

-He tenido un susto horrible - murmuró Elena.

-¿Por qué? - preguntó Jonathan.

-¡Oh! ¡Parecía tanta la gravedad de su estado...! Además la sangre y esa horrible herida...

-Eso no es nada, señorita.

Elena le sonrió, y tanto si la herida tenía o no importancia, a juicio de Jonathan, ella, fijándose en su debilidad v en su rostro desencajado, comprendió que el regreso a casa había sido horrible. Los oscuros ojos de él carecían en aquel momento de la frialdad y del brillo metálico que les era natural. Estaban fatigados y casi tristes. El pobre muchacho yacía

inofensivo, y su poderoso cuerpo tenía la inmovilidad propia de un niño que duerme. Hasta entonces aquel hombre expresó un antagonismo casi indefinible, pero ahora su aspecto era en extremo afable, como el de un hombre demasiado fatigado para seguir luchando. El corazón de Elena se llenó de compasión, de ternura y de amor. La debilidad de Jonathan la afectaba mucho más de lo que pudo hacerlo su fuerza y su vigor. Y, con involuntario gesto de simpatía, apoyó suavemente su mano en una de las suyas.

Jonathan la miró con ojos que ya no estaban ciegos. El dolor los había suavizado. Por el momento sintióse fuera de sí mismo y vio las cosas de un modo muy distinto. La suave ternura y la mirada de ella, la afectuosidad resplandeciente de su rostro, su misma belleza le subyugaron mientras una impelente alegría se apoderaba de todo su ser. Se estremeció cuando los dedos de ella se apoyaban tímidamente en los suyos, y abrió su ancha mano para oprimir cariñosamente la de Elena.

-¡Señorita! -murmuró con voz ronca e insegura, que en nada se pareció a su acento normal.

Elena inclinó la cabeza para aproximarse más a él; vio temblar sus labios y dilatarse las aletas de su nariz; pero una tristeza inexpresable veló la alegría de sus ojos.

-¡La amo!

Estas palabras, pronunciadas en voz muy baja, llegaron a oídos de Elena, quien experimentó la sensación de que, en sueños, se elevaba flotando, en dirección a un mundo muy hermoso, en tanto que en sus oídos sonaba la música de aquellas palabras. Volvió a mirarle. ¿Había soñado acaso? No. Los oscuros ojos de él se fijaron en los suyos con una expresión amorosa innegable. Una impresión exquisita, aguda, dulce y fuerte al mismo tiempo, pero terrible por el dolor que le causaba, palpitó en todo su ser.

La revelación había sido demasiado repentina. Era aquello maravillosamente distinto de cuanto se había atrevido a esperar. Y, temblorosa, inclinó la cabeza.

Un momento después sintió la mano del coronel en su silla y le oyó decir en alegre voz

-Bueno, bueno, hija mía. No debe usted hacer hablar mucho a Jack. Fíjese en que está muy pálido y fatigado.

XV

Cuarenta y ocho horas después, Jonathan Zane se levantó y empezó a ir de un lado a otro de la cabaña, como si nunca hubiese sido herido; al tercer día salió a dar un paseo hacia la fuente, y una semana más tarde esperaba ya a Wetzel, dispuesto a emprender la excursión.

Al octavo día de su forzada inactividad y cuando estaba sentado con Betty y el coronel en el patio, apareció Wetzel en una cresta montañosa, hacia el este del Fuerte. En breve dio la vuelta a la estacada que servía de valla y se encaminó hacia ellos en línea recta. Para el coronel Zane y Betty, la expresión de Wetzel era terrible. Había desaparecido de su rostro la severa bondad, la calma y la fría gravedad de su aspecto ordinario. Sin embargo, no mostraba ninguna huella de su extraña pasión de perseguir y de matar. No había duda de que aquel instinto terrible estaba al rojo blanco. Pero llevaba una máscara fosca e impenetrable, que hacía semejar su rostro a una estatua de piedra.

Wetzel habló brevemente. Después de recomendar a Jonathan que se reuniese con él a la puesta del sol del siguiente día, en un punto situado a cinco millas río arriba, dio cuenta al coronel de que Legget y su banda habían abandonado su retiro, para dirigirse al Sur, aparentemente en una expedición de merodeo. Luego, estrechó la mano del coronel y se volvió a Betty.

-Adiós, Betty -dijo con voz sonora y profunda.

-Adiós, Wetzel -contestó la joven lentamente, como sorprendida-. ¡Dios le proteja! -añadió.

Él se puso el rifle al hombro y empezó a descender por el camino, aunque se detuvo antes de penetrar en la espesura que rodeaba el claro, con objeto de mirar otra vez hacia el establecimiento. Un momento después, su oscura figura había desaparecido entre las matas.

-Mira, Betty. He visto marchar a Wetzel centenares de veces, aunque nunca me dio la mano antes de partir. Por eso me extraña su actitud de ahora. ¿No te parece rara?

Betty no contestó hasta que Jonathan, que se disponía a entrar en la casa, no pudiera oírla.

-Wetzel tenía el mismo aspecto y ha obrado de igual modo que la mañana en que salió para buscar la pista de Miller -replicó Betty en voz baja-. Creo que, a pesar de su indiferencia por el peligro, comprende que las circunstancias le son adversas, como en el momento en que emprendió la persecución de Miller, pues estaba seguro de que iría a parar al campamento de Girty. Además estoy persuadida de que Wetzel nos quiere, aunque no lo demuestra del modo acostumbrado. Dios quiera que él y Jack vuelvan sanos y salvos.

-Realmente van a emprender una expedición muy aventurada. Quizá la peor de toda su vida -dijo el coronel con acento lúgubre-. ¿Te has fijado en cómo se oscureció el rostro de Jack al ver a su camarada? Una buena parte de la vida que lleva nuestro hermano se debe a la influencia de Wetzel.

-Mira, Ebenezer, voy a decirte una cosa -replicó Betty, animada por su antiguo espíritu-. Ésta es la última pista de Jack.

-¿Por qué crees eso?

-Si no vuelve habrá seguido la suerte de todos los policías de la frontera; pero si regresa una vez más, ya no, se separará de Elena.

-¡Uf! -exclamó Zane, expresando su placer con la interjección característica de los indios.

-La noche siguiente a la de la llegada de Jack, cuando vino herido -continuó Betty-, le vi, mientras estaba tendido en el diván, mirar a Elena. ¡Qué mirada! Estoy segura, Ebenezer, de que ella ha triunfado.

-Así lo espero, aunque todavía temo algo -replicó su hermano con triste acento-. Si vuelve... Eso es lo importante. Mira, Betty, procura que vea a Elena antes de marcharse.

-Me esforzaré. Aquí viene - dijo Betty.

-¡Hola, Jack! -exclamó el coronel al ver a su hermano, que salió con algún apresuramiento-. ¿Qué te pasa? ¡Caramba! Y ¿para qué llevas la maldita flecha que te disparó el shawnee? ¿Adónde vas con ella? ¿Qué demonios...? Oye, Betty...

Ésta le había dado un ligero puntapié.

El policía de la frontera parecía estar muy apurado. Titubeaba y se sonrojó. Con toda evidencia, le habría gustado eludir la pregunta de su hermano, pero éste no se anduvo con ambages, de modo que era imposible disimular con él.

-Elena desea esta flecha y por esta razón me disponía a llevársela - dijo al fin. Y se marchó.

-Ebenezer, eres un tonto - exclamó Betty.

-¡Maldito sea yo! ¿Quién habría podido figurarse que iba a darle esa maldita flecha?

Cuando Elena introdujo a Jonathan por vez primera en su linda salita, el corazón de la muchacha empezó a latir tan fuerte que podía oírlo.

No le había visto desde la noche en que murmuró aquellas palabras que la hicieron tan feliz. Había permanecido en su casa inexpresablemente agradecida al conocer su rápido

restablecimiento, viviendo en la dulzura de su alegría esperándole. Y ahora se presentaba, tan sombrío, tan grave, tan diferente a un hombre enamorado, que sintió un escalofrío a lo largo de su cuerpo.

-Me alegro mucho de que haya traído usted la flecha -tartamudeó-, porque, desde luego, el hecho de haber venido indica que está usted repuesto.

-Me la pidió usted y la he traído. Mañana vuelvo a salir para una expedición de la que es posible que no regrese - contestó sencillamente, con voz al parecer fría.

Era como si entre ambos hubiese, de nuevo, una distancia inconmensurable, de manera que la felicidad de Elena murió lentamente.

-Se lo agradezco mucho - dijo con voz que temblaba a pesar de sus esfuerzos.

-No es un recuerdo muy agradable.

-No se la he pedido como recuerdo, sino que... porque la quería. Nada necesito para conservar vivos mis recuerdos. Algunas palabras que oí en voz baja, hace muy pocos días, bastarán para recordar... en el caso de que no las haya soñado.

Un desencanto amarguísimo impedía a Elena seguir hablando. Aquél no era el hombre cariñoso y de voz suave que le confesó su amor. Era el indiferente policía. De nuevo volvía a ser la personificación de sus extraños y misteriosos bosques. Una vez más era el compañero del frío e inescrutable Wetzel.

-No, señorita. Con toda seguridad no soñó usted -contestó.

Elena pasó, de la amargura intensa y de una sensación sofocante de dolor, a su antiguo estado de dulce y tumultuosa alegría que hacía palpitar su corazón.

-Dígame usted que no soñé - exclamó con voz suave y con el rostro nuevamente animado. Se acercó a él y lo miró con todo su corazón, fijando en él sus grandes ojos, mientras el amor le hacía temblar sus rojos labios.

El policía de la frontera perdió toda su serenidad después de recibir la mirada de ella. Empezó a pasear por la estancia retorciéndose las manos en tanto que centelleaban sus ojos.

-Señorita, no soy más que un hombre - exclamó con voz ronca volviéndose a ella.

Solo un instante permaneció en pie ante la joven; sin embargo, fue suficiente para que la viese retroceder un poco en el instante en que la alegría de sus ojos desaparecía ante la incertidumbre y la expresión de esperanza fugitiva. Luego él volvió a pasear por la estancia y a hablar de un modo incoherente. A medida que fluían las palabras de su boca, se calmó y, con algo de su dignidad natural, habló con mayor ilación

-Le dije que la amaba a usted y es cierto, pero no quería revelárselo. No debiera haberlo dicho. Pero la ocasión me inclinó a ello, aunque puedo asegurarle que antes habría preferido morir a darle a entender mis sentimientos. Durante meses enteros he luchado con este amor. Es verdad que al principio me permití la debilidad de pensar en usted y en eso obré mal. Emprendía mis excursiones recordando sus ojos magníficos y, antes de que yo me diese cuenta, se había usted metido en mi corazón. Además mi vida ya no fue la de antes a partir del momento... de aquel beso. Betty me dijo que usted me quería v eso contribuyó a empeorar mi estado, aunque nunca llegué a creerlo. Y hoy he venido a despedirme de usted, si bien con la esperanza de poder contenerme, pero una sola de sus miradas ha bastado para acabar con mi valor. Y ahora sepa usted, señorita, que de eso no puede resultar más que dolor. Aun en el caso de que usted me quisiera, y yo no me atrevo a creerlo, nada puede resultar de esta situación. Yo tengo mi propia vida ya fijada y decidida, y en ella no puede haber ninguna novia. Tal vez, como dice Wetzel, hay una en el cielo. ¡Oh, niña mía! Esto ha sido muy duro para mí. La veo siempre en mis excursiones solitarias. Contemplo sus ojos gloriosos en los campos soleados en que mejor brillan las estrellas. Sus ojos me atormentan. ¡Ah! Es usted la más dulce mujer que nunca subyugó a un hombre y la amo, la amo...

Volvióse hacia la ventana y oyó una exclamación suave, con voz quebrantada, y el roce de una falda. Creyó que le rodeaba una ráfaga de aire. Luego, dos brazos suaves y redondeados se enroscaron en torno de su cuello y una dorada cabeza se apoyó en su pecho.

-¡Jonathan mío! ¡Mi héroe! ¡Mi amor!

Jonathan estrechó a la hermosa y temblorosa niña sobre su corazón.

-Elena, por el amor de Dios, no diga usted que me ama -rogó estremeciéndose al sentir el contacto de sus cálidos brazos.

-¡Ah! - suspiró ella levantando la cabeza.

Sus ojos radiantes, maravillosamente azules e inundados de amor inefable, parecían abrasar al joven.

Éste acercaba ya sus labios hacia la boca roja y dulce de la joven, tan inmediata, cuando se retiró sobresaltado y enderezo el cuerpo.

-¿Soy un hombre o un cobarde? -murmuró-. Déjeme pensar, Elena, no me juzgue mal. No me crea duro o frío, ya qué únicamente deseo hacer lo que deba.

Se apoyó de codos en el antepecho de la ventana, en tanto que Elena permanecía a su lado con una mano sobre su tembloroso hombro. Cuando, al fin, se volvió, tenía el rostro pálido y frío como el mármol, y su expresión era triste, firme y severa.

-Eso no debe ser, Elena. Destrozaría su vida.

-Más me la destrozará si me abandona.

-No. No, Elena.

-No puedo vivir sin usted.

-Es preciso. No soy dueño de mi vida, para darla a nadie.

-Pero usted me ama.

-Soy un policía de la frontera.

-Yo no viviré sin usted.

-Cállese, cállese, por Dios.

-Le amo.

Jonathan dio un fuerte suspiro y una vez más el temblor se apoderó de él, de aquel hombre que resultaba tan digno de compasión. Tenía el rostro pálido en extremo.

-¡Le amo! -repitió ella con voz indescriptiblemente profunda y llena.

Y abrió sus brazos, quedándose ante él con el pecho palpitante, con sus grandes ojos llenos de tristeza, de apasionadas promesas, perfecta en su belleza y gloriosa en su abandono.

El policía de la frontera se inclinó, doblándose como una caña rota.

-Óigame -murmuró ella acercándose- Váyase si es preciso que me abandone, pero que sea ésta su última pista. Vuelva a mi lado, Jack, vuelva a mi lado. Ya ha llevado bastante tiempo esa vida horrible y ha conquistado un nombre que nunca se olvidará. Ha cumplido usted con sus deberes con respecto a la frontera. Los indios y los bandidos desaparecerán en breve. Acepte la hacienda que su hermano quiere darle y viva para mí. Seremos felices. Yo aprenderé a cuidar su hogar: ¡Oh, amor mío! Le recompensaré por cuanto pueda perder al abandonar las persecuciones y las luchas. Permítame persuadirle, en bien de usted y mío, porque es usted mi corazón, mi alma y mi vida. Vaya usted a seguir su última pista, Jack, y vuelva a mi lado.

-¿Y dejaré abandonado al pobre Wetzel?

-Él es distinto. Vive tan sólo para la venganza. ¿Qué le importan a usted esos pobres salvajes? Se le ofrece una vida mucho mejor y más noble.

-No puedo abandonar mis ocupaciones, niña.

-No hay necesidad. Pero abandone, en cambio, ese inútil afán de aventuras. Como usted ya sabe, éste es el que preferentemente impulsa a los policías de la frontera. Abandónelo, Jack, si no por usted, por mí.

-No. No... nunca... No puedo... No quiero ser un cobarde. Después de tantos años no abandonaré a mi compañero. No... no...

-No lo diga más -rogó ella, acercándose todavía, hasta apoyarse de nuevo en su pecho. Y le rodeó el cuello con los brazos, pues a la sazón ella luchaba por el amor y por algo más que la vida -. Adiós, amor mío. - Le besó con una larga presión de sus redondeados labios -. ¡Querido mío! Hágame caso. Querido Jack, vuelva a mi lado, porque le amo.

Al fin se soltó y, llorando, salió de la estancia.

Con pasos inseguros como los de un ciego, él buscó a tientas la puerta, la encontró y se fue.

XVI

El día más largo de la vida de Jonathan Zane, el más extraño, terrible y complejo de emociones ininteligibles, fue aquel en que se convenció de que la soledad ya no le bastaba. Anduvo por los bosques como un hombre extraviado que no sabía lo que buscaba. Recorriendo las umbrías pistas, andaba en busca de su humor apacible y no podía encontrarlo. Se hundió en las profundidades de los precipicios, en la espesura de los bosques, donde los árboles ocultaban la luz del día. Buscó las laderas de las montañas cubiertas de hierba y atravesó los prados y las llanuras. Pero algo se le escapaba siempre. La invisible y hermosa vida de todas las cosas inanimadas ya no cantaba en su corazón. El muelle musgo, la hoja temblorosa, la elocuente corteza de los árboles, los límpidos, húmedos y voraginosos estanques bajo las verdes orillas, las miríadas de objetos naturales de los que tanto aprendiera, y las innumerables y alegres vidas que le rodeaban, ya no le hablaban con la fidelidad que satisfacía a su alma. El ambiente de sus días infantiles, de su juventud y de su virilidad no resultaba tan dulce como en otros tiempos.

Su inteligencia, aguzada por el dolor de una experiencia nueva, le dijo que en vano esperó, por el hecho de ser un policía de la frontera, escapar al destino universal de la vida humana. Confusamente sentía su propio despertar a una vida más plena, pero no acogía con gusto aquella nueva luz. Comprendió que los hombres siempre se volvieron, en alguna época de sus vidas, hacia las mujeres, de la misma manera que el ciprés se inclina hacia el sol. Aquella debilitación de su carácter duro y resistente, aquel ablandamiento de su corazón y en especial la inquietud y la falta de alegría y armonía de sus antiguas expediciones por los senderos del bosque, le maravillaban y le turbaban a la vez. Millares de veces había sido cruzada la pista que él mismo siguiera, mas, para dolor suyo, nunca hasta entonces la cruzó una mujer.

Con el corazón dolorido, herido su orgullo, enojado, triste y lleno de remordimientos, sintiendo el despertar de la pasión y experimentando sucesivamente estos sentimientos, vagaba por los bosques visitando inconscientemente los escenarios donde en otro tiempo halló sosiego.

Detúvose en muchas umbrosas ciénagas, en numerosas y apacibles alamedas y al pie de los riscos de color gris o junto a las vertientes cubiertas de musgo, buscando con tristes ojos el espíritu que huía de él.

En los bosques verdes y dorados se elevaba ante él una enorme y abrupta roca, manchada con el musgo y resplandeciente a causa del agua que por ella se deslizaba. Los helechos vestidos con su traje rojizo de otoño mostrábanse en la base de una roca de color gris verdoso, o rodeaban un profundo y oscuro estanque salpicado de amarillas hojas. A medio camino de la vertiente, el ascenso perpendicular se interrumpía por una roca saliente, sobre la cual se inclinaban, al recibir el viento, algunas plantas de anchas hojas y unos

helechos de color de oxido. Y más arriba mostrábase el acantilado abierto por varias figuras y rajas en su superficie maltratada por la intemperie.

El bosque crecía hasta la orilla del precipicio. Un roble lleno de follaje y un espléndido arce, el primero aun fresco con sus hojas de color verde oscuro y el segundo formando visible contraste gracias a su follaje amarillo rojizo y anaranjado que se asomaba hacia el abismo. Un poderoso castaño se agarraba con sus corroídas raíces a aquel suelo rocoso. En la misma orilla veíanse lindos penachos formados por plantas de tonos dorados, bayas rojas, musgo de color ambarino y vides verdes que se asomaban, arrastrándose, para contemplar la profundidad, y todos los rincones y anfractuosidades sostenían frágiles helechos y pálidos asteres. Otro risco más alto que el primero y cubierto de un bosque más denso se mostraba dominante y desde el caía una transparente película de agua, delgada como humo e iridiscente al recibir la luz del sol. A grande altura, donde la pequeña corriente de agua acariciaba el risco lleno de musgo, brillando como oro sobre las oscuras ramas provistas de hojas verdes, rojas y amoratadas, se divisaba el claro azul del cielo.

Con el corazón más humilde, Jonathan se acercó a la corriente. Su cascada favorita no le fue fiel. El oro que allí brilló era el cabello de su amada. El rojo eran sus labios; el oscuro remanso en sus luces y sus sombras y su misterio insondable eran sus ojos.

Al fin llegó a otro escenario de aspecto más suave. Una ciénaga abierta donde el arroyo saltarín y lleno de ondulaciones corría bajo unos oscuros pinabetes y donde unas hojas de zumaque de color rojo de sangre y otras de haya semejantes a manchas de luz solar se destacaban sobre el tono verde. Bajo un abedul algo inclinado encontró una faja de asteres purpúreos, y a poca distancia de ellos, juntó a una piedra llena de musgo, una solitaria genciana. Su color intenso le recordó los ojos azules que le obsesionaban y, de nuevo, como poseído por un mal espíritu, empezó a ir de un lado a otro a lo largo de la alegre corriente.

Finalmente el dolor y la intranquilidad se alejaron de él. En cuanto se rindió a su amor, recobró la paz. Aunque en su corazón se decía que Elena no era para él, no sentía la necesidad de torturarse resistiendo contra aquella fuerza irresistible. Podía amar sin ser cobarde. Comenzaría a vivir donde se había operado el cambio de su vida, llevando para siempre a cuestas aquella carga dulce y amarga.

La memoria, cuando ya se había confesado vencido, le convertía en un juguete, recordándole a cada paso la dulzura de aquel cabello aromático, de aquellos ojos elocuentes, de los acariciadores brazos y de los húmedos labios. Y mucho más difícil que el dolor resultaba contener la idea seductora de que no tenía más que hacer sino volver al lado de Elena para sentir de nuevo el encanto de su presencia, gozar con la gracia de su persona, oír la música de su voz y sentir otra vez sus labios en los suyos.

Entonces supo Jonathan que aquel tormento no había hecho más que empezar. Que el dolor y el sufrimiento de su orgullo vencido y de su espíritu conquistado no eran nada. Y, en cambio, que lo era todo vigorizar su corazón contra la alegría, la dulzura y el deseo del amor.

Había, pues, un tumulto en su corazón. La amargura y la tristeza ya no le molestaban como antes, pero ardía en su interior un deseo apasionado, nacido de los recuerdos y tan inextinguible como el fuego del sol.

La réplica de Elena a sus leves excusas, a su deber y a su vida, fue la de que le amaba. Tal maravilla le debilitaba. ¿No era ya suficiente su respuesta? «Le amo». Dos palabras solamente. Pero eran bastantes para cambiar el mundo. Una mujer hermosa le amaba, le había besado y su vida ya no podía volver a ser la misma. Ella le tendió los brazos y él, en cambio, mostrándose frío, indiferente e insensible, dejó que ella se sintiera agobiada de vergüenza y que luchara por su propia felicidad y por la alegría, que es el divino derecho de la mujer. Había estado ciego. No comprendió el significado de su generosa acción, y tampoco, hasta que fue demasiado tarde, se dio cuenta de lo que debió costarle y de la vergüenza que su negativa le hizo sentir. Si alguna vez ella volvía a mirarle con ternura, o se inclinaba hacia él

con los hermosos brazos abiertos, prometíase caer a sus pies, arrojar a lo lejos su deber y jurarle que también la amaba con toda su alma y que le entregaba su vida para siempre.

Así atormentaba el amor el corazón del policía de la frontera.

Lentamente moría el melancólico día del veranillo indio, mientras Jonathan salía de los bosques para llegar a una llanura que había más allá, donde, a la puesta del sol, se citara con Wetzel. Una neblina semejante a una nube de color amoratado habíase suspendido sobre la hierba que cabeceaba débilmente. Podía divisar muy bien aquella extensión de prado, aunque le constaba que su anchura era una milla. Tan sólo los saltamontes alteraban la serena apacibilidad de aquella tarde otoñal y toda la Naturaleza parecía estar en armonía con la estación. Jonathan permaneció un rato inmóvil mientras se serenaban sus pensamientos gracias al silencio y a la soledad de aquel prado.

En cuanto las sombras de los árboles empezaron a alargarse y a proyectarse sobre la amarillenta hierba, comprendió que había llegado la hora y avanzó hacia la llanura. La cruzó y por fin fue a sentarse sobre una enorme piedra, uno de cuyos extremos sobresalía sobre el río.

A lo lejos y al Oeste, el sol dorado y rojizo, demasiado ardiente todavía para mirarlo, empezaba a declinar tras las copas de los árboles de la montaña. Lentamente su disco rojo se hundió para ocultarse en el horizonte, y cuando hubo desaparecido en él, Jonathan dio media vuelta para registrar con la mirada el bosque y la llanura. Wetzel acudiría ala puesta del sol. Pero al dirigir la primera mirada a su alrededor resonó un ligero ruido de pasos a su espalda. Jonathan no se movió, porque lo había reconocido, y un momento después estaba a su lado la alta figura de Wetzel.

-Me he retrasado tanto como te anticipaste tú -dijo éste-. Pasaremos aquí la noche y saldremos temprano por la mañana.

Bajo el abrigo de aquella roca, uno de cuyos extremos formaba un a modo de tejado, y a la sombra de la espesura, el policía de la frontera encendió una pequeña hoguera y asó unas lonjas de carne de gamo. Luego, fumando sus largas pipas, los dos compañeros permanecieron largo rato sentados en silencio, mientras el crepúsculo parecía tender un manto gris sobre el río y la llanura.

-La excursión de Legget, río arriba, fue una añagaza, como sospechaba -dijo al fin Wetzel-. Está en los bosques, a poca distancia de aquí, y al parecer espera algo o a alguien. Le acompañan Brandt y siete pieles rojas. Tendríamos una buena oportunidad de cogerlos por la mañana. Ahora se hallan ya a gran distancia de su campamento y, por lo tanto, esperaremos para ver qué diablura se proponen llevar a cabo.

-Tal vez esperan a una cuadrilla de indios - sugirió Jonathan.

-En el valle y a corta distancia de él hay pieles rojas pero a mi juicio anda equivocado.

-¿Y si nosotros fuésemos a caer sobre esos indios?

-No habrá más remedio que apechugar con lo que venga -replicó Wetzel tendiéndose en un lecho de hojarasca.

Cuando la oscuridad rodeó aquel lugar, Wetzel se había sumido en profundo sueño, en tanto que Jonathan seguía sentado, con la espalda apoyada en la roca y vigilando las últimas chispas de la hoguera.

XVII

Elena y Will regresaban presurosos por el camino del río. Seducidos por la suave belleza de aquella mañana otoñal, se aventuraron a mayor distancia del Fuerte de la que

acostumbraban, cuando de pronto les sobresaltó un crujido entre las matas. En el acto los dos jóvenes pensaron en osos y en panteras, pues, según les habían dicho, frecuentaban la espesura en torno del establecimiento.

-¡Oh, Will! He visto una forma oscura que iba de un árbol a otro, tratando de esconderse -exclamó Elena en voz baja y sobresaltada.

-También yo. Era un indio, si no me engaño. Anda más aprisa. En cuanto hayamos llegado a la curva del camino, estaremos a la vista del Fuerte y entonces echaremos a correr - replicó Will, muy pálido pero sereno.

Aumentaron la rapidez de su paso y se hallaron casi en la curva del camino, lugar en que abundaban las matas a uno y otro lado, cuando las ramas de aquella espesura se abrieron violentamente v apareció un hombrecillo robusto y armado de un mosquete.

-¡Alto! ¡Quietos! -ordenó en voz baja y feroz, apuntando su arma-. Si dais un solo grito os abraso.

-¿Qué quiere usted? No llevamos nada de valor - dijo Will hablando en voz baja.

Elena se quedó mirando a aquel hombrecillo, muda de terror. Inmediatamente, al reconocer el rostro malvado y rojizo del marinero, se le ocurrió que sería el cómplice en quien Brandt dijo a Metzar que podía confiar.

-¡Silencio! No te necesito a ti ni las cosas de valor que lleves, sino a esa muchacha - gruñó Case.

Hablando así empujó a Will con la boca de su mosquete, acto que hizo palidecer aún más al joven, obligándole a retroceder lleno de miedo. El gatillo del mosquete estaba levantado y podía caer en cualquier momento.

-¡Por Dios, Will! Haz lo que te dice -gritó Elena, que en los ojos de Case había advertido sus intenciones homicidas. La captura u otra cosa cualquiera era preferible al sacrificio de una vida.

-¡Marcha! - ordenó Case empujando la espalda de Will con la boca de su mosquete.

El joven echó a andar apresuradamente, empujando a Elena, que le había precedido. Veíase obligado a ir aprisa, porque, de vez en cuando, Case oprimía su arma sobre su costado o su espalda.

Sin añadir otra palabra, el marinero les hizo andar rápidamente por el camino, que allí se estrechaba hasta convertirse en senda. Su intención, sin duda, era la de poner toda la distancia posible entre él y el Fuerte. Y apenas habían recorrido así una milla cuando aparecieron dos indios.

-¡Dios mío! ¡Dios mío! -exclamó Will al ver que los salvajes ataban en primer lugar los brazos de Elena a su espalda y que luego procedían con él de la misma manera. Después continuó el viaje en silencio. Los presos iban delante, les seguían los indios y Case ocupaba la retaguardia.

Estaba Elena tan asustada que por largo tiempo no pudo pensar de un modo coherente. Parecíale haber recorrido muchas millas, aunque no sentía ningún cansancio. El estrecho camino seguía serpenteando, siempre a la izquierda del río, que a intervalos se mostraba a través de la espesura. Al avanzar, el grupo obligaba a veces a los pájaros a levantar el vuelo. Aquellos animales no parecían ser nada huraños y proferían notas quejumbrosas, cual si quisieran expresar su simpatía.

Al mediodía, el sendero parecía inclinarse hacia el río. Uno de los salvajes, se encaminó a un grupo de sauces y poco después reapareció llevando consigo una canoa de corteza de abedul. Case ordenó a Elena y a Will embarcarse en el bote, lo hizo luego a su vez y, situándose los salvajes a proa y a popa, empezaron a remar. Al principio avanzaron al abrigo de una isla, dieron la vuelta a una punta rocosa y luego atravesaron la corriente en dirección a otra isla. Más allá llegaron a la orilla del río y dejaron en seco la canoa.

-¡Eh, capitán! –gritó Case empujando a Elena ante él.

La joven, al levantar los ojos, se quedó asombradísima viendo a Mordaunt apoyado en un árbol.

-¿Es usted el que ha ordenado este rapto? - gritó jadeando.

-Sí. Yo soy el responsable - contestó el inglés.

-Y ¿qué se propone?

Él no la miró ni respondió siquiera, pero se volvió para dirigir algunas palabras en voz baja a un hombre blanco sentado en un tronco de árbol.

Elena creyó haber visto antes a aquel individuo y no dudó de que sería alguno de los hombres de Metzar. Vio un tosco colgadizo de corteza de árbol, los restos de una hoguera y un fardo envuelto en mantas. Era evidente que
Mordaunt y sus hombres habían pasado allí unas horas, en espera de acontecimientos.

-¡Perro indecente! -exclamó Will, loco de furor, al darse cuenta de la situación.

Y a pesar de estar atado, dio un salto y quiso acometer a Mordaunt. Pero Case le golpeó la cabeza con el mango de su cuchillo y Will cayó derramando sangre de un corte en la sien.

Aquel acto cobarde despertó el valor y la indignación de Elena. Se volvió hacia el inglés con los ojos encendidos de cólera.

-Por fin ha demostrado usted quién es. ¡Bandido! Máteme en seguida. Preferiría morir antes que respirar el mismo aire de un cobarde como usted.

-Juré hacerla mía, si no a las buenas, a las malas - contestó él con acento amenazador y desencajadas facciones.

-¿Qué va usted a hacer conmigo ahora que estoy atada? - preguntó ella con el mayor desprecio.

-Pues retenerla prisionera en el bosque hasta que consienta en casarse conmigo.

Elena se rió de un modo insultante. A pesar de lo desesperado de su situación, su valor natural se despertó al ser testigo del golpe que recibió su primo y contempló al inglés con ojos centelleantes y animados por la mayor resolución. Observó que aquel hombre titubeaba y que tenía la tos y la respiración irregular propia de algunos hombres cuando están bajo la influencia del alcohol. Entonces fijó su atención en Will. Yacía en el mismo lugar que cayera, en tanto que la sangre manchaba su pálido rostro y su rubio cabello. Y mientras ella le miraba, Case empuñó su largo cuchillo y miró a Mordaunt.

-Creo, capitán, que valdría más ensartar a ése -dijo brutalmente-. No será más que una molestia para nosotros.

Y dirigió la brillante punta del arma al pecho de Will.

-¡Oh! - exclamó Elena, horrorizada.

Trató de cerrar los ojos, pero estaba de tal modo fascinada, que no pudo.

-Tú, quieto. No quiero asesinatos -ordenó Mordaunt -. Déjale donde está.

-No tiene ninguna herida grave -dijo el individuo sentado en el tronco del árbol-. Recobrará inmediatamente el sentido, regresará al Fuerte y dará la alarma.

-¿Y a mí qué? -preguntó secamente Mordaunt -. Ya estaremos en seguridad. Y no quiero llevármelo porque un indio u otro cualquiera lo mataría. Y no quiero asesinar a nadie.

-¡Uf! -gruñó uno de los salvajes, señalando con la mano hacia el Este-. Aprisa. Largo camino hacer -dijo en mal inglés.

Y, precedidos por los indios, los que formaban el grupo abandonaron el río para hundirse en el bosque.

Elena miró hacia atrás y en la arenosa ciénaga vio a Will tendido donde lo dejaron, sin sentido, con las manos atadas a la espalda y la cabeza manchada de sangre. Y aunque la apenaba abandonarle de aquel modo, no pudo menos de consolarse. Se convenció de que no estaba malherido, de que recobraría el conocimiento dentro de poco tiempo y de que, aun atado, podría regresar al establecimiento.

Su propia situación, ahora que conocía el hecho de que Mordaunt había instigado el rapto, no le parecía desesperada. Aunque temía en extremo a Brandt, no sentía ningún miedo por el inglés. Sin duda estaba loco para llevársela de aquel modo al desierto, pero en cambio no la obligaría a cosa alguna. Era incapaz de retenerla presa, en tanto que Jonathan Zane y Wetzel gozasen de libertad para seguir su pista. ¿Cuáles serían sus intenciones? ¿Adónde la llevaba? Tales preguntas turbaban bastante a Elena: Entonces se fijó en los indios, que abrían la marcha con pasos ligeros y furtivos. ¿Cómo pudo Mordaunt asociarse con aquellos salvajes? Mas, de pronto, se le ocurrió la idea de que también Brandt podía haber intervenido en el plan del rapto. Rechazó la idea, mas ésta volvió a obsesionarla. Tal ver Mordaunt fuese sólo un instrumento; tal vez le habían engañado. Elena palideció ante aquella idea. Nunca olvidó la extraña, ilegible y amenazadora expresión de Brandt el día en que ella se negó a pasear en su compañía.

Mientras tanto, el grupo hizo rápidos progresos a través del bosque. No se pronunció una palabra, ni tampoco seguía sus pasos el menor ruido de hojas secas aplastadas o de ramitas rotas. Los salvajes que iban a la vanguardia buscaban los pasos más fáciles y abiertos. Aprovechaban los páramos, los lugares cubiertos de musgo v las fajas rocosas. Tales precauciones tendían, sin duda, a evitar ruido y a dificultar la posible persecución. Una vez aquellos salvajes se detuvieron y uno de ellos escuchó atentamente.

Elena pudo contemplar a su sabor a aquel hombre, mientras permanecía sin mover un solo músculo. Su figura atlética y esbelta parecía, en su situación semivestida, una estatua de bronce. Su enérgico rostro se mostraba inmóvil e invariable, cual si fuese de hierro. Sus ojos oscuros parecían examinar todos los puntos del bosque inmediato.

Fue un enigma para todos, menos para el compañero del piel roja, la causa de aquella detención. El silencio del bosque parecíase al de un desierto. Ninguna ave piaba o cantaba, en las copas de los árboles no entonaba sus canciones la brisa y hasta los álamos guardaban la mayor inmovilidad. Unas hojas de color amarillo pálido planeaban lentamente hasta llegar al suelo cual si no tuviesen prisa por hacer aquel recorrido.

Pero algún sonido débil, algo extraordinario debió de impresionar el oído supersensible del guía, porque, haciendo un significativo movimiento de cabeza a los que le seguían, continuó la marcha en una dirección perpendicular con respecto a la que habían seguido hasta entonces.

Aquella precaución y la evidente desconfianza del bosque que tenían delante, fueron causa de que Elena recordase a Jonathan y a Wetzel. Quizás estuviesen ya siguiendo la pista de sus raptores. Tal idea la emocionó. Luego se dio cuenta, después de otra larga y silenciosa marcha a través de las espesuras del bosque, las ciénagas, las alamedas, cruzando gargantas de rocas cubiertas de musgo, de que sus fuerzas empezaban a decaer.

-No puedo continuar con los brazos atados de este modo -dijo deteniéndose de pronto.

-¡Uf! - exclamó el salvaje que la precedía, volviéndose repentinamente. Y blandía un tomahawk ante sus ojos.

Mordaunt se apresuró a desatarle las muñecas. Su rostro pálido se sonrojó intensamente al notar que la joven retrocedía ante él, cual si fuese una víbora.

Después de haber recorrido varias millas, según le pareció a Elena, se atenuó un tanto la vigilancia de los guías.

A orillas de una corriente cubierta de sauces, el guía indio ordenó detenerse y desapareció él solo en la verde espesura. Pronto volvió de su exploración y les hizo señas para que reanudaran la marcha. Los condujo sobre unos
senderos lisos y arenosos, entre la espesura de los sauces; les obligó a pasar a lo largo de una espesa masa de alisos y de ortigas, para salir, al fin, a un apacible prado herboso rodeado de arbustos verdes y amarillentos. Sobre la corriente que atravesaba un extremo de aquel claro se elevaba un risco cubierto de bosque y enormes rocas se proyectaban en todas direcciones.

Veíanse varias cabañas de corteza de abedul; luego, dos hombres rudos y barbudos, tendidos sobre la hierba, y más allá, un grupo de pintados indios.

Un alarido agudo, salvaje y feroz rompió el silencio, helando la sangre en las venas de Elena. Un hombre, a quien hasta entonces no había visto, apareció atravesando los sauces por el lado del risco. Franqueó la corriente de un salto con el impulso propio de un caballo salvaje. Era enorme y fornido, tenía el cabello despeinado, el semblante duro, de facciones prominentes y los ojos grises de mirada salvaje.

Elena no pudo seguir contemplándolo y sintió un mareo; algo como si su corazón hubiese cesado de latir, para convertirse en una masa de plomo. En aquel hombre reconoció al que más temía, es decir, a Brandt.

Él le dirigió una mirada, amenazadora, fría y maligna, que tan bien recordaba Elena, y luego empezó una larga conversación en voz baja con el indio que había guiado al grupo hasta aquel lugar.

Elena se dejó caer al pie de un árbol y apoyó en él la espalda. A pesar de su fatiga había conservado el ánimo, pero lo que acababa de ver agotó su valor. ¿Qué situación podía ser peor que la suya? Mordaunt la llevó allí por alguna razón incomprensible y la entregó a Brandt, dejándola en poder de Legget y de sus bandidos.

Pero no era Elena una muchacha capaz de permanecer mucho rato desalentada o desesperanzada. A medida que se complicaba la situación y los infortunios llovían sobre ella, cuando ya estaba a punto de entregarse al desaliento, se acordaba de los policías de la frontera. Y de nuevo se presentaban a su memoria los relatos del coronel Zane acerca de la implacable persecución que aquellos dos hombres sabían emprender cuando se trataba de rescatar a una prisionera. Recobró, pues, el ánimo y se dijo que mientras tuviese vida conservaría la esperanza.

La llegada del grupo con su prisionera pareció reanimar a la cuadrilla de Legget. Un individuo gigantesco, de barba rubia, guapo, pero de maneras rudas y ordinarias, en quien Elena adivinó instintivamente a Legget, dio una palmada en el hombro de Brandt.

-Te aseguro, Roger, que esa muchacha es una preciosidad. Nunca vi otra tan bonita en toda mi vida. , Brandt habló apresuradamente y Legget se echó a reír.

Mientras tanto, Case había estado sentado sobre la hierba, sin decir una palabra, pero con los ojos muy atentos. Mordaunt se hallaba a su lado, con la cabeza inclinada y el rostro sombrío.

-Oiga usted, capitán. No me gusta eso -dijo Case a su amo-. Esa tripulación no es para nosotros. Conozco a los hombres, porque he recorrido todos los mares, y estoy persuadido de que van a engañarle a usted.

Mordaunt pareció despertar de su doloroso ensimismamiento. Miró a Brandt y a Legget, que celebraban consejo, y luego sus ojos fueron a fijarse en Elena, quien le hizo seña para que se acercase.

-¿Para qué me ha traído usted aquí? -preguntó.

-Brandt se enteró de mi caso y planeó el rapto. Se mostró muy buen amigo mío y dijo que una vez la sacara a usted del establecimiento, me protegería hasta que yo cruzara la frontera del Canadá. Allí podríamos casarnos -explicó Mordaunt con voz insegura.

-¿De modo que estaría usted dispuesto a casarse conmigo si yo consintiera?

-Desde luego. Todavía no soy tan vil para obrar de otro modo -replicó con el rostro inclinado y lleno de vergüenza.

-¿Tiene usted idea de lo que ha hecho?

-¿De lo que he hecho? No comprendo.

-Se ha deshonrado usted, ha perdido usted su dignidad, convirtiéndose en un bandido y en un fugitivo, y se ha degradado hasta ser lo peor de la frontera, es decir, un raptor de mujeres. Y todo eso para nada.

-No. La tengo a usted. Para mí es usted lo más precioso del mundo.

-Pero, ¿acaso no tiene usted ojos en la cara? ¿No ve qué me ha traído aquí para Brandt?

-¡Dios mío! -exclamó Mordaunt. Púsose lentamente en pie y miró a su alrededor como hombre que de repente desierta de un sueño-. Ahora lo veo claro. ¡Maldito y estúpido borracho que soy!

Elena vio que su rostro cambiaba y se iluminaba, cual si se hubiese alejado de él una masa de nubes. Comprendió que la afición a la bebida le hizo consentir en aquel plan. Brandt se aprovechó astutamente de su debilidad, le propuso un golpe atrevido y llenó su turbia mente de esperanzas que, en un momento de clara visión mental, él mismo hubiese considerado vanas e imposibles. Y Elena comprendió también que aquella repentina sorpresa, el dolor y quizá la cólera habían serenado a Mordaunt posiblemente por vez primera en muchas semanas.

El rostro del inglés se puso en extremo pálido. Sentóse en una piedra cerca de Case, inclinó la cabeza y se quedó inmóvil y silencioso.

La conferencia entre Brandt y Legget duró algún tiempo. Al terminar, el primero se dirigió hacia la inmóvil figura sentada en la roca.

-¡Mordaunt! Usted y Case deberán seguir cuanto antes a ese indio, para volver al río, desde donde podrán tomar el camino de Fuerte Pitt -dijo Brandt.

Hablaba en tono arrogante y autoritario, y su rostro duro, sus acerados ojos y su prominente quijada daban a entender la voluntad de hierro de aquel hombre.

Mordaunt se levantó con fría dignidad. Si antes se dejó engañar, ya no era éste el caso, como se advertía muy bien en su semblante tranquilo y pálido. Habíase desvanecido su antigua indiferencia y la inseguridad de su porte. Sin embargo, mostrábase sereno, pero sus ojos resplandecían como bolas de pulimentado acero.

-Parece, señor Brandt, que yo le he prestado a usted un servicio y que ya no soy necesario - dijo en tono muy cortés.

Brandt contempló a aquel hombre, pero se equivocó al juzgarlo.

El bandido no tenía costumbre alguna de tratar a un caballero inglés.

-Juré que esa muchacha sería mía -dijo con voz sibilante.

-Los condenados no pueden elegir -exclamó Elena, que le había oído. Sus oscuros ojos ardían de odio y desprecio.

Todo el grupo oyó aquella apasionada exclamación. Case se levantó con fingida indiferencia yendo a situarse al lado de su amo. Legget y los otros dos bandidos se acercaron y los indios volvieron sus morenos rostros.

-¿Qué te parece? -gritó Legget.

Brandt se quedó mirando a Elena y, al comprender el significado de sus palabras, se echó a reír. Pero palideció y, de un modo involuntario, dirigió una furtiva mirada a las rocas y a los árboles de la parte superior de la cresta montañosa.

-¿De modo que me ha engañado usted desde el primer día? -replicó Mordaunt con apacible acento.

-Sí - replicó Brandt.

-¿Y no estuvo nunca dispuesto a cumplir su promesa de ayudarme a pasar la frontera?

-No.

-¿Proponíase usted dejarme abandonado para que me arreglase como pudiera en esta soledad?

-Eso. Es decir, en cuanto ese indio le hubiese dejado en el camino paralelo al río -dijo Brandt indicando con el dedo al salvaje más próximo.

-De manera que, como dicen en esta comarca, me han dado ustedes esquinazo.

-Precisamente - replicó Brandt riéndose al mismo tiempo.

Legget hizo coro a su carcajada y siguió una corta pausa.

-Y ¿qué hará con esa muchacha?

-Eso es lo que me reservo.

-¿Se casará con ella? - preguntó Mordaunt en voz queda y apacible.

-No -replicó Brandt -. Se burló de mi amor y me desdeñó. Vio como ese policía de la frontera me derribó de un golpe y, por Dios, quiero vengarme de eso. La conservaré en los bosques hasta que me canse de ella y cuando empiece a perder su belleza se la regalaré a Legget.

Apenas tales palabras habían salido de sus viles labios; cuando Mordaunt dio un salto con agilidad felina y, agarrando el cuchillo que en el cinto llevaba uno de los indios, gritó

-¡Muere!

Brandt empuñó su tomahawk.

En el mismo instante, el individuo que había actuado como guía de Mordaunt agarró a éste por la espalda. Brandt asestó un golpe ineficaz a su contrario.

-¡Juego limpio! -rugió Case arrojándose contra el segundo enemigo de Mordaunt. Su largo cuchillo fue a hundirse hasta el mango en el pecho de aquel hombre, que cayó sin proferir un gemido.

-¡Despejad la cubierta! -gritó Case girando rápidamente con el cuchillo en la mano y haciendo retroceder a todos ante aquella arma formidable.

Algunos de los indios se dispusieron a ir en busca de sus escopetas, pero una severa orden de Legget les obligó a desistir.

El inglés y el bandido empeñaron un terrible encuentro. El segundo, práctico, endurecido y hábil en el manejo de las armas, había encontrado un digno rival en aquel hombre esbelto y de pálido rostro. Su habilidad en el manejo del hacha era, en parte, anulada por la terrible rabia de Mordaunt. Brandt giraba en todas las direcciones y asestaba terribles golpes a su contrario. El inglés, con la mano izquierda trataba de protegerse la cabeza y con la derecha blandía el cuchillo. Girando de un lado a otro, ambos recorrieron todo el claro y, por fin, se internaron entre los sauces. Durante unos momentos se oyeron ramas rotas. Luego un golpe apagado, horrible, y seguido por un largo gemido. Después reinó absoluto silencio.

XVIII

Elena tuvo la sensación de que sus fatigados párpados acababan de quitarle un peso horrible. Brillaba el sol y el dorado bosque la rodeaba. El arroyo murmuraba alegremente, pero, ¿dónde estaban aquellos hombres jadeantes que luchaban con tanto encarnizamiento? En cuanto su visión fue más clara, observó que la escena era completamente distinta de cuando cerró los ojos en el claro del bosque de sauces. Luego comprendió que se había desmayado y que, aprovechando su inmovilidad, la transportaron a otro lugar.

Estaba tendida en una pequeña prominencia cubierta de musgo y a unos cuantos pies de altura sobre el rápido arroyo. Un magnífico castaño extendía sus frondosas hojas sobre ella. Enfrente, y a unos treinta metros de distancia, divisó un peñasco gris, rugoso y manchado por el musgo.

Observó particularmente aquella peña, porque el denso bosque la rodeaba casi por entero y el tono de color de la roca le parecía maravilloso y excitó su admiración. Por lo demás, las tonalidades de oro apagado y de rojo abundaban entre el follaje.

Cerca de ella vio a dos indios silenciosos e inmóviles. No pudo descubrir a ningún otro de los componentes de la banda de Legget. Elena se fijó entonces en los hombres rojos. Eran guerreros musculosos y sarmentosos, de cuerpos parcialmente pintados y de cabello

largo y liso, negro como la madera quemada y entrelazado con huesecillos blancos; además estaba trenzado en torno de unas plumas de águila que se balanceaban.

A primera vista sus oscuros rostros y sus negros ojos expresaban astucia, crueldad y valor, todo ello propio de los salvajes.

Sin embargo, por violentos que pudieran parecer aquellos hombres, Elena no los temía tanto como a los bandidos. Cuando Brandt y Legget la miraban, sus ojos emitían una llama que la llenaba de terror. En cambio, cuantas veces los salvajes encontraban sus ojos, cosa no muy frecuente, ella se imaginaba advertir cierta inteligencia y hasta compasión en sus negras pupilas. De todos modos era seguro que aquellos hombres no le inspiraban tanto miedo como Brandt.

De pronto y con sensación de alivio y de alegría recordó el terrible ataque de Mordaunt contra Brandt. Aunque no podía recordar el término de aquella furiosa lucha, vino a su memoria el grito de mortal agonía de Brandt y la muerte del otro enemigo a manos de Case. Ello significaba que, tanto si Brandt había muerto como si no, la fuerza de resistencia de sus aprehensores había disminuído. Y con tanta seguridad como el sol salió aquella mañana, Elena creía que Jonathan y Wetzel estaban siguiendo ya la pista de los bandidos. Entonces rogó a Dios que le permitiese conservar su valor, su esperanza y su resistencia.

-¡Uf! - exclamó uno de los salvajes señalando al espacio abierto.

Una ligera oscilación de las matas indicó a la joven que un ser vivo se movía entre ellas y un instante después apareció la figura corpulenta del jefe. El otro bandido y Case lo seguían de cerca. A mayor distancia y en el límite de la espesura aparecieron los indios y éstos no produjeron el más pequeño ruido ni alteración en las ramitas de las matas.

Una sola mirada bastó a Elena para comprender que Case estaba muy excitado. Su faz repulsiva resplandecía de satisfacción. Llevaba un fardo, que según vio la joven con el mayor horror, estaba compuesto por la ropa de Mordaunt. Así, pues, Brandt logró matar al inglés. Legget llevaba también un paquete debajo del brazo y lo arrojó al suelo al llegar junto al castaño. Luego sacó del bolsillo un largo cinto de cuero, como el que suelen usar los viajeros para llevar cosas de valor. Con toda evidencia pesaba bastante y el ruido musical que acompañó al movimiento dio a entender que contenía oro.

Brandt apareció en último lugar. Estaba pálido y apoyaba una mano en el pecho. En su chaqueta de caza se descubrían varias manchas de sangre, y se quitó aquella prenda, dejando al descubierto su camisa, también teñida de rojo.

-Supongo que no estarás herido de gravedad -observó solícitamente Legget.

-No. Pero pierdo mucha sangre -contestó Brandt con frío acento.

Luego llamó a un indio y con él se dirigió a los sauces que bordeaban la corriente.

-¿De modo que ahora pertenezco a esta tripulación de la frontera? -preguntó Case mirando a Legget.

-Desde luego -contestó el corpulento bandido -. Tú, Case, eres un hombre muy hábil y en cuanto te haya enseñado yo algunas cosas acerca de las costumbres de la frontera te hallaras aquí como en tu propia casa. Vale más que te quedes conmigo. Cuando Ebenezer Zane, su hermano Jack y Wetzel se enteren de lo que ha sucedido hoy aquí, el infierno será un lugar agradabilísimo comparado con la escena que resulte. Conmigo estarás seguro y éste es el único lugar de la frontera, según me consta, en que un hombre puede decir que le pertenece su propia vida.

-Bueno, soy su piloto, capitán. He navegado con soldados, piratas y marineros, y me parece que también sabré dirigir la nave en esta tierra. Vamos a ver, ¿se come aquí? Creo que es un buen lugar.

-¡Hombre! Te diré. No soy muy exigente, pero la verdad es que no me gusta comer en compañía de los buharros -dijo Legget sonriendo-. Por esa razón vamos a alejamos un poco.

-Y ¿qué son buharros?

-¡Ja, ja, ja! Tal vez algún día los tengas más cerca de lo que te figuras, aunque no te enterarás. Los buharros son unas aves muy bonitas, aunque algo exigentes, porque tan sólo les gusta la carne, tanto si es de indios como de blancos.

-Pues yo, capitán, he visto aves que ni siquiera esperan que un hombre esté muerto para devorarlo -dijo Case.

-No me vengas con cuentos de marinero. En fin, ahora ya tenemos el oro de ese inglés. Y más valdría que tú o yo nos quedásemos con todo.

-Tiene usted razón, capitán. Podemos jugarlo a los dados, a los naipes, o a lo que quiera, con tal que yo conozca el juego.

-Oye, Jenks, tráete los dados y una piedra plana -dijo Legget sentándose sobre el musgo y vaciando en el suelo el contenido del cinto.

-No vale la pena de guardar la chaqueta -dijo mostrándola.

La prenda estaba desgarrada en varios sitios y bajo la manga izquierda había un agujerito sucio de sangre, a donde fue a dar uno de los golpes de Brandt.

-¡Hola! ¿Qué es esto?-dijo el marinero palpando uno de los bolsillos de la chaqueta-. ¡Vaya suerte! ¡Hurra!

Sacó un frasco aplanado lleno de whisky y con tapón de plata. Lo desenroscó y llevó la botella a su boca.

-Yo también quisiera beber un poco -indicó Legget. -Bueno, capitán, un trago y no más-replicó Case, sosteniendo el frasco y acercándolo a los labios de Legget.

El bandido llamado Jenks regresó entonces con una piedra plana, que situó entre los dos hombres. Los indios se congregaron a su alrededor. Con ávidos ojos inclinaron las cabezas hacia los jugadores y observaron todos sus movimientos con el mayor interés. Y cada vez que resonaban los dados o una moneda de oro, proferían leves exclamaciones.

-No está usted de suerte, capitán -dijo Case agitando hábilmente los cubos de marfil.

-¡Bien lo veo! -gruñó el bandido.

Rápidamente disminuía el montón de oro que tenía delante y, al mismo tiempo, se oscurecía su rostro.

-Yo tengo mucha suerte con los dados, capitán -dijo Case volviendo a beber un trago de whisky del frasco. Su rostro, naturalmente rojizo, se puso lívido, la piel sudorosa y los ojos muy excitados.

-¡Caray! Si esos dados no fuesen los de Jenks y yo no hubiese jugado con ellos muchas veces, juraría que estaban cargados de plomo.

-Supongo que no irá usted a sospechar de mí -observó Case con voz suave y sosteniendo los dados en la mano, mientras sus malignos ojos miraban fijamente a Legget.

-No. Juegas bien-exclamó el jefe.

Continuó la partida con muy pocas jugadas en ventaja de Legget, hasta que, por fin, todo su oro pasó a poder del marinero.

-Me has limpiado -exclamó muy disgustado Legget.

-¿No tiene usted nada más? -preguntó Case.

Los atrevidos ojos del bandido miraron en varias direcciones y al cabo se fijaron en la prisionera.

-Te juego a esa chica contra el montón de monedas de oro -gruñó -. Ganará el que obtenga ventaja dos veces en tres jugadas. En realidad esa chica es tan mía como de Brandt.

-Me juego solamente la mitad de mi oro.

-No. Apuéstalo todo o, por lo menos, devuélveme lo que me has ganado-replicó Legget con mal humor.

-No hay duda de que es una balandra muy bonita -dijo Case examinando atentamente a Elena, En fin, de acuerdo, capitán. Me gusta jugar y apuesto todo mi oro. Usted tira primero.

Legget ganó la primera jugada y Case la segunda. Con el mayor cuidado el bandido agitó los dados en su enorme mano y por fin los dejó caer sobre la piedra.

-¡Ah! -exclamó entusiasmado. Había obtenido una de las puntuaciones más altas posibles. Case, descuidadamente, arrojó a su vez los dados. Los indios se acercaron todavía más, con sus oscuros ojos extremadamente brillantes.

Legget profirió una terrible blasfemia, que repitió el eco, al advertir que el marinero le había ganado. El bandido se puso en pie, asestó una coz a la piedra y a los dados, que fueron a parar al arroyo, y se alejó del grupo. Luego empezó a pasear junto al pie de un árbol. Dio con voz ruda una orden a los indios y algunas de ellos empezaron a encender una hoguera. Luego llamó a Jenks, que estaba ocupado en pescar los dados del arroyo, y empezó a conversar animadamente con él, haciendo feroces gestos y dirigiendo malignas miradas al marinero.

Case estaba demasiado borracho para darse cuenta de que se había granjeado la enemistad del jefe de los bandidos. Apuró el whisky de la botella y arrojó esta última a un indio, que recibió el regalo con la mayor satisfacción.

Entonces Case, con los lentos e inseguros movimientos de un hombre que tiene la mente turbada, empezó a contar su oro, mas apenas recogía algunas monedas, se le escapaban de las manos para ir a rodar sobre el musgo. Con la mayor seriedad y asiduidad continuaba la operación con la testarudez propia de los borrachos. Al parecer había olvidado a los demás. Y como no consiguiera darse cuenta de la suma que tenía delante, sumando el valor de las monedas, las dispuso en varios montoncitos y calculó su valor por partes.

Mientras tanto Elena, que no había dejado de fijarse en todos los detalles de lo que ocurría, dióse cuenta de que se estaba fraguando un complot en perjuicio del marinero. Además oyó a Legget y a Jenks hablar quedamente.

-Podría meterle una bala entre los dos ojos -dijo Jenks en voz baja y dando una palmada sobre su rifle.

-Bueno. Ve, aunque más me gustaría que la cosa se hiciese sin tanto ruido -contestó Legget-. Aún estamos a mucha distancia de mi campamento, a cosa de treinta millas, y nunca se sabe quién hay en los bosques, pero hemos de libramos de ese marinero y no hay medio más seguro.

Con la mayor cautela preparó su rifle y luego Jenks lo apuntó cuidadosamente. Uno de los centinelas indios, que estaba cerca, dio un salto hacia delante y golpeó el arma, desviándola. Dijo una sola palabra a Legget, señaló a los bosques por encima del risco y luego recobró su actitud y su inmovilidad de estatua.

-Ya te he dicho, Jenks, que eso no podía ser. El piel roja huele algo en el bosque y nunca he visto que ese hombre se engañe. Hemos de evitar todo ruido. Toma tu cuchillo y tu tomahawk, arrástrate al amparo de la orilla de la corriente y luego te acercas a él por detrás. A. cambio de ello te daré la mitad del oro.

Jenks estrecho su cinturón, dirigió una amenazadora mirada al marinero y se deslizo al arroyo, para quedar oculto por la orilla. El cauce de la corriente se hallaba a algo más de un metro y medio por debajo del nivel del terreno. Esto dio al bandido una oportunidad para situarse más allá de Case sin ser observado. Transcurrieron algunos momentos. Jenks desapareció, siguiendo una curva de la corriente, y luego su cabeza entrecana se asomó por la orilla. Inmediatamente se hallo a espaldas del marinero, pero a unos diez metros de distancia. Era preciso franquearla rápida y silenciosamente. El bandido empezó a arrastrarse. En la mano derecha llevaba un tomahawk y entre los dientes un largo cuchillo. Parecía un enorme oso amarillento.

Los salvajes, con excepción del centinela, que parecía absorto en la contemplación de la espesura que cubría el peñasco, estaban sentados con las rodillas entre sus manos y vigilando el desarrollo de la inmediata tragedia.

Nada más que la casualidad o una intervención extraordinaria habría podido evitar la muerte de Case. Estaba deleitándose en la contemplación de su oro. El bandido que se arrastraba no hacía más ruido que una serpiente. Acercábase por momentos. Su sudoroso rostro brillaba al sol y sus ojos, de expresión felina, contemplaban el espacio que su cuerpo había de atravesar en silencio. Por fin, se situó a un metro y medio del marinero. Sus nudosas manos se habían clavado en el césped, al reunir energías para dar un salto repentino.

En aquel instante Case se levanto, empuñando el cuchillo, y se volvió.

El bandido, descubierto en el acto de saltar, no tuvo otra alternativa y atravesó aquel espacio con la agilidad de una pantera.

El marinero se ladeo con extraordinaria rapidez y cuando el cuerpo amarillo de su contrario pasaba por su lado, hizo resplandecer el cuchillo a la luz del sol.

Jenks cayo a alguna distancia, hundiendo el cuchillo en la hierba y sosteniendo el tomahawk con la otra mano

-Han querido quitarme de en medio para quedarse con mi oro-exclamó el marinero, envainando de nuevo su arma. No se tomo la molestia de averiguar si la cuchillada que dio tuvo o no efectos fatales-. Estos cochinos bandidos no tienen en cuenta que un hombre que ha navegado por todos los mares sabe manejar el cuchillo.

Y, con la mayor calma, continuo reuniendo su oro, indiferente ante la posibilidad de un nuevo ataque.

Elena vio que Legget apuntaba su propio rifle, pero también el indio se lo desvió como hiciera con Jenks. Aquella vez el salvaje hablo con gran vehemencia a Legget, quien llamo a los demás indios a su alrededor. La voz baja y gutural del centinela se confundía con el suave -murmullo de la corriente. Apenas había cesado de hablar cuando el efecto de sus palabras demostró cuán serios fueron los informes, avisos o consejos. Los indios dirigían furtivas miradas hacia los bosques. Dos de ellos se fundieron como sombras en la espesura rojiza y dorada. Otro, con la mayor ligereza, iba de uno a otro árbol para ocultarse, hasta que llego a un espacio descubierto. Entonces se dejo caer entre la hierba y ya no se le volvió a ver hasta que su cuerpo oscuro se enderezo al pie del peñasco. Continuo andando a lo largo de la pared teñida de verde, se encaramo por un rincón lleno de desigualdades y desapareció entre el follaje.

Elena sintió que se hallaba más allá del discernimiento o del pensamiento. Los sucesos del día se desarrollaban uno tras otro con tal celeridad y de un modo tan terrible, que, a pesar de su esperanza y de su ánimo, vióse sumida en el temor. Comprendió que los salvajes olfateaban el peligro o, del modo misterioso que les es propio, observaban tales síntomas alarmantes que les obligaron a mostrarse prudentes y ojo avizor.

-Vamos sin hacer ruido -dijo Legget a Case -. Tráete la chica y procura que ande en silencio.

-Muy bien, capitán-replicó el marinero-. ¿Donde está Brandt?

-Ya nos seguirá en cuanto cese de sangrar su herida. Creo que todavía está muy débil.

Case recogió sus efectos y poniéndoselos bajo el brazo, agarro con la otra mano la de Elena. Ésta se apoyaba en el árbol y, cuando el la cogió, libertóse violentamente y se levanto con alguna dificultad. El contacto desagradable y el rostro repulsivo de aquel hombre excitaron su sensibilidad.

-Podrías empezar llevando esto -dijo Case poniendo el fardo en los brazos de Elena.

Ella lo dejo caer sin mover siquiera una mano.

-Debes saber que yo mando en este buque. Me perteneces -dijo Case con voz sibilante. Y luego la golpeó en la cabeza.

Elena dio un grito de dolor y tuvo que apoyarse en el árbol para no caer. El marinero recogió el fardo, y aquella vez ello lo tomó, aunque temblando de horror.

-Así me gusta. Ahora da un beso al capitán -ordenó él burlonamente, acercándose a la joven. Ella lo empujó con violencia. Sus ojos asustados suplicaron a los indios, quienes estaban ocupados en atar sus propios fardos. Legget contemplaba la escena sonriendo con indiferencia.

-¡Oh! ¡Oh! - exclamó Elena al ver que Case la cogía de nuevo.

Quiso gritar otra vez, pero no pudo emitir un sonido. Los ojos malignos y el rostro bestial de aquel hombre la dejaron anonadada.

Case la golpeó dos veces y luego, con gran dureza, la acercó a sí.

Casi desmayada e incapaz de moverse, Elena contemplaba el rostro congestionado de aquel hombre que se acercaba al suyo.

Cuando sus viles labios se hallaban a pocas pulgadas de los de la joven, algo cálido silbó ante la frente de ésta, e inmediatamente se percibió con la mayor claridad el seco disparo de un rifle.

Cambió en el acto la expresión del rostro de Case. Desapareció la congestión, nublóse su aspecto para tomar el de extraña indiferencia; movió los ojos y luego los mantuvo fijos con una mirada de sorpresa. Permaneció en pie un instante, luego osciló como roble antes de caer y por fin se desplomó al suelo. Su cara desencajada y lívida tomó la horrible serenidad de la muerte.

Un agujerito de bordes de color rojo azulado se mostró en el centro de su sien.

Legget, despavorido, contemplaba al marinero muerto. Luego se dio prisa en apoderarse de su saquito de oro.

-Me han evitado esa molestia - murmuró dando un puntapié a Case.

Los indios contemplaron su cuerpo diminuto y luego se volvieron hacia las rojizas espesuras. Cada uno de los salvajes se amparó con increíble rapidez en el tronco de un árbol. Legget lo vio y, agarrando a Elena, la llevó al pie de un castaño.

Brandt apareció con su compañero indio y ambos, de un salto, buscaron abrigo en un grupo de abedules, cerca de donde se hallaba Legget. Los ojos de gavilán de Brandt se fijaron en los cadáveres de Jenks y de Case. Sin preguntar cosa alguna comprendió la situación y acercándose a Elena la agarró por el brazo.

-¿Quién ha matado a Case? -preguntó en voz baja, contemplando el agujerito de la sien del marinero.

Nadie contestó.

Los dos indios que se habían refugiado en el bosque, hacia la derecha de la corriente, regresaron entonces. Apenas se habían reunido con sus compañeros debajo de los árboles, cuando el salvaje que se alejó solo surgió de entre la hierba a la izquierda del arroyo y, de un salto muy largo, fue a parar al grupo de sus amigos. Era el centinela que desvió las armas de fuego, salvando dos veces la vida de Case. Aquel hombre esbelto y ágil no era joven. Su rostro grave, de facciones muy marcadas y de férrea expresión, mostraba huellas de los años y de la experiencia. Y todos lo contemplaban cual si reconociesen su superioridad.

-Caballo Viejo - dijo Brandt en inglés -, ¿has visto alguna vez balazos como ése?

El chippewa se inclinó hacia Case y luego, lentamente, se enderezó.

-Viento Mortal-replicó en el lenguaje del blanco.

Sus compañeros indios profirieron algunos murmullos quejumbrosos, que indicaban más respeto que miedo. Brandt se puso más pálido que la corteza de abedul que tenía al lado. El resplandor gris de sus ojos indicaba el terror que sentía en aquel momento.

-No hay necesidad de que te molestes en ocultar la pista, Legget -dijo en un tono que daba a entender el amargo placer con que pronunciaba tales palabras.

Entonces el chippewa se deslizó por entre las matas que bordeaban el arroyo. Legget le siguió, en tanto que Brandt conducía a Elena. Los restantes indios iban a retaguardia y, de vez en cuando, dirigían recelosas y salvajes miradas al bosque circundante.

XIX

Una niebla densa y blanca se elevaba desde el río, oscureciendo todos los objetos, cuando el policía de la frontera abandonó su cómodo lecho de hojarasca. El aire era fresco y vigorizador, débilmente aromado por las hojas secas y la humedad propia de la estación, que lo invadía todo. Wetzel sacó del abrigo protector de la roca que sobresalía sobre el río una brazada de corteza y de ramitas, que había puesto allí para que se mantuvieran secas, y encendió la hoguera, en tanto que Jonathan confeccionaba un vaso ahuecando un fruto verde parecido a una calabaza y lo llenaba luego en la inmediata fuente.

-Esta mañana, Wetzel, hay un poco de escarcha en el agua -dijo Jonathan.

-Ya lo sé. Estamos ya en pleno otoño. Cualquier noche de éstas vendrá un golpe de viento a arrebatar todas las hojas de los árboles, dejándolos desnudos -contestó Wetzel mientras quitaba la ceniza del pedazo de carne que acababa de asar-. Toma una ramita y ayúdame a asar el resto de la carne. El sol tardará una hora en disipar la niebla y no podemos salir hasta entonces. Y es posible que no tengamos muchas oportunidades de volver a encender fuego.

Los policías de la frontera consideraban ocupación muy seria en sus vidas solitarias la de encender el fuego v también la de perseguir a un piel roja. Ninguna canción alegre brotaba de sus labios v el contento no moraba en su campamento. Desde luego los cazadores tienen momentos de entusiasmo. Los policías de la frontera conocían la paz y la satisfacción de vivir en despoblado, pero las tareas de su oficio desgastaban sus nervios y su corazón. Wetzel tenía momentos de frenética alegría, pero desaparecían con el eco de su alarido de venganza. La felicidad de Jonathan, hasta entonces, había consistido en ir errante por los bosques. Esto, desde luego, antes que los ojos de una mujer le hubiesen hecho cambiar de sentimientos. Hasta entonces aquello le bastó y le servía de amplia compensación por los lúgubres y ensangrentados fantasmas que a veces le obsesionaban.

Una vez los policías de la frontera hubieron tomado su frugal desayuno, sé guardaron en los espaciosos bolsillos la carne que sobró, ya dispuestos a emprender la marcha. Durante largo rato permanecieron sentados y en silencio, esperando que se levantase la niebla. Ocurrió así en algunos puntos, rodó luego en enormes masas, se levantó semejante a una blanca nube y, de nuevo, volvió a quedar suspendida con la mayor tenacidad sobre el río y la llanura. A lo lejos y al oeste, algunas fajas de cielo azulado resplandecían a través de la niebla, y por el lado oriental las masas de vapor tomaban tintes rojizos al recibir los rayos del sol naciente. De pronto y por debajo del plateado borde de las nubes surgió el disco dorado del sol para asomarse al tortuoso valle que atravesaba el río.

-Iremos corriente arriba, en busca de Dos Islas, y cruzaremos allá si es preciso -había dicho Wetzel.

A través de las cañadas llenas de rocío, evitando los arbustos y la hierba húmedos, a lo largo de las oscuras y húmedas ciénagas, de amarillas alfombras, bajo los arcos de follaje que formaban los árboles y descendiendo las suaves pendientes de las crestas espléndidas con su vestidura de musgo verde, los policías de la frontera se deslizaban como sombras grises. El bosque estaba dormido aun. Una ardilla se encaramó por un roble y chilló retadora ante aquellos extraños y silenciosos transeúntes. Un cuervo graznó por encima de sus cabezas. Aquéllos fueron los únicos sonidos que alteraron la apacibilidad de la primera hora de la mañana.

A medida que avanzaban los policías alumbrábanse los bosques, despertando a la alegría y a la vida. Cantaban los pájaros, trinaban, chillaban o silbaban sus quejumbrosas

canciones propias del otoño y en armonía con la gloria de la tierra. Algunos pájaros, que en una estación anterior hubiesen chillado o combatido entre sí, ahora cantaban y revoloteaban uno junto a otro, formando fraternales filas para emprender la lenta peregrinación hacia el lejano Sur.

-Mal tiempo para nosotros, cuando los pájaros son tan mansos y vivarachos. Ahora no podemos confiar en ellos -dijo Wetzel-. No parece sino que jamás hayan sido huraños. Exceptuando esta estación, puedo adivinar por la expresión de su canto y por su conducta si hay algún indio por las pistas del bosque.

Gran parte de la mañana transcurrió del mismo modo mientras los policías atravesaban rápidamente el bosque. A veces pasaban por entre un grupo de árboles de triste aspecto, estropeados por el fuego y maltratados por la edad, donde había más de un destronado monarca de otros tiempos, que se corroía y descomponía bajo los helechos, en tanto que otros señores del bosque, oscuros y cuarteados, permanecían todavía en pie, aunque ya de color gris, calvos y dispuestos a ocupar su lugar entre los compañeros que en otro tiempo vivieron; y en otras ocasiones cruzaban una faja de bosque poblado de numerosos arbolillos, donde cada arce, fresno, nogal v roble añadía algún tono nuevo y hermoso a la orgía de colores.

-Acabo de divisar la isla inferior, al pasar por un claro de la espesura-dijo Jonathan.

-No estamos lejos.

Los dos compañeros disminuyeron la velocidad de su marcha, pues convenía avanzar con mayores precauciones. Y, de vez en cuando, se detenían para escuchar.

-¿Crees que Legget se halla al otro lado del río? -preguntó Jonathan.

-Estaba hace dos días y le acompañaba su cuadrilla. Sin duda preparaba alguna tarea malvada, aunque no puedo adivinar cuál. Sin embargo, debo añadir que nunca encontré su pista a tan poca distancia de Fuerte Henry.

Al fin penetraron en un bosque más claro que bordeaba el río.

En un punto situado a cierta distancia, pero muy visible, surgían del agua dos islotes.

-¡Caramba! ¿Qué es eso? -murmuró Wetzel rozando con su mano el brazo de Jonathan.

A cosa de cien metros más allá yacía una figura larga y oscura bajo uno de los árboles y cerca de la orilla. -Parece un hombre-dijo Jonathan.

-Lo has adivinado. Ahora mira bien a tu alrededor, Jack, porque nos acercamos a la pista que andamos buscando.

Pasaron algunos minutos mientras los pacientes policías registraban el bosque con la mirada, observando todos los árboles que estaban a la distancia de un tiro de fusil, examinando los puntos nivelados del suelo las hondonadas, clavando los incisivos ojos en los grupos de helechos.

-Si hay algún piel roja por ahí, no es bastante grande para manejar el fusil -dijo Wetzel avanzando de nuevo con pasos cautelosos y sin abandonar las precauciones.

Por fin pudieron contemplar a su sabor el objeto que llamara la atención de Wetzel.

-¡Will Sheppard! -exclamó Jonathan -. ¿Está muerto? ¿Qué significa eso?

Wetzel se inclinó sobre el inanimado muchacho y luego volvióse a su compañero.

-Trae agua. Toma su gorra. No. No está herido de gravedad, a no ser que tenga alguna lesión que no puedo ver ahora.

Jonathan volvió con el agua y Wetzel bañó el ensangrentado rostro. En cuanto la herida que Will tema en la frente estuvo limpia, explicó muchas cosas a los dos policías.

-Este golpe fue dado hace menos de una hora.

-Ya recobra el sentido - dijo Jonathan al notar que Will rebullía y gemía dolorido. Luego el joven abrió los ojos y se sentó. Por un momento pareció muy extrañado y se tocó la cabeza, mientras miraba con gravedad a sus salvadores. De pronto exclamó

-¡Ya me acuerdo! Nos capturaron, nos trajeron aquí y ese bandido de Case me hirió.

-Y ¿quién iba con usted? -preguntó Jonathan.

-¡Elena! Vinimos en busca de flores y hojas. Estábamos a la vista del Fuerte cuando descubrí a un indio. Nos apresuramos a emprender el regreso -añadió. Y, con voz entrecortada y jadeante, continuó refiriendo la historia.

Jonathan Zane se puso en pie de un salto con el rostro mortalmente pálido, en tanto que sus ojos azules estaban ardientes de cólera.

-Mira, Jack. Estudia la pista mientras yo llevo a este muchacho al otro lado del río y luego a su casa -dijo Wetzel.

Preguntó a Will si podría nadar.

-Sí. Pero encontrarán ustedes una canoa por entre esos sauces - contestó el herido.
-Venga, joven, porque no hay tiempo que perder -añadió Wetzel descendiendo por el río y penetrando en el saucedal. Volvió a salir inmediatamente con la canoa, que botó al agua.

Will se volvió con objeto de suplicar a Jonathan que salvara a Elena, pero no pudo hablar, porque le asustó la expresión del rostro del policía de la frontera.

Inmóvil y erguido, con los brazos cruzados y el rostro pálido y severo, descompuesto por la agonía del remordimiento, del miedo y de la angustia, se transformó muy en breve, mientras lo miraba Will, para tomar una expresión horrible, mortífera y amenazadora.

Wetzel empujó la canoa y empezó a remar con poderoso brazo. Dejó a Will en la orilla opuesta y regresó tan rápidamente como le fue posible.

Los dos policías se miraron mutuamente, sin necesidad de hablar. Los anchos hombros de Wetzel se inclinaron un poco y sus ojos registraron la hierba; una sombra oscura y funesta pareció cubrir sus facciones. Así se convirtió de policía de la frontera en Viento Mortal. Y el aliento del aire que agitaba las ramas casi desnudas podría haber avisado a los indios y a los bandidos el hecho de que Viento Mortal estaba sobre su pista.

-Brandt ha intervenido en esto y el inglés es un imbécil -dijo Wetzel.

-Nos preceden cosa de una hora. ¿Llegaremos a alcanzarlos antes de que se reúnan Brandt y Legget?

-Lo intentaremos, pero nos exponemos a fracasar. La cuadrilla de Legget se compone ahora de trece hombres. Ya lo había dicho. Algo me advirtió que esta pista sería muy dura de seguir, larga y posiblemente la última.

-Estamos a cosa de treinta millas del campamento de Legget. Conocemos los bosques, todas las corrientes y todos los escondrijos - indicó Jonathan Zane.

Sin añadir cosa alguna, Wetzel echó a correr, siguiendo la pista, porque era tan evidente que no tuvo necesidad de disminuir la rapidez de su carrera más que para escuchar a intervalos regulares. Jonathan le seguía con ágiles pasos. Atravesaron corriendo e incansables los bosques y los prados, las colinas y los valles. En un momento determinado y con instinto infalible abandonaron la ancha pista y tomaron un atajo a través de un risco abrupto, para volver a encontrar las huellas del grupo enemigo. Luego, en un espacio abierto, redujeron su marcha para tomar el paso. Frente a ellos y en un estrecho valle surgía un bosquecillo de sauces que amarilleaban al recibir el sol y no permitían ser atravesados por la mirada humana. Como enormes serpientes, los dos compañeros se acercaron a rastras a aquel bosque, pasando por encima de la arena y por debajo de las ramas bajas, sin abandonar la pista. Por fin, en un pequeño claro, donde el sol podía. penetrar a través de una red de ramitas y de amarillentas hojas, la mano de Wetzel se apoyó en el hombro de Jonathan.

-Escucha. Fíjate -murmuró.

Jonathan oyó unos aleteos y unos leves silbidos, muy semejantes a los de un ánade.

- ¡Buharros! -dijo con funesta sonrisa-. Tal vez Brandt ha principiado ya nuestro trabajo. Vamos.

En el claro siguieron arrastrándose para asustar a una bandada de enormes aves negras, de cuellos pelados y grises, picos en forma de gancho y garras amarillentas. Sobre la verde hierba yacía un hombre semidesnudo, cubierto de sangre y en posición que indicaba claramente su muerte.

-Mordaunt.

Jonathan Zane dirigió su torva mirada a los acerados ojos sin vista del traidor. La horrible serenidad de la muerte había puesto su sello en aquel rostro. Pero allí se representaba toda la vida de aquel hombre, cuya mejor parte resplandecía aun entre las crueles sombras. Tenía el cuerpo mutilado de un modo espantoso. Cortes, puñaladas y grandes heridas referían la historia de un largo encuentro, que terminó un golpe definitivo.

-Ven, Wetzel. Ya otras veces has visto hombres despedazados. Pero mira a ese muerto inglés - dijo Zane.

Mordaunt yacía en un charco de sangre. Y, por extraño que parezca, su cara no había recibido ninguna herida. Tan sólo una negra contusión asomaba por debajo de su rubio cabello. Una leve sonrisa había inmovilizado los labios y, aunque aquello era apenas perceptible, demostraba que por fin murió como un hombre. Su hombro izquierdo, el costado y el brazo correspondientes mostraban el lado en que recibió el ataque de Brandt.

-¿Para qué habrá luchado de este modo? -se preguntó Jonathan.

-No se puede adivinar - replicó Wetzel.

Jonathan fue en busca de grandes piedras planas del arroyo y las puso sobre Mordaunt. Luego, cautelosamente, abandonó aquella ciénaga, siguiendo la pista de Wetzel.

A quinientos metros, éste dejó de seguir la pista del bandido para cruzar el arroyo y subirse a una cresta. Adoptaba su astucia favorita de describir un amplio rodeo. Jonathan siguió adelante, comprendiendo que no tenía que temer que le viesen. Pronto distinguió la alta y parda figura de su amigo deslizándose de uno a otro árbol, de una a otra mata.

-Fíjate en esos arces y castaños -dijo Wetzel cuando se le hubo reunido Jonathan y señalando a una abertura entre el follaje-. Se han detenido aquí por alguna razón.

Los policías de la frontera continuaron atravesando el bosque, sin hacer ruido. Avanzaban cerca de la cresta y a lo largo de ella, por ser lo que mejor protección les daba, y rápidamente recorrieron aquel semicírculo. Cuando, de nuevo, se dirigían hacia la abierta alameda del valle, vieron un peñasco largo e irregular, cubierto de denso bosque. Torcieron un poco a un lado y se encaminaron a aquel excelente refugio.

A gatas atravesaron los últimos cien metros, sin mover un helecho, una hoja o romper una ramita. Al llegar al borde del precipicio vieron el prado herboso en el fondo, los desperdigados árboles, el arroyo y el grupo de indios que rodeaba a los blancos.

-¿Ves esa punta de roca? Es un refugio mucho mejor -murmuró Wetzel.

Pacientemente, pero sin prisa ni excitación, emprendieron con lentitud su difícil avance entre las rocas y helechos, hasta alcanzar el ventajoso punto indicado. Les agradaba mucho ocupar posiciones semejantes a aquélla, porque podían ver a todos sus enemigos al frente, y por la espalda se sentían protegidos por el bosque.

-¿Qué hacen? -preguntó Jonathan mientras él y Wetzel se habían agachado junto a una vid silvestre, que con la mayor tenacidad conservaba aún sus grandes hojas.

-Juegan a los dados-contestó Wetzel -. Los veo muy bien cuando los arrojan. Por lo menos tan sólo el juego es capaz de obligar a los pieles rojas a obrar como lo hacen.

-¿Y quién juega? ¿Dónde está Brandt?

-Puedo divisar a Legget. Fíjate en su despeinada cabeza. El otro debe de ser Case. Brandt no está a la vista. Tal vez se cure una herida. ¡Ah, mira! Observa debajo de aquel enorme árbol y verás a un individuo que permanece inmóvil. Es un indio. Está demasiado quieto y atento para que me guste. Habrá que vigilarlo.

-Sin duda se juegan el dinero de Mordaunt.

-Es muy posible, porque esos rufianes no tienen otro dinero que el que roban.

-¡Ah! Ya se levantan. Mira, Legget se aleja meneando su enorme cabeza. Está loco. Pero es posible que dentro de unos instantes lo esté más todavía - gruñó Jonathan.

-Case se ha quedado solo. Está contando sus ganancias. Me parece, Jack, que van a facilitar nuestra tarea.

-¡Por Dios! Mira a aquel indio. Acaba de evitar que disparen un rifle.

-Ya te he dicho que ese indio tiene sospechas. Nos ha visto pasar por este risco. Elena está sentada detrás de aquel árbol grande. El centinela indio nos la ocultaba antes de moverse.

-Ahí va el otro bandido -murmuró Wetzel, como si su compañero no pudiese verle -. Me parece que todo ha terminado para Case. Fíjate en ese bandido que se oculta en la orilla del arroyo. Es un mal sistema. Mejor haría acercándose cara a cara y con naturalidad, en vez de esforzarse en atravesar con disimulo toda esa extensión. Case le oirá o le verá. Ahora se acerca a rastras. Avanza con demasiada lentitud. ¡Ah, ya lo sabía...! Case da media vuelta. Mira cómo salta el bandido. ¿Has visto la puñalada que le ha dado el marinero? Uno menos que matar para nosotros.

-Están celebrando consejo -dijo Jonathan.

-Veo a dos indios que se internan disimuladamente en el bosque. Ahí viene el centinela. Es un piel roja muy listo, Jack, porque lo cierto es que nos ocultamos muy bien al pasar. Tal vez convenga impedirle que siga vigilando.

-¡Wetzel! Ese maldito Case está maltratando a Elena -exclamó Jonathan.

-¡Chitón! - murmuró Wetzel.

- ¡Mira! ¡La ha obligado a ponerse en pie! ¡Oh, le da un golpe! ¡Oh!

Jonathan apuntó el fusil, disponiéndose a tirar, pero se lo impidió la fuerte presión de su compañero en la muñeca.

-¿Has perdido el juicio? Estamos a más de doscientos pasos. Es decir, demasiado lejos-dijo Wetzel en voz baja-. Es inútil empezar el fuego desde aquí.

-¡Déjame tu rifle! ¡Déjamelo!

En silencio le entregó el negro y largo rifle.

Jonathan lo empuñó, pero temblaba tanto, que el cañón oscilaba como una hoja a impulsos de la brisa.

-¡Tómalo! No puedo apuntar-gimió Jonathan-. Eso es nuevo para mí. No soy yo. ¡Dios mío! ¡Wetzel, ese bandido ha vuelto a pegar a Elena! ¡Le ha pegado otra vez, y ahora quiere besarla! ¡Wetzel, si eres amigo mío, mátale!

-Valdría más, Jack, esperar y...

-¡La amo! - exclamó Jonathan.

El largo y negro cañón apuntó hacia allá y un momento después una nubecilla de humo surgió entre las hojas verdes, en tanto que la detonación retumbaba por el bosque.

-¡Ah! Se ha quedado inmóvil -exclamó Jonathan -. Ahora se tambalea... cae... ¡Muere, bestia de marinero!

XX

Los policías de la frontera observaron a Legget y a su cuadrilla mientras desaparecían en la espesura inmediata a la alameda. En cuanto la última figura negra y esbelta desapareció ante sus ojos, Jonathan saltó desde lo alto del peñasco, y, apenas había llegado al suelo, cuando ya Wetzel se encaminaba al herboso prado.

De nuevo siguieron la pista del bandido, aunque con semblantes mas hoscos y amenazadores que nunca. Sostenían con fuerza sus rifles ya amartillados y en disposición de disparar, y sus ligeros pies apenas rozaban las hojas.

Wetzel se detuvo, después de recorrer aquel lugar de un lado a otro, y con aguda mirada examinó el terreno.

-Un día u otro nos encontraremos con ese piel roja que nos ha descubierto -murmuró-. Y me gustaría acabar con él antes de que se convierta en un obstáculo.
Pocos indios le aventajan en astucia. Ha sido una suerte que pudiésemos quitar de en medio a aquel buen arquero shawnee, porque, de lo contrario, quizá nos hubiese sido imposible luchar contra esos dos. Y te aseguro que no estoy muy tranquilo acerca de nuestro avance.

-¿Temes una emboscada?-preguntó Jonathan.

-Sí. Legget ha hecho retroceder a ese indio, quizás acompañado de algunos otros. Mira, Jack, ¿ves esas huellas de pies diminutos? Son de Elena. Fíjate cómo anda. Debe de estar muy fatigada. Hoy Legget no podrá recorrer muchas millas. Se detendrá por ahí y estará dispuesto a perder a todos sus pieles rojas antes de entregar a la muchacha.

-Pues yo no quiero pasar la noche próxima dejándola en poder de esa cuadrilla. La salvaré o estará muerta antes de que las estrellas palidezcan a la salida de la luna.

-Me parece que, en realidad, está cerca la muerte para alguno de nosotros. Saldrá la luna una hora después de anochecer y ahora estamos a media tarde. Tenemos tiempo bastante para hacer lo que convenga. Ahora, Jack, no debemos seguir pacientemente su pista, sino que valdrá más dar un rodeo y tomarles la delantera. ¿Ves ese roble seco, de color blanquecino, que hay allá?

Jonathan miró por entre las abiertas ramas de un haya, y a gran distancia, en un prado cubierto de hierbas y de juncos, en el que resplandecían algunos estanques y corrientes, vio la copa de un árbol seco y desnudo.

-Vete hacia la derecha de ese prado y yo tomaré el camino de la izquierda. Avanza despacio y con los ojos muy abiertos. Nos encontraremos al pie de ese árbol muerto. Supongo que lo podremos ver desde todas partes. Abandonaremos aquí la pista de los bandidos y ya la seguiremos más adelante. Ahora Legget se dirige en línea recta hacia su campamento. No se desviará ni en una sola pulgada. Quiere llegar cuanto antes a su agujero rocoso.

Wetzel abandonó la pista, se internó en el bosque y desapareció.

Jonathan se volvió hacia la derecha, atravesó la cresta y luego descendió por la pendiente. Después de cruzar una corriente muy lenta, que formaba numerosos remansos, llegó al extremo del bosque por aquel lado del marjal.

Demarcaban el limite de la selva una faja de rosales
silvestres y otros arbustos espinosos ofreciéndole un excelente observatorio. A la derecha, el terreno se elevaba de un modo considerable. Observó que desde unos pasos más allá podría examinar todo el marjal, así como también la cresta del lado opuesto, en la que se hallaba Wetzel y, probablemente, el bandido y su cuadrilla.

Recordando la recomendación de su amigo, Jonathan contuvo su impaciencia inusitada y avanzó despacio. El viento hacía oscilar las copas de los árboles y agitaba las hojas secas que cubrían el suelo. Los pájaros cantaban cual si creyesen que el tiempo agradable del verano había vuelto otra vez. Las ardillas se dedicaban a romper nueces sobre las ramas de los árboles y algunas les caían al suelo; entonces saltaban a recogerlas y removían las hojas secas, profiriendo, al mismo tiempo, su grito especial. Los cuervos graznaban ruidosamente, persiguiendo a un gavilán que huyó volando por debajo de las ramas de los árboles, para escapar de sus acometidas. Los gamos subían aprisa por la vertiente de la colina, y un alce majestuoso se puso en pie y fue a ocultarse en la espesura después de revolcarse en el marjal.

En cuanto Jonathan estuvo más allá del centro de aquella llanura ovalada, que tendría una milla de largo y la cuarta parte de ancho, subió a la colina para examinar el panorama. La hierba ondulaba sus tallos pardos y dorados a la luz del sol, silbaba el viento por ella y parecía formar oleadas que iban a morir al pie del risco. La colina no estaba cubierta de un

bosque denso. En muchos lugares el follaje de color pardo presentaba manchas irregulares, algunas de ellas negras, cual si se hubiese quemado, y otras mostraban los tonos amarillos y purpúreos de los espesos matorrales o de las grises y peladas rocas.

De pronto Jonathan vio algo que oscurecía uno de aquellos lugares iluminados por el sol. Tal vez fuese un gamo. Estudió las redondas y ondulosas copas de los árboles, las estrechas fajas que aparecían entre los negros troncos y los lugares despejados que resplandecían alumbrados por el sol. Figuróse haber divisado un pequeño animal o pájaro que cruzó el espacio sobre el fondo del cielo, cuando vio, con la mayor claridad, unas figuras de color pardo, que, con la mayor cautela, pasaban por delante de una roca verde gris y se ocultaban inmediatamente bajo el follaje. Luego y más abajo reaparecieron para atravesar un lugar despejado donde había unos helechos amarillos. Jonathan los contó. Dos eran de color amarillento, como la piel de gamo, y otro de estatura menor, comparada con los primeros, y vestido de gris. Luego seis figuras negras y esbeltas cruzaron aquel espacio. Jonathan los perdió de vista y ya no pudo volver a observarlos. Sin embargo, estaba persuadido de que eran Legget y su cuadrilla. La .figura menos corpulenta debía de ser Elena.

Jonathan echó a correr, completó el círculo en torno del marjal y avanzó luego al paso, para acercarse al árbol seco donde se había citado con Wetzel.

Más allá de la tierra baja llegó a un bosque de robles blancos, gigantescos y muy viejos, entre los cuales crecían muy pocos arbolillos. Aunque no podía ver el punto al que se dirigía, su exacto sentido de la distancia le advirtió que se hallaba cerca. Al entrar en el bosque lo examinó de una mirada y atravesó corriendo una distancia de veinte pasos, para detenerse detrás de un árbol. Le constaba que un objeto movedizo era más difícil de descubrir en el bosque que otro inmóvil. De nuevo volvió a correr con la mayor ligereza para resguardarse en otro árbol. De esta manera atravesó el bosque. Al otro lado encontró el roble seco de que le hablara Wetzel.

Su tronco estaba hueco y Jonathan se introdujo en aquel espacio ennegrecido, de modo que su cabeza ocupaba una situación favorable tras un nudo saliente, pues así podía ver lo que ocurriese a corta distancia. Esperó un rato, que le pareció muy largo, sin oír ni ver cosa alguna. De pronto oyó un tiro seguido por un grito desgarrador. Apenas había cesado el eco, cuando percibió otros tres disparos apagados, muy distintos del primero y procedentes del mismo sitio. En rápida sucesión continuaron los gritos, precediendo y no siguiendo a las detonaciones.

Jonathan abandonó el escondrijo, amartilló el rifle y fijó su aguda mirada en el risco del cual parecían venir aquellos gritos. El primer tiro, muy distinto por su detonación seca de los restantes, pertenecía, sin duda, a Wetzel. Zane lo había oído muchas veces, seguido por el grito de agonía de un salvaje. Los otros disparos se debían a los rifles indios y los gritos eran las exclamaciones de entusiasmo propias de los pieles rojas que han emprendido una persecución.

A gran distancia, donde el bosque abierto se ponía en
contacto con la sombra de las espesuras, una figura de color pardo empezó a correr por la amarillenta tierra. De uno a otra árbol, y a través de los espacios despejados, se movía con tanta rapidez, que Jonathan no pudo ya dudar de que se trataba de Wetzel. Un momento después un coro de aullidos resonó desde el follaje y tres salvajes surgieron de la espesura, casi en ángulos rectos con el fugitivo, tratando de interceptar su carrera. Wetzel no abandonó la línea recta que había de conducirle al árbol seco y corría con aquella maravillosa rapidez que tantas veces le había salvado.

En aquel momento Jonathan pensó en la aventurada conducta que acababa de adoptar su compañero. Su ardid era evidente. Wetzel, con toda probabilidad, mató de un tiro al peligroso explorador y luego pasó a todo correr junto a los demás, confiando en su propia velocidad y en la mala puntería de los otros, para escapar con vida.

Cuando se halló a cosa de cien metros del roble, Wetzel perdió, aparentemente, las fuerzas. Dejó de avanzar con velocidad y empezó a cojear. Los salvajes profirieron un alarido y siguieron corriendo, como manada de lobos hambrientos. Habían descargado ya sus rifles contra el fugitivo y, figurándose que sus tiros lograron herirle, redoblaron sus esfuerzos, haciendo resonar sus alaridos en el bosque. Un indio flaco, moreno, que corría con la mayor velocidad, se distanció fácilmente de sus compañeros y, seguro, sin duda, de apoderarse de la' cabellera del policía de la frontera, recorrió en pocos instantes el espacio que le separaba del fugitivo. Y al mismo tiempo blandía su tomahawk, profiriendo el grito de guerra.

El rifle de Jonathan había apuntado varias veces al moreno rostro de aquel salvaje, pero cuando se disponía a oprimir el gatillo, se interponía Wetzel, de modo que resultaba muy peligroso disparar.

En vista de ello, Jonathan salió de su escondrijo lanzando tan poderoso grito que dominó los de los salvajes. Wetzel, de repente, se dejó caer al suelo.

En el acto se oyó el disparo de Jonathan y el indio corpulento cayó de bruces.

Sus compañeros, que se hallaban a menos de cincuenta metros de distancia, se detuvieron asustados al ver el fin de su compatriota y buscaban ya el abrigo de los árboles, cuando, profiriendo su grito terrible, Wetzel se puso en
pie de un salto y se precipitó contra ellos. Dejó el fusil en el mismo lugar en que cayera, pero en su diestra brillaba el tomahawk mientras avanzaba. Su cojera fue un engaño, porque corría con tanta ligereza que su antigua carrera resultaba lenta en comparación.

Aunque los indios eran guerreros experimentados, solamente lo miraron una vez y murmurando el nombre de Viento Mortal se apresuraron a emprender la fuga.

Uno de ellos, menos rápido que su compañero, fue alcanzado por Wetzel, que le derribó de un simple golpe. El otro aprovechó este ataque de Wetzel para ganar una buena delantera y, espoleado por el grito mortal de su compañero, pudo ocultarse entre los árboles y desaparecer. Wetzel quitó el pericráneo a los dos salvajes muertos y, después de recobrar su rifle, se reunió con Jonathan al pie del roble seco.

-Nunca se sabe lo que ha de suceder, Jack -dijo -. Ese piel roja de quien temía que nos diese motivos de preocupación, consiguió engañarme de tal manera, que no tuve más remedio que pegarle un tiro. Y, comprendiendo que era el momento de echar a correr, lo hice en dirección a este roble, exponiéndome al fuego de los otros pieles rojas, persuadido de que empezarían a perseguirme sin perder un momento. Esperaba que tú estarías ya aquí, aunque no estuve seguro hasta el momento de ver tu rifle. Y entonces se me ocurrió la idea de hacerme el cojo para lograr que esos bestias se acercasen más.

-Ya tenemos tres menos - dijo Jonathan Zane -. ¿Y ahora que?

-Hemos asustado a Legget y le obligaremos a apartarse de su camino. Ahora está buscando un lugar seguro para acampar esta noche.

-No hay ninguno en estos bosques.

-La verdad es que no nos habíamos propuesto situarnos entre el y el campamento, pero no podríamos hacer nada mejor. A una milla más allá de esa cresta hay un lugar propio para acampar, con una fuente y, además, abundantes árboles. Legget se dirige allá. Y después de haber situado a un par de indios que guarden el lugar, se creerá seguro. Pero yo conozco muy bien aquel sitio y soy capaz de acercarme a rastras en la noche más oscura, sin que cruja una sola rama.

A la luz gris del crepúsculo, Jonathan Zane estaba solo y sentado. Un búho chillaba tristemente en los oscuros bosques, más allá de la espesura en donde el policía de la frontera estaba aguardando a Wetzel. Su atento oído descubrió un leve rumor semejante al de un topo que anduviera por debajo de las hojas. Tembló una rama, que volvió a ocupar su primitiva posición, se oyó un paso suave y apareció Wetzel.

-¿Qué hay? -preguntó impaciente Jonathan mientras su compañero se sentaba apoyando el rifle sobre las rodillas.

-Calma, Jack. Hemos de esperar una hora. -Bastante largo me ha parecido lo que hemos esperado ya.

-Están ahí-dijo Wetzel. -¿A qué distancia?

-A cosa de media hora, avanzando a rastras. -Entonces se hallan muy cerca. -Demasiado para que te excites.

-Pues vamos. Hay ahora tanta luz como en el crepúsculo matutino.

-Por la mañana será mejor. Los indios duermen más profundamente cuando se acerca el día. Siempre me ha parecido esa hora la mejor. Pero, de todos modos, estaremos de suerte si conseguimos coger dormidos a esos pieles rojas.

-Pues yo no puedo esperar toda la noche, Wetzel. No quiero que la pobrecilla pase más tiempo en compañía de ese bandido. O la liberto o la mato.

-Lo más probable será lo último - replicó sencillamente Wetzel.

-No importa-dijo Jonathan inclinando la cabeza. -No debes preocuparte por Elena. Apenas hace media hora que la vi. Está muy fatigada, pero animosa. Noté esto último cuando Brandt se acercó a ella. Legget está bastante ocupado con los pieles rojas, pues le resulta difícil obligarles a que sigan ese lento camino. No diré que estén asustados, pero sí muy inquietos.

-¿Estás dispuesto a intentar la aventura? -No hay necesidad de que lo preguntes.

-Descríbeme el terreno.

-Pues bien, si llegamos a la roca de que te hablé, nos encontraremos sobre ellos. La peña tiene tres metros de altura y podremos dejarnos caer entre los enemigos Probablemente dos o tres de ellos guardarán la entrada, que está un poco hacia la derecha. Hay allí un árbol corpulento, el único cerca de la fuente. Elena está bajo sus ramas, sentada y reclinada en las raíces. Cuando la vi por vez primera tenía las manos libres, pero Brandt le ató los pies. Para eso tuvo que auxiliarle un indio, porque ella le dio varios puntapiés con la mayor furia. Hay musgo debajo del árbol y allí es donde se tienden los indios para dormir.

-Ya lo entiendo. Ahora comunícame tu plan.

-Me parece que éste es el mejor. Dentro de una hora saldrá la luna. Avanzaremos a rastras como nunca lo hicimos antes, porque la vida de Elena depende de que no hagamos ningún ruido. Si nos oyen antes de estar dispuestos a tirar, matarán a la joven de un hachazo, sin vacilar un momento. Si no sospechan nuestra llegada, en cuanto llegue el instante oportuno matas a Brandt, luego gritas con toda tu alma, saltas sobre ellos y derribas al primer indio que se interponga en tu camino para dirigirse contra Elena. Te apoderas de ella y huyes para ocultarte en el bosque.

-Y ¿qué más? - preguntó Jonathan en cuanto Wetzel hubo terminado.

-Nada más-replicó el otro con seco acento.

-¿Y te dejaré solo para luchar con Legget y los demás?

-¡Claro!

-Pues no pienses en eso. -No hay otro remedio.

-Ha de haberlo. Déjame pensar. Pero no puedo, me parece que no soy el mismo de siempre.

-No hay otro recurso-repitió Wetzel.

La ancha mano de Jonathan oprimió el hombro de Wetzel y le hizo dar media vuelta.

-¿Te he dejado solo alguna vez?

-Esto es distinto - contestó Wetzel volviéndose. Su voz era fría y dura.

-¿Por qué es diferente? Ya sabes que siempre hemos obrado juntos.

-Pero nunca hemos tenido que habérnoslas con una

cuadrilla como la de Legget. Ellos nos esperan ya, y la empresa será muy difícil.

-Ésa no es ninguna razón.

-Tampoco nunca tuvimos que salvar a una muchacha a quien amase uno de nosotros.

Jonathan guardó silencio.

-Ya dije que ésta sería mi última pista - contestó Wetzel -. Estoy persuadido y lo mismo creo respecto a ti.

-¿Por qué?

-Si consigues llevarte a la muchacha sana y salva, ella te retendrá en casa, lo cual me parece muy bien. Y si no lo consigues, morirás en la empresa, de modo que también será tu última pista.

La voz fría y serena de Wetzel expresaba una absoluta verdad.

-Mira, Wetzel, no puedo marcharme dejándote solo, empeñado en una lucha contra esos demonios, después de tantos años como hemos pasado juntos. No puedo.

-No hay ningún otro remedio, si queremos salvar esa joven.

Tembló. Jonathan, agitado por la emoción. Sus negros ojos centelleaban y sus manos se cerraban cual si quisieran agarrar el aire.

Una vez más veíase entre el amor y el deber. De nuevo volvió a su antigua lucha, pero aquella vez quedó debilitado.

-Tú amas a esa muchacha de grandes ojos, ¿no es verdad? -preguntó Wetzel volviéndose a él con rostro y voz más suaves.

-Me he vuelto loco-replicó Jonathan, torturado por la simple pregunta de su amigo.

Aquellos enormes, bellos y maravillosos ojos que tanto amaba, parecían mirarle desde la oscuridad de la espesura. Y el conocido v suave centelleo de aquellas órbitas y su tierna luz estaban allí y le suplicaban más que nunca.

Jonathan inclinó la cabeza, avergonzado de que su amigo viese las lágrimas que llevaban sus ojos.

-Jack, juntos hemos seguido las pistas durante muchos años. Siempre has sido fiel y leal. Ésta es la última vez que trabajamos juntos; pero, suceda lo que quiera, esta noche destruiremos la cuadrilla de Legget y tal vez la frontera se verá libre de criminales para siempre. Él ha
terminado su carrera. Conténtate con eso. Nuestra hora había de llegar antes o después. ¿Por qué no ha de ser ahora? Ya comprendo tus sentimientos; quisieras estar a mi lado, pero esa muchacha te atrae; lo comprendo y quiero que la salves. Tal vez nunca lo soñaste, pero se perfectamente lo que sientes. Todos tus temblores, el amor, la delicia y la dulzura que sientes por esa muchacha no son ningún misterio para Wetzel.

-¿Has estado enamorado alguna vez?

Wetzel inclinó la cabeza, cosa que tal vez no hizo en toda su vida.

-Siempre he querido a Betty... -contestó con voz suave.

-¡Mi hermana! -exclamó Jonathan.

Luego su mano se cerró con fuerza sobre la de su camarada, en tanto que su mente recordaba muchas cosas extrañas y pasadas, que ahora resultaban en extremo claras.

Wetzel había revelado su secreto.

-Siempre fue mi vida, desde que no era más alta que mi rodilla. Hubo un tiempo en que yo me figuré poder llegar a ser para ti algo más de lo que soy ahora. Pero yo estaba loco, me animaba el odio a los indios y por eso nunca le dije nada, porque cuando quise hacerlo ya era tarde. En fin, no hablemos más de mí. Solamente te lo he dicho en tu beneficio.

Jonathan guardó silencio.

-Y ahora, volviendo a lo que tratábamos -añadió Wetzel-, esperemos alcanzar el éxito en la lucha que se avecina. Es verdad que te comuniqué mi impresión de que ésta sería mi última pista, pero es posible que me engañe. Nunca se sabe lo que ha de ocurrir. Y hasta llego

a creer que esa gente no puede ser peligrosa para nosotros. Nunca, en mi vida, dije, ni a ti ni a nadie, lo que me propongo hacer. Pero ahora te lo comunicaré. Si llego sano y salvo entre ellos, los mataré a todos.

El gigantesco policía hablaba en voz baja, pero singularmente enérgica. Sus ojos resplandecían con fuego extraordinario y su rostro era frío e impasible. Extendió sus morenos brazos, apretó los enormes puños y contrajo los músculos de sus anchos hombros.

-No puedo resignarme a esa idea, Wetzel. No puedo. ¿No habrá otro remedio?

-No lo hay.

-Lo haré, Wetzel, porque obraría lo mismo en tu beneficio; lo haré porque la amo, pero ¡oh, Dios, cuánto me duele!

-Así me gusta -contestó Wetzel suavizando su voz profunda, que adquirió insospechados matices -. Me alegro de que me digas eso ante la necesidad de dejarme solo. Pero si ambos salimos con vida, iré con frecuencia a veros, a ti y a Elena. Si tú vives y yo no, recuérdame algunas veces y piensa en las pistas que recorrimos juntos. Y cuando llegue el otoño con sus brisas suaves y frías, con sus mañanas brumosas y sus noches estrelladas, cuando el viento aúlle tristemente entre las desnudas ramas y haga caer las hojas secas al suelo, recuerda que irán a cubrir mi tumba.

El crepúsculo había aumentado la oscuridad; el tono rojizo del Oeste se transformó en luz opalina; a través de los árboles y por encima de un oscuro risco resplandecía una faja plateada.

Había salido la luna y, por tanto, era llegada la hora. . Los dos compañeros estrecharon sus cinturones, ataron con cuidado sus polainas y sus chaquetas de caza, dejaron las hachas sueltas y en disposición de ser empuñadas, revisaron la carga de sus rifles y quedaron dispuestos para emprender la marcha.

Wetzel recorrió veinte pasos y regresó luego. Su rostro estaba muy pálido a la luz de la luna. Sus oscuros ojos se suavizaron con expresión cariñosa cuando estrechó con la suya la mano tendida de su amigo.

Luego se dejó caer al suelo, cuidando de que su rifle no rozara con nada, y empezó a arrastrarse. Jonathan le siguió casi tocándole.

Lenta y continuamente siguieron avanzando un minuto tras otro. Los avellanos junto a los cuales pasaban aún no habían perdido sus hojas; el suelo estaba limpio y duro, y el camino en magníficas condiciones para su mortífero propósito.

El leve roce de sus trajes de piel de gamo parecía el rumor que producen las hojas al ser agitadas por la brisa.

Se asomó la luna por encima de los árboles y Wetzel seguía avanzando despacio, continua y seguramente.

El búho, solitario centinela de aquel bosque, chillaba
tristemente. Ni siquiera sus ojos nictálopes, que le permitían ver durante la noche con la misma claridad que si fuese de día, consiguieron descubrir a aquellas figuras que avanzaban pegadas al suelo. Incluso él, seguro guardián de aquellas soledades, dejó de avisar a los salvajes...

Jonathan sintió que andaba sobre el musgo suave. Hallábase entonces en el bosque y debajo de los árboles Habían dejado atrás la espesura.

Uno de los mocasines de Wetzel oprimió suavemente la cabeza de Jonathan. Era la primera señal.

Éste siguió avanzando y se incorporó un poco. Vio que estaba sobre una roca. Los árboles inmediatos eran espesos, lóbregos; más abajo, aquella pequeña concavidad estaba alumbrada por los pálidos rayos de la luna. Algunas figuras de color oscuro estaban tendidas formando casi un grupo. Dos salvajes andaban sin ruido de un lado a otro y una esbelta forma envuelta en una manta descansaba apoyada en un árbol.

Lentamente adelantó el rifle y se incorporó al mismo tiempo que Wetzel, como si los mismos músculos guiasen a los dos.

Sobre su cabeza crujió una ramita, porque en aquella oscuridad no descubrieron tal obstáculo.

Los centinelas indios se inmovilizaron de repente cual si fuesen estatuas. Habían oído algo raro, pero demasiado tarde, porque cuando resonaba el estampido de ambos rifles, los dos cayeron desplomados al suelo.

Casi cuando aún brillaba el fogonazo de las dos armas y flotaba en el ambiente la nubecilla de humo, Jonathan saltó en seguimiento de Wetzel para caer al fondo. Los gritos de aquél se confundieron con el alarido de venganza de éste y, como sombras saltadoras, ambos policías de la frontera cayeron sobre sus enemigos.

Un indio se puso en pie, empuñó un arma y cayó al' recibir un golpe salvaje de Jonathan, para no levantarse más. El vencedor saltó sobre su cuerpo y, en aquel mismo instante, una figura oscura y ligera se arrojó contra la cautiva. Blandió una hoja metálica que brillaba a la luz de la luna cual si fuese de plata, y su agudo grito de guerra y de muerte se oyó al mismo tiempo que la exclamación de pánico de Elena. Y cuando su enemigo la obligaba a inclinar la cabeza hacia atrás, después de haber agarrado su largo cabello, disponiéndose a dejar caer su
brazo armado, Jonathan se arrojó contra él y ambos cayeron rodando sobre el musgo. Hubo entonces una lucha terrible. Vióse una hoja metálica que brillaba en todas direcciones y al fin se oyó un choque apagado, que hizo guardar silencio al indio. El policía de la frontera fue el único que pudo ponerse en pie.

Se apoderó de Elena con la misma facilidad que 8i fuese una niña, saltó el arroyo y se hundió en el bosque. El ruido de la lucha espantosa que dejó atrás crecía por momentos y llenaba de horror la noche. Dominando los agudos gritos de los indios y los alaridos de Legget, oíanse los espantosos aullidos de Wetzel, casi propios de un loco. No se oyó ninguna detonación, sino tan sólo choques apagados de acero contra acero, así como el rumor de hombres que luchan. Todo ello revelaba la contienda mortal que allí se desarrollaba.

Jonathan llegó al bosque, atravesó corriendo los claros iluminados por la luna y continuó corriendo bajo la luz o la sombra.

Los agudos gritos cesaron; tan sólo se percibían los alaridos roncos v el rugido de aquel loco. Gradualmente murieron también y el bosque quedó en silencio.

XXI

A la mañana siguiente, cuando empezaba a levantarse la bruma, revolviéndose en grandes masas bajo los cálidos rayos del sol, Jonathan Zane varó su canoa en la empinada orilla inmediata a Fuerte Henry. Un explorador, atraído por la llamada del policía de la frontera, corrió hacia el peñasco y dio la voz de alarma con agudos gritos. Y entre las personas presurosas v vestidas de color pardo que le contestaron se hallaba el coronel Zane.

-Es Jack, coronel, y la trae-exclamó uno.

El valeroso coronel se dirigió a la cima del risco para ver a su hermano mientras subía la cuesta de la orilla, llevando en brazos a una muchacha de rostro muy pálido.

-¿Qué hay? -preguntó mirando con mucha gravedad a Jonathan.

En aquel momento no se advertía en él ninguna amabilidad ni bondad. Por el contrario, su aspecto era severo y duro, cosa que demostraba el hecho de que por sus venas corría la misma sangre que la del policía de la frontera.

-Ayúdame -dijo Jonathan -. Aparentemente no está herida.

Llevaron a Elena hacia la cabaña del coronel Zane. Muchas mujeres del establecimiento les vieron al pasar y se miraban mutuamente con la mayor gravedad, aunque sin pronunciar palabra. El regreso de una muchacha raptada no era, ciertamente, nada extraordinario.

-¡Que vaya uno a avisar a Sheppard! -ordenó el coronel Zane al entrar en su casa.

Betty, que estaba en la sala, se levantó de un salto exclamando

-¡Oh, Ebenezer! No me digas que...

-No; no, Betty. Está bien. ¿Dónde está mi mujer? ¡Ah, Isabel, ahí tienes trabajo!

El coronel dejó a Elena en las tiernas y hábiles manos de su esposa y de su hermana y siguió a Jonathan a la cocina.

-Me disponía a desayunarme cuando oí un grito - dijo -. Ven, Jack, y come algo.

Lo hicieron en silencio. Desde la sala llegaban a sus ' oídos unos murmullos excitados. Un grito de alegría de Betty y una débil voz. Luego fuertes y presurosos pasos, seguidos por la voz de Sheppard, que expresaba su agradecimiento.

-¿Dónde está Wetzel? - empezó preguntando el coronel Zane.

El policía de la frontera meneó lúgubremente la cabeza.

-¿Dónde lo dejaste?

-Anoche caímos entre la cuadrilla de Legget, una hora después de salir la luna. Eso debió de ocurrir a cosa de quince millas hacia el Noroeste. Y yo me marché con esa muchacha.

-¡Ah! ¿Y dejaste a Wetzel luchando con los demás? El policía contestó a esa pregunta inclinando la cabeza.

-Tú has salido bien librado. Al parecer no tienes ninguna herida y estuviste de suerte salvando a Elena. Bueno, Jack, y ¿qué piensas hacer con respecto a Wetzel?

-Vuelvo allá-replicó Jonathan.

-No, no.

Abrióse una puerta para dar paso a la señora Zane. Su aspecto era alegre y animoso.

-Hola, Jack. Me alegro mucho de que estés en casa. Elena está muy bien; solamente un poco débil a causa del hambre y de la fatiga. Voy a llevarle algo de comer. Pero veo que no habéis dejado gran cosa.

El coronel Zane se dirigió a la sala. Sheppard estaba sentado a la cabecera de la cama en que se había tendido su hija, pálida y desencajada. Betty y Nelly la miraban con los corazones asomados a los ojos. Silas Zane estaba también allí con su mujer y varias vecinas.

-Betty, ve a buscar a Jack y tráelo -dijo el coronel a oídos de su hermana-. Tráelo arrastrando si es preciso -añadió enérgicamente.

La joven salió de la habitación y poco después volvió con su hermano, que entraba de muy mala gana.

En cuanto su rostro severo apareció por la puerta, nació en los ojos de Elena una hermosa sonrisa.

-Me alegro mucho de que empiece a reponerse - dijo Jonathan. Pero hablaba con acento triste, porque su mente estaba fija en otras cosas.

-Está algo desencajada, pero una noche de sueño la curará-dijo la señora Zane desde la cocina.

-¿Qué le parece a usted? -interrumpió el coronel-. Jack no está satisfecho con haber traído a Elena sana y salva, regresando él mismo sin daño alguno, porque ahora se dispone a marchar de nuevo.

-¡No, Jack, no! - exclamó Betty.

-¿Qué oigo? - exclamó la señora Zane al entrar -. ¿Que Jack se marcha otra vez? Si es así le diré que está loco de remate.

-Oye, Jonathan -le dijo Silas muy serio-. ¿No podrías quedarte en casa?

-Escucha, Jack -murmuró Betty acercándose a él-. Ninguno de nosotros esperaba ya veros, ni a ti ni a Elena. Ya puedes comprender cuán felices somos. No te marches otra vez. Eres un hombre y no sabes ni puedes comprender lo que siente una mujer. Nosotros hemos de quedamos en casa esperando, aguardando y rezando por el feliz regreso de un marido, de un hermano o de un
novio. ¡Oh, cuán largos son los días! ¡Cuán largas las noches sin sueño, mientras se oyen los gemidos del viento en las copas de los pinos y el ruido de la lluvia en el tejado! Es enloquecedor. ¡No nos dejes! ¡No me dejes! ¡No abandones a Elena 1 Di que no lo harás, Jack.

Jonathan permanecía mudo ante tales ruegos. Se ápoyaba en su rifle y su figura elevada y su cara triste y severa eran imponentes.

-Elena, ruégale que se quede-imploró Betty.

El coronel Zane tomó la mano de la joven y la acarició, diciéndole

-Sí, pídaselo, hija mía. Estoy seguro de que podrá usted persuadirle de que se quede.

Elena levantó la cabeza y con voz débil preguntó: -¿Ha muerto Brandt?

El policía de la frontera tampoco contestó, pero su silencio no era una afirmación.

-¡Me dijo usted que me amaba! -exclamó alocada la joven-. ¡Me aseguró que me quería y, sin embargo, no ha matado a ese monstruo!

El policía de la frontera, con la rapidez propia de un indio sobresaltado, buscó la puerta y desapareció.

Una vez más Jonathan Zane penetró en las tenebrosas y apacibles sendas del bosque, con su paso suave e incansable, que apenas agitaba las hojas al pasar.

A hora avanzada de la tarde dejó a su espalda Dos Islas y llegó a la escena de la muerte de Mordaunt. Satisfecho de la distancia que había recorrido, se dirigió a una espesura con objeto de descansar.

El día le halló de nuevo siguiendo la pista.-Tomó un atajo a través de unos riscos y, cuando la niebla se levantó sobre el valle, hallábase a poca distancia de la ciénaga. Se aproximó a ella con su cautela acostumbrada, deteniéndose tras la enorme roca desde la cual saltaron él y Wetzel. En el bosque reinaba una solemne tranquilidad. No se oía piar a un solo pájaro y la única señal de vida de aquel lugar era un flaco lobo, que se ocultó entre el follaje. Bajo el árbol corpulento, el salvaje que fue muerto cuando se disponía a asesinar a Elena estaba convertido en una masa confusa. Dos indios, también cadáveres, se hallaban en el centro de aquel claro, y en el lado opuesto Jonathan descubrió a otros tres cuerpos in-
móviles y ensangrentados. Entre ellos no vio a Wetzel, a Legget o a Brandt.

-Ya me lo figuraba -murmuró al observar la escena. La hierba estaba pisoteada, los árboles desprovistos de corteza y las matas inclinadas a un lado.

Jonathan se alejó de la ciénaga y, rodeándola, empezó a buscar la pista de Wetzel. La encontró y cerca de. ella vio también las grandes huellas del bandido. Completando su examen descubrió el hecho de que Brandt debió de alejarse siguiendo a los demás.

Seguro ya de que Wetzel había dado muerte a tres indios y de que, de un modo maravilloso y característico en él, puso en fuga a los bandidos que estaba ahora persiguiendo, la emoción de Jonathan se convirtió en ardor. El afecto hacia su camarada y el odio profundo que sentía por los bandidos, así como una sed inextinguible de su sangre, se agitaban en su corazón.

Como lince que olfatea su presa, el policía de la frontera empezó a seguir la pista, incansable y sin desviarse un solo centímetro de su camino. Las huellas eran muy visibles para él, de modo que no tuvo necesidad de detenerse. Legget y Brandt, deseosos de escapar a aquella implacable Némesis, corrían a toda velocidad, sin fijarse en las huellas visibles que

dejaban a su espalda. Sabían muy bien cuán difícil les sería alejar a aquel lobo que les perseguía. Comprendían que si trataban de preparar una emboscada. habrían de luchar con una astucia mucho mayor que la de cualquier indio. Y así, huyendo desesperados, esperaban alcanzar el retiro rocoso en donde, como zorros en sus madrigueras, tal vez se podrían resguardar.

En cuanto el sol empezó a descender hacia el Oeste, alargando la sombra de Jonathan, éste acortó el paso. Entraba entonces en una comarca rocosa y abrupta, que señalaba la aproximación de los distantes Montes Alleghenry. Desde lo alto de una loma examinó el terreno y se dio cuenta de que se hallaba a muy pocas millas del escondrijo de Legget.

Se detuvo al pie de aquella prominencia, donde un arroyo corría suavemente. En aquel lugar, algunos caballos vadearon la corriente. Todos estaban herrados, lo cual indicaba de un modo seguro que se trataba de caballos robados y en poder de los indios.

Luego Jonathan observó que la pista de los caballos se confundía con la de los bandidos. Sospechó que los indios y Legget habían celebrado una corta conferencia. Y al avanzar el policía de la frontera, pudo encontrar una levísima impresión de la pista de Wetzel. Legget y Brandt no dejaron señales de su paso, sin duda porque iban a caballo

A Jonathan le importaba averiguar si Wetzel continuaba la persecución. Rápidamente atravesó una colina, un bosque de abedules, donde la pista se mostraba por entre una línea de rotos helechos y luego subía a una loma, cubierta de alguna hierba. Allí no vio ninguna indicación de la pista de su amigo. Sólo pudo divisar las huellas de los caballos. Jonathan se detuvo al abrigo del matorral más inmediato. Aquel movimiento repentino por parte de Wetzel indicaba que, sospechando una emboscada, dio un rodeo quizás hacia el soto de abedules.

Mientras tanto, sus ojos registraban la extensión de terreno desnudo que tenía al frente. No pudo ver ninguna espesura, un árbol caído o un grupo de rocas, como los indios solían aprovechar para preparar una emboscada. Los salvajes siempre buscaban los matorrales espesos, troncos caídos o un grupo de rocas, donde esperaban a su perseguidor. Y precisamente una de las habilidades del hombre acostumbrado ' al bosque consistía en reconocer tales lugares.

Más allá de un montículo arenoso, Jonathan llegó a la vertiente selvosa de una colina, en la que había diseminadas varias rocas de gran tamaño, algunas cubiertas de musgo y de liquen, y una de ellas, de proporciones gigantescas, tenía una corona de helechos y laureles que adornaban su llana superficie. Era un lugar ideal para preparar una emboscada. Sin embargo, estuvo seguro de que, de haberse ocultado allí algún indio, Wetzel lo descubriría. Una vez en el lado opuesto de la roca, Jonathan vio un helecho roto colgado sobre su borde. Y la manifiesta pista de los caballos corría a poca distancia.

Gracias a su costumbre de investigar a fondo, lo cual había hecho de él lo que era, Jonathan saltó sobre la roca. Allí, tendido entre los helechos, vio a un indio de faz sombría y sumida ya en la muerte. En el costado tema un balazo.

Jonathan examinó el rifle del muerto. Había sido descargado. La roca, el helecho roto, el indio cadáver y el rifle descargado referían la historia de aquella tragedia del bosque.

Wetzel descubrió a tiempo la emboscada. Abandonó la pista, procuró que el indio disparase contra él y luego, aprovechando un momento en que pudo ver el cuerpo rojo del salvaje, apuntó contra él y lo mató.

Jonathan avanzó tomando mayores precauciones. A poca distancia de la roca encontró la pista de Wetzel. Caía la tarde. No podía ya alejarse mucho, pero, sin embargo, siguió andando, con el deseo de alcanzar a su amigo antes de anochecer. De vez en cuando silbaba, pero no recibía respuesta.

Cuando las huellas de los caballos fueron ya invisibles, a causa de la poca luz, Jonathan decidió hacer alto por aquella noche. Volvió a silbar con mayor fuerza y claridad que antes y con extraordinaria atención esperó el resultado. Reinaba profundo silencio en aquella soledad, pero de pronto fue interrumpido por la voz lejana y melancólica del tordo ermitaño. Era la respuesta que esperaba oír de su amigo.

Poco después oyó otra llamada no muy fuerte y ya cercana, a la que contestó Jonathan. Abriéronse sin ruido los arbustos a su izquierda y en silencio apareció Wetzel. Ambos se estrecharon las manos, sin hablar.

-¿Tienes carne?-preguntó Wetzel. Y mientras Jonathan le entregaba su mochila, continuó-: Ya te esperaba. ¿Llegaste sin novedad con la muchacha?

-La dejé sana y salva.

El gigantesco policía gruñó satisfecho.

-¿Cómo se escaparon Legget y Brandt? -preguntó Jonathan.

-Como gamos asustados. No pude poner mano sobre ninguno de los dos.

-¿A cuántos indios encontraron más abajo?

-A siete. Pero ahora solamente son seis los que acompañan a Legget en su retiro.

-Me parece que estamos cerca de él. -No muy lejos.

La noche se extendió sobre la tierra y los dos policías se entregaron al sueño, cual si no tuviesen temibles enemigos a poca distancia. La suave brisa nocturna suspiraba tristemente entre los desnudos árboles. Algunas estrellas brillantes parpadeaban en el cielo. Y en la oscuridad del bosque, los dos policías de la frontera se sentían como en su propia casa.

XXII

En la tosca cabaña de troncos de Legget había una hoguera casi consumida ya, pero que aun alumbraba las figuras de los dos bandidos, dejando ver en la penumbra a unos cuantos indios sentados e inmóviles en el suelo. Sus negros ojos despedían un centelleo triste, cual si fuese el reflejo de sus almas salvajes sorprendidas por el fuego. Legget tenía aspecto feroz y abatido a un tiempo; el rostro de Brandt era duro y estaba desencajado; sus labios estaban cerrados y sus ojos grises despedían fuego.

-¿Seguros? -exclamó-. ¿Seguros, dices? Estamos ahora como la otra noche, cuando esos tigres de la frontera saltaron sobre nosotros y nos hicieron huir como cobardes. Yo allí habría luchado si no me lo hubieses impedido.

-Te digo que ese Wetzel está loco de atar-dijo Legget-. He probado muchas veces mi valor para saber que no soy cobarde. Pero ese hombre está loco. Se arregló de modo que los indios empezaran a luchar entre sí, como una manada de lobos en tomo de un gamo.

-Tan loco está como tú o yo - declaró Brandt -. Lo conozco muy bien. Sus aullidos y sus alaridos en el bosque no son más que una treta. Conoce muy bien la naturaleza de los indios y se vale de su superstición para luchar. Ya te dije lo que habría convenido hacer. ¿No te aconsejé matar a Zane cuando podíamos? Wetzel no se habría atrevido nunca a perseguirnos él solo. Y ahora me ha quitado la muchacha y con toda seguridad van a sitiamos.

Pero ¿crees acaso que nos atacarán aquí? - preguntó Legget.

-Son demasiado listos para hacer ninguna tontería, pero algo harán que no esperamos. Zane estuvo prisionero aquí; reconoció el lugar y puedes apostar cualquier cosa a que se acuerda.

-Zape se habrá vuelto a Fuerte Henry con la muchacha.

-Ten la seguridad de que volverá.

-Bueno. Pero nosotros podremos sostenernos aquí contra todos los hombres que mande Ebenezer Zane.

-No mandará a nadie-replicó Brandt enojado-. Acuérdate, Legget, de que no hemos de luchar contra soldados, colonos o cazadores, sino contra policías de la frontera. ¿Te enteras? Es decir, contra hombres que han crecido aquí, en esta frontera ensangrentada, y no en otro lugar de la tierra. No conocen el miedo. Ambos son tan ligeros como gamos y no es fácil verles ni seguir su pista. Son capaces de apagar una bujía de un balazo y a oscuras. Eso se lo he visto hacer tres veces a Zane, a la distancia de cien metros. ¿Y Wetzel? Ése no gasta la pólvora en salvas. No hay nadie capaz de cogerlos en-una emboscada ni de apartarlos de la pista que sigan. Tienen tanto olfato como los buharros, y ojos de águila.

-Tal vez pudiésemos marcharnos de aquí al amparo de la noche-sugirió Legget.

-¿Y qué? Precisamente es lo que ellos quieren. A la puesta del sol nos atacarían de nuevo. No. Hemos de quedarnos aquí y luchar. Nos sostendremos cuanto nos sea posible. Pero ellos nos harán salir de un modo u otro. Puedes estar seguro. Y si alguno saca la nariz al sol, le pegarán un tiro.

-Ya veo que estás enojado y que has perdido el ánimo -dijo Legget con voz ruda-. Estás irritado contra mí porque puse buena cara a la muchacha. ¡Ja, ja!

Brandt dirigió a Legget una mirada que no anunciaba nada bueno. Sus robustas manos se cerraron demostrando la rabia que había en su corazón. Luego se quitó con cuidado su chaqueta de caza, para examinarse la herida. Ató de nuevo el vendaje, murmurando tristemente

-No es raro que haya perdido el ánimo, porque estoy muy débil. Y si esta herida se vuelve a abrir no sé qué será de mí.

Los habitantes de la cabaña guardaron silencio. El gigantesco bandido inclinó la despeinada cabeza y luego fue a tenderse en un montón de agujas de pino. Brandt no tardó mucho en acostarse a su vez. Ambos se durmieron inmediatamente. Dos de los salvajes salieron con pasos felinos, dejando la puerta abierta. Las llamas se habían
apagado; quedaba tan sólo un montón de brasas. Fuera, en la oscuridad, se oía el rumor de una pequeña cascada.

Llegada la hora de mayor oscuridad, transcurrió sin incidente alguno y luego el cielo se tiñó de gris. Los pájaros empezaron a piar. La luz del día penetró por la puerta de la cabaña. Los dos centinelas indios encendían una hoguera en el hogar de piedra. Uno a uno entraron los demás salvajes, desperezándose y bostezando, y se dedicaron a sus tareas, preparando el desayuno. Aparentemente, cada uno lo hacía para sí.

Legget se puso en pie, sacudiéndose como un perro de lanas, y se dirigía a la puerta cuando uno de los centinelas lo detuvo. Brandt, que estaba ya despierto, vio aquel movimiento y sonrió.

Poco después, dos indios y los bandidos se desayunaban con unas lonjas de venado asadas y harina tostada que servía de pan. Formaban un grupo silencioso y sombrío.

De pronto les sobresaltó el agudo relincho de un caballo. Inmediatamente se oyó un seco disparo de rifle, que pareció cortar el aire matutino. Casi simultáneamente llegó a sus oídos el largo y quejumbroso grito de agonía de un indio.

-¡Hola! -exclamó Brandt.

Legget permaneció inconmovible. Uno de los salvajes miró por una aspillera que había en la parte posterior de la cabaña, y los otros continuaron su comida.

-Silbador vendrá ahora a decirnos quién ha disparado -observó Legget -. Es un indio muy listo.

-Ya no es listo-replicó Brandt con amarga certidumbre- Es, como dicen los colonos, un buen indio, o sea muerto.

Legget se burló de su teniente.

-De buena has escapado - dijo fríamente Brandt -. Esa bala procede directamente de lo alto del acantilado. Jack Zane está ahí. Wetzel se halla más abajo vigilando la salida. Estamos cogidos.

-¿Cogidos? - gritó Legget con ira y enojo a la vez -. Podemos vivir aquí mucho más tiempo que los policías de la frontera. Tenemos carne a mano y una buena fuente a espaldas de la cabaña. ¿Cómo puedes decir que estamos cogidos?

-No viviremos veinticuatro horas - exclamó Brandt_ -¿Por qué?

-Porque nos harán salir. Ya encontrarán el medio de lograrlo y, una vez al descubierto, no tendremos más facilidades para luchar de las que tuvimos la otra noche cuando fueron en busca de la chica. De hoy en adelante no habrá sueño para nosotros, ni tiempo para comer, y sentiremos el horrible miedo de tener un enemigo invisible, contra el que no podemos luchar y al que no conseguiremos hacer desistir de su empeño; y habremos de marchar de noche, ocultándonos y muriéndonos de hambre durante el día, hasta... Te aseguro que preferiría. verme de nuevo en Fuerte Henry y a merced del coronel Zane.

Legget volvió su rostro desencajado hacia Brandt. -Me parece que casi te agrada decir todas esas cosas_ Opino que ha disminuído tu valor o que la pérdida de un poco de sangre te ha convertido en un ser flojo y desalentado. Tenemos algunos indios que nos acompañan y me parece que entre todos bien podremos luchar contra: dos hombres.

Brandt le miró con burlona sonrisa.

-Podríamos salir a pelear con esos individuos -continuó Legget-. Incluso nos sería posible adoptar su propia táctica, o sea la de ocultarnos y avanzar a rastras por entre los bosques.

-Nos veríamos obligados a hacer eso nosotros dos solos. Si aún tuvieses a tu lado a tu cuadrilla de indios experimentados y disciplinados, ése sería el recurso apropiado en la actualidad. Pero Arco de Fresno y el chippewa han muerto y lo mismo puede decirse de los demás. Esa banda de pieles rojas que tienes ahora servirá para robar unos caballos, pero no nos serán de ninguna utilidad contra Wetzel y Zane. Además no tardarán en fugarse, porque están asustados y recelosos. Mira al jefe. Pregúntale.

El salvaje indicado por Brandt era un indio enorme, que acababa de entrar en la virilidad. Su moreno rostro conservaba aún buena parte de la franqueza y sencillez de la juventud.

-Jefe -dijo Legget, en lenguaje indio-. El gran cazador de rostro pálido, Viento Mortal, está oculto en los bosques.

-Anoche el shawnee oyó el viento de la muerte que se:
lamentaba entre los árboles - contestó el jefe con triste acento.

-¿Eh, qué te parece? - exclamó Brandt-. Es un tonto supersticioso. Capaz sería de entonar su canto fúnebre sin haber luchado antes. No podemos fiar en los pieles rojas. ¿Qué haremos?

El bandido se tendió en su lecho de pinocha y Brandt se sentó con el rifle sobre las rodillas. Los indios conservaban su estoica compostura. Y así los momentos se convirtieron en horas.

-i Uf 1 - exclamó de pronto el indio que estaba en un extremo de la cabaña.

Legget se acercó a él y, obedeciendo a un gesto del indio, miró por una aspillera.

El sol estaba alto. Vio cuatro caballos que pacían junto al arroyo. Luego examinó atentamente desde el salto de agua y a lo largo del risco teñido de verde hacia el oscuro paso abierto en la roca. Era la única salida practicable. Pero no pudo descubrir nada extraordinario. El indio dio otro gruñido y señaló hacia arriba.

-¿Humo? Hay humo sobre los árboles - exclamó Legget-. Ven aquí, Brandt. ¿Qué es eso?

Este acudió, miró a su vez y se puso pálido. Adelantó la mandíbula inferior, que tembló un instante, y luego la cerró con fuerza.

Hecho esto se alejó y, apoyando un pie sobre un banco, se ató las polainas.

-¿Qué haces? -preguntó Legget.

-Esto ha terminado. Prepárate para correr y exponerte a recibir un tiro - exclamó Brandt, muy enojado. Mientras hablaba se estremeció el tejado de la cabaña al recibir un fuerte golpe.

-¿Qué es eso?

Nadie contestó. Legget dejó de mirar el rostro frío y decidido de Brandt para fijarse en los salvajes. Estaban inquietos y empuñaban sus armas. El jefe atravesó la cabaña con cautelosos pasos.

Se oyó en aquel instante otro golpe sobre el tejado, que hizo dar un salto a los indios, y en cuanto al bandido, profirió una feroz blasfemia.

-Ya te lo había avisado, Legget - dijo Brandt mirándole intensamente -. Disparan desde lo alto del desfiladero flechas incendiarias sobre el tejado de la cabaña.
Zane es el autor. Sabe construir un arco y es hábil en disparar flechas. Van a incendiamos. Y ahora, ¡maldito seas!, resígnate con las consecuencias de tu torpeza. Bien te recomendé que lo mataras cuando pudiste hacerlo. Si me hubieses hecho caso, no nos veríamos en esto. Nos van a hacer salir, ahumados como ratas. ¿Te enteras?

-¡Fuego! -exclamó Legget sentándose al mismo tiempo, como si el vigor hubiese abandonado sus piernas. Los indios daban vueltas por la estancia como tigres enjaulados.

-¡Uf!

El jefe, de pronto, se empinó sobre sus pies y tocó el tejado de corteza de abedul. Su acto fue causa de que todos se diesen cuenta de los estallidos de la madera inflamada.

-El fuego ha prendido - exclamó Brandt con voz que cortó el aire cual si fuese un disparo.

-Por mi parte no quiero que esos astutos policías de la frontera me ahumen cual si fuese un jamón - añadió Legget.

Empuñó el cuchillo y empezó a cortar las fuertes bisagras de cuero de la tosca puerta. Cuando la hoja quedó libre, envainó el cuchillo, empuñó el rifle con la derecha y suspendió la hoja de la puerta de su brazo izquierdo. Aun cuando pesaba mucho, la sostenía fácilmente. Aquellas planchas de madera toscamente labradas le servían de excelente escudo y protección para su cuerpo, excepción hecha de los pies y la parte inferior de las piernas. Salió de la cabaña amparado por la hoja de madera y ordenó a los indios que le siguiesen. Todos se congregaron tras él, jadeando y empuñando las armas, locos de excitación.

Brandt, poco deseoso de cometer la imprudencia de abandonar la cabaña, se acercó a la aspillera para observar el exterior. Legget y los cinco pieles rojas corrían hacia la estrecha garganta, con objeto de salir del anfiteatro. Los torpes y fútiles esfuerzos de los indios para ampararse tras aquel escudo improvisado eran ciertamente risibles. Se empujaban para ocupar una posición favorable, aunque por mucho que hiciesen, uno o dos quedaban siempre expuestos a los tiros. De pronto uno, que se había quedado a retaguardia, se detuvo en el momento en que resonó un estampido, levantó las manos y cayó. Otro tiro distinto del primero se dejó oír en el
acto. Un segundo salvaje se tambaleó, llevándose la mano a un costado, y cayó al arroyo.

Con toda evidencia, Legget quiso aprovechar aquella magnífica oportunidad, porque tiró a un lado el pesado escudo y echó a correr, seguido de cerca por sus aliados rojos. Inmediatamente después de llegar junto al acantilado, en donde el sendero se internaba ya en la garganta, se estremecieron con violencia los helechos secos de la parte superior, cual si los rozase algún ser corpulento. Luego una figura amarillenta y enorme, poco distinta de un gato montés al dar un salto, se desplomó desde arriba con un rugido tan terrible que casi era

inhumano. Legget, los indios y el recién llegado rodaron entonces por la pendiente hacia el arroyo, formando una masa confusa.

Dos de los salvajes pudieron libertarse y se pusieron en pie con la ligereza propia de un gato, pero Legget y el otro piel roja habían empeñado un terrible combate. Rodaban todos con tal velocidad sobre sí mismos, tan ferozmente, que los golpes que se asestaban eran ya ineficaces. Las hojas revoloteaban a su alrededor como impulsadas por un huracán. La furia de Legget debía de ser terrible a juzgar por sus alaridos y los del indio expresaban un miedo extraordinario.

Los salvajes corrían alocados en torno de los combatientes, a veces apuntando un rifle v otras deseosos de dar un golpe con el tomahawk. Pero y los movimientos del trío empeñado en mortal combate eran demasiado rápidos.

Dominando el ruido de aquella lucha se percibía un alarido extraño e impresionante.

-¡Wetzel! -murmuró Brandt sintiendo un escalofrío mientras contemplaba fascinado aquella lucha.

En aquel momento se oyó otro disparo procedente de lo alto del acantilado v el salvaje que empuñaba el rifle cayó hacia atrás, girando luego sobre sí mismo sin dar siquiera un grito. Su compañero, en cambio, profiriendo uno espantoso, huyó de aquel lugar.

La lucha parecía demasiado violenta y terrible para que pudiese durar. El indio y el bandido llevaban la peor parte. No podían golpear libremente. Aquella contienda era, por momentos, más espantosa. Durante un segundo, la enorme y parda figura de Legget, semejante a un oso, aparecía encima de los otros dos. Luego ocupaba aquel lugar el salvaje semidesnudo, de cuerpo oscuro y manchado como el de una hiena, y, por fin, el ágil y poderoso policía de la frontera.

Llegó un momento en que Legget pudo desprenderse de los otros dos combatientes, en el mismo instante en que el indio, ensangrentado, se alejaba de Wetzel rodando sobre sí mismo y con el cuerpo sacudido por fuertes convulsiones. El bandido emprendió con rapidez desesperada el camino para subir por la senda. Su adversario, en cambio, volvió a encaramarse al acantilado, saltando para ello a una roca saliente, desde donde se agarró a una rama y así fue elevándose. Se perdió de vista casi con tanta rapidez como Legget.

-Va a buscar su rifle - murmuró Brandt para sí. Luego se le ocurrió la idea de que había estado observando la lucha sin pensar un solo instante en ayudar a su compañero. Se consoló diciéndose que habría sido inútil. Desde el momento en que el policía de la frontera saltó sobre Legget hasta que escaló el acantilado, sus movimientos tuvieron una ligereza increíble, de modo que no habría sido posible apuntarle con un rifle, aparte de que el bandido estaba persuadido de la conveniencia de conservar aquella carga de su arma.

-¡Por Dios, que ese Wetzel es una maravilla! -exclamó luego sintiendo una admiración incontenible. Ahora perseguirá a Legget y al piel roja, en tanto que Zane se queda aquí para apoderarse de mí. Es muy fácil que alcance el éxito, pero yo no me rendiré. ¿Qué es esto?

Sintió algo viscoso y cálido sobre su mano. Era sangre, que corría a lo largo y por el interior de la manga. Experimentó un ligero dolor en el costado y, al examinar la causa, vio, con gran desaliento, que se había vuelto a abrir la herida. Profirió una maldición y, arrancando una chaqueta de lino de un colgador, la convirtió en tiras y vendó la herida con la mayor fuerza posible.

Luego agarró el rifle y con ojos centelleantes observó el acantilado y la cañada. De pronto sintió cierta dificultad al respirar; su garganta estaba seca y le escocían los ojos. El olor de la madera quemada le dio a entender que la cabaña estaba ardiendo. Notó que la estancia se había llenado de humo azulado y, presa del
desaliento, se dejó caer en un rincón, como lobo acorralado.

Pocos momentos después observó que no podía resistir el calor en aumento y aquella atmósfera irrespirable. Del techo caían ya pedazos de corteza incendiados, y lo que antes fueran crujidos habíase convertido en un rugido. -Tendré que echar a correr -jadeó.

La muerte le esperaba fuera, pero ello era más aceptable que morir allí dentro sofocado. Sin embargo, el afrontar el momento final, cuando deseaba la vida con toda su alma, requería un valor casi sobrehumano. Sudando y jadeando miró a su alrededor.

-¡Dios mío! ¿No hay otro recurso? -gritó con acento de agonía.

En aquel momento vio un hacha en el suelo y, apoderándose de ella, atacó la pared de la cabaña. Al otro lado de aquel compartimiento había un pequeño cobertizo que se usaba como cuadra. Media docena de hachazos practicaron un agujero bastante grande para darle paso. Y, provisto de su rifle y de un pedazo de venado que estaba colgado a poca distancia, cayó literalmente a través de aquel agujero, quedándose en el suelo, casi sofocado y a punto de perder el sentido. Poco después se arrastró en dirección a la puerta, que daba a un bosquecillo de laureles, entre los cuales se ocultó.

Por momentos aumentaban los estallidos y el rugido
del fuego. Pudo ver la columna de humo negro y amarillo. Luego las llamas consumieron rápidamente los troncos de pino cargados de savia, de manera que una hora más tarde las cabañas de Legget eran tan sólo unos montones de ceniza.

Pasó la tarde y Brandt estaba vigilante, recobrando lentamente su vigor. Sentíase seguro bajo aquellos arbustos y deseaba que llegase la noche. Cuando las sombras empezaban a alargarse y a descender por los lados de las rocas, se llenó de esperanza. Si podía salir de aquel lugar bien cerrada la noche, tendría grandes probabilidades de burlar al policía de la frontera. En su deseo apasionado de escapar había olvidado ya las fatalistas palabras que dirigiera a Legget. Díjose que no podría ser perseguido hasta que llegara el día; que la larga marcha nocturna le llevaría a gran distancia y que había también la posibilidad de que Zane se hubiese marchado con Wetzel.

En cuanto terminó el día y la oscuridad fue general, salió de su escondrijo para emprender su viaje, que había de darle la vida. A pocos pasos de distancia encontró el arroyo. Le bastaría seguir su curso para encontrar la salida de la cañada. Además el murmullo del agua y el ruido que hacía al saltar sobre las piedras apagarían cualquier ligero roce que él pudiese causar.

Lenta y pacientemente se arrastró, deteniéndose a cada momento para escuchar. Pasó largo rato antes de llegar a las piedras cubiertas de musgo sobre las cuales saltaba el agua. Pero las alcanzó al fin. Era casi seguro que si Zane esperaba, lo haría en aquel lugar.

Con los dientes cerrados con gran fuerza y sintiendo cierta angustia en el pecho, porque a cada momento temía ver el fogonazo que había de darle la muerte, se deslizó con la mayor cautela sobre las piedras llenas de musgo. Por fin sus manos tocaron la hierba cubierta de rocío y una racha de fresco viento vino a acariciar sus cálidas mejillas. Había logrado salir al espacio despejado. Siguió arrastrándose durante unos minutos y luego se quedó inmóvil para prestar oído. Nada alteraba la solemne tranquilidad de la noche. Levantándose despacio, miró a su alrededor. Hacia atrás veíase la alegre colina con su estrecho paso, apenas distinguible. Y luego, volviéndose hacia la estrella Polar, se internó en silencio por la oscuridad.

XXIII

Al llegar el día, Jonathan Zane abandonó su agradable lecho de hojas secas, preparado a lo largo de un tronco caído, y con ayuda de un pedazo de acero, pedernal y yesca, que

siempre llevaba consigo, encendió una hoguera. Sus actos no mostraban ninguna precipitación. Movíase con lentitud, cosa que parecía muy rara en un hombre a quien esperaba una tarea terrible. Después de encender el fuego, calentó unas lonjas de carne, ya cocida, y así satisfizo el hambre. Apagó cuidadosamente el fuego y, examinando la carga de su rifle, quedó dispuesto para emprender la marcha.

Situóse junto al borde del acantilado, desde donde podía observar muy bien la cañada. Las negras y humeantes ruinas de las cabañas incendiadas descomponían la pintoresca escena.

«Con toda seguridad que Brandt habrá huido la noche pasada, porque, de lo contrario, yo podría verle ahora oculto en esos laureles. Se ha marchado y eso es lo que yo andaba buscando», pensó Jonathan.

Lentamente rodeó el borde de aquella hondonada y luego en el extremo de la garganta descendió, aprovechando las anfractuosidades de la roca. Una senda ancha y bien apisonada se extendía hasta el bosque situado más abajo. El policía de la frontera apenas dirigió una mirada a aquel sendero, pero, en cambio, fijó sus ojos hacia el Norte y con el mayor cuidado examinó las piedras musgosas a lo largo del arroyo. En una diminuta barra de arena, que se alejaba del arroyo, encontró la leve impresión de una mano.

-La noche era muy negra. Habrá tenido que viajar guiándose por las estrellas, y la Polar era la única que podía darle una buena dirección -murmuró el policía.

En la orilla, situada a mayor altura, halló unas señales oblongas sobre la hierba, apenas perceptibles, pero a causa de la situación peculiar de los tallos resultaban fáciles de seguir.

-Antes de meterse a bandido debería haber aprendido a andar con la ligereza de los indios -díjose con acento desdeñoso.

Luego volvió a la garganta y penetró en el recinto. Al pie de la pequeña elevación del terreno, en el lugar donde Wetzel saltó sobre su presa, vio a uno de los indios muertos. Otro estaba en parte sumergido en el agua fangosa. Jonathan llevó las armas de los salvajes a un lugar seco, bajo una piedra saliente del acantilado. Luego descendió hacia la cañada y se detuvo un momento ante el lugar donde estuvieron las cabañas. No quedaba un solo tronco intacto. Los caballos, exceptuando tres de ellos, estaban arrendados en el bosquecillo de laureles. Reconoció dos pura sangré del coronel Zane y el poney de Betty. Soltó aquellos animales, persuadido de que no se alejarían mucho y de que en otra ocasión sería fácil capturarlos.

Con largos y elásticos pasos emprendió la persecución de Brandt. Para él, la victoria en aquel empeño era, sencillamente, una cuestión de tiempo. Y como estaba convencido de tener más resistencia, velocidad y habilidad, no dudaba acerca del resultado. Además tenía razón y éste era un factor muy poderoso para alcanzar la victoria. Tales sentimientos se mostraban claramente en el rostro del policía de la frontera cuando, intrépidamente, emprendió el camino hacia el Norte.

Era un triste día de noviembre. El cielo estaba cubierto de nubes grises y aceradas, que se movían con lentitud. Mugía el viento a través de los desnudos árboles, arrancando las últimas hojas secas y lanzándolas al suelo.

El policía de la frontera avanzaba con un paso que con asombrosa rapidez dejaba atrás los bosques, los campos, las ciénagas y las cañadas. Había visto ya que Brandt seguía, en general, el camino de las tierras bajas. Esto no le pareció singular hasta que por tercera vez encontró la pista del bandido, que se dirigía hacia la vertiente de una prominencia, para descender luego buscando el nivel inferior. Este descubrimiento le dio a entender que cada vez era más lenta la marcha de Brandt. Salió con el paso propio de un cazador, pero poco a poco lo fue acortando. El bandido rodeó las colinas y hasta se desvió de su dirección norte. ¿Por qué? Aquel hombre se debilitaba sin duda alguna. No podía trepar y quizás eso se debiese a una herida.

Lo más grave para el bandido era que dejó una pista muy visible al aventurarse en las tierras bajas y silvestres situadas al norte del Ohio. Incluso los indios penetraban muy pocas veces en aquella faja intrincada cubierta de laureles y de plantas espinosas. A causa de la estación seca, los marjales contenían poca agua, lo cual era otro factor contra Brandt. Sin duda esperó ocultar su pista vadeando, pero lo cierto era que sus huellas aparecían tan evidentes como las de un bisoño.

Jonathan continuó avanzando, persuadido de que cuanto más penetrase Brandt en aquella soledad; peor sería para él. El bandido no se atrevía a acercarse al río; sólo lo haría después de haber pasado por delante de Fuerte Henry, que se hallaba a muchas millas de distancia. La pista era cada vez más confusa a medida que avanzaba la tarde y, en cuanto el crepúsculo le impidió seguir
adelante, el policía de la frontera encendió fuego en un lugar abrigado, cenó y se durmió.

Clareaba la gris mañana cuando despertó, figurándose haber oído un tiro distante. Con el mayor cuidado asó unas lonjas de venado que comió con el apetito propio de un cazador, aunque sin excederse, como correspondía a un hombre que conocía muy bien el medio de conservar la fuerza cuando realizaba una larga excursión.

Apenas había recorrido una milla, cuando observó que las huellas de Brandt cubrían otras. Nada sorprendía a Jonathan, pero aquello le resultó inesperado. Un examen presuroso le convenció de que Legget y su aliado indio habían huido también por allí, perseguidos por Wetzel.

La mañana transcurrió lentamente. El policía de la frontera seguía la pista como pudiera hacerlo un mastín. Pasó la tarde y, por espacios arenosos abundantes en sauces y a través de marjales largos, secos y cubiertos de matas espinosas, el policía de la frontera continuaba fiel a su propósito. Sus piernas parecían no haber perdido la elasticidad, aunque su pecho empezaba a jadear y su cabeza inclinada mostraba un rostro cubierto de sudor. Al oscurecer se sintió cansado. Buscó una espesura seca, cenó parcamente y se quedó dormido. Al despertar había amanecido otro día gris. Él le sintió mojado y con frío. De nuevo encendió fuego y se sentó junto a él mientras guisaba el desayuno.

De pronto se puso en pie de un salto al oír el disparo de un rifle; otro tiro le siguió con pocos intervalos. Aunque aquellos disparos sonaron débilmente y a gran distancia, hacia el Oeste, Jonathan pudo reconocer el primero como procedente de Wetzel y, razonablemente, presumió que el otro procedería de Legget o Brandt. Pero, de cualquier modo, era evidente que Wetzel había alcanzado a los fugitivos, y en vista de ello continuó su camino.

Fue aquél otro día triste y muy apropiado para el cumplimiento de una severa sentencia de la justicia de la frontera. Desde el Noroeste caía la lluvia fría y fina. Jonathan envolvió el gatillo de su arma con una tira de tela encerada y afrontó el mal tiempo, mas muy en breve estuvo calado hasta los huesos. Siguió adelante, pero su marcha era más lenta, porque incluso en sus músculos de hierro ejercía su influjo aquella tierra fangosa; pegadiza.

Transcurrió la mañana, pero no cesó la tormenta. El aire era cada vez más frío y le luz menos intensa. La corta tarde le proporcionó muy poco tiempo y, sobre todo, no pudo avanzar mucho, porque el agua y los arroyuelos que formaba borraban la pista.

En el centro de un denso bosque de gigantes álamos y sicómoros llegó a un pequeño estanque oculto entre las matas y de aspecto lúgubre. Jonathan reconoció aquel lugar. Allí estuvo durante el invierno, cazando osos, cuando todo el marjal se había cubierto de hielo.

Buscó un poco por las orillas y luego volvió hacia la pista que seguía con la mayor paciencia. El rodeo del pantano lo llevó al lado de una roca de grandes dimensiones. Vio a un indio apoyado en ella y se disponía a encararle el rifle cuando la posición extraña e inmóvil de aquel salvaje le refirió la tragedia. Tenía una herida desde el hombro a la cintura. A corta distancia y en el suelo yacía Legget. También estaba muerto. Su cuerpo gigantesco se bañaba

en sangre. Tenía separados los enormes pies, así como las manos, y del centro de su hecho surgía el mango de un cuchillo.

La pequeña llanura que rodeaba los cadáveres conservaba señales de la lucha violenta y desesperada que se desarrolló en aquel lugar. Vio un arbusto aplastado por pesados cuerpos. En el suelo había sangre y también en las piedras y en las hojas secas. La hoja de acero que empuñaba Legget todavía estaba roja, y en la muñeca de aquel hombre divisó una faja más pálida, prueba evidente de haber sufrido la presión de los acerados dedos de Wetzel. La chaqueta de piel de gamo del cadáver estaba hecha tiras. En el ancho rostro, una expresión diabólica se hizo rígidamente eterna y el terror animal de la muerte quedaba expresado por sus desorbitados y crueles ojos. El jefe de bandidos murió como había vivido, es decir, desesperado.

Jonathan encontró la pista de Wetzel, que se dirigía el río. Y pronto vio que su compañero perseguía a Brandt, era evidente que Wetzel sorprendió a los fatigados, hambrientos y soñolientos fugitivos al amanecer de aquel día gris y húmedo. Sin duda, el indio estaba de centinela y se durmió en su puesto para no despertar más. Legget y Brandt debieron de descargar sin eficacia sus armas de Zane no podía comprender por qué su camarada tiró herir á Brandt a pocos metros de distancia. Tal vez lo consiguió, pero era seguro que pudo escaparse, mientras Wetzel se arrojaba contra Legget para empeñar la lucha más terrible de toda su vida.

En tanto que examinaba distintas teorías acerca de aquel ataque, Jonathan seguía la pista de Brandt que, como la de Wetzel, se dirigía al río. Este ultimo continuó corriente abajo y a lo largo de la arenosa orilla, pero el bandido permanecía en el agua para ocultar su pista.

En un punto determinado, Wetzel se dirigía al Sur. Tal movimiento extrañó mucho a Jonathan y también se sorprendió al observar las raras huellas que dejara su amigo. Aquello era tanto más extraordinario por cuanto no lejos de aquel lugar Zane pudo descubrir que el fugitivo había dejado el agua para tomar tierra sobre una roca.

Su pista se acercaba a Fuerte Henry. Jonathan continuó río abajo, hasta llegar ante la isla que estaba frente al establecimiento. Y, sin embargo, no halló ninguna señal de Wetzel. Al llegar allí, Zane perdió por completo la pista de Brandt. Vadeó el primer canal, que era estrecho y nada profundo, y atravesó la isla. Dirigiéndose a una faja de arena, hizo la señal con su bien conocido grito indio y casi inmediatamente obtuvo la respuesta.

Mientras esperaba miró a la arena y allí, y en dirección al Fuerte, encontró la incierta pista de Brandt.

XXIV

El coronel Zane paseaba por el soportal. No había recobrado su alegre sonrisa y estaba grave y sombrío. Acababan de comunicarle que Jonathan había llamado desde la isla y que uno de los colonos salió en bote para recogerle.

Llegó Betty acompañada por la señora Zane.

-¿Es verdad lo que me han dicho? -preguntó la primera dirigiendo una ansiosa mirada al río- ¿Ha regresado Jack?

-Sí -contestó el coronel señalando un grupo de hombres en la orilla del río.

-Ahora vendrán las dificultades -dijo, muy nerviosa, la señora Zane-. Con toda el alma quisiera que Brandt no se hubiese entregado.

-Lo mismo pienso - declaró el coronel.

-¿Qué haremos? -preguntó ella-. Mira, aquí está Jack. Silas lo sostiene por el brazo.

-Va cojo. Estará herido -replicó el coronel.

Una pequeña procesión de hombres y muchachos seguía al policía de la frontera desde el río, y de las cabañas empezaron a salir los colonos con sus esposas. Pero nadie estaba excitado, a no ser los chiquillos. Y la multitud llenó el patio del coronel, siguiendo a Jonathan y a Silas.

El coronel Zane dio en silencio la bienvenida a su hermano con un apretón de manos más elocuente que las palabras.

No era raro ver al policía de la frontera mojado, desharrapado, ensangrentado, fatigado por la larga marcha, ojeroso y lúgubre, pero nunca se había presentado como entonces en Fuerte Henry. Betty acudió corriendo, y después de agarrar el brazo de su hermano retrocedió, porque su aspecto le dio miedo.

-¿Y Wetzel? -preguntó Jonathan.

El coronel levantó las manos con las palmas abiertas y devolvió a su hermano una mirada aguda. Luego habló diciendo

-No ha llegado hasta aquí. Persiguió a Brandt y le hizo atravesar el río. Esto es todo lo que sé.

-¿Está aquí Brandt? -preguntó Jonathan.

El coronel afirmó inclinando la cabeza.

-¿Dónde?

-En la sala larga del Fuerte. Lo encerré allí.

-Y ¿a qué ha venido?

-No lo comprendo -contestó el coronel encogiéndose de hombros-. Dijo que prefería quedar en mi poder que verse perseguido por Wetzel o por ti. Y no vino suplicando, debo decirlo en su honor, sino que, simplemente, dijo. « Soy su prisionero.» Se halla en mal estado. Tiene una desolladura en la sien, cojea de un pie, recibió una herida bajo el brazo y, además, está hambriento y derrengado.

-Llevadme a su lado -dijo el policía de la frontera dejando el rifle sobre un banco.

-Muy bien. Vamos -dijo el coronel. Luego miró ceñudo a los que le seguían y ordenó

-¡Fuera mujeres!

Pero ellas no le obedecieron.

Aquel grupo de hombres serios atravesó la puerta de la estacada y, penetrando en el Fuerte, subió la tosca escalera. El coronel Zane quitó una pesada tranca que cerraba la puerta y abrió esta última de un puntapié. El largo cuerpo de guardia brillantemente iluminado por la luz del sol, que atravesaba las aspilleras, no tenía otro ocupante que un hombre con la ropa destrozada y tendido en un banco.

Le despertó el ruido. Sentóse y luego quiso ponerse en pie. Era el mismo Brandt, atrevido e insolente, aunque más feroz y con el rostro desencajado. Llevaba un trapo ensangrentado en torno de la cabeza. Al ver al policía de la frontera retrocedió instintivamente hacia la pared, aunque sin demostrar miedo.

En la fosca mirada que Jonathan dirigió a Brandt se advertía un designio duro e implacable. No era desdén, odio ni cólera, sino algo que, de no ser tan terrible, pudiera parecer justicia.

-Creo que Wetzel resultó herido en la lucha con Legget Jonathan -. Cuénteme lo que sepa.

-Creo que sí -se apresuró a contestar Brandt -. Yo estaba dormido cuando nos atacó y me despertó el grito del indio. Sin duda Wetzel me disparó un tiro a quemarropa, cuando yo me levantaba, lo cual explica que no me matase. Caí, pero no perdí el sentido. Oí la lucha de Wetzel y Legget v, por fin, pude ponerme en pie. Aunque estaba aturdido y pasmado, me creí capaz de disparar, pero no di en el blanco. Durante un rato, que me pareció muy largo, presencié aquella terrible lucha y luego eché a correr y pude alcanzar el río, donde me repuse un tanto.

-¿Volvió usted a ver a Wetzel?

-Sólo una vez y a un cuarto de milla de distancia tras de mí. Se tambaleaba siguiendo mi pista.

En aquel momento se observó cierta agitación entre los colonos agrupados a espaldas de Jonathan y del coronel, y apareció Elena Sheppard, pálida y con sus grandes ojos dilatados de un modo extraño.

- ¡Oh! -exclamó sin aliento y agarrando con ambas manos un brazo de Jonathan-. ¿No he llegado tarde? Supongo que no vas a...

-Éste no es lugar para usted, Elena -dijo severamente el coronel Zane-. Se trata de un asunto propio de hombres. No debe usted intervenir.

Elena le miró, contempló luego a Brandt y por fin fijó los ojos en el policía, a quien no había soltado del brazo.

-Afuera me dijeron que ibas a matarle de un tira. ¿Es verdad?

Jonathan rehuyó la mirada de aquellos ojos brillantes y excitados y no contestó.

Cuando Elena retrocedió se hizo un silencio en el grupo. Los murmullos, las toses nerviosas y el roce de los pies cesaron en absoluto.

Elena pudo advertir en todos los que la rodeaban que estaban animados por el espíritu de la frontera. El coronel Zane y Silas miraban de un modo duro, frío y casi brutal. Las mujeres tenían un aspecto grave. El dulce rostro de Nelly Downs parecía transformado; había en él compasión y sufrimiento, pero no perdón. Incluso Betty, siempre tan alegre, bondadosa y vivaracha, parecía sumida en la duda y en algo terrible que oscurecía su morena belleza. Pero lo que más impresionaba a Elena eran los brillantes ojos del policía de la frontera.

Luchó contra una temblorosa debilidad que amenazaba apoderarse de ella.

-¿De quién es prisionero Brandt? -preguntó al coronel.

-Se ha entregado a mí, como es natural, puesto que aquí soy la máxima autoridad - replicó éste-. Pero eso nada significa. Lo menos que puedo hacer es atenerme a la sentencia de Jonathan, que, en último caso, es la de la frontera.

-¿Y es...?

-La muerte para los bandidos y los renegados.

-¿No podrá usted perdonarle? -imploró Elena-. Sé que es hombre malo, pero quizá pudiera reformarse. Eso me hace el efecto de un asesinato. No comprendo que puedan matarle a sangre fría, herido y dolorido como está, cuando suplica su clemencia. ¡Oh, es espantoso! El coronel, que usualmente era hombre de buen corazón y que parecía de cera en manos de una joven, mostrábase entonces más duro y frío que el pedernal.

-Es inútil -replicó secamente-. Lo siento por usted. Todos. comprendemos sus sentimientos, aunque no se parecen á los principios de la frontera. Si hubiese usted vivido aquí largo tiempo, sabría lo que nos han hecho esos bandidos y renegados. Ese hombre es un criminal endurecido, un ladrón y un asesino.

-Él no asesinó a Mordaunt -se apresuró a replicar Elena-. Yo vi como éste era el primero en atacar a Brandt.

-No importa. Cállese, Elena. No hable más de eso - exclamó impaciente el coronel.

-No quiero -contestó ella con voz aguda y centelleantes ojos.

Volvióse a sus amigas, rogándoles que intercediesen por el bandido, pero tan sólo Nelly parecía pesarosa, porque la misma Betty respondió a su mirada suplicante con un centelleo de sus ojos muy parecido al de su hermano.

-En tal caso te suplicaré a ti - dijo Elena volviéndose a Jonathan.

Era imposible equivocarse acerca del concepto en que le tenía, porque de su hermoso rostro emanaba el respeto, el honor y el amor por aquel hombre.

-Y ¿por qué quieres su libertad? -preguntó Jonathan-. Tú misma me dijiste que lo matara.

-Ya lo sé. Pero entonces no estaba en mi juicio. Escúchame, por favor. Quizás en otro tiempo ese hombre fue muy distinto. Es posible que tuviera hermanas. Por ellas dale otra oportunidad. Sé que podría ser bueno. Yo le temía, le odiaba y le despreciaba como si fuese una serpiente, pero, sin embargo, me salvó de aquel monstruo de Legget.

-Por propio egoísmo.

-Es verdad. Pero podría haberme deshonrado y no lo hizo. Por lo menos quería casarse conmigo. Y me prometió que si yo accedía a ser su mujer, atravesaría la frontera y sería un hombre honrado.

-¿No tienes otras razones?

-Sí. -se dilató el pecho de Elena y brillaron sus gloriosos ojos- La otra razón es mi propia felicidad.

Fue evidente para todos, si no por sus palabras, por lo menos al ver el resplandor de sus ojos, que no podría amar a un hombre a quien considerase injusto.

El pálido rostro del policía se puso encendido. Era difícil negar a aquella hermosa muchacha un sacrificio que
pidiese en favor del amor que con tanta franqueza confesaba.

Dulce y compasiva, se volvió hacia Brandt preguntándole

-¿No querrá usted ayudarme?

-Señorita, si me pidiese usted la vida por su causa, le juraría ser suyo siempre y convertirme en un hombre honrado -replicó con amargura-, pero ni para salvar mi alma le pediría nada a él.

En sus ojos grises se advertían el odio y los celos.

-Si yo les persuado de que le dejen en libertad, ¿consentirá usted en marcharse y no volver?

-Prometeré eso, señorita, y lo cumpliré honradamente - replicó.

Ella se volvió a Jonathan con las mejillas encendidas.

-¡Jack! ¿Te acuerdas de cuando nos despedimos en casa, al irte para emprender esta terrible excursión, ya terminada a Dios gracias? ¿Recuerdas qué tormento fue para mí? ¿Deberé sufrirlo otra vez?

Estaba entonces encantadora, dulce y seductora, y su coquetería juvenil quedaba casi dominada por el poderío más profundo y extraño, propio de la mujer.

El policía aspiró profundamente y abrazó a la joven. Ella, al comprender que había alcanzado la victoria, se echó a llorar sobre su pecho. Por un momento Jonathan inclinó su rostro sobre ella y, al levantarlo de nuevo, había desaparecido ya su terrible mirada.

-Ebenezer, suéltale inmediatamente -ordenó Jonathan-. Dale un rifle, un poco de carne y una canoa, porque no puede ir a pie. Pero date prisa, porque si llega Wetzel, ni Dios mismo podría salvarle.

Brandt dirigió una mirada indescriptible al lloroso rostro de la joven que le salvó la vida. Pero, sin pronunciar palabra, salió de la estancia en pos del coronel.

Lentamente el grupo de curiosos descendió la escalera. Betty y Nelly iban detrás, con los ojos llenos de lágrimas de felicidad. Jonathan, hasta entonces tan frío, daba muestras de que en breve sería un tan rendido enamorado como lo estuvo antes de su misión. Por lo menos Elena tuvo que esforzarse para desasirse de su prolongado abrazo, y así que estuvo libre mostró a sus amigos un semblante sonrojado y bañado en lágrimas.

Cuando llegaron a la puerta de la estacada, el coronel se dirigía presuroso al río, con un saco en una mano y un rifle y un remo en la otra. Brandt le seguía cojeando y ambos desaparecieron hacia la ribera.

Betty, Nelly y los novios se dirigieron al borde del risco. Vieron al coronel Zane elegir una canoa entre las que estaban en la orilla. La botó al agua, dejó el saco en el fondo y entregó el rifle y el remo a Brandt. Hecho esto dio media vuelta.

El bandido se embarcó y lentamente impulsó el bote hasta el centro de la corriente. Cuando se hallaba a unos cincuenta metros de la orilla, dirigió una rápida mirada a su alrededor y dejó de remar. Tenía el rostro muy pálido y sus ojos brillaban como fragmentos de acero a la luz del sol.

De pronto agarró el rifle y, apuntándolo con la rapidez del pensamiento, disparó contra Jonathan.

Éste vio el acto desde el primer momento y sin duda pudo adivinar las intenciones del bandido, porque cuando disparó el arma, se dejó caer al suelo. La bala pasó silbando inofensiva sobre él y fue a clavarse en la estancia con ruido seco.

Las muchachas se quedaron tan horrorizadas, que ni siquiera pudieron gritar. El coronel Zane profirió una blasfemia y luego dijo

-¿Dónde está mi rifle? ¡Que me den un arma! ¡Oh!, ¿qué les decía yo a ustedes?

- ¡Mirad! -exclamó Jonathan al ponerse en pie.

En el banco de arena de la orilla opuesta divisaron a una alta y conocida figura.

- ¡Dios mío! ¡Es Wetzel! -exclamó el coronel Zane. Vieron al gigantesco policía apuntar un negro y largo rifle, que oscilaba de un lado a otro. De pronto salió de él una nubecilla de humo, acompañada por un seco disparo.

Brandt soltó el remo, que de nuevo había empuñado después de su traición.

El rostro pálido del bandido se volvió a la orilla antes de caer hacia delante, sobre la regala de la canoa, donde su cuerpo se quedó inmóvil, cual si buscara el descanso. Su mano derecha quedó fuera del bote y hundida en el agua. La embarcación siguió avanzando en la corriente.

-Ya ve, Elena, que tenía que morir -dijo el coronel
Zane con amable acento -. ¡Qué criminal! Ha sido un tiro muy largo, Jack. Casi me parece como si el Destino hubiese apuntado el rifle de Wetzel.

XXV

Pasó un año; de nuevo el veranillo indio veló los campos dorados y los bosques con una neblina tenue y gris. Otra vez en el cielo nocturno de otoño brillaban las grandes estrellas y la Naturaleza parecía estar envuelta en un silencio melancólico.

El 3 de noviembre era el aniversario de un suceso memorable: el casamiento del más joven policía de la frontera.

El coronel Zane le dio el nombre de « Día de la Independencia» y dispuso una fiesta y un baile, en los que habían de participar todos los colonos en alegre acción de gracias por el primer año de libertad de la frontera.

Con la destrucción de la criminal cuadrilla de Legget desaparecieron para siempre los bandidos en aquella comarca. Simón Girty emigró al Canadá, viviendo en compañía de los indios que continuaron siéndole fieles. Sus conferados se hundieron en el olvido. La tribu shawnee, derrotada, se retiro hacia el Oeste, a gran distancia, en el interior de Ohio; los delawares enterraron el hacha de la guerra y fumaron la pipa de la paz que hasta entonces rehusaran. Para ellos había cesado de soplar el gemebundo, misterioso y fatal viento a lo largo de las pistas o a través de los árboles de los campamentos indios.

El hermoso valle Ohio quedaba ya limpio de salvajes y de aquellos parásitos que, durante muchos años, vivieron a costa de los pieles rojas.

Aquel día era el más feliz de toda la vida del coronel Zane. La tarea que emprendiera y que no esperó ver terminada había llegado a su fin. El Oeste estaba conquistado. Lo que Boone logró en Kentucky, él lo había realizado en Ohio v en el oeste de Virginia.

La fiesta se celebró en el patio de la casa del coronel. Allí estaban todos los hombres, mujeres y niños del establecimiento. Isaac Zane, con su esposa india y su hija, habían llegado de la lejana población hurón. Acudieron también los colonos de Yellow Creek y del este de Fuerte Pitt. Y la alegría se manifestó como nunca en Fuerte Henry. Aquella gran fiesta estaba a la altura de los acontecimientos. Escogidas tajadas de buey y de venado, viandas sabrosas, maravillosos panes de trigo, grandes pasteles de ciruelas, cidras dulces y vino añejo deleitaron a la alegre compañía.

-Queridos amigos y vecinos -dijo el coronel- Mi corazón está demasiado emocionado para poder hablar. Esta ocasión, que conmemora el día de nuestra libertad en la frontera, es el principio de la recompensa por nuestro duro trabajo, nuestras penalidades y nuestros corazones animosos, durante largos y crueles años. No creí vivir para verlo. La semilla que hemos sembrado ha echado raíces. En años venideros, tal vez, un gran pueblo prosperará en estas haciendas que llamamos nuestras casas. Y del mismo modo que esperamos que quienes nos sucedan se acuerden de nosotros, hemos de detenernos un momento para pensar en los héroes que murieron antes. Muchos de ellos no verán sus nombres en el pedestal de la fama y la historia ignorará dónde están sus tumbas. Pero nosotros, que hemos trabajado, luchando y derramando nuestra sangre a su lado, que les vimos morir por los que habían de sucederles, les haremos justicia y les tributaremos todo honor y nuestro amor. A ellos les debemos la victoria. Fueron fieles y leales. Nos legaron la felicidad y la prosperidad que conquistaron a cambio de sus vidas, y nosotros, de igual modo, hemos de conservar su memoria, siendo fieles con nosotros mismos y mediante el auxilio de Dios.

No fue el menor de los sucesos agradables del día el hecho de que tres parejas se presentaron, ruborizándose, ante el coronel, para confiarle sus repentinas conclusiones con respecto a aquel momento propiciatorio. El feliz coronel echó a correr en busca de Jaime Downs, el ministro, y allí, entre la alegre multitud, entregó las novias a sus futuros, siendo el primero en besarlas.

A hora avanzada de la tarde, cuando los aldeanos hubieron regresado a sus casas respectivas, dejando al coronel en el círculo de sus familiares y amigos, este último, con el rostro oscuro, enérgico y sonriente, se situó en lo alto de los escalones del soportal.

-¿Dónde están los pequeños Zane? -preguntó- ¡Ah! , ¿aquí? ¿Ha visto alguien a unos niños que puedan compararse con éstos? Cuatro preciosidades. Mira, mamá, aquí está tu Daniel. Podías haberle llamado Ebenezer. Ven, Silas, ven a buscar a Silas pequeñín, que es muy travieso. Tú, Isaac, toma tu princesa india, la pequeña Myeerah, de moreno rostro. ¡Desgraciado de quien contemple sus ojos cuando tenga más años! Jack, aquí está el pequeño Jonathan, el último de los policías de la frontera. Él también tiene hermosos y grandes ojos, como su madre. Creo que ya no tengo nada por desear. Es decir... Todavía...

-¿Todavía qué? -preguntó Betty con su más dulce sonrisa.

-Tal vez... - dijo mirándola.

Las sonrosadas mejillas de Betty estaban en contacto con las del coronel cuando la joven murmuró a su oído

- ¡Querido Ebenezer!

Lo demás solamente pudo oírlo el coronel.

-¡Caramba! ¡Eso es magnífico! -exclamó.

Y trató de apoderarse de su hermana, pero ella, con el rostro lleno de rubor, emprendió la fuga.

-¡Cómo caen las hojas, querido Jack! -exclamó Elena-. Míralas flotando en el aire y girando como locas. Eso me recuerda el día en que estaba prisionera en la ciénaga del bosque, rezando y esperándote.

El policía de la frontera guardó silencio.

Siguiendo el arenoso sendero, pasaron por debajo de los arces, en dirección a una nueva casa que había en la ladera de la montaña.

-En este día soy perfectamente feliz -continuó diciendo Elena-. Todos parecen muy contentos, menos tú. Por vez primera, durante varias semanas, veo tu rostro sombrío y una extraña mirada en tus ojos. ¿Echas, acaso, de menos tu antigua vida, Jack?

-Nada de eso, amor mío. De ningún modo -con-testó sonriendo a su esposa.

Los ojos de ésta, aunque resplandecían como en otro tiempo, habíanse hecho más reflexivos y poseían mayor belleza. Su espíritu travieso y juguetón había sido suavizado por el amor.

La amarilla espesura de la vertiente se abrió para dar paso a un hombre moreno, que se acercó rápidamente.

-¡Es Wetzel, Jack! -dijo Elena.

Los dos camaradas no pronunciaron una sola palabra, mientras se estrechaban la mano.

-Déjeme usted ver al chico-rogó Wetzel a Elena-.

El pequeño Jonathan pestañeó ante el rostro del serio. policía de la frontera y luego le miró con grandes y redondos ojos, en tanto que sus deditos gordezuelos agarraban el borde de la chaqueta de piel de gamo.

-Cuando seas hombre, los senderos del bosque se habrán convertido en campos de trigo -murmuró Wetzel.

Los dos policías de la frontera continuaron juntos la ascensión de la parda ladera y luego continuaron hasta el peñasco del río. El aire era fresco; en el oeste, la luz rojiza se oscurecía detrás de las elevadas montañas; una niebla azulada, que empezaba a cubrir el valle, adquirió tonalidades grises a medida que se acentuaban las sombras del crepúsculo.